

*traducido por*  
OSCAR BARAHONA Y UXOA DOYHAMBOURE

# EN EL JUEGO DEL DESEO

*por*  
FRANÇOISE DOLTO





siglo veintiuno editores, sa de cv  
CERRO DEL AGUA 248, DELEGACIÓN COYOACÁN, 04310 MÉXICO, D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa  
C/PLAZA 5, MADRID 33, ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa

siglo veintiuno de colombia, ltda  
AV. 3a. 17-73 PRIMER PISO, BOGOTÁ, D.E. COLOMBIA

edición al cuidado de presentación pinero  
portada de maría oscos

primera edición en español, 1983  
segunda edición en español, 1985  
© siglo xxi editores, s.a. de c.v.  
ISBN 968-23-1147-0

primera edición en francés, 1981  
© éditions du seuil, 1981  
título original: au jeu du désir

derechos reservados conforme a la ley  
impreso y hecho en México/printed and made in Mexico

## ÍNDICE

1. A PROPÓSITO DE LA FUNCIÓN SIMBÓLICA DE LAS PALABRAS 10
2. PALABRAS Y FANTASÍAS 16
3. LAS SENSACIONES CENESTÉSICAS DE BIENESTAR O DE MALESTAR, ORIGEN DE LOS SENTIMIENTOS DE CULPABILIDAD 21  
  
La autonomía del niño para sus necesidades excrementicias, 36;  
Edad de la motricidad corporal y manual voluntaria, 42
4. PSICOLOGÍA E IMAGEN DEL CUERPO 60
5. LA DINÁMICA DE LAS PULSIONES Y LAS REACCIONES LLAMADAS DE CELOS CUANDO NACE UN HERMANO MENOR 94  
  
Observación de Juan, 94; Observación de Roberto, 100; Observación de Gricha a los veinte meses, 104; Estudio psicoanalítico de esas observaciones. Elaboración de una nueva hipótesis, 118; Consecuencias ulteriores de los celos en el momento de nacer un hermano segundo. Su interferencia en el Edipo, 125; Conclusión, 127
6. CURA PSICOANALÍTICA CON AYUDA DE LA MUÑECA-FLOR 129  
  
Primera observación, 129; Segunda observación, 143; Discusión de esas dos primeras observaciones referentes a la utilización de la muñeca-flor en psicoterapia psicoanalítica, 152; Comparación entre las dos observaciones, 161; Observación en los adultos de algunos comportamientos provocados por las muñecas-flores, 176; Conclusión e hipótesis de trabajo, 180
7. EL COMPLEJO DE EDIPO, LAS ETAPAS ESTRUCTURANTES Y SUS ACCIDENTES 185  
  
El período preedipiano, 185; El período edipiano, 200; La resolución del complejo de Edipo, 215; El período de latencia. De la resolución de la crisis edipiana a la pubertad, 219; Período de la pubertad y adolescencia, 226
8. LA GÉNESIS DEL SENTIMIENTO MATERNO, ENFOQUE PSICOANALÍTICO DE LA FUNCIÓN SIMBÓLICA FEMENINA 233  
  
Algunas imágenes ancestrales del amor materno, 233; La imagen cultural de los sentimientos maternos como sostén del narcisismo

mo del ser en el mundo, 237; El enfoque clínico, 242

9. EN EL JUEGO DEL DESEO LOS DADOS ESTÁN CARGADOS Y LAS CARTAS MARCADAS 254

10. AMANCIA Y AMOR 312

Este libro recopila ensayos psicoanalíticos de estilos muy diferentes: son el fruto de un trabajo de treinta años [1946-1978].

Se trata de artículos, estudios y conferencias publicados en su mayoría en revistas cuyos números son ya imposibles de encontrar. Todo lo que se publica en este volumen ha sido releído y revisado. No es de extrañar, por lo tanto, que a veces se encuentren aquí desarrollos más amplios que en la publicación original.

Este primer volumen no incluye varios trabajos: sobre la regresión [1958], sobre la libido femenina [1960], sobre los instintos de muerte [no publicado], sobre la evolución del narcisismo desde el nacimiento hasta la vejez [no publicado].

El ensayo sobre personología e imagen del cuerpo es el primer esbozo [publicado en 1961] de un trabajo clínico y teórico, que he proseguido desde entonces; acerca de la imagen del cuerpo y el esquema corporal; trabajo que espero publicar próximamente.

Así se inicia la edición de lo que considero —entre ensayos y seminarios— como el testimonio de mi continuo cuestionamiento durante el ejercicio de mi profesión de psicoanalista: cuestionamiento y reflexiones teóricas que someto a la atención de mis colegas psicoanalistas.

## I. A PROPÓSITO DE LA FUNCIÓN SIMBÓLICA DE LAS PALABRAS\*

PEQUEÑA HISTORIA VERDADERA DE UN BEBÉ, DE UN SOMBRERO Y DE UNA PRIMERA RISA A CARCAJADAS

Freud escribió que el lenguaje se origina en el juego del *Fort! Da!* — en francés "*Coucou! Ah, le voilà!*" y en español "¡Se fue! ¡Aquí está!"

Los fonemas *Coucou!*, que significan: "se ha ido", expresan la certeza, compartida con otro ser humano, de la existencia del objeto, al igual que "¡Aquí está!" que significa: "lo reconozco, de nuevo, yo, él, tú, nosotros, en la ausencia y la presencia".

Recuerdo con emoción un juego con un bebé de nueve meses que encontré un día en un parque con su madre. Estaba sentado en su cochecito. Yo era, en aquella época, una muchacha muy joven. El bebé no me conocía. Su madre decía que era lento y huraño. Aún no hablaba y, para distraerlo, le di mi sombrero que, me pareció, había atraído su mano derecha y su mirada. *Dije:*

—Sombrero  
presentándole el objeto, pero no quiso tocarlo. Luego, cambié el objeto de orientación en el aire, a distancia, lo cual *modificaba* su forma y sus contornos, y repetí:

—Sombrero.  
El niño, que al principio no había querido tocar el objeto, tendió nuevamente la mano derecha, la misma que había tendido hacia él cuando todavía lo tenía yo puesto en la cabeza y, ya confiado, aceptó sin retirarla que le hiciera tocar el sombrero con esa mano. Luego, coloqué el sombrero ante él sobre la cobija del cochecito. El bebé lo observó atentamente sin tocarlo, sus dos manos puestas sobre la cobija de cada lado del sombrero. Mientras hablaba con su madre, acerqué el sombrero a su mano izquierda: la retiró, pero dejó la mano derecha cerca del objeto. Le dije entonces:

\* Publicado en *Pratique des mots*, agosto de 1969.

—Toma el sombrero.

Y, con mis manos, acerqué sus dos manos al sombrero.

Me miraba, intrigado quizá por ese contacto táctil, dejando sus manos tal como se las había colocado. Le dije:

—Sí, el sombrero de la señora.

A continuación, volví a ponerme el sombrero en la cabeza. Tendió entonces ambas manos. Se lo devolví y, muy contento, *lo agarró*. Se puso a levantarlo con sus dos manos, los brazos tendidos, y a hacerlo caer de nuevo sobre su cobija para volver a levantarlo y bajarlo de nuevo. A cada uno de sus gestos, yo le decía:

—Bonito sombrero.

Parecía encantado, muy ocupado por el objeto. Al poco rato de este juego, y en menos de lo que tardo en decirlo, el sombrero había caído *por la borda*, a la derecha del cochecito. La madre dijo:

—Es su juego favorito, por eso no le doy nada; todo lo tira en seguida al suelo.

El bebé, por su parte, miraba visiblemente hacia *mi cabeza*, buscando volver a ver allí el sombrero. Lo recogí para devolvérselo, pero había dejado de interesarle. Me lo puse, pues, de nuevo, volviendo a conversar con su madre, cuando, jubiloso, pareció desearlo otra vez. Agitaba los brazos, con el rostro despabilado, saltando sobre el asiento de su coche, apuntando hacia el sombrero. Se lo devolví: el sombrero fue al suelo de inmediato, y eso varias veces seguidas, con gran júbilo por su parte. Ya no fue necesario que lo pusiera en mi cabeza. El niño acechaba la reaparición del objeto mirándome, a mí y a mis manos, silenciosamente absorto; luego, en cuanto el objeto volvía sobre su cobija, lo arrojaba por la borda decidido, convencido y rápido. En cierto momento le dije:

—¡Sombrero al suelo!

Y lo recogí como antes. Me miró, atento, serio, un tanto desconcertado, antes de volver a poner las manos sobre el sombrero. Pero, apenas hecho esto, el sombrero volvía al suelo y el niño, tranquilo, esperaba.

¿Piensa usted saberlo ya todo sobre esta historia? ¡Pues no! Dije riendo:

—¡Jaime ha vuelto a tirar el sombrero al suelo! ¡Oh!

Entonces, cuando me agachaba para recoger el sombrero, el bebé se asomó con esfuerzo, agarrándose con las dos manos al

borde de su cochecito, para *mirar el objeto que yo estaba recogiendo*. Yo, un poco cansada del juego, le dije:

—No, ya se acabó...

El niño aceptó y volvió a su costumbre poco motriz, mirando con indiferencia mi sombrero nuevamente sobre mi cabeza. Pero el juego no había acabado...

Seguí platicando con la madre, el niño refunfuñaba de vez en cuando, se agitaba en su asiento, sacudiendo su cochecito, o siguiendo con la mirada a otro niño en el parque, que llamaba o corría.

Deseosa de reanudar la conversación con él, le dije de nuevo:

—¿Sombrero?

Me miró sin moverse. Le tendí el sombrero. Hizo como que no quería agarrarlo, contentándose con observarlo fijamente, con aire indiferente... Así pues, con objeto de hacer algo, extrañada de que ya no quisiera tomarlo ni tirarlo al suelo, volví a decir en tono claro, mostrándoselo a distancia, con el brazo extendido:

—¡Sombrero!

Me miró. Luego haciéndolo *desaparecer* rápidamente tras de mí, pronuncié:

—¡No hay sombrero!

Y, mostrándolo de nuevo:

—¡Sombrero!

Y así sucesivamente:

—¡Sombrero! ¡No hay sombrero!

Cinco o seis veces, no lo sé. Estábamos los dos, Jaime y yo, atentos a este juego; pero él no manifestaba nada, ni de manera motriz, ni por su mímica. Entonces me detuve y dije:

—Bueno, no hay sombrero.

Aguardó un momento. Luego empezó a agitarse en su asiento moviendo los brazos con pequeñas inspiraciones seguidas de expiraciones rápidas. Tomando esto como un llamado, hice reaparecer el sombrero diciendo:

—¡Sombrero!

Y lo dejé inmóvil, bien visible. Jaime se agitó nuevamente. Volví a hacer desaparecer el objeto diciendo:

—¡No hay sombrero!

Siguió una pausa. El niño se agitó y consideré esto como un llamado. Efectivamente, eso era lo que deseaba: la aparición "sombrero" seguida de la desaparición "no hay sombrero". Me

daba a entender su deseo agitándose, sin emitir sonido alguno, pero yo entendía.

Continuamos este jueguito durante cierto tiempo y, luego, por divertirme, queriendo, como se dice, hacer una broma, empecé a pronunciar *los mismos fonemas invirtiendo los gestos que los acompañaban*; me divertía diciendo:

—¡Sombrero!

haciendo desaparecer el objeto, y:

—¡No hay sombrero!

mostrándolo. De pronto, por primera vez en su vida, Jaime se puso a *reír* a carcajadas, lo que, como puede imaginarse, me sorprendió tanto como a su madre. ¡Una risa! una risa que se detenía, haciendo gorgoritos en su garganta, esperando a ver qué haría yo.

Entonces *separé* totalmente las palabras del gesto, haciéndolos corresponder a veces y otras no. Cada vez que decía "¡Sombrero!" mostrando el objeto y "¡No hay sombrero!" escondiéndolo, Jaime estaba contento y serio, esperaba en acecho. Pero cada vez que decía lo contrario de lo que hacía, volvía a prorrumpir en carcajadas. En verdad, tanto aquel bebé como yo pasamos un buen rato.

Esta pequeña historia vivida me ha dejado el recuerdo de que un niño poco comunicativo de nueve meses puede llegar a ser, por medio del lenguaje, aun sin pronunciar las palabras, dueño de su deseo; que un niño que no habla todavía, no sólo es capaz de juego motor y verbal en acuerdo con otro ser humano, sino que ya capta la contradicción entre el decir y la experiencia de la realidad sensorial; y de esto me ha quedado la idea de que aquella "mentira" parece aportarle al juego esa dimensión humana de complicidad que da todo su valor a los sujetos dueños de la realidad. Ése es, en efecto, el origen del juego de palabras: de hecho, juego de sujetos que dominan las cosas, y que, sometiéndolas a su función simbólica, pueden disfrutar tanto e incluso más de la contradicción que de la confirmación. Ése es el origen del humor... El sombrero era de fieltro peludo, llamado "terciopelo", café oscuro; algo le sugiere a la psicoanalista en que me he convertido que este sombrero—cosa y palabra— estaba cargado de significación para un niño observador de nueve meses, todavía obligado a callarse y sin dominar aún sus esfínteres.

... Cuántas preguntas planteadas por esta historia de palabras

y de sombrero, entre una muchacha jovial y un niño bromista de nueve meses.

¿Por qué se sintió atraído —siendo él de pelo negro, de padres de pelo negro, y yo de pelo negro— por ese sombrero café *sobre* mi cabeza, pero indiferente a él al principio cuando lo separé de mi cabeza?

¿Por qué se interesó en la “cosa en sí” sólo *porque la nombre y la sometí a su observación* haciendo variar sus contornos y su posición y repitiendo los fonemas? ¿Acaso conocía ya la palabra “chat” [gato] y la palabra “peau” [piel] o “pot” [bacínica u orinal]; o quizá la palabra “chapeau” [sombrero] nunca había acompañado semejante cosa percibida y semejante intercambio con un ser humano? Él mismo no llevaba ni gorro ni tocado.

¿Por qué marcó un momento de asombro al oírme pronunciar la palabra “sombrero” seguida de “al suelo”, que por cierto no dije en un tono enfadado, antes de volver a empezar el mismo juego? ¿Sería porque la madre lo privaba de objetos, temiendo que los tirara al suelo?

¿Por qué no miró el lugar donde el sombrero había caído y de donde yo lo recogía cada vez antes de *pronunciar* las palabras: “Jaime tiró el sombrero al suelo”?

¿Por qué aceptó renunciar al juego que había ocupado su atención después de haber observado el lugar y cómo lo recogía, y por qué pareció habernos olvidado en seguida, al sombrero y a mí?

¿Por qué, cuando se me ocurrió reanudar el juego, él mismo permaneció indiferente? ¿Sería porque, como su madre, yo lo había privado de lo que sabía, después de haber tenido confirmación visual, haber tirado “al suelo”?

¿Por qué el juego “sombrero-no hay sombrero” a distancia y sin que tocara el objeto, volvió de nuevo al objeto muy interesante?

¿Por qué, sobre todo, esa risa, expresión nueva, exclusivamente humana? ¿Por qué, conociendo la palabra de la cosa, los fonemas de su presencia y de su ausencia, le pareció tan divertido jugar a *mentir* conmigo? ¿y a mí, a mentir con él?

¿Qué eran esos gorgoritos, franjas de la risa a carcajadas, que guardaba para sí, esperando, modulándolos suavemente, deteniéndolos, luego negándose a reír de nuevo y no prorrumpiendo nuevamente en ellos más que cuando la experiencia era contradictoria con el decir?

¿Por qué el niño puede ser inteligente pero estar todavía

desprovisto de medios de comunicar lo que desea, lo que piensa, y por esa razón parecerle a una madre inteligente lento y huraño?

Y muchos otros “¿por qué?”

## 2. PALABRAS Y FANTASÍAS\*

Marzo de 1967: viaje hacia los Alpes, coches-cama, compartimiento de dos camas.

Padre, madre, ambos de veinticinco a treinta años, caras bien dibujadas; ella, sin coquetería, con el pelo medianamente largo suelto. Dos hermosos hijos bien plantados, aparentemente de seis y tres años. Los cuatro con traje de esquiar. Los niños con el pelo corto. ¿Niños o niñas? Imposible saberlo. Los dos tienen apodos que bien pudieran haber sido nombres de gatos o perros: digamos Yayá y Rirí.

Es de mañana: por la hora, ya deberíamos llegar. Todo el mundo se prepara en el vagón. Rirí y Yayá ya están ataviados, impacientes.

Pasa el revisor y anuncia:

—No hay prisa, tenemos dos horas de retraso.

Decepción de la pequeña familia. Rirí y Yayá, librándose ambos de su pasamontaña y de su anorak, se ponen a correr en el pasillo; el padre y la madre fuman delante de su compartimiento y parecen ansiosos:

—¿Qué vamos a hacer? A esa hora ya habrá pasado el autobús, habrá que esperar el de las 11. Le debíamos haber dicho al padre Fulano que pasara a recogernos en taxi.

—¿Te das cuenta?, ¡esperar en medio de semejante frío con los niños!

—¡No te preocupes tanto, está la sala de espera!

—¡Sí, pero no tiene calefacción!

—Ya encontraremos un calentador... No somos los únicos, no te inquietes. Tú te quedarás en la estación cerca del calentador y yo hablaré por teléfono al padre Fulano para que nos venga a buscar.

Con cara de preocupación, los adultos entran a su compartimiento. Los niños permanecen un momento en silencio; luego, con voz excitada, dice el mayor:

\* Publicado en *Pratique des mots*, 1967, núm. 1 [agotado].

—¡Oh! vamos a ver soldados-tiendas\* ... ¡Oh! ¡qué bien! ¡y a'más vaqueros! ¡y a'más indios!

El pequeño añade, deformando las palabras:

—Y a'más, tocan tambó y tompeta.

Y se pone a trompetear a grito pelado.

—¡Rirí, cállatel, grita una voz en el compartimiento.

Pero Rirí corre perseguido por Yayá. Ruedan, ríen, rebotan y, en cuanto regresan al compartimiento de los padres, Yayá pregunta:

—¿Llegaremos pronto? ¿Vamos a verlos? ¿Estarán allí?

Luego, a su vez, el más pequeño:

—¿Cómo pueden disparar si tienen cero brazos?\* ¡Ah! Me gustaría verlos... ¡Ah, sí! ¿Cómo pueden?

Rirí se interroga, angustiado por fantasías de cuerpos mutilados.

—Ya veremos, dicen reconfortándose mutuamente.

Los padres sin oídos permanecen mudos ante estas preguntas relativas a significantes insólitos, sala de espera y calentadores, generadores de fantasías, contentándose con un simple:

—¡Cállense ya!

Vuelve a cerrarse la puerta del compartimiento, después de haber metido en él a Rirí y Yayá, difíciles de contener en su exuberancia. En las paradas sucesivas bajan algunos viajeros; toda esta gente hambrienta se apretuja en torno a los carritos de bebidas y alimentos. El padre pelicano, después de regresar dos veces con las manos vacías, trae al fin café y emparedados. Todo el mundo se encierra, se alimenta, y luego los niños vuelven a salir y sigue desarrollándose el tema de los soldados-tiendas. En cada estación, los ojos ávidos procuran ver y cada quien se tranquiliza como puede:

—Aquí no están, allá no es donde bajamos, estarán allá donde bajemos, un general con su caballo-tienda también, todo de tela con sin brazos.

El sueño prosigue. Por fin, llegamos. Rirí y Yayá son ataviados nuevamente. Se oye: "Dame la pierna... la otra... Quédate quieto."

Los dos adultos están listos, ambos con mochila en la espalda, el padre con una maleta en la mano:

—Yayá, no sueltes a papá.

\* Juego de palabras intraducible: "salle d'attente" [sala de espera] es transformado por la fantasía del niño en "soldats-tentes" [soldados-tiendas de campaña], y "brasero" [calentador] en "bras zéro" [cero brazos] [T.].

La madre alza a Rirí en un brazo, como si súbitamente ya no supiera caminar y, bajo el otro brazo, lleva una cosa casi tan grande como Rirí, una especie de monstruo de trapo rellenado, con una cabeza tan voluminosa como el cuerpo y cuatro miembros informes, el todo de color indefinible.

Todo el mundo baja, no sin que la madre haya llamado antes a Yayá para ponerle en el brazo su "muñeca" olvidada, otro gran paquete, envuelto en una cobija mugrienta, de donde salen largos pelos amarillentos, cabellos hirsutos enmarcando un rostro deslavado de lejano parecido humano. Yayá parece indiferente y, aferrado con una mano a la chaqueta de su padre, se deja poner el bulto en el único brazo que le queda, mucho más preocupado por el espectáculo esperado que por todo lo demás. En el andén, el rebaño de migrantes que somos, cargados como mulas, avanza hacia la pequeña estación. El tren pita y se marcha de nuevo.

Salida de la estación. Un autobús se encuentra allí. Ruido confuso. Se llena de gente. El testigo que soy se sienta. La pequeña familia busca un lugar, pero hay que pensar en todo: no ponerse cerca de una ventana, pues el chico tendría frío, aun si está cerrada; tampoco sobre las ruedas, se sacudirían demasiado.

—Tú, con Yayá, quédate en el borde del pasillo, por si se marea ella.

(Así que es una niña.)

—No, para qué, nunca se marea en coche.

—Sí, pero después de una noche de tren, no se sienten bien, y además no han hecho, en fin, espero que Rirí se aguantará hasta que llegemos porque él necesita su bacinica, pero Yayá...

La madre se angustia con fantasías de defecación. Yayá está apagada, decepcionada sin duda, echada sobre el cuerpo de papá más bien que sentada en sus rodillas; se chupa el pulgar distraídamente y, con los ojos vueltos a todos lados, observa a los pasajeros que se instalan. El pasillo separa el lugar de Papá-Yayá y el de Mamá-Rirí. Estoy a la izquierda de Mamá-Rirí. Rirí está acostado como un gigantesco niño de pecho de través sobre su madre; se chupa el pulgar vorazmente y fija la mirada en el perfil de su padre. Como el descomunal fetiche le estorba para ver a su padre, mantiene la nuca levantada. La madre se da cuenta de ello y le da el fetiche al padre que se levanta para colocarlo en el portaequipajes. (¿No será

una especie de tortuga?) Los ojos de Rirí siguen todos los movimientos de su padre.

Me entero de que Rirí tiene tres años y que es un niño (su hermana tiene seis años). La madre lo mimó como si tuviera seis meses. Y hace un rato hablaba como un niño de dieciocho o veinte meses.

El autobús está lleno. Muchas personas permanecen de pie. El chofer les dice:

—Avancen hacia atrás, todavía hay asientos, nada más hay que bajar los asientos plegables.

Así pueden sentarse cinco en cada fila. Un repentino aullido se escucha a mi derecha: Rirí, furioso, ha soltado su pulgar. El señor que acaba de sentarse se sobresalta.

—Es que le tapa usted a papá, dice la madre con una sonrisa tímida y con un tono plañidero (¿o mimoso?). No puede vivir sin verlo.

El señor inclina el pecho hacia adelante para que el tirano Rirí contemple a su dios, pues esa visión es su única referencia fálica tranquilizadora.

Entre tanto, durante este pequeño ajeteo, las palabras del chofer han despertado las fantasías de vida social de Yayá. Habiendo dejado su postura echada sobre su padre, boquiabierto, con el pulgar a veinte centímetros de la boca, erguida sobre su trasero, alza el cuello para mirar. Interrogante, aparentemente muy interesada, pregunta:

—¿Por qué les van a pegar?\* ¿Tú también, papá? ¿Les van a pegar? ¿Todo el mundo?

Después de "sala de espera" y de "calentadores", ahora es "bajar los asientos plegables" lo que alimenta las fantasías sádicas de Yayá.

—¡Vamos, cállate!, dice el padre.

El acecho de unos cuantos segundos se agota; pero la inmensa y estorbosa muñeca vagabunda ha pasado, por medio del señor-pasillo, a la mamá-Rirí que la aprieta contra su pecho. Tranquilizada al ver la acogida protectora reservada a su fetiche adorado, Yayá se arrellana en su padre y trata de caer en la indiferencia al mundo.

—Está usted muy cargada, le dice mi boca a la dama, no es cómodo.

\* Otro juego de palabras intraducible: "rabattre" [bajar] los asientos plegables se ha convertido en "battre" [pegar] [r.].

—Oh sí, dice ella, de noche les hace falta a cada uno su muñeco, si no, no duermen; entonces no queda más remedio que traerlos...

El señor del asiento plegable, cansado de estar doblado hacia adelante, se endereza. Nuevos aullidos de desamparo de Rirí. El señor se encoge de nuevo. Rirí se calma y sus ojos se cierran. Y la madre, ansiosa, se dirige a su marido:

—¿Sabes dónde está el termo? Seguramente va a tener sed, esto va a durar una hora y media.

El padre, apenado, confiesa haber puesto mochila y maletas en la parte posterior del autobús. Angustia de la madre. Fantasea la sed de su hijo. Muy afortunadamente, el autobús está en marcha; Rirí, con los ojos semicerrados, ha apoyado la nuca y calla.

Después de estas palabras de su madre, un sobresalto viscoso ha sacado momentáneamente a Yayá de su sueño, para hablar de pipí. Los padres cruzan miradas angustiadas. Es realmente imposible moverse. Aceptación tácita, resignada, de una inundación probable. Tímidas conminaciones quejumbrosas a contemporalizar. Es papá quien le habla a Yayá. Yayá, adormecida de nuevo, se duerme soñando sin duda en los soldados-tiendas caracoleando en sus caballos de trapo con los brazos cortados a cero, y golpeando a todo el mundo.

¡Cuántos niños-fetiches de padres preocupados únicamente por sus necesidades-reinas escuchan así palabras de sentido misterioso, inductoras de fantasías, al acecho como están de los adultos-amos, y de las palabras que pescan sus oídos, como el hocico de un perro atrapa las moscas, deseos voyeurs perdido. en un desierto de incomunicación!

### 3. LAS SENSACIONES CENESTÉSICAS DE BIENESTAR O DE MALESTAR, ORIGEN DE LOS SENTIMIENTOS DE CULPABILIDAD\*

Durante estas jornadas,<sup>1</sup> se ha hablado de las modalidades del sentimiento de culpa, o sea del sentimiento (consciente) de culpabilidad, así como de las estrechas relaciones entre este sentimiento consciente y lo que los psicoanalistas llaman, a falta de un término mejor, el sentimiento *inconsciente* de culpabilidad; también se ha mostrado las relaciones de este último con el mecanismo de fracaso y los sentimientos de inferioridad organizados en complejos. El doctor Laforgue habló del sosiego que las religiones, y sobre todo la religión católica, pueden aportar al sentimiento de culpabilidad inconsciente entre los fieles. Yo quisiera, en calidad de psicoanalista de niños, hacer mi modesta aportación a este estudio, a partir de algunas observaciones clínicas de las primeras manifestaciones del sentimiento de culpabilidad.

Cuando el niño, con ayuda de los calificativos *bien o mal, bueno o malo*, comienza a expresar juicios morales sobre sus actos y los actos ajenos, dichos juicios siempre están vinculados a una mímica, abierta o cerrada, de consentimiento o de rechazo, incluso de revuelta. Esto implica que el niño tenga por una parte la noción de libertad de elección (estima que sabía que hubiera sido posible no actuar) y que, por otra parte, busque la confirmación por alguna otra persona —un mayor o un adulto, de preferencia el adulto pariente a quien quiere porque de él depende para su bienestar y en quien, por lo tanto, confía *a priori*— del juicio que ha emitido. ¿El adulto parece “contento” o “no contento”? Eso es lo que cuenta. Si el adulto está contento, está bien, el niño se siente bueno; si no lo está, está mal, se siente malo.

Resulta curioso, a la inversa, observar que cuando un niño

\* *Psyché*, núms. 18-19, año 3, París, abril-mayo de 1948.

<sup>1</sup> Esta ponencia fue presentada en el marco de las jornadas organizadas por *Psyché* en Royaumont, cuyo tema era el estudio de la culpabilidad (enero de 1948).

decreta que *una cosa* (y no un acto, ni una persona) es "buena" o "mala", no le pide su opinión al adulto. Puede no estar de acuerdo con los juicios estéticos, gustativos o sensoriales de los adultos, e incluso oponerse a ellos sin problema (salvo en el caso de una educación que desprecie mucho la libertad del individuo).

Puede deducirse de ello que la *jerarquía* de valores "bien-mal" no responde, en el psiquismo, a las mismas reglas de elaboración que las jerarquías de valores "bueno-malo", "agradable-desagradable", "bello-feo".<sup>2</sup>

En lo que se refiere a las percepciones gustativas, se trata de percepciones directas, relacionadas con nuestras singularidades individuales y que, por ende, experimentamos como absolutas, esto es, sin *referencia al prójimo*. Los biólogos pretenden incluso que ciertos gustos son atávicos.<sup>3</sup>

El sentimiento de bien o de mal que acompaña todo acto constituye, a su vez, el inicio de una jerarquía de valores que se edifica en un contacto relacional con el medio. Esta jerarquía se elabora en cada uno de nosotros por una sucesión de experiencias de lenguaje, a veces de lenguaje y sensoriales a la vez, experienciales; en todo caso vividas en *contacto con los otros*, es decir en relación con el medio social testigo, el entorno. El niño nunca está seguro de lo que está bien o mal; tan sólo está seguro de lo que le aporta algo bueno o malo que vivir, es decir que sentir; y este algo sentido es experimental. Mientras que el bien y el mal no pueden ser inculcados sino

<sup>2</sup> En lo tocante a esta última jerarquía de valores, "bello-feo", merecería un estudio particular pues tiene que ver *a la vez* con los valores experimentados y fijados de manera subjetiva, y con los valores otorgados a lo que los otros han expresado por el lenguaje. No obstante, el gusto estético, visual y musical, *puede* escapar a la determinación ajena y, por ende, ser autónomo. No cabe duda de que, según los niños y según la diada madre-hijo, matriz de la relación con el adulto tutelar, hay sensibilidades más o menos afinadas a la influencia de la música y del lenguaje.

<sup>3</sup> Sin embargo, en Estados Unidos se procedió a un experimento sobre la manera en que se presenta un alimento nuevo a niños de diez u once meses de edad, y se observó que esos niños se negaban a probar aquel nuevo alimento (hígado de becerro) cuando a la persona que se los presentaba no le gustaba, aun cuando no mostraba para nada su asco. Se trata, pues, de una emoción fóbica sugerida inconscientemente. La experiencia muestra que no deja huella y que el niño que había descubierto un alimento con una persona a la que le gustaba lo acepta luego, cuando es propuesto por una persona a la que no le gusta.

por un lenguaje que inhiba la experimentación: un lenguaje que impida que el niño haga o repita tal o cual experiencia.

De todas maneras, el hecho es que el niño que comienza a hablar del bien y del mal no ha nacido ayer, sino que ya es un ser muy complejo. Así, después de haber destacado las diferencias que a nuestro parecer existen entre esos dos tipos de jerarquías de valores, "bueno-malo" y "bien-mal", es importante volver a sus relaciones: estudiando las etapas de *la evolución del niño con respecto a lo bueno y a lo malo, desde su nacimiento hasta la formación de sus primeros juicios conscientes sobre el bien y el mal* (juicios hablados por otros, que él oye; juicios formados por su propia experiencia, pero expresables solamente a partir de los doce a los dieciocho meses; luego, con ayuda de las palabras de los demás, pero no antes de los dos y medio, tres años).

Observar, en este caso, equivale siempre a observar comportamientos. La psicología infantil, la psicología de los pequeños radica exclusivamente en el criterio de la mímica y de los gestos del niño ya que, hasta esa edad, el ser humano no puede expresarse de otro modo. El niño va hacia cosas y seres cuando es *a priori* positivo con respecto a ellos, esto es, cuando despiertan su apetito y cuando lo atraen. Pero cuando se opone activamente, sería superficial concluir de ello que no se siente atraído, a menos que se entienda por ello que lo que sabe no querer le es impuesto contra su voluntad. En este último caso, el niño se defiende durante algún tiempo. Ciertos niños acaban por ceder para toda la vida; otros lo hacen a regañadientes, y luego, tarde o temprano, se rebelan. Más generalmente, oponerse a algo puede ser en el niño señal de una fuerte atracción por esa cosa, mezclada de temor, debido a los disgustos de todo tipo que podrían resultar de un acto que, en su contexto, le recuerda una experiencia que ya trajo consigo consecuencias desagradables (efectos sensoriales, regaños, desacuerdo o agresividad por parte de los adultos).

En presencia de una cosa o de una persona que le parece buena porque está asociada con referencias conocidas, por lo tanto tranquilizadoras, el niño se siente a gusto y presenta una mímica de tranquilidad, de dilatación, de expansión, de reposo. Por el contrario, lo que le parece malo lo pone molesto, provoca en él una mímica de tensión, de cerrazón, de crispación, de excitación y de fuga por el movimiento o por el desvío de

la mirada, acompañada de una defensa con las manos (si tiene ya la posibilidad gestual de ello).

Todas las observaciones desembocan, por otra parte, en la siguiente comprobación: el sentimiento de culpabilidad, ya sea consciente o inconsciente, estará, tanto en el adulto como en el niño, subtendido por el temor; temor de un mal por padecer, de una herida o de un dolor imaginados, de un peligro fantaseado, de un malestar asociado con la representación clara o confusa de las consecuencias implicadas por el deseo mismo de ciertos actos, cuyos riesgos fueron memorizados por el sujeto a través de su propio cuerpo. Es importante, pues, estudiar las expresiones de la vida de un ser humano, así como las relaciones que se establecen para él entre dichas expresiones y los estados de bienestar y de malestar. Es sólo por medio de estudios clínicos de la embriogenia de los estados inconscientes de bienestar y de malestar que acompañan las etapas del primer desarrollo como comprenderemos los elementos psicosomáticos (la angustia y sus manifestaciones orgánicas individuales) que actúan en el sentimiento inconsciente de culpabilidad.

Ha nacido un niño. Es un agregado sintético, organizado, de células que funcionan según leyes de movimiento progresivo que obedecen a ritmos alternados. Estas leyes sirven para la perseverancia del ser y para su crecimiento hasta un estado de madurez que se caracterizará por la fecundidad. Todos esos movimientos están inscritos en el tiempo y en el espacio: la vida se caracteriza por una continua modificación del estado interno. Agreguemos que, siguiendo cierto ritmo, el organismo experimenta necesidades relativas a su crecimiento.

La sensación de una necesidad provoca una excitación, que desencadena los movimientos propios para permitir su satisfacción: en el lactante, la boca se abre y se orienta estirándose, en busca del pecho. Cualquier cosa prensible que encuentre, el lactante la coge entre sus mandíbulas y mama. Si llega líquido, lo bebe. Esta satisfacción trae consigo la relajación, con la expresión aparente de bienestar, la mímica de dilatación reposada. Sabemos que eso, para él, es bueno. Lo que no calma su tensión, es decir lo que no lo satisface, le es en cambio malo: se crispa, grita; podría decirse que en esta etapa llamada oral, la libido compele al ser a expresarse por el grito. El grito es bueno, porque alivia la tensión libidinal oral. Un movimiento alternativo comunicado al cuerpo del niño (mecerlo) también

es bueno; apacigua una tensión energética difusa, que no es ni hambre ni sed, y que una mamada no satisface.

Un objeto que chupar, conveniente para la necesidad refleja de succión (expresión general a esa edad de la tensión libidinal, y que puede ser de *deseo*, por lo tanto independiente de la necesidad), también calma al niño. Es "bueno" hasta que la no satisfacción del hambre sea nuevamente, al cabo de un rato, un displacer, que el placer de chupetear no satisface cuando la succión es seca. Sin embargo, una succión de chupete seco puede burlar durante un tiempo el hambre. Vemos aquí en el ser humano la posibilidad que tiene el engaño de satisfacer un deseo, sin satisfacer la necesidad: a veces, cuando el niño grita, lo que desea es una *presencia*, cuando no tiene hambre, ni sueño, ni necesita un cambio de pañales.

La satisfacción de todas las necesidades vegetativas inherentes a la vida es sentida como "buena", agradable, más acá y más allá de toda jerarquía de valores estéticos y morales. Tales son las necesidades de aire, de agua, de alimento, de luz, de sombra, de acción y de reposo, o la necesidad ritmada de vigilia y de sueño. Tales son igualmente las necesidades de movimiento, que conciernen primero a los movimientos impresos al cuerpo del niño aún incapaz de movimientos voluntarios, luego sus movimientos propios, a medida que se desarrolla desde el punto de vista neuromuscular.

Para todo ser humano y en cada edad, la aparición de esas necesidades es espontánea y obedece a ciertos ritmos; su aparición repetida obedece también al ritmo individual, y la no satisfacción o la satisfacción a contrarritmo es experimentada como mala. Si el bebé que tiene hambre y grita no recibe alimento alguno, al cabo de cierto tiempo su organismo fatigado se agota. El pequeño sediento, hambriento, deja entonces de gritar, parece no experimentar ya necesidad alguna. El hambre, a fuerza de hacerle sufrir, deja de ser "buena". No sólo el niño ya no trata de tomar el alimento que se le ofrece, sino que puede llegar a dejar de sentir incitación a comer. Permanece entonces inerte, sin mímica, con los ojos abiertos —ni siquiera es capaz de gritar—, hasta la muerte por inanición. Así, lo que es bueno puede perder su valor cuando el organismo ha sufrido demasiado por no haber sido satisfecho. Hay inhibición del apetito en sus fuentes mismas, retroceso de la expresión libidinal por "retiro de catexis" del tubo digestivo, fijación regresiva de la libido sobre los sentidos de percepción pasiva: oído y vista,

la  
ya  
gui  
cor  
niñ  
de  
ser  
co  
de  
a  
es  
n  
el  
d  
b  
c

luego, más tarde aún, sobre el árbol respiratorio y circulatorio y finalmente, sobreviene el sueño de inanición.

Se piensa demasiado a menudo que es mediante el mecanismo nutritivo que el bebé manifiesta sus primeras reacciones de ser viviente. El ejemplo del bebé que muere de inanición —algunos, por desgracia, han podido ver estos últimos años, películas— muestra que la necesidad de aire y el deseo de comunicarse con el prójimo por la mirada y la audición son esenciales que el instinto de nutrición; y también que el sueño que vuelve después de un período de insomnio angustiado, la traducción de un movimiento de refugio dentro de sí, cuando ya no se espera nada de las relaciones psíquicas o sustanciales con el mundo exterior, por cuanto este último no aportó durante demasiado tiempo intercambios vivificantes. Es entonces cuando el niño abandona la búsqueda en el exterior de sí mismo y se hunde en un sueño fisiológico que puede llegar hasta a la muerte. En el caso en que hay hambre extrema en el plano nutritivo sino en el plano de la relación psíquica con la madre, vemos a niños entrar en el autismo, sin que estén privados en absoluto en cuanto a sus necesidades. Se trata de niños desritmados en cuanto al deseo de relación de lenguaje con el adulto; después de un período intenso de deseo, y como el mundo exterior no trae respuesta alguna, renuncian y no tienen más que intercambios fantaseados con sus propias sensaciones viscerales, mostrándose entonces indiferentes a lo que los rodea que, sin embargo, mantiene sus necesidades.

Se sabe que al nacer el ritmo cardiorrespiratorio cede su lugar a un ritmo cardíaco muy diferente, desde la primera inspiración. El nacimiento va acompañado de una modificación anatómica del corazón: la obturación del orificio de Botal. Al mismo tiempo que se produce esta modificación de la anatomía, de la fisiología y del funcionamiento visceral del niño, éste se separa activamente del organismo materno; se paran los latidos sanguíneos en el cordón umbilical y se instala una autonomía orgánica relativa. La disociación de los ritmos cardio-respiratorios, que son los signos liminares de la angustia, se vuelve a encontrar en ciertos estados en el adulto: en los ansiosos, el ritmo cardíaco suele ser perturbado así como el aliento es inhibido. La mímica de quien experimenta una sorpresa penosa, un choque emocional, es clásica: tiene una inspiración brusca, violenta y bloqueada, al mismo tiempo que, con la boca abierta,

se lleva la mano al pecho y su mirada se vuelve como hacia dentro de sí mismo.

El ritmo respiratorio es, pues, para el observador, la primera manifestación de lo "bueno" fuera del útero materno. Ahora bien, puede suceder que, aun en el plano más primitivo de estas manifestaciones vitales, el niño experimente un malestar peligroso y aun mortal. El movimiento respiratorio es, al parecer, una función pasiva y natural en sí; pero se requieren condiciones óptimas de aire y de temperatura para que la inspiración tenga valor de "bueno". Todo lo que en el lactante corresponde a un ritmo interior eufórico se acompaña, como dijimos, de una mímica de dilatación. Si las condiciones (temperatura, higrometría) son malas, observaremos en el niño una mímica de crispación correspondiente a un sentimiento de malestar. He aquí un ejemplo de ello: En diciembre de 1944, tan sólo en París, murieron la misma noche aproximadamente mil lactantes de cero a dos meses de una bronquitis aguda causada por un descenso de temperatura de varios grados, cuando ya hacía mucho frío. Lo "bueno" de la respiración se volvió bruscamente "malo" para esos pequeños, y el mecanismo respiratorio se inhibió.

Ante los peligros naturales, el ser humano muestra una mímica de crispación y de inhibición de sus ritmos vitales. Desde el punto de vista somático, observamos que —en la bronquitis aguda que mencioné— los alveolos pulmonares están crispados en una reacción de cierre, en tanto que la vida quisiera exteriorizarse dilatándolos, con miras a la inspiración. La existencia de este doble mecanismo engendra la congestión de los alveolos, el chorro del suero, la obstrucción de las vías respiratorias, ocasionando la sideración de un mecanismo vital. Vemos aparecer espuma en los labios del lactante; el corazón y todo el sistema cardiovascular, conectados desde la primera respiración con el árbol bronquial son, a su vez, desritmados. Mecánicamente, la hematosi de la sangre se dificulta y el niño se asfixia. Yo asistí a esta lucha por vivir en un bebé de cuatro semanas que sufría el ataque de aquellos grandes fríos en una época en que carecíamos de calefacción; ese bebé logró, gracias a la campana de oxígeno y quizá también gracias a su gran calma natural, superar la prueba de aquellas horas peligrosas que fueron fatales para tantos otros bebés de su edad, esa misma noche. Durante los ocho días siguientes, el bebé que pudo disponer de una campana de oxígeno, en la que se le

metía por periodos cada vez más breves, recuperó por completo la salud. Pero, a ese niño criado después sin dificultades, se le declaró una crisis de asma a la edad de seis meses, durante la primera dentición; y, cada vez que tenía un malestar orgánico cualquiera, venía acompañado de una crisis de asma. Curiosamente, a los dos años, con motivo de una fuerte tos ferina, con los accesos asfíxiantes característicos, el asma desapareció definitivamente.

He tenido en tratamiento a muchos niños asmáticos, sujetos a crisis más o menos frecuentes, que duraban por lo general de tres a cuatro días. Durante su tratamiento psicoanalítico, emprendido por otras razones (enuresis, perturbaciones del carácter, mala escolaridad), esos niños presentaban crisis de asma que sobrevenían repentinamente, ya sea durante las sesiones o durante los días intercalares. Y dichas crisis se caracterizaban por su breve (o muy breve) duración: a veces, cuando ocurrían durante la sesión, unos cuantos minutos solamente. Tengo actualmente en análisis a un niño que padece crisis de asma que duran de diez a quince minutos, lo cual nunca le había sucedido antes de su tratamiento. Cada vez que pudimos —él y yo— asistir, durante una sesión, a la aparición y a la desaparición de su asma, o a la desaparición de un asma con la cual había estado luchando desde hacía varios días, se trataba de emociones asociadas con sentimientos inconscientes de culpabilidad, que eran a su vez resonancias de un malestar de vivir relacionado con los estratos más arcaicos de su personalidad. Al parecer, en los asmáticos tenemos que vérnoslos con seres muy precozmente sensibles a las relaciones emocionales y psicológicas con su entorno parental, y que se han sentido precozmente en peligro afectivo con motivo de manifestaciones orgánicas, en la edad de la etapa oral pasiva (tener hambre o necesidad de que les cambien los pañales, por ejemplo). Aquel del que hablaba hace un instante es un niño cuyo padre y cuyos vecinos no podían soportar que gritara. La madre, que no había querido acostumbrarlo a los chupones (pensando con razón o sin ella que eso era muy malo) se angustiaba cada vez que el niño empezaba a gritar. Después de dos o tres meses, el niño había "comprendido" y había inhibido totalmente su grito. Se había vuelto completamente silencioso y sólo se expresaba por la mirada. Pero, pocas semanas después, el asma había ocupado el lugar del grito, cada vez que necesitaba expresar una

necesidad o un malestar vegetativo en ausencia de la mirada del prójimo.

Si un complejo de castración se ha instalado en un terreno donde el malestar ya se ha expresado, por ejemplo, por la amenaza de falta de aire, el sentimiento inconsciente de culpabilidad puede despertar trastornos somáticos cardio-respiratorios. En un grado menor de profundidad, o más bien de anterioridad en la etapa oral, el malestar de vivir puede traducirse por una arritmia del peristaltismo digestivo, del dinamismo del apetito, de la digestión, de la micción, de la defecación espontánea.

Se tiende a decir "el niño": el niño necesita esto, el niño necesita esto otro. Es incomprendible oír hablar de esta manera cuando se tiene la experiencia de los lactantes. Los lactantes difieren muchísimo entre sí por las necesidades que tienen de leche, tanto en cantidad como en calidad. No hay normas. Aun a esa edad, el hambre y la sed no están confundidas. Tal o cual lactante grita para tener agua, y no leche, pero no se toma en cuenta esto. Si se hace la prueba de poner dos biberones, uno de leche pura y otro de agua, ambos entibados a la misma temperatura, al alcance de un lactante de ocho o diez días (no he tratado en niños aún más pequeños), y si se le propone uno y otro, se advierte que cuando el niño mama de uno y luego ya no quiere más, admite muy bien el otro, lo suelta, acepta el primero, lo rechaza para volver al otro, y regula así perfectamente la mezcla de leche que le conviene, hasta saciarse. Ahora que muchos niños son alimentados con biberón y que las madres se muestran muy respetuosas de las prescripciones de horario y de cantidad fijadas por tablas establecidas como si todos los lactantes fueran iguales, los niños están mucho más traumatizados que en la época —por desgracia cada— en que la nodriza daba el pecho en cuanto el niño gritaba: pues la leche que tomaba así, era la leche que él mismo hacía subir al pecho de su nodriza. En lo que se refiere a mis propios hijos, me vi obligada muy pronto a alternar biberones con mi leche, y observé que la dilución necesaria de la leche difería manifiestamente para cada uno y que el niño libre de hacer él mismo su mezcla lo hacía perfectamente bien. Pero también hay que saber que, si bien la cantidad de líquido así mezclado varía según los niños, la cantidad varía también cada vez que se le da de comer según la hora del día, pero sigue siendo casi siempre la misma a la misma hora para un mismo

niño. Esto muestra cuán grande es la inteligencia del lactante y cuán enteramente está al servicio de su supervivencia desde la etapa oral, defendiendo el equilibrio de su vida digestiva y la confianza que circula en la relación intersíquica que mantiene con su madre.

El niño sano grita por necesidad, deseo, alegría, pena a veces, pero sin crispación. El adulto experimentado, la madre normalmente intuitiva, saben muy bien distinguir entre ese grito sano, esténico, sin angustia, sin crispación, sin dolor, que expresa las necesidades de la vida (necesidad de ser cambiado, de beber, de comer, petición de compañía, de ser tomado en brazos) y el grito de sufrimiento ("cólicos" del lactante, dolores de oídos, dolores dentales). Hay que respetar los gritos del niño pues, gracias a ellos, nos incita a averiguar lo que le falta, por poco que confiemos en sus expresiones y sepamos descubrir lo que quieren significar. Si no logramos comprender la razón de los gritos de un niño, no debemos por ninguna razón responder a ellos por nuestros propios gritos, ni ejercer una barbaridad de gestos para reprimir en él la expresión que no comprendemos; para ese niño, se trata de una manifestación de la vida, ya sea la expresión de una petición o de un malestar; y gritar es mejor para él que no gritar, aun si no comprendemos lo que significan esos gritos. Si, por el efecto de una coerción, el niño sensible se abstiene de gritar, la inhibición se instalará en él, consecutiva a la índole de su relación con el adulto amado de quien depende; y podrá convertirse en una especie de reflejo condicionado, capaz de pervertir sus ritmos vitales, sus ritmos somáticos. Lo que es naturalmente "bueno" en el plano de las incitaciones se volverá, para aquel niño, estrechamente asociado con lo "malo" y, de una manera totalmente inconsciente —yo diría incluso cibernética—, se instalará la ecuación: vida = peligro; o también, en el plano dinámico, desear = indeseable; y, en el plano afectivo, amar = "volver malo" o "atormentar".

Es posible inhibir el grito espontáneo del lactante, y esto constituye, en realidad, en esa edad oral, un trauma que puede provocar no sólo una perversión sino incluso una inversión de los ritmos vitales, con lo cual se desfavorece considerablemente el desarrollo ulterior del individuo. Condenar la libre expresión en el pequeñito en la etapa oral, y aun más tarde, antes de la edad del habla, es condenar en su origen el conjunto de la expresión de la libido tal como tendrá que desarrollarse a

través de las etapas ulteriores, anal, uretral y genital. Todo el ser psicoafectivo es vulnerable en su primer brote, ese brote surgido de la semilla en germinación, que está destinado a convertirse en el tronco del árbol; no ocurrirá lo mismo más tarde con los daños por poda de ramas secundarias.

Admitamos que todo haya salido bien en la primera etapa de la vida: recepción de aire, recepción de alimento, excremención sin angustia; y que el desarrollo ulterior, tanto característico como somático, haya sido, hasta la edad del descubrimiento espontáneo de la motricidad, totalmente satisfactorio. Vienen entonces movimientos de brazos, de muslos, gestos de las manos que agarran, meten a la boca, tiran, desgarran el papel, etc. Si estos movimientos del niño no son libres, se siente molesto en sus modos motores de ser y de expresión. Si gritar provoca el sufrimiento de la represión, si moverse causa el sufrimiento de una prohibición de la motricidad, el niño obedece, pero se desritma tanto en el plano digestivo como en el plano respiratorio, aun cuando logre permanecer quieto como le es impuesto por la severidad de su nodriza.

El grito no es, por cierto, la única expresión de ese movimiento espontáneo, gratuito, que todo bebé y todo niño necesitan. El niño, en esa etapa digestiva en que aún no habla, comunica con el mundo por su boca. Así como vive destruyendo lo que traga y está a gusto con su madre tragando lo que viene de ella para destruirlo, transformarlo y convertirlo en su propia carne, así mismo las manifestaciones de su libido transferida a los objetos menudos que están a su alcance (sobre todo a lo que, como suele decirse, le llega a las manos) serán a base de succiones, de ponerse en la boca, destrucciones dentales; y, para hablar de las manos, desgarrar, maltratar y luego tirar serán las vías por las cuales podrá interesarse en todo lo que lo rodea. Si se condena esa actividad por gritos o sacudidas bruscas, de ello resultará el desacuerdo con el adulto: el dolor infligido por golpecitos en la mano o golpes en el cuerpo de un niño demasiado ruidoso o demasiado agitado o que, por ejemplo, ha roto un objeto torpemente dejado a su alcance, es experimentado como una condena que afecta la expresión de su vida. Si el niño es sensible y si tiene buena memoria, sus incitaciones internas ulteriores a vivir y a desarrollarse despertarán en él la amenaza. Inhibirá entonces todas sus expresiones mímicas, vocales y gestuales. Será un niño formal, un niño al que no se oye: un niño del que también se dice, en el lenguaje

psicoanalítico, que ha sufrido una castración simbólica mutiladora en el plano anal.

Es importante permitir que el niño de diez a quince meses destruya, desgarre, rompa. Por supuesto, advirtiéndole sobre el peligro del fuego y poniendo fuera de su alcance los objetos de valor o peligrosos para él. Esta actividad espontánea le procura placer: debe ser respetada lo más posible. Se debe ofrecer a su manipulación un gran número de objetos, de tacto variado. Se le debe reservar materia prima. Una restricción a la actividad a veces vandálica de un chico, es necesaria, sobre todo en un departamento, sin espacio; pero esta restricción debe ser parcial y siempre compensada con otra posibilidad de que exprese su vida, en particular conversaciones con su mamá. Cuántas veces oímos decir: ¡"no toques", "no te muevas", "cállate", "quédate quieto"! ¡Cuántas veces vemos cunas sin juguetes, sin nada atractivo que manipular ni que meterse en la boca! Es la negación de toda posibilidad de creatividad y de concentración de espíritu ulteriores. ¿Cuántos bebés, aparte del pecho y del cambio de pañales, se quedan solos y sin intercambios durante horas? Se volverán más tarde inestables o demasiado pasivos; pues tal es, según la naturaleza del niño, el resultado de una educación tan poco humanizadora, tan pobre en compañía o en palabras.

En nuestras sociedades urbanas, es desde la cuna y más aún después del andar cuando aparece la coerción en la educación. Lo que es bueno para el niño se vuelve por lo tanto malo para él debido a los adultos y es relacionado por él con el sentimiento de un peligro. El niño, para obedecer, inhibe durante cierto tiempo sus movimientos de expresión; pero entonces las pulsiones de vida se acumulan en él sin expresarse hacia el exterior. Como las exigencias instintivas entran en conflicto con las exigencias de la "moral" del comportamiento impuesta por el adulto, esto lleva al niño a experimentar una regresión, es decir, a expresarse en un modo más infantil. Grita, patalea, en vez de modular su voz en busca del lenguaje; cae sentado al suelo moviendo las piernas y los brazos por flexión sobre el tronco, como un bebé. A veces, se revuelca en el suelo, experimentando una regresión a la etapa (de antes de los seis meses) anterior a la posición sentada. El conjunto de ese comportamiento es lo que se llama un "capricho". Así, a través de etapas regresivas, el niño puede lograr cierta satisfacción orgánica de sus pulsiones; el "capricho" le aporta la satisfacción necesaria

para el sosiego de su tensión libidinal; pero entonces se trata de un niño ya neurótico.

Los primeros "caprichos" son "normales", son para el niño una manera de traducir el sufrimiento que le causa su impotencia para dar a entender su deseo, o de verse contrariado por el mundo exterior. Hay niños que rabian y se encaprichan porque no logran treparse a una silla, cuando nadie se lo está impidiendo; su cólera se expresa contra sí mismos, contra su propia impotencia. Por desgracia, el adulto se equivoca a menudo en cuanto al sentido del deseo del niño (cree, por ejemplo, que el niño le pide ayuda, y el niño le opone un rechazo brutal) o al significado que hay que dar a reacciones caracteriales de agresión, de rabia, de oposición. Las considera como una manifestación dirigida contra él: ese niño es malo, tiene un mal temperamento, un genio terrible. El adulto adopta entonces, so capa de educación, una actitud represiva, o se comporta como un moralizador depresivo y sermoneador, que instala definitivamente al niño en un modo resueltamente agresivo de reacción a la imagen del adulto-modelo: el cual es sentido por él como violento en su contra, anti-vida y sobre todo sin alegría. Si el adulto, por el contrario, deja que tengan lugar los caprichos —cuando no ha podido evitarlos—, si mantiene la calma y la compasión, el capricho cesará, incluso en un niño muy violento, sobre todo si éste advierte que el adulto no tuvo miedo, no está enojado (el niño le tiene miedo a la violencia en él). Así, se establece la confianza; el adulto puede entonces explicarle, con palabras, lo que pasó. Se buscará junto con el niño lo que lo hizo rabiar, y esas palabras acudirán en auxilio de su sentimiento de impotencia. La comprensión del adulto, expresada también por el tono de su voz, calmada, compasiva, desdramatizadora, reconcilia al niño con su sufrimiento y su rabia, que pasan entonces muy pronto. Ayudado por ese adulto, que no se opone *a priori* a lo que desea y que, por el contrario, le indica el camino del éxito, guiando sus gestos sin hacerlo en su lugar, el niño sale del atolladero en que lo había colocado su impotencia de salir adelante. De experiencia en experiencia y gracias a la ayuda del adulto tutelar, unas cadenas asociativas motrices, en armonía con las palabras y con la observación, organizan la inteligencia psicomotriz al servicio de los deseos lúdicos y utilitarios.

Recuerdo un momento de la educación de mi hijo mayor al que, muy pronto, le había gustado mucho caminar. Este niño

se rehusaba a permanecer sentado en su carrito cuando salíamos. Yo creí, equivocadamente, que ya no era preciso que yo o la persona que lo paseaba lleváramos ese carrito que él no quería. Para mi sorpresa, el niño desarrolló, durante una o dos salidas con aquella persona que lo sacaba de paseo cuando a mí me era imposible, un estilo de reacción que hubiera podido volverse muy penoso. De pronto, se sentaba en el suelo o se revolcaba, hasta en el lodo si había llovido. Nunca había visto hasta entonces encapricharse a ese niño. Yo misma fui testigo de dicho capricho. Y como no tenía el carrito y ya era demasiado grande para tomarlo en brazos, no sabía qué hacer. Entonces esperé, contentándome con mirar cómo se revolcaba en el suelo, ante la mirada atónita de los transeúntes que se extrañaban de ver a una mamá observar impassiblemente a su hijo revolcándose en el lodo, sin regañarlo. Mi idea fue buena, pues al cabo quizá de cuatro o cinco minutos, el niño se detuvo, miró sus manos llenas de lodo, luego a mí, cerca de él, que lo esperaba, sin comprender. Y, también sin gritar ni rezongar, se puso en pie y corrió hacia mí, muy contento, como si nada hubiera pasado. Yo hice lo mismo. Luego, hablé con él, y le pregunté: ¿qué fue lo que pasó? Y ese niño inteligente, receptivo, me respondió, en su jerga que yo ya comprendía, que no lo sabía, que de repente ya no tenía piernas. Y comprendí esto: estaba molesto porque hubiera un carrito, por lo tanto no lo quería, pero a mí me tocaba llevar el carrito porque, de vez en cuando, sus piernas se cansaban y entonces necesitaba sentarse en él y que lo empujaran. Eso fue lo que hice durante los paseos siguientes; cuando saltamos de casa no estaba contento al ver que llevábamos el carrito, quería ser "grande"; pero como no le pedía que se instalara en él y como lo utilizaba, si era necesario, para poner su juguete y mi bolsa, dejaba de prestarle atención. Luego, al cabo de un cuarto de hora de marcha, sin más, muy naturalmente, venía a sentarse en el carrito. No duraba mucho tiempo: iba así unos cien metros, y luego quería caminar de nuevo y conducir él mismo su carrito o volver a ponerse en él de vez en cuando dejándose empujar. Si yo hubiese dejado que sucediera lo que se había instalado, ese niño habría perseverado en ese carácter que parecía volverse caprichoso, cosa que no era en absoluto. Él no podía asumir más que durante un momento lo que deseaba tan ardientemente, pues pronto se cansaba; los "caprichos" cesaron de inmediato y su carácter alegre y parejo volvió a ser lo que era. Así, hay

niños que hacen caprichos porque son muy activos; desean una actividad que su cuerpo aún no es capaz de asumir largo tiempo sin fatiga. Hay otros que son caprichosos por un exceso de deseo de pasividad y que se sienten acosados por el ritmo o la actividad que el grupo o el adulto les impone. Nunca se verá dos niños iguales. Es mediante la comprensión y sobre todo el respeto de los ritmos de actividad del niño, el respeto de su libertad cada vez que ésta no estorbe realmente la vida del grupo, y la intercomprensión en provecho de un entendimiento afectuoso, no exigiendo sino lo indispensable, es mediante todo ello como un ser humano puede desarrollarse de manera eufórica, con su propia naturaleza, sin sentir culpabilidad por ello. Respetado en la libertad de sus ritmos, de sus necesidades, de sus deseos, respeta también la libertad y los deseos de los demás.

#### COMER SOLO Y CON LIMPIEZA

En la etapa anal, la del deseo de motricidad y de dominio muscular con relación al entorno, el niño presenta alternadamente períodos de pasividad durante los cuales su actividad es apacible, sin gran motricidad, y períodos en que su vigor exige ser gastado en el movimiento (corriendo, saltando, trepándose, etc.). El niño desea actuar solo, quiere comer sin ayuda, primero con las manos, luego más o menos torpemente con un instrumento. Darle un instrumento es evidentemente un acto de civilización, y es por identificación con el adulto como logra valerse de él. Es en esta etapa cuando descubre su posibilidad de habilidad manual. Ciertamente, es imposible exigir que el niño coma siempre limpiamente y con ayuda de un instrumento; es exactamente lo mismo que para la marcha, que no podría sostener continuamente y para la cual necesita descansos compensadores frecuentes y variar su ritmo: comienza con el instrumento y acaba con los dedos. Carece de importancia que el niño no coma con los adultos desde muy temprana edad. Educar a un niño, con el fin de permitirle sentarse a la mesa común para comer con sus padres, consiste precisamente en saber esperar su deseo y, sobre todo, el momento en que se comporte sin fatiga como un adulto. Y eso significa para el niño una promoción que confirma la adquisición de su dominio. Por el contrario, si "debe" comer correctamente y "guardar compostura",

cuando no logra hacerlo, toma los regaños o los despidos de la mesa como castigos. Eso no está bien. La torpeza infantil, el aburrimiento, el "no tener hambre", no está ni bien ni mal. No soportar una contención prolongada, no ser capaz durante mucho tiempo de coordinación motriz aplicada, forma parte del estatuto natural de la infancia. Regañado por lo que no puede evitar, el niño se deprime y reacciona mostrándose inestable, lo cual es señal de la angustia que provoca esa educación a destiempo, o reacciona con una pasividad prolongada, dejando que la madre le ponga los alimentos en la boca y dejando de ejercer ese deseo de motricidad o de habla que provocaría un disgusto con el adulto.

Y, como no ejercerá su habilidad, seguirá naturalmente comiendo suciamente, cuando comer con limpieza es específico de la ética humana.

#### LA AUTONOMÍA DEL NIÑO PARA SUS NECESIDADES EXCREMENTICIAS

El niño logra relajarse fácilmente cuando se siente en confianza: orina y defeca al mismo tiempo que sonríe y charla con las personas que quiere. Ése es el primer lenguaje del contento y la seguridad. El niño siente que es "bueno para él" excrementar y es importante para él que no se imagine que eso tiene un valor a los ojos del adulto. Micción y defecación deben dejarse perfectamente libres. La defecación y la micción a sus propios ritmos son para él la traducción espontánea de las características de su vida en la etapa anal activa, y no puede tener el control autónomo antes de la terminación completa de su sistema nervioso, es decir, antes de los 22 a 24 meses (me refiero aquí a un niño cuyo tono muscular le ha permitido la marcha espontánea desde la edad de diez meses). Cuando el niño empieza a expresar la motricidad de sus músculos voluntarios, advierte espontáneamente que puede detener, retrasar, inhibir o, al contrario, provocar la defecación y la emisión de orina. El niño puede ser incitado por la presencia de las heces en su perineo a "pujar" el excremento hacia afuera, pero también puede jugar a pujar a partir del momento en que, con motivo de varias defecaciones espontáneas, ha experimentado el placer del funcionamiento de sus músculos perineales: es para él un ejercicio lúdico, comparable con sus otros juegos que consisten, en la misma época, en treparse por todas partes, arrastrar

o empujar objetos, trasladar las sillas, en fin, manipular todo lo que encuentra.

En ese momento de la etapa anal pueden nacer neurosis obsesivas si el adulto, en vez de guiar la habilidad manual y gestual del niño —o su habilidad para hablar y cantar—, impone un ritmo artificial a la defecación y a la micción. El niño puede someterse a esas órdenes por el afán de conservar una relación agradable con el adulto, pero eso contraría las fuentes mismas de su autonomía futura.

Sé que lo que estoy diciendo parecerá totalmente revolucionario a muchas nodrizas y a muchos pediatras. Sin embargo, la experiencia llevada a cabo con muchos niños es concluyente y, en el plano del desarrollo sin culpabilidad del niño, es ciertamente una verdad.

He visto el caso de una familia en que la madre exigía desde los primeros días de la vida la defecación y la evacuación de orina a horas regulares. Regañaba, dándole incluso algunas palmadas al bebé recalcitrante, y festejaba la exoneración obediente. En esta familia, el niño que yo vi, un chico de ocho años, había sido completamente limpio a los siete días y desde entonces nunca había ensuciado ni mojado sus pañales pero, a los catorce o quince meses, poco después del descubrimiento de la marcha, bastante tardía en él, se había vuelto extraño. Por desgracia para él, nunca se había vuelto a descuidar en sus calzones ni en su cama. A los dieciocho meses, se mostraba obsesionado de voyeurismo: se asomaba bajo las faldas de las mujeres y palpaba la entrepierna de los hombres, lo cual inquietaba mucho a la familia que lo reprendía continuamente. A los ocho años, era esquizofrénico, no hablaba pero canturreaba con la boca cerrada; escuchaba discos, nada ni nadie le interesaba. Me enteré de que la hija mayor de la familia había sido criada de la misma manera. Así es como había sido limpia hasta los cinco meses pero, pese a una educación idéntica, a partir de aquel momento se había rehusado absolutamente a dejarse regularizar en su excrementación. A base de riñas y regaños, había salvado su lenguaje verbal y motor. Se había vuelto limpia hacia la edad de tres años, es decir, diez meses más tarde que los niños a los que nunca se les ha exigido la continencia esfinteriana. En esa misma familia, había otro niño más que había sido criado de la misma manera; al contrario de la niña, había aceptado la limpieza hasta los quince meses, pero había perdido luego esta adquisición precoz e, in-

sensible a los regaños, había permanecido sin control esfinteriano alguno hasta la edad de cinco años y medio. El asistir a la escuela (había sido preciso buscar una escuela que lo aceptara a pesar de esta incontinenencia diurna de pipí y caca) le había hecho volver en unos cuantos días a un comportamiento totalmente adaptado respecto a la continencia esfinteriana y al habla, que nunca había podido ser adquirida (de manera segura) en casa. Aquí vemos cómo, en una misma familia, niños de sensibilidad diferente —dos niños, una niña— pudieron reaccionar de manera diferente a la misma educación traumatizante. La madre no era inhumana y la mujer que tenía a su servicio tampoco. Lo que pasa es que habían recibido del pediatra consejos de adiestramiento precocísimo y los habían aplicado de manera completamente obsesiva.

Sin llegar a tales extremos, muchas madres o educadoras creen que es bueno —cuando por el contrario eso puede ser lo más perjudicial— “amaestrar” a muy temprana edad a un niño para todo; tanto para no comer nunca fuera de las comidas como para no meterse nunca nada a la boca, o para la limpieza esfinteriana. Se sabe perfectamente, sin embargo, que el desarrollo del sistema nervioso central no está terminado antes de la edad de dieciocho meses, más bien dos años, dos años y medio. Se sabe también que en los niños, el desarrollo de la médula espinal no llega a su término antes de esa edad. No es sino a partir del momento en que el sistema neuromuscular está acabado, cuando puede impartirse educación a un niño, pero nunca antes. Hasta esa edad, la elevada especialización de las terminaciones nerviosas que llegan hasta los miembros inferiores, a las regiones cutáneas perineales, glúteas, a todas las regiones periféricas en general, y a los pies y a las manos en particular, no está acabada. Antes de esa terminación anatómico-fisiológica del sistema nervioso, la adquisición de la motricidad y de la coordinación no procede del libre juego de un descubrimiento por el propio niño, sentido por él como un placer (es decir como la posibilidad de contraer o de relajar voluntariamente y en el modo lúdico los músculos que dirigen el comportamiento esfinteriano y el comportamiento motor en general). Así, cuando tratando de adquirir la continencia esfinteriana, el niño acepta dejarse amaestrar, sufre una especie de injerto en su propio plexo sacro de las palabras de un adulto que lo “sugestiona”, pero que no lo “educa”. Un niño sensible,

psíquicamente bien dotado, acepta esta sugestión y esta dependencia patógena debido al malestar afectivo que le inspira todo desacuerdo con el adulto amado; pero es un niño que enajena su deseo al del adulto.

Los niños sometidos a un adiestramiento precoz no presentan ni soltura ni gracia en sus movimientos. Son apáticos o inestables, no dan muestra de ninguna habilidad acrobática o manual especial. Hablan mal, tienen un vocabulario pobre; silenciosos o gritones, torpes en todo, se caracterizan incluso por una ausencia de modulación de la voz y una relativa inexpressión mímica del rostro. Son unas especies de robots con quienes las madres están a veces encantadas, a los que manipulan con el gesto y con la voz, sin tener intercambios con ellos, y cuyo desarrollo posterior es problemático, pues presentan un retraso a la vez del desarrollo afectivo, del habla y psicomotor. Todos los niños sanos presentan hacia los dos, tres, cuatro años a más tardar, un período de oposición a la madre. Ahora bien, en los niños sometidos a un adiestramiento precoz, esta oposición estructurante que generalmente no es sino verbal y sostiene el advenimiento del “yo solito”, coadyuvando a la afirmación de una autonomía adaptada, presenta las características de una oposición visceral y neuromuscular. ¿Por qué? Porque no se están oponiendo a un simple interlocutor ni a una simple persona auxiliar, de quien rechazan la ayuda o la sugestión, sino a una persona que se ha asentado en su cuerpo mismo de niño; y es a esa edad cuando aparecen los trastornos graves (a veces psicósomáticos, a veces caracteriales) de inhibición y de dependencia cuyas consecuencias serán el no acceso al yo y al tú (que permanecen confundidos): la identidad del sujeto no llega. Los trastornos del habla y los trastornos llamados psicomotores se complican con trastornos de la personalidad que forman el cuadro de la prepsicosis infantil, complicado a su vez por las reacciones ansiógenas del entorno.

El niño al que no se le ha aplicado una disciplina esfinteriana impuesta por el adulto tiene el privilegio de crecer sin ninguno de los problemas afectivos que suelen sobrevenir cinco o seis veces al día entre el adulto y el niño cuando la madre quiere obtener esa limpieza antes de tiempo. Tal niño no se avergüenza de sus funciones corporales, no tiene miedo de sus movimientos y, como es un hombrecito, tan sólo quiere identificarse con el adulto en todo lo que observa de sus comporta-

mientos<sup>4</sup> y su cuerpo y sus manos se vuelven muy hábiles al mismo tiempo que su lenguaje hablado se desarrolla. He tratado de ayudar a muchas madres, pero, por desgracia, cuando se les dice que dejen al niño libre de comer y de excrementar a su manera, creen que eso significa: no se ocupen nunca de él. Muy por el contrario, eso quiere decir: ocúpense mucho de él, pero de lo que hace, de lo que dice, de lo que desea. Hablen, tengan pláticas con él a propósito de todo intercambio sensorial, incluyendo lo que se refiere a los alimentos y los excrementos, de tal modo que comprenda, cuando le cambien los pañales, adónde van esos excrementos salidos de él. Que haya comunicación hablada, gestual, lúdica, de persona a persona, acerca de todo lo relacionado con el cuerpo y el mundo que lo rodea y que él observa. Que tenga juguetes, que descubra los colores, las formas, la música, el baile, la acrobacia, etc., que pueda entregarse a la manipulación hábil de todo lo que esté a su alcance. La experiencia muestra que cuando un niño se vuelve capaz de subir o de bajar solo cuatro o cinco escalones de una vulgar escalera de limpieza (que basta con dejar bien abierta para mantenerlo ocupado durante horas) y cuando ha descubierto solito el placer de jugar con el agua durante horas, tranquilamente, ese niño adquiere espontáneamente la limpieza esfinteriana. Es limpio porque eso es natural y porque le gusta, porque eso está inscrito en una identificación con los adultos a quienes pregunta: ¿qué vas a hacer en lo que llamamos el "excusado"? El adulto se lo explica, y el niño desea hacer lo mismo. Nada resulta más fácil entonces que mostrarle que si se quita el calzón, lo hará tan bien como un adulto. (Para no hablar de las madres que le ponen a sus hijos pantalones sin bragueta, ¡en vez de vestirlos de manera que puedan vestirse y desvestirse fácilmente solitos!) Si ha llegado el día, el día en que el niño espontáneamente es capaz de hacerlo y lo desea, la limpieza esfinteriana se adquiere entonces con menos de veinticuatro horas de atención de la madre. ¿Cuál es la ventaja? Es que no se trata, como en el caso del niño amaestrado, de una conquista que tendrá que perder el día que quiera ser autónomo, sino de una conquista adquirida para siempre, después de todas las adquisiciones de autonomía motrices, manuales y corporales y de lenguaje hablado; y, sobre todo, ya con-

<sup>4</sup> Por eso es que el chiquitito debe vivir en la estancia común, asistir a las actividades de los mayores y de los adultos, en la medida en que su propia actividad no estorbe la de los demás.

serve la adquisición o a veces la pérdida, esta conquista no está marcada por la idea de un "bien" o de un "mal": es muy natural que un bebé no sea limpio, y es muy natural para un niño que crece volverse limpio e ir a hacer sus necesidades al mismo lugar que los adultos y no, de manera humillante, en una bacínica enfrente de todos.

Todos los simios homínidos son continentes, así como los mamíferos superiores salvajes. El que depositen sus excrementos en el espacio reviste, en la vida de los mamíferos que viven en bandas, el significado de un cerco del espacio de su territorio. Depositán sus excrementos en la periferia de una zona que quieren delimitar como suya. Sólo el ser humano y los animales domésticos ignoran esta manifestación de dominio y esta utilización espacial odorífera de sus excrementos, debido a unas trabas precozmente impuestas al placer orgánico de las funciones naturales. En el caso de los animales domésticos, por una parte ya no tienen que defender el espacio vital de su tribu y, por otra, los hombres los adiestran a fin de conservar limpios los lugares de habitación. En virtud de la función simbólica humana, si esas funciones se dejan a su libre juego, hay para el niño transferencia identificatoria del interés por los excrementos al interés por todo el "hacer" lúdico industrial, de lenguaje; transferencia al dominio inteligente de los materiales, de todo lo que se encuentra a su alcance por medio de sus manos; éstas, puestas al servicio de su pensamiento, se vuelven los instrumentos de todo ese "hacer" reciente e inventivamente asociado con el deseo de lenguaje, de comunicación y de creatividad. Lo que no es sino necesidad repetitiva y siempre igual, pierde su interés: así ocurre, llegado el momento, con las necesidades excrementicias. En psicoanálisis, se dice que la mano del hombre se pone al servicio de las pulsiones primero orales, metiendo todo a la boca, luego anales, manipulando, fragmentando, aglomerando en el modo de la ejecución y de la creación de formas y de conjuntos de formas, por el placer de los ojos, el placer de palpar, el placer de fabricación industrial, características todas de la especie humana. Una educación a base de amaestramiento es una antieducación, deshumanizadora.

Para la criatura humana que vive de acuerdo con el medio, cuando se respetan sus primeras necesidades naturales y sus deseos, la imitación espontánea del comportamiento de los demás es una identificación por placer y por instinto gregario. Con los niños pequeñitos no hay que recurrir (por desgracia

se suele recurrir demasiado a menudo) a la imitación, propensión natural primitiva común al hombre y al simio, ni tampoco al amaestramiento y a la utilización de la dependencia gregaria como medio de educación. Es inevitable que un niño trate de imitar a los demás, pero la educación debería desprenderlo de esa categoría simiesca de la imitación, humana también por cierto, pero que no tiene nada de específicamente humano. Al contrario, la educación que no es amaestramiento consiste en valorizar las diferencias entre los individuos, apoyar las iniciativas inventivas, la adquisición del sentido de las palabras, la extensión del vocabulario, la reflexión asistida por la observación asociada con el lenguaje, la actividad manipuladora y gestual, lúdica e industrial. El descubrimiento de la naturaleza de las cosas y de las leyes de la realidad, constantemente confrontada con el deseo y con la imaginación, sitúan al niño frente a los límites de las posibilidades de su cuerpo, de su dominio sobre sí mismo y sobre la realidad que lo rodea, y eso es lo propio de la inteligencia humana.

Todo amaestramiento es tiempo perdido para el hombre o la mujer que será la criatura. Permitir la libertad, ceñida por el afecto alegre, la tolerancia de los adultos con los niños y el ejemplo que dan de un comportamiento ético, de palabras conformes con sus actos, es lo que educa a los niños, no el amaestramiento.

#### EDAD DE LA MOTRICIDAD CORPORAL Y MANUAL VOLUNTARIA

El niño, al crecer, se topa con peligros reales, independientes de los comportamientos que tienen respecto de él los adultos que lo rodean. Unos cuantos ejemplos nos mostrarán que su manera de reaccionar a esos peligros varía mucho de un ser a otro.

#### *El peligro del fuego*

Juan tiene nueve meses cuando, por primera vez, está absorto por la atención que le presta al encendido de una estufa. Se trata de una estufa de aserrín que se vuelve paulatinamente incandescente, por lo tanto peligrosa. Catalina tiene catorce meses cuando le ocurre lo mismo. Para ambos, a X meses de distancia, las cosas suceden de manera análoga. Tanto uno

como otra se acerca al fuego, intrigado, observa, quiere saber más, experimentar, tocar a medida que aumenta el calor, como hacen todos los niños. La mamá explica a la niña, como lo hizo con su hermano, que es peligroso y que no hay que tocar el metal cada vez más caliente, que se corre el peligro de quemarse. Las dos veces, con los dos niños, se habla, se observa, y ni Juan ni Catalina se quemarán. Para los dos, las cosas acontecen del mismo modo: cada uno acerca la mano a la estufa, siente el calor, luego vuelve a acercarse la mano haciendo como si soplara, con ayuda de onomatopeyas: comprenden y nunca más vuelven a acercarse a esa estufa que es imposible de proteger.

Lo mismo le sucede a Gregorio aproximadamente a los diez meses de edad. Es un niño mucho más instintivo, que necesita desde los primeros meses aprehender los objetos por el tacto y tener experiencias concretas, táctiles (más tarde, este niño, en presencia de cualquier decir, querrá verificar por sí mismo, para enunciar en seguida con aire convencido: "Es cierto"). Los otros dos niños, es decir el mayor y la tercera, creían lo que se les decía, hasta el día en que por casualidad la experiencia los llevó a hacer la crítica de lo que se les había dicho, a veces a asentir, o si no a descubrir de pronto táctil, sensorialmente, la prueba de una verdad que habían registrado verbalmente y en la que habían creído. Se advierte ya la distancia entre disposiciones diferentes. La experiencia del fuego con Gregorio es para mí un recuerdo inolvidable. Tal como lo había hecho con su hermano, le dije: "Ya no hay que tocar la estufa, se calienta, se calienta, se va a poner tan caliente que va a quemar." Y Gregorio mira, coloca su mano y me dice: "ema, ema...". La estufa, efectivamente, se calienta cada vez más, pero él no interrumpe su verificación del decir; me inquieto: ¿hasta dónde irá a llegar? Sonríe con aire satisfecho, divertido, astuto, retirando su mano y diciendo "ema", pero vuelve a tocar. El calor aumenta paulatinamente en la estufa. Por fin, se quema un poquito. Creo que eso bastará; hace una mueca de pequeño sufrimiento, y le digo: "Pues sí, quema, ya no hay que tocar." Sin embargo, en cuanto la sensación dolorosa de "demasiado caliente en la mano" disminuye un poco, comienza de nuevo. Trato de impedirselo con palabras; no hay manera. Acaba por poner la palma de la mano sobre la estufa que cada vez se calienta más, y se quema bastante, hasta el punto de llorar, de estar lastimado. El dolor no dura, pues es una que-

madura de primer grado; pero tiene una ampolla en la palma de la mano y en las yemas de los dedos. Tengo que ponerle una venda que el niño usa ocho días y que no le molesta en absoluto. Parece estar muy contento de haberse quemado, y lleva a todo el que llega hacia la estufa, explicando: "ema", "es cierto", con aire convencido y muy, muy interesado, visiblemente satisfecho de su experiencia. Cuando puedo quitarle la venda, Gregorio ya no necesita su mano. Sigue manteniéndola fuera de él, como un artículo molesto de su anatomía. Es preciso que un día, estando ocupado en un juego, le vuelva a poner bruscamente su mano en el circuito. Como me mira asombrado, le recuerdo el incidente de la estufa: reacciona mirando fijamente su mano, luego me vuelve a mirar, riendo, feliz de su reencuentro, y a partir de ese momento vuelve a valerse de la mano quemada. Nunca más volverá a tocar la estufa.

Esta experiencia me enseñó mucho acerca de la increíble capacidad de adaptación de los niños (éste tenía diez meses, y el incidente se situó unos días antes de su descubrimiento de la marcha) en ausencia de uno de sus miembros superiores: esta ausencia fue inmediatamente integrada en el hábito motor, sin estorbar la actividad. Ahora bien, se trataba de la mano derecha, y el chico se servía principalmente de ella. También cabe observar que, para aquella experiencia del fuego y la integración de su peligro, esos tres niños de edades cercanas reaccionaron de manera diferente. Es psicológicamente importante dejar al niño en libertad (cuidándolo al mismo tiempo, por supuesto); hablarle y, si se ha lastimado, curarlo con compasión, sin regañarlo. Pero es igualmente esencial dejarlo correr sus riesgos y experimentar por sí mismo los efectos de la experiencia realizada por él. Tocar el fuego no está prohibido por la conciencia moral, sino por la prudencia; y la prudencia se adquiere ya sea por la creencia *a priori* verificada *a minima* en la palabra ajena, ya sea, si esta palabra no basta, por la experiencia propia. No es malo quemarse, *hace* daño, lo que no es lo mismo. Ciertamente, el adulto no debe impedir que el niño corra riesgos reales (con la reserva de que no debe provocarlos y que las consecuencias no deben ser demasiado brutales): pues los riesgos reales —ni más ni menos difíciles de soportar para quien los corre que lo que el adulto ha dicho de ellos, por su experiencia o la de otros, en resumen, por su saber— forman parte del conocimiento del mundo; y el riesgo fantaseado, previsto, confrontado con la realidad, conforme en

sus efectos con lo que se había dicho, es formador. La amenaza de una intervención punitiva si el niño quiere efectivamente someter él mismo a prueba la veracidad de un decir sobre el peligro no es educativa. A todos los niños les gusta observar por sí mismos, a todos los niños les gusta experimentar, en diversos grados. Si hay peligro, es preciso advertir al niño, pero sin engañarlo jamás. Es útil que pueda convencerse por sí mismo, siempre que se trate de un riesgo calculado, corrido bajo la vigilancia del adulto que acompaña la tentativa de palabras explicativas, hasta que el niño haya adquirido la convicción de la veracidad del decir del adulto. Ahora bien, la vida cotidiana no presenta riesgos mortales para los bebés vigilados por un adulto. Los únicos riesgos que corren, si pueden hacerlo libremente, tan sólo contribuyen a enseñarles la prudencia, al mismo tiempo que la confianza en el decir del adulto: decir qué alcance de verdad será confirmado por la experiencia propia del niño, tal como la habrá intentado con toda libertad de iniciativa hasta el punto irreversible en que adquiere el conocimiento auténtico y autónomo de sus propios límites frente a la realidad de las cosas.

#### *El peligro del desnivel*

Juan, de siete meses de edad, se encuentra de pronto solo en el noveno o décimo peldaño de la escalera que sube al piso superior de nuestro edificio (se había deslizado a gatas por la puerta de entrada que por inadvertencia se había quedado abierta, al descansillo). Lo busco en la casa y, al no hallarlo y al ver la puerta entreabierta, salgo al descansillo y lo veo, extrañada de encontrar a ese bebé de siete meses tan lejos, tan alto. No lo sabía capaz de semejante hazaña. Su rostro, dilatado de placer por el esfuerzo exitoso, se crispa súbitamente al verme, su boca se abre, redonda, sin gritar, sus ojos se abren de par en par, cargados de angustia y me miran, inquietos sin duda al ver mi cara a cierta distancia de la suya a través de los barrotes de la barandilla y más abajo que la suya. Para ese niño criado hasta entonces en departamento, es una experiencia desconocida hallarse en aquella situación insólita: estar aún más arriba que el rostro del adulto y sin estar en sus brazos.

Algo es seguro: mientras estaba ocupado en trepar y no me veía, la expresión de su rostro era radiante y triunfante; no

fue sino hasta después de haberme visto cuando pareció angustiado. Me apresuro, pues, a subir y tomarlo en mis brazos, lo felicito, lo beso y le digo que puede volver a hacer ese ascenso. Me quedo cerca de él, ayudándolo y poniendo en palabras todos los gestos que hace para subir la escalera. Así, el recuerdo del peligro quedará asociado en el espíritu del niño a un esfuerzo arduo pero bueno, a algo nuevo pero dominable, a una situación insólita pero que logró superar, a una hazaña, pues, de la que se sentirá orgulloso. No cabe duda de que, si yo hubiese adoptado una actitud de miedo y lo hubiese regañado, Juan habría conservado de esa hazaña motriz cuya iniciativa había tomado solo, arriesgada, y bastante excepcional para un niño de siete meses, un sentimiento de culpabilidad. El temor del adulto enojado habría confirmado y agravado el malestar inicial debido a una situación de desnivel, de abandono insólita, lo cual, en un espacio recién experimentado, no tenía nada de reprehensible. Probablemente habría conservado de aquella experiencia el miedo de emprender nuevas acrobacias. Por supuesto, yo, la mamá, vigilaré la puerta de entrada; pero en adelante la escalera de limpieza permanecerá frecuentemente abierta y el niño se entretendrá trepándose en ella, rodando por ella, volviendo a subir y sus esfuerzos lo cautivarán. Así, jugará durante horas a vencer la dificultad, y luego su juego será traer sus osos y otros animales de peluche, instalarlos en los peldaños de la escalera y, cuando rueden por ella, bajar a buscarlos; es increíble la pasión con que ese niño de siete meses se aplicará a vencer deportivamente todas esas dificultades. Al mismo tiempo, descubrirá fonemas del lenguaje, una gran cantidad de onomatopeyas, para expresar todo lo que habrá de expresar de su alegría, llamándome a veces para que venga a observar lo que le sucede a él y a todos sus juguetes.

Será un niño muy prontamente desarrollado.

#### *El peligro de los contactos sociales*

Juan llega al jardín de niños. Tiene dos años y medio. Hay allí una niña de siete años llamada Bernadette, atrasada intelectual y motriz después de un traumatismo de obstetricia, en parte hemipléjica. Es una niña muy grande para un jardín de niños y tiene una deplorable manía: armada de un palo, golpea con su único brazo válido a todos los nuevos, de preferencia en la cabeza. La directora del jardín de niños, adepta

de los nuevos métodos, tiene empeño en dejar a los niños arreglárselas solos unos con otros, sin intervenir para separarlos sino cuando hay peligro real.

Durante el primer recreo, Bernadette inflige a Juan el tratamiento que reserva a los nuevos. Juan corre para librarse de sus golpes diciendo: "¡Oh! ¡ya! ¡ya!... ¡Oh! ¡ya! ¡ya!...", y pasan así el recreo corriendo una tras otro. Cada vez que se deja a los niños en libertad durante un pequeño recreo, empieza de nuevo el mismo tejemaneje. Al tercer día de escuela, la tal Bernadette todavía no se cansa del jueguito, pero tampoco ha logrado alcanzar a Juan. Y Juan sigue sin defenderse. Asombro de la educadora, pues los demás niños (mayores que él, quizá, al entrar a la escuela) vienen por lo general a refugiarse en ella y entonces Bernadette ya no se atreve a acercarse. La educadora me habla de la situación: ¿hay que prohibir sus ataques a Bernadette, hacer que cese el tejemaneje, incitar a Juan a responder a la violencia con la violencia, o a que venga a refugiarse en el adulto, cuando no hace espontáneamente ni lo uno ni lo otro? Yo pienso, como ella por cierto, que hay que esperar y ver. Cuando voy, aquel tercer día, a buscar a Juan a la escuela, me dice llorando que no quiere regresar al día siguiente, pero sin confesarme el motivo real. Durante esta pequeña crisis de angustia, está en tela de juicio su contacto ulterior con la sociedad de los niños, así como la escuela donde, durante las horas de clase, se encuentra muy a gusto.

Por eso, al día siguiente, a pesar de sus lágrimas, lo vuelvo a llevar a la escuela pero llegando, a propósito, un poco tarde, cuando todos los chiquillos están ya en clase; le digo que vendré a buscarlo y que tendré un dulce para él. De ese modo, lo pongo frente al conflicto por resolver. Es el cuarto día. Un tanto inquieta, me quedo en la puerta un momentito, para oír si mi chico demasiado angustiado va a sollozar: pese a todo soy madre, reflexioné entonces. Pero no oigo nada y, a las once y media, regreso a buscarlo. Cuando llego, Juan se me acerca, muy alegre y me pregunta: "¿Tienes un dulce? —Sí, búscalo." Mira en mi bolsillo, encuentra uno. "¿No tienes otro?—. Mira otra vez." Y encuentra uno más en mi otro bolsillo. Le digo: "¿No te basta con uno? —No, necesito uno para mi amiga. —¿Ah? —¿Puedo dárselo? —Claro." Y va a darle su dulce a una niña. Yo no conocía aún a aquella Bernadette, y por cierto tampoco la veré aquel día; no la conoceré sino unos cuantos días más tarde. Volvemos, pues, a casa y, durante el

trayecto, Juan declara, entusiasmado: "¡Oh!, ¡me gusta mi escuela! ¡Oh!, ¡qué bien que fui esta mañana!... ¡Oh!, ¡está bien la escuela! ¡Y a más me gustan todas las novias!... Y a más sabes... ¡Bernadette no quería creer que era para ella el dulce!" Bien. He aquí que Bernadette se ha vuelto su amiga. No me dice más. Y en adelante, estará muy contento de ir a la escuela.

La educadora, unos días después, me contará lo que sucedió. El día de su reticencia angustiada, había llevado a propósito a Juan a la escuela justo después de la hora de entrada a clase y los demás niños ya estaban sentados en sus mesas. Para gran asombro de la educadora, que había oído el ruido de la puerta de entrada, la de la clase que daba al vestíbulo se había abierto de par en par pero... ¡nadie, el recién llegado retrasado no asomaba! La mujer esperó un segundo, con toda la clase mirando hacia la puerta que seguía abierta: ¡nadie! Fue entonces cuando después de un momento mi Juan apareció por entre la abertura, las piernas bien abiertas, los brazos colgantes, el tronco muy derecho, con la cabeza alta y dijo, fuerte, a los presentes: "Cuidado, hoy estoy nervioso, así que cuidado." Y, tras esta declaración, fue a sentarse a su lugar. Los niños habían quedado estupefactos. Se repetían unos a otros: "¡Cuidado, hoy el 'bueno' de Juan Dolto está nervioso!" La educadora me contó cuánto le había divertido esa entrada y ese lema que pasaba de boca en boca: "¡Cuidado, el bueno de Juan Dolto está nervioso!" En todo caso, el resultado fue que, durante el recreo, Bernadette ya no se había arriesgado a corretearlo con su palo y que, desde aquel día, había dejado en paz a Juan. Y aquel dulce que había venido a pedirme era para Bernadette, que no se atrevía a aceptarlo. Juan había tenido que explicarle a la educadora: "Dile que se lo doy, no quiere creerlo, que se lo doy." A partir de ese día (me dirá la educadora), Juan y Bernadette se habían hecho amigos: por ejemplo, la había ayudado a hacer todo aquello para lo que era torpe, los nudos, los lazos, los pliegues... ¡éxito por el cual Juan había estado tan contento de esa conquista y de ese dominio de su miedo frente a aquella primera experiencia de vida social! Esta prueba angustiada que con sus propios medios, tan pequeño, a los dos años y medio, frente a esa gran niña, había sido capaz de afrontar y de superar, esa prueba había constituido para él un verdadero triunfo sobre su angustia. Ya pasada, dicha experiencia había dejado al niño no sólo feliz,

sosegado, sino también agradecido para con la que había sido la causa y que le había permitido pasar por ella.

Esta observación nos revela que cada niño tiene su tipo de reacción frente a un elemento de su entorno que le plantea algún problema. Es importante (y el ejemplo de la actitud del hermano de Juan frente al fuego lo demuestra) respetar en cada uno de ellos su modo de reacción particular, y nunca imponer o aconsejar un modo de defensa tipo. El niño encuentra en su temperamento su propia reacción, aun si ésta lo coloca en situación de inferioridad real. Si le da confianza el adulto, llega siempre, tarde o temprano, a reaccionar con sus propios recursos, sin sentirse abrumado por un complejo de inferioridad ajeno a la situación real, que exige de él encontrar por sí solo su adaptación particular a cada prueba. El peligro (Bernadette, en el ejemplo anterior, de quien Juan estaba cansado de huir durante todo el recreo) fue superado no de manera motriz, sino, podría decirse, de manera mental. Bernadette era el elemento peligroso con el cual había que arreglárselas y que planteaba un problema para Juan. No se le ocurrió pedir auxilio. Aprendió a acomodarse con su propio temperamento, que hizo decir de él a los otros niños, testigos durante tres días del tejemaneje, que era un "bueno". Por cierto, era verdad. Durante tres días, Juan había tratado de *evitar* los palos y, como era muy ágil, lo había logrado efectivamente; aunque ante la persistencia de la dificultad y como Bernadette le arruinaba sus recreos, había comenzado a tenerle miedo a la escuela.

Poco tiempo después, con motivo de la llegada a la escuela de otro nuevo, Juan me dijo que, como de costumbre, Bernadette lo perseguía con su palo. Aproveché para hablarle —cosa que nunca había hecho por sí mismo— de la niña más grande que los demás. Y Juan me declaró: "Es una lata Bernadette, pegándole así a los demás pero, sabes, no es mala; tiene un brazo y una pierna que no andan bien." Aquí se advierte muy claramente que reaccionaba de hecho como lo hubiera hecho frente a cualquier problema de seguridad planteado por un peligro real, y parecía haberse forjado ya una explicación de la agresividad motriz de la niña, especie de gigante en aquella clase de primer año de jardín de niños; como si espontáneamente hubiese entendido que un niño inválido podía utilizar su fuerza para compensar su sentimiento de inferioridad.

*Los peligros de amar*

Después de esos ejemplos de peligros exteriores, de peligros motores en el contacto con los demás, he aquí algunos peligros inscritos en la naturaleza afectiva de los seres humanos, que pueden ser igualmente la fuente de sentimientos inconscientes de culpabilidad si no se deja al niño, ahí también, en el libre juego de sus procesos autónomos de defensa.

En un artículo sobre "los celos del hijo segundo",<sup>5</sup> hablé del sentimiento de peligro que siente el mayor ante la idea de amar a un hermano o una hermana recién nacidos. Amar implica una identificación de sí con el objeto de amor. La tentación de amar a alguien más pequeño que uno, imagen involucionada de sí mismo, incita al niño mayor a una regresión a su propia etapa *infans*. El mayor va a tener, pues, que rechazar el amor por el recién nacido, atacarlo, a fin de defenderse del riesgo incluido a priori en aquel sentimiento de amor. Amarlo le causa un perjuicio subjetivo energético. Hasta entonces, era bueno para él tener ganas de identificarse amando, porque nunca había visto en casa a alguien más pequeño que él sino, por el contrario, imágenes humanas más evolucionadas; un bebé, si la palabra no faltara, diríase que parece por el contrario involucionado... El amor por un ser cuyo desarrollo es testigo de una época superada es peligroso para quien lo mira. Tiene que defenderse del otro, agredirlo o despreciarlo, al menos ignorarlo. Si ve a alguien más pequeño y si lo ama, va o bien a esforzarse por descubrir el medio de defenderse de ese peligro, de esa tentación de involución, o bien a sucumbir a ella. Cuando un niño quiere algo, le gusta probarlo, comerlo, y es importante que pueda ser activo, que tenga derecho a imaginar que va a morder y comer lo que quiere.

Juan, en el momento de esta observación, tiene tres años y diez meses, y parece querer mucho a su hermanita, de tres meses (ya había vivido y superado sus celos para con un hermano menor, con motivo del nacimiento de Gregorio). Me dice con un semblante embelesado: "Pienso en cuándo la comeremos, la hermanita, ¡oh! ¡sería tan rica para comer! Oye, mamá, ¿cuándo la vamos a comer?" Como Semana Santa, la fiesta más próxima, aún está lejos, respondo: "Pues sí, veremos en Semana Santa." Pienso por mi parte: "Faltan dos o tres

<sup>5</sup> Cf. p. 94.

meses; para entonces, habrá cambiado de idea." Y Juan insiste en ello durante dos o tres días seguidos: "¿Es cierto? ¿Vamos a comerla en Semana Santa? ¿Eh, mamá? Está tan rica, tan rica." Y la contempla enternecido. Yo: "Quizás... ya veremos." Y Juan, feliz, repite sus pruebas de afecto de hermano mayor para con la benjamina, protegiéndola de los ataques de su hermano menor entonces en plena reacción de celos frente al bebé. Dos semanas después, Juan me dice: "¿Te acuerdas mamá, cuando era chico (hacia dos semanas de eso) y decía que quería comérmela? Pero es demasiado buena, Catalina. Si la comiéramos ya no la tendríamos para quererla, para besarla." ¡Y Juan se ufana de haber dicho "cuando era pequeño"! A partir de aquel momento, su actitud frente a la hermanita será más matizada: en momentos de dominación, la zarandeará, mientras que, en momentos de enternecimiento, me hará observar hasta qué punto es graciosa y bonita.

En la edad en que Juan fantasea su deseo de comerse a su hermana, también domina en él —tiene tres años— un deseo viril incipiente de perseguir a las mujeres, sobre todo a la amable sirvienta a la que quiere mucho. Acompaña sus palabras y sus gestos lúdicos de amenazas fantaseadas jubilosamente: "¡María, te voy a pinchar las nalguitas!" Y armado de un palo de escoba, la persigue riendo solito, pero sin acercarse nunca hasta tocar la falda de María con el palo. María, muy gentil, a su vez madre de familia, hace la cama, la limpia, y no se ocupa para nada de lo que el niño dice, absorta por lo que tiene que hacer. Un día, estando en equilibrio inestable cerca de la cama, Juan pasa cerca de ella y esta vez la empuja con sus dos puños; cae sentada sobre la cama y Juan, triunfante, grita de alegría y corre hacia un amigo de su padre que se encontraba allí casualmente: "¡Señor, sabe, soy grande! Le di un puñetazo a María, y se cayó. ¡Soy casi un hombre!" Así se establece, con objeto de afirmar su personalidad, el contacto con un adulto masculino completamente sexuado, para declararle su éxito en una hazaña en que, macho amante y ufano de su poder, triunfa sobre una representante del sexo femenino. Todo el comportamiento de ese chico procede de incitaciones espontáneas, "buenas", que emanan de los ritmos mismos de la vida y de sus deseos masculinos en las etapas motriz, oral, anal, uretral. No sólo es muy fácil vivir con ese chico y la hermanita que se quiso comer no puede quejarse de él ni de su comportamiento frente a ella, sino que la sirvienta María, que a veces

se ríe con aire confuso (siempre divertido) de las declaraciones del chico, no tiene ninguna dificultad con él. Juan es muy amable, servicial con ella, afectuoso. A esa edad, en efecto, el niño sueña a la vez con comer, percutir, pegar, hacer caer a la que ama, ser el triunfador. Es indudable que regaños o castigos por palabras fantaseadas de este tipo, cuando el actuar del niño no es nocivo, habrían sido perjudiciales para su confianza en sí mismo y para la posibilidad de vivir en buena inteligencia en el seno de la familia y de la sociedad, cuando, en sus actos, se mostraba cooperativo y sin problemas interrelacionales, tanto en casa como en clase.

Otro ejemplo: Gregorio tiene veinte meses cuando nace su hermanita. Tiene apenas unos cuantos días la niña cuando, al mirarla tomar su biberón con esos pequeños gestos de los dedos que tienen los lactantes a esa edad, se precipita sobre el índice erguido del bebé y, de un mordisco, le saca sangre. Yo me inquieto por el dedo, la pequeña suelta el biberón y llora, claro, pues le ha hecho mucho daño. Gregorio se encuentra como turbado, inquieto, angustiado de lo que yo voy a decir, listo para rebelarse: recogido en sí mismo, tiene en el rostro, realmente, una expresión muy "condensada". Entonces, yo le digo: "Ven, mira qué contenta está la hermanita de tener un hermano tan fuerte. Ahora que eres así de fuerte, podrás defenderla si alguien la ataca un día." Entonces la mímica de Gregorio se dilata, saca el pecho y, oyendo los gritos del bebé al que lastimó tanto, dice: "Ka,<sup>6</sup> duele, llora", se pone a hacer pucheros de bebé y comienza a llorar a su vez. Yo continúo: "Claro que le duele, porque eres demasiado fuerte para ella, pero ella sabe que es porque te parecía tan rica que te la querías comer." Me mira, atónito y me responde: "¡Sí!" Prosigo: "Pero no se puede, está viva, las personas no se comen." Entonces, él: "¡Hay que consolar!" Y trata de hacerlo, pronunciando palabritas muy amables, y lo logra muy pronto. El dedo de la pequeña tarda pese a todo tres o cuatro días en sanar por completo. El niño no volverá nunca más a morder a su hermanita, ni a nadie. Vemos aquí que un gesto nacido de una intención agresiva, pero que se origina en una intención de amor, fue bruscamente sentido como malo porque había hecho sufrir a una hermanita en la que el niño se interesaba y que

<sup>6</sup> "Ka" era su manera de nombrar a Catherine, entonces apodada "Ka-tinka" por su padre.

todo ese interés y ese amor se habían mostrado arraigados en un deseo oral peligroso. Por supuesto, también se trataba de un sentimiento de celos, pero el niño se hallaba al mismo tiempo en el camino de una identificación con los mayores de su sexo.

Si yo, la madre, me hubiese enojado (me reprochaba más bien no haber anticipado el peligro, de tan absorta que estaba en dar el biberón), un gesto, doloroso para la hermanita, pero que no era en sí ni bueno ni malo y procedía tan sólo de una fantasía de consumo oral impulsivo en el mayor, habría sido asociado con la idea de que él era portador de un peligro real, por lo tanto que él, Gricha, era malo. De hecho, el niño se sintió infeliz, él mismo en peligro, por identificación inmediata con el objeto vivo agredido, pero no culpable. Al menos, su culpabilidad pronto cedió lugar a una comprensión de su impulso: (supuesta), verbalizada por mí: "Quería comerse a su hermanita." "Sí." En tanto que Juan, su hermano mayor, se contentará (seis meses después, y casi a los cuatro años, no como Gregorio a los veinte meses) con imaginar y hablar de una hermanita que comer, bien cocinada, como un hermoso pavo de fiesta, Gregorio, mucho más joven, necesitó un tentativa de ejecución inmediata, sensible, análoga a la de su experiencia con el fuego. Haberle hecho daño a su hermanita le hizo daño a su vez, y toda la continuación permitió que la educación desempeñara su papel en este pequeño incidente.

#### *Otro ejemplo de la dificultad de amar*

"¡Puerca!", le dice Juan, de casi tres años, a María, la persona que acaba de entrar al servicio de su mamá desde esa mañana. Es que María quiere ayudarlo a subirse a su silla para comer. Le quiere poner el babero. En resumen, le impide actuar solo en las cosas que lo conciernen y que antes de su llegada a la casa él ejecutaba por sí solo. El incidente, esa palabra de "puerca" gritada en la cara de aquella mujer, tiene gran resonancia. Como oigo que María habla fuerte, corro a la cocina: me cuenta lo que ha sucedido. Me quedo extrañada, no sabiendo que Juan conociese esa palabra, y le pregunto: "¿Sabes lo que quiere decir puerca?" No responde. Me enteré, más tarde, que había oído la palabra al escuchar a la recién llegada hablar de otra persona a la asistenta. "No, me dice, pero pues no me deja subirme a mi silla, no quiere que hagamos nada solitos." Le explico que la palabra querría decir que María

sería tan sucia, tan asquerosa, que nunca podría tener ganas ni de tocarla, ni de mirarla, ni de quererla. Entonces me dice: "¡Ah, no! ¡ella no es así! ¡También es muy amable, María!"

"Puerca", en la mente del niño, había sido concebido como "antivida". María le impedía expresar su vitalidad motriz, afirmarse. Y, en su opinión, había que defenderse de ella. ¿Cómo defenderse de otro modo que pronunciando una palabra que había percibido justamente en el vocabulario de esa mujer, hablando de su ex patrona que se había portado con ella, según estimaba, como una puerca? María era una mujer sensible, le había pesado lo sucedido entre ella y Juan, no logrando comprender que un niño de tres años pudiese hacer ya tantas cosas por sí solo. No había podido darse cuenta todavía de la manera en que estaba criado; y que, por cierto, después, le interesó muchísimo, pues ella misma tenía hijos que seguían siendo muy dependientes de ella, debido a que los había sobreprotegido a todos.

Después de este incidente que no parecía del todo acabado, pues no conocía aún bastante a aquella mujer para conversar largo tiempo con ella, la comida de Juan terminará en un dos por tres, y me vendrá a buscar. Volveré a hablar con él sobre el episodio, me dirá de nuevo cuán amable le parece María aunque sea "una lata, pues no nos deja" (decía "nos", aunque sólo hablaba de él: su hermanito, mucho menos despabilado que él, estaba encantado de depender de esa persona y de dejarse ayudar — "no nos deja hacer nada solitos"). Escucharé el relato de Juan, y luego le diré: "Sabes, se puso triste María, porque pensó que te parecía puerca de verdad. Puerca, es un insulto. Entonces estaría bien que fueras a pedirle perdón a María." En aquel momento, para mi sorpresa, Juan responderá en un tono tajante de oposición y claro: "¡Eso nunca!" Extrañada de su reacción, preocupada, temiendo dificultades ulteriores entre María y él, no diré nada más, dejando las cosas así, y Juan me deja, furioso. Volverá diez minutos después con el aire avergonzado del que no está orgulloso de sí, y mascullará entre dientes: "Le di su perdón. —¿Qué? ¿Qué le diste a María?" (no entendía bien). Me lo repetirá: "Le di su perdón. —Ah, qué bien, qué bien, Juan. —¡Ah no!, ¡no está bien!", dirá con aire deprimido y grandes lágrimas rodándole por las mejillas, "¡no, no está bien!" No comprendiendo lo que siente, callaré y él llorará un momento, ensimismado, mirando por la ventana —hasta que se dirige nuevamente a mí:

"No está bien, pero estaba tan triste, María, que yo había dicho puerca, no quería que estuviese triste." El tono en el que Juan dirá: "No está bien", tendrá un profundo acento de verdad. De hecho, no le habrá molestado pedir perdón, o más bien, como lo dijo muy justamente y sin equivocarse sobre el sentido de lo que tenía que decir, haber dado su perdón, sino más bien de haberse visto obligado a reparar un mal moral que había cometido inocentemente, defendiéndose legítimamente. Inútil decir que él y María, aquella mujer simple, se convertirán en los mejores amigos del mundo, pues Juan era un niño de buen corazón: lo que pasaba es que ya gozaba de una gran autonomía.

*Experiencia de la pérdida de una cosa amada*  
*Lo tuyo y lo mío*

Hacia los dos años y medio, Juan recibe su primer rifle de juguete, que ha deseado ardientemente y del que está muy orgulloso. No hay que olvidar que Juan nació durante la guerra, y que tiene diecinueve meses en el momento de la Liberación y de la entrada de las tropas del general Leclerc en París, que pasan bajo las ventanas del departamento. Ese rifle, es para él la posibilidad de identificarse con los soldados del general De Gaulle, como dice. Se lleva, pues, el rifle al Luxemburgo.\* En el momento de subirse a unos caballitos, en vez de dárselo a su abuela con quien suele pasearse y que le pide el rifle; declara: "¡No, no es para las mujeres!" y coloca el rifle en el suelo. Después de su vuelta en los caballitos, no encuentra el rifle por más que lo busca (es en aquella época un juguete muy escaso, cuya fabricación estaba prohibida durante la ocupación alemana; todos los niñitos debían soñar con aquel juguete). La abuela, de regreso a casa con Juan, me dice: "Estoy desolada, Juan perdió su rifle y vas a estar contrariada"; y me cuenta cómo sucedió. Sabe que nos había costado mucho trabajo encontrar ese juguete. Le pregunto: "¿Y Juan, acaso está contrariado?" —¿Qué val, en absoluto, figúrate, responde su abuela en tono reprobador, cuando le dije que era una tontería haber perdido el rifle, y que era culpa suya por no haber querido dármelo, me respondió: 'no importa, ¡alguno debe haberlo encontrado y debe estar muy contento!' —Pues yo, dije entonces

\* Gran parque público en el corazón del Barrio Latino [r].

(Juan acababa de llegar en aquel momento y asistía a la conversación con mi madre), no veo por qué estaría más contrariada que Juan; ese rifle era suyo puesto que se lo habíamos dado. Y si Juan está contento, yo estoy contenta. Es cierto que debe haber un chiquillo muy contento de tener ahora un hermoso rifle." Y ya no se habla más del rifle.

Unos quince días después de este incidente, Juan parece salir de un sueño en el cual estaba sumido desde hacía unos minutos y me dice: "Si no lo hubiera puesto en el suelo, mi rifle, podría estar jugando con él... ¡me gustaría mucho volver a jugar con él! —La próxima vez, cuando te guste mucho una cosa, tendrás cuidado de no perderla. —¡Ah, sí!" me respondió.

El incidente del rifle había terminado, había aportado una experiencia. El niño había adquirido, por identificación con el que se lo había encontrado, el verdadero sentido del valor de un objeto suyo; si, por el contrario, se le hubiese regañado por haber perdido su juguete, sin haber podido sentir aún la privación (y el hecho es que todavía no la había sentido), habría tenido tan sólo un sentimiento de culpabilidad impuesto por el adulto; sentimiento artificialmente injertado, sin ningún alcance moral para él, sin relación con una *culpa* cualquiera, pues el hecho de dejarse tomar o no sus cosas por otro no tiene nada que ver con la moral; y no hay culpa alguna en haber perdido una cosa que se quería mucho. A través de esta experiencia, Juan tenía la posibilidad de aprender el sentido de la responsabilidad de sus actos, de aprender también el valor de un bien poseído y luego perdido, y que se echa de menos por sí mismo. Si muchos niños tienen tantas dificultades para aprender el sentido de lo tuyo y de lo mío, es por querer inculcárselo demasiado pronto. Ahora bien, la adquisición de esas nociones se hace al mismo tiempo que la de la responsabilidad. Antes de adquirir un sentido de la responsabilidad social, hay que haber adquirido el de una responsabilidad individual; con respecto a sí mismo y a su propio bien. Como se ha podido ver en este caso, la libertad al niño para ser el único juez de sus actos, cuando éstos sólo tienen efectos en un plano afectivo y para él mismo, es la única actitud que puede permitirle experimentar por sí mismo sus relaciones con los objetos, los seres y las cosas. Primero tiene que desear un objeto y luego, tras haberlo recibido, perderlo y, habiéndolo perdido, echar de menos ese objeto para que, por esa prueba, el día en que se da cuenta de ello —como se vio, para Juan eso tomó unos quince días—,

pueda adquirir, independientemente de todo sentimiento de culpabilidad, la noción de su propia responsabilidad.

El único propósito de este estudio es dar a conocer observaciones que he podido realizar día tras día, y las reflexiones que me han provocado. Me pareció importante buscar las fuentes del sentimiento de culpabilidad en las primeras sensaciones fisiológicas preverbales de malestar de vivir. Las condiciones fisiológicas de la vida en el hombrecito tienen sus exigencias intrínsecas, a veces contradictorias. El malestar es inherente a la condición humana, cualesquiera que sean las circunstancias exteriores en su contingencia. Dichas pruebas pueden ser liberadoras de libido y fuentes de creatividad o, por el contrario, acumuladoras de libido bajo tensión y frenos al poder creador, según que al sujeto se le autorice o no a expresar su angustia y se le ayude o no a encontrarle por sí mismo un sentido, y sobre todo el medio de triunfar sobre ella. El medio más propicio es el que desarrolla al máximo una atmósfera de confianza, en la que se tenga derecho a expresarse libremente, aun si la expresión que el niño da deba ser expresión de sufrimiento físico, afectivo o mental. Como puede advertirse, frente a todo ello, el "amaestramiento" evita la experiencia y no permite la adquisición de autonomía.

Cuando realizaba mis estudios, había un servicio de pediatría en que el médico jefe, el profesor Ribadeau-Dumas, había decidido un buen día que las enfermeras debían dedicar dos veces al día cinco minutos, independientemente de todas las atenciones médicas, a cada niño que tenían a su cargo: cinco minutos para jugar con ellos o, si eran muy pequeños para jugar, hablarles, mimarlos, charlar, sonreír, en resumen, para establecer con ellos una relación agradable fuera de todo cuidado terapéutico administrado a su cuerpo; una relación maternal, amistosa, cualquiera que fuese la receptividad aparente del enfermito. Aquello había sorprendido mucho en el hospital y, por supuesto, todos los externos hablaban de esa experiencia. Las enfermeras habían aceptado y, para sorpresa de todos, en aquel servicio que admitía a lactantes así como a niños de dos o tres años, la mortalidad disminuyó de una manera espectacular. Aquellos intercambios afectivos fuera de toda aportación de alimentos o de cuidados parecían ser para todos los bebés momentos de regreso a las fuentes de la vitalidad. Intercambios de orden psíquico únicamente en el plano de la voz, de la mímica, del gesto, son, en niños que padecen enfermedades graves, quizá

los momentos más eficaces para la recuperación de su vitalidad profunda. El profesor Ribadeau-Dumas, al introducir ese nuevo estilo de relación entre terapeutas y bebés, había descubierto algo que apunta hacia lo mismo que he dicho aquí. Como se ha podido ver a través de todos los ejemplos anteriores, los intercambios afectivos euforizantes consisten ante todo en dejarle al niño la posibilidad de expresarse libremente mediante la voz, la mímica, el gesto y, más aún, mediante cualquier acto, con tal de que no presente peligro grave inmediato para él o para otros. Por supuesto, la educación no se reduce a eso, pero, sin estos intercambios tranquilizadores, lúdicos, gestuales, que pueden incluso hacerse sin hablar, sin intercambio de vocalizaciones, no existe entre adultos y niños ningún vínculo intersíquico humanizador.

Si el adulto no le tiene confianza a las expresiones que el niño da de su vitalidad, y confianza hasta llegar a hablarle —por más enfermo que esté y pequeño que sea—, hasta permitir las manifestaciones de alegría o de sufrimiento que son las del niño, sin reprimirlas; si el adulto no entra en contacto afectivo y verbal con el niño, independientemente de las manipulaciones necesarias de su cuerpo que no incluyen forzosamente comunicación intersíquica, el niño se ve en la imposibilidad de lograr confianza en sí mismo, en el sentido en que es un ser de lenguaje y de deseo, esencialmente distinto de su cuerpo; es decir, en la medida en que éste no lo constituye más que como ser de necesidades.

La total dependencia del ser humano al principio de su vida es una trampa para muchas madres, que no respetan en el niño ni la particularidad del ritmo de las necesidades ni la expresión natural y espontánea de los deseos que, sobre un fondo aparentemente semejante en todos, se despiertan y se expresan diferentemente en cada uno. La sugestibilidad del niño frente a su nodriza y a sus allegados tutelares es una de las vías por las cuales la naturaleza humana, la expresión autónoma de la vitalidad, la sensibilidad y la inteligencia son pervertidas muy precozmente en ciertos niños, criados por madres ansiosas, perfeccionistas y posesivas. Todos los procedimientos de amaestramiento precoz son nocivos, pues tarde o temprano se urde para el niño la culpabilidad de vivir. Conforme decrecen las sensaciones cenestésicas precoces de malestar inconsciente, la angustia visceral se confunde en lenguaje preverbal con los intercambios con el medio: intercambios primero nutritivos y luego motores,

mucho antes de ser hablados por el propio niño, sensible desde su nacimiento, sin embargo, a las palabras, ya sean de confianza o de reprimenda; capta perfectamente su alcance emocional, de amor, de respeto a su persona en devenir, o, por el contrario, lo que comportan de rechazo gruñón respecto de sus manifestaciones vitales.

Gracias a un baño de palabras siempre afables con relación a las pruebas físicas y que sostengan sus iniciativas motrices, el niño se libra de sentimientos inconscientes precoces de culpabilidad que, de estar presentes, no hacen sino desritmar y obstaculizar el acceso eufórico al conocimiento de su identidad, a las características naturales de su sexo, al dominio autónomo de su decir y de su actuar, al ejercicio de su inteligencia observadora, discriminadora, creadora, al ejercicio de su imaginación inventiva y de su autonomía responsable; cosas que deben desarrollarse fuera de toda culpabilidad de orden mágico o mórbido, susceptible de gravar con neurosis el carácter y la salud de los seres humanos más dotados y más precoces psíquicamente.

Asociándome con todos los que lo leyeron y escucharon, quiero agradecerle al doctor Lagache su magistral estudio sobre la evolución de la estructura de la personalidad según la obra de Freud.

En dicho estudio, hemos visto a un Freud que trata de describir meticulosamente, en su calidad de clínico, hechos caracteriales y comportamientos de sus pacientes, y de averiguar por inferencia e interferencia su motivación probable. La elaboración de su teoría seguía este trabajo de observación y de estudio dinámico. La comunicación de la teoría a los pacientes era un medio, para Freud (así como para muchos de los primeros analistas), de ayudar a sus pacientes a comprenderse y a reconocerse como seres humanos, esto es, como seres manejados sin saberlo —a través de las conmociones emocionales que hasta entonces estaban desprovistas, a sus ojos y a los de los demás, de toda lógica— por una lógica de articulaciones descifrables. A una lógica consciente y racional, Freud aportaba como complemento una nueva lógica: la de la dinámica afectiva e irracional. Este estudio del inconsciente humano podía compararse con un estudio del régimen subterráneo de las aguas, sugiriendo que las fuentes de las corrientes que brotan en la superficie se explican tan bien como las características de la vegetación.

Dicha exploración ya había tentado al hombre y cada civilización había hallado su explicación. Hasta Freud, el hombre de ciencia no buscaba las motivaciones de sus actos sino en su participación cósmica y geográfica, por una parte, y en sus pensamientos reflexivos y sus sentimientos lúcidos, por otra, pero no en sus sueños; éstos, en sus imagerías y sus efectos, pertenecían al ámbito de lo mágico y eran dejados a los adivinos. Hasta él, no se trataba de seguir a una persona "sana" en las imágenes que tiene de sí misma y del mundo, cuando su cuerpo no está en situación de acción: ya sea en el sueño o en los

\* Publicado en *la Psychanalyse*, vol. VI, PUF, 1961, IV. Un desarrollo posterior presentado en el Congreso de Psicoanálisis de Royaumont en 1974, se publicará próximamente, revisado y corregido, en las Éditions du Seuil.

momentos de control relajado. Todo aquello no era sino tontería, brujería o perteneciente al ámbito de lo sobrenatural. Freud le quitó al ser humano esa máscara frágil de robot moral, articulado, más o menos acorde con tareas que puede fijarse al despertar, y la remplazó por la verdad palpitante de los deseos insatisfechos que claman en el silencio de los sueños. A ese mismo hombre, que se había considerado tan real —y a menudo más— dormido como despierto, lo ayudó a asumir su verdadero rostro en los tropiezos y las muecas inconscientes que explican los sobresaltos o los desajustes de la máscara. El trato respetuoso de los neuróticos —que ese hombre justo tenía el valor de decretar sus semejantes— lo condujo a elaborar una teoría dinámica de la persona humana, a cuyo término los gestos expresan una verdad que la conciencia ignora y que el lenguaje hablado (específico de la especie) no logra manifestar al sujeto sino por palabras que son los testigos contaminados de emociones no superadas, consecutivas a su vez a experiencias vividas.

El doctor Lagache nos mostró que la conceptualización de Freud, vinculada a una época determinada, a un idioma determinado, cuya traducción al francés suele ser difícil, también se vinculaba a una medicina más justa, a una comprensión más cabal del hombre por el hombre.

A nuestro parecer, la personología de Freud logró cruzar las abscisas de la tópica con las ordenadas de la dinámica, y poner en curva la trayectoria de la pregunta que todo ser humano plantea a cualquier otro de su especie (incluyendo a sí mismo y, en este caso, la prueba personal es peor que la del prójimo), que plantea y se plantea desde su nacimiento hasta su muerte, o sea durante todo el tiempo que dura su relación con el mundo. Esta pregunta es la misma, cualesquiera que sean sus formulaciones, desde el principio de la encarnación hasta la extinción de los intercambios: "*¿dónde-está-aquello-por-lo-cual-tendré-el-ser?*" Todo hombre "sano" lo es en la medida en que, al buscar esta respuesta fuera de sí mismo, tiene, para plantearla, el valor de vivir con la esperanza de resolverla. Todo hombre "enfermo" es aquel en quien la búsqueda cansada altera la autenticidad de la pregunta o la autenticidad en espera de la respuesta. Aquí, la curva es la de la libido: trayectoria de la pregunta de un ser humano encarnado en busca de su complementación. Sí, ese cuerpo de la persona, del cual la tópica y la dinámica de la teoría de Freud no hablan expresamente, ese

cuerpo de la persona está constantemente subyacente en lo imaginario a toda comunicación interhumana. A partir del momento en que la expresión es verbalizable y en que las palabras dichas por una persona son comprendidas por otra, se podría pensar que están comunicando auténticamente, ya que parecen entenderse. Freud no olvidaba el lenguaje del cuerpo, y él nos mostró algunos testimonios clínicos que así lo evidencian.

Así, si bien la pregunta puede ser planteada en el lenguaje verbalizado, también puede serlo en el lenguaje preverbal y paraverbal que es el *lenguaje del cuerpo*. Freud nos mostró cómo la libido, en su búsqueda de complementación nunca satisfecha de modo duradero, estructura a un hombre o a una mujer, cuerpo, corazón, espíritu, como decimos, y los jerarquiza en su forma y en su funcionamiento. Esta jerarquía es efímera, siempre modificable, impuesta por la condición específica de la especie y las condiciones contingentes del entorno humano, o sea las relaciones simbólicas a las cuales está sometido el ser humano, a partir y desde su concepción, por parte de quienes lo rodean.

Un hombre, o una mujer, es un ser vivo tanto más humano (y, podría añadirse para los "mayores", tanto más altamente humano) cuanto que la calidad de su lucidez es más excepcional y la intensidad de su indigencia más intolerable. Esto significa que un ser humano es tanto más evolucionado cuanto que su angustia es tan grande y la expresión de ésta tan imposible de callar, que más allá de su cuerpo, primer mediador entre él y el mundo, busca sonidos, gestos, signos, lenguajes mediadores, para a la vez traducir su angustia y trascenderla en una expresión inteligible, con miras a intercambios con los demás, para dejar finalmente huellas que informarán a quienes vendrán después.

Sus ganas de vivir, origen de su búsqueda de un complemento dinámico, le enseñan que la proximidad exaltante de la satisfacción, seguida del encuentro orgiástico en una experiencia efímera de liberación de su tensión de ser, es una muerte. La experiencia repetitiva de la atracción excitante, provocada por el complemento de la imagen de su cuerpo, lo conduce, a través del acto de unión que apacigua su tensión, a la desaparición de lo que era sentirse en su cuerpo: al despojo sensorial de la imagen de lo que le pertenecía fuera de aquel acto.

La memorización del objeto complementario ausente (después

de la ruptura entre la imagen y lo que constituía su soporte hasta la plena realización mortífera del deseo) lo impulsa, en una esperanza imaginaria, a tenderse, fuera de su tiempo y de su espacio, hacia otro que nunca dejaría de apaciguarlo. Esta búsqueda jerogámica de la completud, creadora de exaltación, lo lleva siempre de la alegría a la tristeza, pues trae consigo, después de haberse vivido —hay un después—, la dolorosa prueba del reencuentro de la conciencia, de esa conciencia ligada a un cuerpo olvidado por un momento y aligerado de su peso, pero otro tanto también en la pena de su incompletud, de su mutismo, de su soledad ilimitada: viviendo en una alternancia rítmica pulsátil absurdamente monótona e irrisoriamente tranquilizadora, amurallado finalmente en su prisión carnal de salida insalvada.

Por más tarde o por más temprano que observemos a un ser humano en el curso de su vida, por más pobre o por más rico que sea en corporeidad, se puede descubrir los mismos procesos. Realizaciones episódicas y demasiado mínimas, siempre buscadas, permiten la ínfima y específica experiencia repetida de una liberación de las tensiones localizadas en el cuerpo. El "sentir" de aquel cuerpo recargado o tenso en el lugar donde se plantea la pregunta única —"¿dónde-está-aquello-por-lo-cual-tendré-el-ser?"—, ese sentir se modifica bajo el efecto de la atracción del objeto, cuya inminente conjunción con él está esperando: la percepción de pesadez anterior es sustituida por una percepción de la forma que acompaña la fuente de dicha modificación, la imagen de esa forma sustituye aquello hacia lo cual estaba tendido. Y esa ausencia instantánea de la percepción sensorial, concomitante con la conjunción que permite la satisfacción, esa modificación del sentir por pérdida de todo o parte del cuerpo, soporte mediador de la pregunta, es lo que llamamos vivir: cuando se trata precisamente de muerte.

En efecto, lo que llamamos morir no es sino la cesación de los medios de un regreso imaginario al soporte del deseo: la pérdida de la imagen del cuerpo, pérdida que nos atrae a todos desde nuestro nacimiento, es la invencible atracción que nos mueve, a través de la búsqueda de complementación, hacia su realización, más allá de los límites imaginables de nuestro cuerpo.

Si Freud hubo de esperar la mitad de su vida para decir a los humanos el hallazgo de lo que llamó el instinto de muerte, no es porque envejecía en su cuerpo, en el sentido en que en-

vejecer querría decir declinar, disminuir en clarividencia. Cansado, como Moisés, de la espera del alcance, Freud descubría el sentido de esa espera. Para todos los que han agotado repetitivamente las experiencias estructurantes de un nivel de percepción, el narcisismo relacionado con este nivel se vuelve insuficiente y es necesaria entonces una mutación, consecutiva a la madurez adquirida: la muerte se vuelve el medio elegido de un cambio de estructura.

El ser humano que sobrevivió a la ruptura umbilical de la corriente vital en su forma fetal busca a ciegas fuera de su forma propia, estirando la boca en todas direcciones, la fuente del líquido caliente que calmará el vacío que lo atenaza en las entrañas. Ha comenzado el ciclo de las alegría-tristeza, sinónimo de vida y portador de su fruto.

La complementación sustancial obtenida y la saciedad apartan por un momento de considerar la mera satisfacción corporal; y la complementación sutil<sup>1</sup> de los corazones puede ser entonces el primer fruto eventual —cuando el objeto permanece cercano— de aquella descalificación momentánea de la zona erógena digestiva.

El afecto de amor es el fruto simbólico del don materno sustancial al cuerpo del lactante hambriento. Si, después del apaciguamiento, la madre sigue ocupándose del niño en un don de presencia, de calor, de escansiones audibles, le permite tener acceso —gracias a la desaparición del lugar (la boca) por donde se une carnalmente a ella— al sentido sutil de ese lazo: el amor. La palabra "corazón" simboliza para el ser humano el lugar continuo, imaginario, continuum donde estiba su narcisismo: aquel donde la pregunta del sentido de la complementación de los sentidos se plantea y donde se aguarda la respuesta. Ese lugar de los afectos lleva el nombre de la víscera pulsátil escondida detrás de los pechos, entre esos brazos que nos dan el primer abrazo; víscera unida a la más antigua corriente de intercambios, que vive antes del soplo y sólo muere después de él.

Comprendemos, por ende, que la imagen del cuerpo se constituye por referencia a la visión efectiva de la faz materna, y a

<sup>1</sup> Por *sustancial*, entiendo la materialidad del alimento y de los excrementos, objetos parciales de intercambio. Por *sutil*, entiendo el olfato, el oído y la vista, por los cuales el objeto es percibido a distancia. Golpes y caricias pertenecen a ambos registros.

las señales sensoriales emitidas repetitivamente por la presencia de la madre.<sup>2</sup>

La pregunta primordial, replanteada en el nivel de las complementaciones afectivas, trae consigo a su vez el hallazgo efímero y repetido de un corazón a corazón que se agota: dejando, en lugar de la luz del rostro materno, la oscuridad del sueño de los sentidos. De sueños en despertares, en el clima de la presencia afectiva materna, la imagen del cuerpo se enriquece con nuevos hallazgos de zonas erógenas que desaparecen y vuelven a aparecer en contacto con nuestro objeto de amor, de ahí nuestro nacimiento a la noción del tiempo vivido al mismo tiempo que a nuestros afectos correlacionados.

A cada descubrimiento de sensación que el rostro materno autentifica, la realización efímera vinculada a él despierta o adormece el corazón, según que el rostro de la madre se anime o se inmovilice, según las mímicas y las sonorizaciones de paz o de riña que acompañan las satisfacciones o las frustraciones de placer sensorial. Así se construye la imagen del cuerpo, en lo que tiene de perdurable a los tormentos y a las alegrías del cuerpo y luego del corazón. Es en ese momento del desarrollo cuando se constituye el narcisismo vital o primario. Un rostro, en otra parte, en el cual nos contemplamos, nos acompaña para siempre desde la primera mamada, y sirve de soporte visual a lo que es sentido y que se organiza en nuestra masa corporal, formal y funcional.

Las vicisitudes de esta imagen compleja serán expuestas más adelante. Los tormentos del deseo y los tormentos del corazón, en su articulación con los seres elegidos de entre los allegados, impelen a la búsqueda de una imagen incesantemente conforme a la vez con el narcisismo vital experimentado repetitivamente y con la atracción por una expresión nueva en una realización más acabada: hasta la realización que promete el llamado del don incondicional, total y brotante de las fuerzas vitales, a partir del último lugar erógeno descubierto, el lugar genital.

La prueba que ha de superarse entonces, es la amenaza interna de disociación entre la imagen formal del cuerpo sexual y la imagen de la renuncia al funcionamiento en aquel lugar erógeno, en el momento del Edipo, cuando la valoriza-

<sup>2</sup> Por ello el lactante, que aún no se conoce sino por referencia emocional a su madre, muere a la imagen de su cuerpo, elaborada en intercambio con ella, si su madre llega a desaparecer mientras que su propio cuerpo carnal sobrevive.

ción afectiva del sujeto sexuado ha sido acrecentada narcisistamente a costa de su desvalorización efectiva, y cuando esa renuncia ha firmado el pacto de la integración social del sujeto. Este acceso social valorizador se relacionaba con la existencia de un cuerpo privado de complementación sexual y destinado a la mediación cultural para todos los intercambios interhumanos.

El llamado a la superación de la imagen del cuerpo anteriormente construida, en el momento de la resolución edipiana, es vivido como una muerte en el mundo de los valores (el corazón), una pérdida del prestigio, o como una castración simbólica. El amor conyugal es el primer fruto de esta mutación. La pareja es una nueva conciencia del cuerpo de cada cónyuge y el hijo que nace de ella es el fruto aparente de dicha mutación. Con él, el desplazamiento narcisista se efectúa del cuerpo del genitor al cuerpo del engendrado. La imagen del cuerpo del paciente amado se extiende, hecha referencia a las necesidades de sus hijos: lugar que a su vez es trampa para un narcisismo sanamente vinculado a las referencias actuales, y peligro para el corazón, pues el desarrollo de la joven generación desespacializa y destemporaliza al adulto que se contempla en ella. Puede contaminarse en espejo y volver a encontrar la imagen arcaica de su cuerpo a la que no ha renunciado por completo, con sus afectos pasados, preedipianos, homosexuales o incestuosos.

Cuando esas realizaciones y sus peligros han sido superados día a día y todas las mutaciones se han realizado, la última realización se afirma en la trascendencia del yo por fin libre, en su coincidencia total con el grito expiratorio que lo libera del regreso al juego de imágenes ilusorias nacidas del condicionamiento sensorial. Es la muerte, liberadora de la trampa de la imagen del cuerpo y de sus mutaciones.

Todo lo que acabo de decir puede parecer alejado de mi tema: relaciones de la personología y de la imagen del cuerpo. Pero es, por el contrario, su centro mismo y he tratado de resumir su expresión esencial, la más densa. Porque este tema nos lleva hasta los límites extremos en que el psicoanálisis deja su lugar a las especulaciones metafísicas.

Pensamos que es de ese condicionamiento, sentido por el propio Freud en sí mismo primero y luego reconocido por él en todos sus semejantes, de donde nacieron su método y luego la

teoría que deriva de sus experiencias, moviéndose según las necesidades implicadas por el método.

No es una casualidad, sino más bien una intuición genial, que Freud haya estudiado las fuerzas en juego en los comportamientos aberrantes de los pacientes, al escucharlos hablar, acostados —en relajación posible, como decimos actualmente— y sin que vieran a la persona que los escuchaba.

Esta postura es, para el cuerpo, la más antigua y repetitivamente conocida, aquella en la que un ser humano vive despierto las emociones, estructurantes para el sujeto, de presencia y de ausencia del otro, desde su cuna, desde el nacimiento hasta la marcha. Es la postura que volvemos a tomar todos durante aproximadamente un tercio de nuestro tiempo de vida; la que tomamos para pensar nuestra historia y rememorarla en los márgenes del sueño. En esta postura, las referencias sensoriales actuales de la persona (respiratorias, olfativas, auditivas, cardiovasculares, táctiles, peristálticas) son sus únicas percepciones; el sistema está sensorialmente casi cerrado en sí mismo, sin intercambios sustanciales más que respiratorios. Freud permitía que sus pacientes fumaran; les daba, según parece, sus cigarrillos preferidos, único consumo dejado al analizado en una época en que la regla de abstinencia sexual genital lo colocaba en una fuerte tensión erótica latente. Esta postura deja al paciente sin sollicitaciones del mundo exterior, sin necesidad de un mayor dominio de su cuerpo y de sus emociones como en el presueño.

En esta postura del cuerpo, las relaciones "intrasistémicas personológicas", según la expresión lagachiana, son dominantes. Lo que permanece abierto en este sistema, si está bajo tensión, se expresa o tiende a expresarse en forma de una búsqueda de complementación en la persona del analista, a la vez presente en el tiempo y en el espacio, y ausente para la vista —presente por su masa pasiva y respirante, y ausente de las manifestaciones cinéticas.

En todo paciente adulto, esta postura permite al máximo el desencadenamiento de una relación emocional específica, la *transferencia*, que el estudio de las palabras, en lo que ocultan más aún que en lo que expresan, permite evidenciar. El objeto de ese análisis es explicar al paciente el modo de relación ejemplar que busca o del que huye —modo de relación significativo de su situación "personológica intersistémica". Esta trans-

ferencia se manifiesta a veces por medio de sensaciones cenestésicas y corporales.

Recuerdo el análisis de un adulto con trastornos psicósomáticos graves que acudía al análisis muy deseoso de no ocultar nada. Era un buen analizado, hablaba prolijamente, se sometía a la regla fundamental. Se sentía feliz de venir, según decía, y no sentía más que muy poca reticencia consciente. Recuerdo la intervención por parte mía que desató por fin en él la conciencia de lo que era la vivencia transferencial y, de entrada, lo colocó en el corazón de su historia. Aquel hombre, que siempre llegaba con las manos secas y se iba con las manos sudorosas, me habló un día de su transpiración sin atreverse sin embargo a estrecharme la mano al despedirse de mí porque su mano estaba —como él— completamente sudorosa. Repito que era confiado y hablaba prolijamente. Le hice notar: "Quizá todo lo que me dice es para ocultarme y ocultarse que 'le hago sudar'. ¿Por qué no me lo dice?" Toda su vida interhumana estaba construida sobre una relación masoquista, pasiva; sobre la búsqueda de un aplastamiento que apuntaba a valorizarlo electivamente, de un consumo preferencial que le habría dado valor de rival edipiano triunfante.

En este caso, como en otros, palabras conscientemente sinceras eran herramientas, lienzos de pared, otras estructuras, monedas recogidas como guijarros al azar de un crecimiento en medio cultural. En resumen, el lenguaje hablado era un medio mediador no de comunicación sino de rechazo de encuentro con la persona del analista (intersistemía) y con su propia persona (intrasistemía). Este llamado verbal a imagen del cuerpo empapado de sudor fue lo que dio su sentido a ese lenguaje mudo en que su cuerpo y el mío servían de mediadores entre nuestras dos personas. Esta intervención le permitió analizar su resistencia a todo encuentro verdadero, mecanismo de defensa inconsciente de estructura fóbica.

La noción de imagen del cuerpo nos vino de la práctica psicoanalítica con niños neuróticos.

La técnica de la asociación de ideas verbalizadas en un niño que hemos acostado sobre el diván, no es en este caso una práctica provechosa; en efecto, antes de los siete años, el niño privado de posibilidad de acción no puede prescindir de la visión de su interlocutor sin dormirse o sin actuar tomando su propio cuerpo como objeto, hasta masturbarse directa y efectivamente.

Para que aparezca la búsqueda simbólica del complemento cuando la estructura no está acabada (lo cual exigiría que haya sido vivido el periodo posedipiano), hace falta un material mediador entre el cuerpo del niño y él. Este material resultó poco a poco tener un uso más interesante de lo que se suponía al principio: una ocupación paralela, que permitiera la relajación y un discurso fácil no controlado.

Nunca hemos dado a los niños, durante las sesiones de tratamiento, objetos fabricados.

Como habíamos partido en el análisis de niños con la actitud a priori del analista de adultos, el análisis de la expresión verbalizada de las palabras libres y el análisis de los sueños, cualquier aportación representativa nos parecía interferencia inútil. Pero la experiencia nos enseñó que la expresión verbal del niño no debía ser, en el análisis, el único mediador admitido.

He aquí, pues, el marco de la sesión: una mesa con papel, lápices, plastilina como materia prima. El analista, no en el campo visual del niño sino de lado, no participa en la sesión más que por su receptividad a todo lo que se dice, se dibuja, se ejecuta, se expresa por gestos, se "gesticula" por parte del niño, a quien se le formula así la regla fundamental —después de haber aceptado claramente venir para curarse de lo que él mismo siente como un obstáculo en el camino de su realización—: "Dices con palabras, con dibujos o con modelado todo lo que pienses o sientas mientras estás aquí, hasta lo que, con otras personas, sabes o crees que no habría que decir."

Hace ya largos años que hemos registrado esos dibujos y esos modelados (de los que hacemos unos croquis) como asociaciones libres, testigos adyacentes de la vivencia transferencial, en relación probable con las palabras emitidas, que suelen ser muy diferentes de los temas dibujados y modelados. También sucede que el niño hable de sus creaciones y entonces éstas se nos presentan como un sueño extemporáneo, que deriva de la relación analítica de transferencia, cuya explicación es posible mediante el estudio del contenido latente.

La acumulación de tales documentos no podía dejar de perturbar nuestro espíritu al lenguaje, paralógico o ilógico, de las formas, a las sensaciones y a las emociones que evocan, especie de sueño despierto, ilustrado en vez de ser descrito, cargado del sentido específico de cada niño en la situación propia que es la suya, "intersistémica" e "intrasistémica" según los términos de Lagache.

Así, niños físicamente sanos, autores de representaciones de cuerpos humanos lisiados en los cuales se proyectan, nos dan a entender que así es como se sienten en la situación de transferencia.<sup>3</sup> ¿El superyó de esos niños les arrebató una parte del cuerpo? ¿O su yo es aún arcaico? ¿El analista, en calidad de otro, sustituto de las personas introyectadas, es complementario o semejante? Si unos niños dibujan, para proyectar su persona en sus dibujos, cuerpos incompletos, pueden ser capaces de prestar un cuerpo más completo que el suyo al analista, sentido como complementario. Si, por el contrario, sus representaciones fragmentadas o regresivas se deben a prohibiciones superyoicas, la persona del analista es representada en una forma castrante, peligrosa, asociada con una imagen del cuerpo más arcaica que en la que se representan a sí mismos.

Progresivamente, con los años, a través de esas representaciones del cuerpo gráficas y plásticas anteriores a la primacía del erotismo genital, iba surgiendo una nueva comprensión, una comprensión del niño en situación de relación a través de su cuerpo. Las fantasías vinculadas al dibujo y al modelado libres están emocionalmente articuladas con la situación de transferencia sobre el analista, lo cual permite la reevocación liberadora de emociones inconscientes ansiógenas, fuente de las perturbaciones neuróticas.

Aunque conscientemente, por las palabras, un niño pueda decir (test de Binet-Simon): "una mamá es una señora que nos da de comer", también puede mostrarnos, en las relaciones vividas inconscientemente y representadas en dibujo, que siente a su madre como una bruja dispuesta a envenenarlo; o, si es fóbico, puede representarla en pantera dispuesta a devorarlo, en tanto que él mismo reviste la forma de un conejo; o también, ella es un cervatillo que él, cazador, está matando, etc. Si bien otro niño puede decir que su padre "trabaja para traernos dinero y que también está allí para reprendernos si no nos portamos bien", nada es más real, en el sentido de la vivencia emocional, que representar ese mismo padre en modelado en forma de un mueble estorboso e inútil, un sofá poco sólido al que

<sup>3</sup> Acaso resulte interesante saber que niños realmente afectados, como los poliomiélicos o los mutilados, no introducen anomalías en su representación de la imagen del cuerpo, salvo si se trata de niños neuróticos por añadidura. El dibujo y modelado del niño en análisis es material preconsciente e inconsciente, para hablar en términos de tópica —ahora bien, la lisiadura es consciente.

se le caen las patas si uno se quiere sentar. Me acuerdo de aquel niño que, en un dibujo de su familia, se representó a sí mismo y representó a su madre como dos seres humanos, en tanto que el padre era un semihombre peligroso, un semiárbol. En este caso particular, el padre es, en efecto, tan regresivo por el alcoholismo, que el niño no puede identificarse con él sin volverse delincuente y pasivo al mismo tiempo: el niño ilustra de ese modo su situación "intrasistémica" edipiana. El yo de tal niño no puede desarrollarse sanamente hacia una situación edipiana, puesto que le falta un padre (situación intersistémica) que sea una verdadera persona, un ser humano masculino y socializado, con un yo responsable. El muchacho, que sin embargo quiere conservar a ese padre como imago, se desarrolla no cargando su cuerpo genital, sino recargando fálicamente las zonas erógenas viscerales (vegetativas) anteriormente dejadas de lado: los síntomas que lo trajeron al médico son la encopresis y la enuresis. Las imágenes del cuerpo visceral son asociadas, en su funcionamiento pasivo o activo pero asociado, con las representaciones vegetales, al mismo tiempo que con las representaciones paternas. Lo cual no impide que ese muchacho se comporte como posible victimario de su padre, gracias a una cinesis eficaz en familia, pero no socializada, y por ende peligrosa en sociedad para toda persona que constituya un obstáculo a la satisfacción de sus deseos. Sometido por su propio desarrollo a las presiones de su deseo edipiano, debería desear impedir que su padre posea genitualmente a su madre. De hecho, el ebrio se presenta a todos en la familia y sobre todo frente a su mujer como un agresor peligroso, sádico y destructor, y esto no sólo desde el punto de vista del niño (como en la situación fantaseada), sino en la realidad. La eficacia cinética del niño protege efectivamente a la madre y a los hermanos menores de los golpes del padre. El niño más fuerte que su padre ebrio, se siente entonces sin protección contra las presiones de su deseo incestuoso; pero la imago paterna vigila en lo que es presencia visceral en el interior mismo del niño y se mezcla con ella para desempeñar el papel castrador (intrasistémico): una madre no puede desear más a un niño siempre sucio que a un adulto siempre borracho. Este niño, abandonado a sí mismo, evolucionaría hacia una psicosis o una delincuencia que son actualmente tenidas a raya ambas por su neurosis, cuyos síntomas orgánicos lo trajeron al psicoanálisis.

Vemos por estos ejemplos cómo las nociones abstractas de la

tópica —ello, yo, yo ideal, ideal del yo, superyó— son ilustradas alegóricamente. Estas ilustraciones, con las asociaciones y las fantasías que van a animarlas, nos aportan la confirmación cotidiana de los puntos de vista geniales de Freud. Tenemos la prueba de que se trata efectivamente de instancias, y esta palabra traduce perfectamente su fuerza presentificante.

Estas instancias, o fuerzas presentificantes, son directamente tangibles en todas las composiciones libres, gráficas o plásticas, que son otras tantas verdaderas fantasías representadas.

El mediador de esas presentificaciones, en las representaciones alegóricas, ha resultado ser específico: es la referencia al *cuerpo*, ya esté directa o indirectamente implicado en su anecdótica existencia actual.<sup>4</sup> A ese mediador, proponemos, pues, llamarlo la *imagen del cuerpo*.

La observación de los dibujos libres obtenidos desde hace más de veinte años de nuestra práctica psicoanalítica nos ha permitido comprender que, tras situaciones alegóricamente representadas, algo más estaba simbólicamente incluido. Era una representación de lo que es sentido tal como deriva para cada quien de las condiciones propias de su cuerpo, tal como cada quien lleva su imagen en su inconsciente como sustrato simbólico de su existencia, e independientemente de su actualización en una expresión dinámica.

El cuerpo material, lugar del sujeto consciente, lo espacializa y lo temporaliza a cada instante. *La imagen del cuerpo, por el contrario, está fuera del espacio y del tiempo, es algo puramente imaginario* y expresión de las cargas de la libido.

Si bien hay en las mímicas una influencia de la imagen del cuerpo en el propio cuerpo, y visible por los demás (lo cual puede volverse un lenguaje consciente, como en los actores profesionales), no hablo aquí sino de las representaciones culturales, dibujos, modelados hechos con ayuda de *otra materia prima* que el propio cuerpo. Toda idea moviliza afectos inconscientes y, para expresar la idea, los afectos movilizados se proyectan en formas que, nacidas de nuestra imaginación, se comunican a la imaginación de otro humano por intermedio de la imagen del cuerpo que está inconscientemente implicada en ellos. Toda representación de alguna cosa, de algún ser, alguna criatura,

<sup>4</sup> Esto es, que se encuentre o no en el dibujo o el modelado las formas del cuerpo humano. Véase más adelante.

alguna situación, alguna idea que reconocemos como conforme, o sea que alcanza su fin evocador o representativo para nosotros mismos y para los demás, es la imagen o una de las imágenes que podemos hacer, revestida (o contaminada) de nuestras sensaciones con respecto a aquella cosa, aquel ser, aquella criatura, aquella idea.

La imagen del cuerpo inconsciente es una síntesis viva, actual en todo momento, de nuestras experiencias emocionales repetitivamente vividas a través de las sensaciones erógenas electivas, arcaicas o actuales de nuestro cuerpo; una emoción evocadora actual orienta la elección inconsciente de las asociaciones emocionales subyacentes a las cuales permite aflorar. La imagen del cuerpo, sólo después del Edipo, es proyectable en la representación humana completa. El yo del sujeto se vincula entonces definitivamente con la imagen específica humana monosexuada, conforme con la fisiología del cuerpo material. Su representación puede ser íntegra, aun si un accidente o una enfermedad acaecida después de los cuatro años ha lisiado el cuerpo de la persona que dibuja (experiencia con jóvenes poliomiélticos): la imagen del cuerpo parece derivar, pues, de elaboraciones simbólicas de las relaciones emocionales con los padres, y no de las relaciones sensoriales, como tales, con ellos. Por el contrario, un adulto físicamente sano, cuyas relaciones emocionales están perturbadas por una neurosis, puede ser incapaz de relacionar la representación de una cabeza con la representación de un cuerpo humano o aun de representar una silueta completa, en movimiento de marcha por ejemplo. No se trata aquí de la ejecución del dibujo o del modelado, se trata de la imposibilidad de una representación de movimiento del tipo más primitivo que sea.

Por lo demás, la imagen del cuerpo puede proyectarse en todas las representaciones, cualesquiera que sean, y no sólo en representaciones humanas. Así, un dibujo de objeto, de vegetal, de animal, de humano está hecho a imagen a la vez de quien lo dibuja y de lo que él lo quisiera, conforme con lo que se permite esperar de él. Un ser humano no puede, sin psicoanálisis (y aun después, pues siempre le quedan resistencias residuales), imaginar cualquiera cosa, ni aceptar que cualquier cosa sea representada de cualquier manera, para quedar satisfecho con ella, para decir de ella: esto está bien (lo representado, repito, no quiere decir aquí obligatoriamente el dibujo figurativo).

Todas esas representaciones están simbólicamente relacionadas con las emociones estructurantes de la persona humana a través de las sensaciones de realización valorizadas durante la evolución libidinal, que confiere la primacía a zonas erógenas electivas (lugares del cuerpo) y la desplaza de lugares del cuerpo a otros lugares del cuerpo, a medida que va creciendo y evolucionando cada uno en el cuerpo de su sexo y de la atracción fuera de sí por el sexo de otro cuerpo.<sup>5</sup>

De todas estas representaciones, nos ha parecido que algunas son sumamente precoces —en cuanto el desarrollo músculo-nerioso permite a un niño sostener un lápiz o manipular la plastilina, nos da de aquéllas la expresión visible. Pero lo que aún no es expresable gráfica y plásticamente es, desde hace tiempo, un lenguaje interior.

Esas posibilidades de representación, una vez adquiridas, permanecen durante toda la vida del sujeto, y se ponen, a medida que evoluciona, al servicio del lenguaje complejo que representa un dibujo de adulto. Algunos adultos, que ya no saben dibujar, son todavía capaces, como lo prueba el relato hablado de los sueños y de las fantasías, de imaginar y describir verbalmente; saben buscar en los artistas la liberación de una expresión mediadora que ellos mismos habían poseído en la edad de la organización infantil y luego prepubertaria de la libido y que perdieron con la primacía de la organización genital; saben, por último, emocionarse con el espectáculo del mundo y, por intermedio de la imagen inconsciente del cuerpo, establecen contacto con todo lo que, en ese mundo que los rodea y en las obras artísticas, cobra, para ellos, un sentido emocional.

Es por la observación de los dibujos de niños, y por las correspondencias flagrantes entre la clínica y su dibujo, como pudo surgir esta noción del cuerpo de relación imaginado, desde su esbozo hasta su acabamiento. La representación gráfica que podría decirse preconsciente y consciente es muy posterior a la simbolización inconsciente aún no representable por el sujeto, la cual ya es contemporánea, según parece, de la vida fetal. Las representaciones plásticas de la imagen del cuerpo fetal no aparecen sino hasta los tres años de edad, después de la adquisición de la autonomía vegetativa y cinética del cuerpo del niño con respecto al cuerpo de la madre. Las reacciones clínicas psicoso-

<sup>5</sup> Por eso es que la imagen del cuerpo no es el "esquema" corporal, si bien el esquema corporal contribuye a su elaboración.

máticas precoces son esclarecidas cuando se las comprende como un lenguaje cuyo mediador es el cuerpo propio con respecto a una imagen del cuerpo invalidada por perturbaciones intersistémicas. En las producciones de ciertos psicóticos podemos encontrar esas imágenes arcaicas en estado aislado. En los niños y los adultos las encontramos, pero rara vez aisladas y, en el contexto de una transferencia analítica, combinadas con representaciones mucho más evolucionadas respecto a las cuales pasan a menudo desapercibidas. Las asociaciones dadas a propósito de esos fragmentos de dibujo o de modelado son las que permiten considerarlas como reminiscencias de la imagen del cuerpo arcaico de la época fetal y oral precocísima.

Muchas emociones debidas al contacto del hombre con la naturaleza se deben, de ese modo, a la vivencia prehistórica inconsciente del sujeto y despiertan en él la reactualización de una imagen del cuerpo simbiótica de las etapas fetal, olfativa, oral pasiva y anal pasiva.

*La imagen del cuerpo como cuerpo humano no aparece sino tardíamente en la evolución libidinal:* confirmando la observación clínica de que el niño no se sabe varón o hembra sino hasta los tres años y que considera esta pertenencia a la raza humana como un caso particular de su relación con sus padres, lo cual no impide, en la vida imaginaria, la superposición de su pertenencia al mundo de las cosas, de los vegetales, de los animales. No será sino con el establecimiento del complejo de Edipo que la magia sustantiva de las formas dejará de alcanzar la imagen del cuerpo humano (representativo del yo) en su simbolismo sexuado. El yo ideal (el ideal del yo a veces) se representará en formas humanas; pero el ello y el superyó permanecerán ambiguos en sus representaciones, y la imaginación seguirá atribuyéndoles formas arcaicas de la imagen del cuerpo.

Todo lo perteneciente al ello, por naturaleza o por represión, es imaginado como representable en los cuatro elementos en calidad de sustrato cósmico; luego, en el mundo mineral y vegetal, es aprehendido como desprovisto de intencionalidad respecto a los humanos, aunque pueda ser destructor o clemente, imagen desértica o de exuberancia fecunda, según las emociones orgánicas y el momento vivido por el sujeto. Con la instalación de la situación edípica, las instancias son representadas a menudo por animales (el CAT<sup>6</sup> utiliza este mediador) y, antes

<sup>6</sup> Test con ayuda de imágenes de animales en situación.

de su resolución, pueden ser representadas por el gorila y la mona, según el sexo del sujeto.

Masa, ritmo, intensidad, velocidad son los atributos de la imagen más arcaica del cuerpo vivido; así, podrían considerarse como representantes del ello los ritmos del trazado, las líneas abstractas, los ritmos de descarga, la fuerza de apoyo del trazo, en que velocidad e intensidad desempeñan un papel. El efecto se expresa en su calidad y en su intensidad por los valores de colores.

Del ello indeferenciado, se diferencia un pre-yo al mismo tiempo que el niño reconoce a su madre en que ella provoca en él el hambre que ella calma. Es por las sensaciones del cuerpo como se presentifica, en una dialéctica interhumana, el yo primero heterónimo y luego autónomo.

Es por la observación y por una documentación muy extensa como se nos presentó la existencia de una imagen del cuerpo memorizado vivido, que presentifica el pre-yo, luego el yo, sentida como doble en todo momento: en una sensación pasiva y en una sensación activa. Esas dos imágenes, cruzadas como la trama y la urdimbre de un tejido, ambas tan indispensables para lo que es sentido por un sujeto sano, pueden ser afectadas una u otra por las barreras del superyó, pueden ser exaltadas una u otra por la atracción del ideal del yo, pueden ser invadidas por el ello.

Se trata:

1] de una imagen del cuerpo en reposo, fuera de toda tensión, que llamamos *imagen de base* para cada etapa considerada, y en que domina la noción de masa formal: lugar de seguridad continua;

2] de una imagen que le está vinculada, fluctuante como las tensiones, *imagen de funcionamiento*, imagen discontinua en que domina la noción de zona erógena bajo tensión y en busca de la realización que calme la tensión.

La *imagen de base*, si la encuentra representada en un objeto, puede ser reconocida por el sujeto en una explosión narcisista de alegría y de exaltación en el sentido propio, que se traduce por una mímica dilatada y saltante de las manos o del cuerpo entero, una atracción violenta con ganas de abrazar el objeto y ponerlo en contacto con la zona erógena actualmente cargada: en la boca, entre los brazos, entre las piernas (tal es el caso de los globos, los palos, los animales de peluche, las muñecas, los carritos, etc.). Esta imagen y sus representaciones están vincu-

ladas a la vez al yo, en su función de especialización narcisista, y al yo ideal.

La *imagen de funcionamiento* es una representación de zonas erógenas activas de emisión o de recepción: de zonas erógenas de expresión, perceptibles como tales, y de zonas erógenas de impresión, que sólo él percibe; lo que se representa de ese modo son emociones de agresión o emociones de pasión. Puede ser puesto por el niño, de manera fantasada, al servicio del yo, en una acción creadora, o al servicio del superyó, en una acción inhibitoria.

Las representaciones de las relaciones intrasistémicas pueden utilizar varias imágenes del cuerpo basal y funcional en situación. Asimismo, las relaciones intersistémicas familiares, escolares, sociales pueden utilizar numerosas imágenes del cuerpo y de las zonas erógenas proyectadas según las relaciones intrasistémicas, transferidas a las relaciones intersistémicas.

Volvamos al estudio de la *génesis de las imágenes del cuerpo* en las sensaciones precoces de hambre calmada por la madre. Las sensaciones de llamado a la complementación digestiva (oral) se asocian con percepciones sensoriales repetidas en cada comida, que se volverán para el niño simbólicas de su cuerpo en situación de mamar. La ausencia de dichas referencias es para él ausencia de boca-para-mamar. Así, un bebé recién nacido alimentado al pecho, separado de su madre desde hacía tres días, rechazaba o más bien no deseaba ningún alimento, aunque estaba hambriento. Había perdido el "reflejo", o más bien el comportamiento característico posnatal de la abertura de la boca en busca del pecho. Ese "reflejo" (?) fue recuperado por ese bebé gracias a que se le acercó un biberón envuelto en una prenda interior recientemente usada por su madre, biberón que el bebé hambriento vació de un tirón. La imagen de su cuerpo digestivo, receptáculo por complementar, estaba ausente, porque la complementación específica de su cavidad olfativa por el olor de su madre no había sido obtenida previamente. Se necesitaba una respuesta materna a la pregunta planteada en el lugar de la zona olfativa, para que la pregunta vital de complementación nutritiva pudiera plantearse en el lugar de la zona erógena digestiva, recuperada en su totalidad de salida (la boca), de funcionamiento rítmico y de continente, el estómago vacío por llenar.

La vivencia de esa edad nos es apreciable por sus secuelas en

la imaginación. La representación gráfica y plástica nos es brindada por los niños mayores que, en la situación de transferencia analítica o en situaciones de abandono o de hambreamiento, pueden manifestar, siendo inconscientes respecto a ellas pero siendo estructurados por ellas, sus sensaciones corporales arcaicas.

El papel de los ojos, de los oídos, de la nariz en calidad de zonas, erógenas contemporáneas de la zona oral no ha sido suficientemente estudiado. Parecen estar vinculados al sentido tranquilizador o intranquilizador de las satisfacciones o de las insatisfacciones sentidas en esas zonas erógenas o en la masa corporal. De ello derivaría una noción continua del valor, a través de sus continuas variaciones.

Al parecer, según observaciones del abandonico parcial o total, vuelto psicótico por relajamiento o ruptura de la simbiosis posnatal, la función de absorción digestiva del niño de la fase oral precoz está vinculada a la percepción discriminativa olfativa de la madre, luego a su percepción auditiva, táctil y a sus ritmos cinéticos específicos en los cuidados de aseo y de tenerlo en brazos, así como a sus ritmos personales en la aportación de líquido nutricio.

Volvamos a la observación anterior. Después de la ruptura de la diada simbiótica visible madre-hijo, la zona erógena olfativa fue complementada por el olor específico de la madre, aunque ésta estaba ausente. Este olor es entonces símbolo de la madre: mediante él, la madre está presentificada; mediante él, la persona de la madre introyectada en las mamadas previas está presente en sus efectos creativos. La completud olfativa crea la presencia imaginada de los pechos maternos ausentes, al mismo tiempo que del tubo digestivo hambriento y que sabe mamar, que también faltaban: su imagen estaba enajenada para el niño en ausencia del cuerpo materno.

Aquí aparece una jerarquía espacio-temporal, nacida de las condiciones de presentificación simbólica de la madre; es una imagen de cuerpo ya complicada, "preyoica", "elloica". Un tiempo de latencia sigue a la repleción gástrica, antes que el lactante entre en el sueño de la digestión. En cuanto se realiza la repleción, el lactante emite sonidos de la laringe, especie de ronroneo que conocen todas las madres en todas las latitudes y que aquellas que son maternas repiten en eco al unísono, asociándolo con palabras de cariño.

Después del vaso comunicante de cuerpo a vientre, sigue el de rostro a rostro. Durante el mismo tiempo, el niño satisfecho,

tranquilizado por estar en brazos, inmerso en el olor y las sonoridades vocales de su madre, emite también, en el polo cloacal, el contenido excrementicio. El estar en brazos implica para el niño experiencias táctiles que restauran la existencia externa de sus límites tegumentarios en el mismo momento en que el recto experimenta la sensación de vacío que trae consigo el movimiento peristáltico del tubo digestivo. Este último movimiento, autónomo, une los dos polos del tubo digestivo uno con otro por las vías internas, mientras que la persona de la madre, externa por su masa, sus miembros palpantes y cargadores, une la masa total del cuerpo del niño en una sensación táctil y de densidad. A través de esta sucesión de pruebas y de alegrías, esta pulsación pre-yo ausente/pre-yo presente en *segmentos alternantes de corporeidad*, la diada madre-hijo se presentifica repetitivamente en vivencia rítmica incorporada-descorporada, peristaltada. La dependencia peristáltica interna, activa, visceral y mucosa, es continua (del lado del niño), y se topa con dependencias variables, discontinuas, externas, cutáneas y cinéticas pasivas (del lado de la madre). Lo que persiste de las sensaciones, su permanencia, se debe a las salidas y a los tegumentos. Las salidas, que no pueden funcionar sin la presencia ajena, se vuelven lugares privilegiados del cuerpo, lugares de expresión, señales o símbolos según las maniobras reaccionales de la madre y las emociones reconfortantes o desconfortantes con las que acompaña inconscientemente la maternalidad.

Así, las satisfacciones orgánicas del niño pueden colmarlo o desposeerlo en su imagen de cuerpo, según los afectos inconscientes actuales de la madre. La necesidad o el deseo que tiene de su hijo para sentirse entera puede desposeerlo, siendo el niño entonces para ella un sustituto fálico o el sustituto de una imagen sentida como mutilada, en el caso en que su cónyuge ya no satisfaga a la mujer erótica ni emocionalmente. Cualquiera que sea el sexo del niño, esas emociones inconscientes lo despojan más o menos profundamente de su imagen de cuerpo en curso de constitución. La persona maternante, símbolo de satisfacción sustancial, se convierte al mismo tiempo en símbolo de descorporificación mutiladora. La fórmula, específica de cada relación entre tal o cual niño sexuado y tal o cual mujer maternante, sirve de origen a la primera imagen del cuerpo del pre-yo, en lo que tiene de ausentizado o de frágil para tal o cual parte del cuerpo; ésta habrá de asumir, en el desarrollo de la vivencia, una primacía emocional transitoria. Esta fragilización latente

sólo aparecerá en la época en que el lugar del cuerpo de que se trata servirá de soporte para la imagen funcional erotizada.

Estos ataques inconscientes a la imagen del cuerpo en el esbozo que de ella se hace durante las etapas oral y anal pasivas orientan las reacciones de defensa del niño, específicas también de esa etapa precoz; éstas se expresarán, si sobrevive hasta la edad edipiana, en *términos edipianos* de angustia, de violación o de castración.

En el momento de la diada madre-lactante, el niño se siente como ovalado o esférico, turgente o flácido, tangente al cuerpo de la madre, otra esfera ovoide. El clima de su presencia olfativa-auditiva es sentido como penetrando la masa corporal de manera unificante, más allá de las satisfacciones de penetración sustancial del alimento; la primera esfera está centrada respecto a un solo polo cuspidal, y la otra, que se volverá la masa cefálica, por la cavidad y sus salidas (nariz, orejas, boca), representables por uno, luego dos, luego tres centros de intercambios (y no cinco todavía).

Más tarde, el dominio de los músculos finos de las extremidades permitirá al niño, al artista a veces, manifestar todo ello por el dibujo y el modelado técnicos, que serán a su vez herederos de las secuelas —valorizadas culturalmente— de la actividad excrementicia yoizada.

Desde ahora, por la observación de los bebitos, vemos esas extremidades distales, manos y pies, funcionar a la manera de mandíbulas prensiles, y todo el cuerpo expresar su búsqueda de una respuesta por el genio del movimiento ritmado, continuo, derivado del movimiento peristáltico traspuesto en la diversas partes, fragmentadas, del cuerpo.



Figura 1. Trazos primitivos rectos y curvos en su combinación figurativa.

Las primeras y más precoces representaciones gráficas del sentimiento de vivir en el cuerpo son líneas finas, rectas, como delgadas briznas de hierba cuyo trazo es acentuado al principio y ligero después, especies de comas alargadas, luego idas y venidas que forman un garabato. La representación del funcionamiento de la inteligencia (integración perceptiva) es una línea enroscada sobre sí misma en un grafismo de espiral más o menos bien ejecutada (figura 1a).

Luego vienen líneas que delimitan espacios ovalados más o menos cerrados; el interior está hecho de amplias mallas de esas líneas entrecruzadas que rebasan, como largos filamentos, el límite de la superficie, con centros de integración (figura 1b).

El modelado referente a las representaciones nacidas en esa época no es sino desmenuzamiento, con ostentación de los pedazos. Todo esto no constituye todavía imágenes del cuerpo sino representaciones funcionales fragmentadas del pre-yo, o también del ello, en curso de diferenciación. Dichas representaciones sirven de base para fantasías olvidadas tan pronto como se piensan; el niño no reconoce ser su autor, pasado el minuto en que las traza; o, si reconoce ser su autor, declara que representan otras imágenes que las que había anunciado durante el momento en que las dibujaba.

La primera representación modelada e imaginada del cuerpo vivo, asumida por el niño, reconocida como tal posteriormente, es un largo cilindro peristáltico (serpiente de abultamientos), formado de pedazos pegados, imagen del cuerpo digestivo mucoso, que avanza tanto a través de la madre como a través del niño; el alimento es sentido como esférico antes de ser fragmentado por asociación con la masa cefálica de la madre y con el pecho, y esférico nuevamente después del paso por el tubo digestivo y la expulsión que lo devuelve a la madre. Es la representación del pre-yo, es un dibujo de niño que habla en situación de dos pronombres: yo-tú (figura 2).

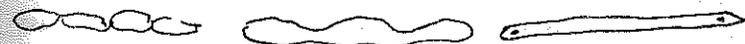


Figura 2. Primeras representaciones modeladas de la imagen del cuerpo digestivo funcional.

El *pre-yo ideal*, en esa edad de la diada, es representado por la forma yerta de una bola dotada de una cola apical. Esta jerogamia, promovida a la perennidad por la imaginación, será la primera representación del ser humano: en el grafismo, círculo con una cola; en el modelado, cereza, boliche, hongo; la dinámica de la imagen inscrita en ese modelado es representada por la torsión "estética" del pseudópodo sobre la masa (figura 3).

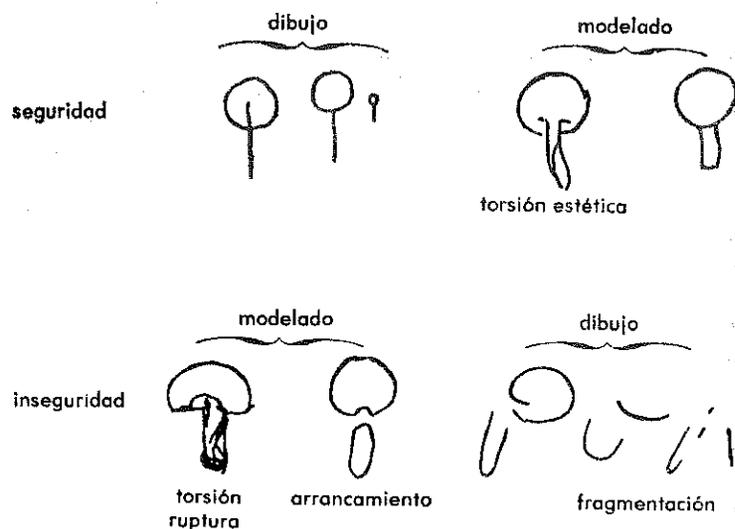


Figura 3. Primeras representaciones de la "prepersona" y sus experiencias libidinales mediatizadas por la imagen del cuerpo-diada madre-hijo digestiva.

El *pre-superyó*, heredero de la angustia de pérdida de la madre olfativa, después de la de la madre placentaria a quien fue dejado el cordón umbilical, se representa por un arrancador que separa las dos partes complementarias: como mandíbula, garra, cuchillo, tijera. La parte esférica, seguridad de base de la semidiada que es el niño, podría romperse por desgarramiento (como las membranas amnióticas), la parte caudal desaparecer por engullimiento o fragmentación como el bolo alimenticio o el bolo fecal. El agente de esta angustia es má-

gico: veneno, fantasma, etc., agente penetrante visible o invisible, representado por una emoción, una sensación (el vértigo por ejemplo) o por su efecto, la detención de algo que era sentido como vida o condición del vivir; o sea la irrupción de lo *no soportable*.

El *ideal del pre-yo* es la omnipotencia en la omniseguridad; es representable por el despliegue sin límite, el relleno de las superficies, el empotramiento, la hermosa casa, el bello barco. Por esa razón, la prueba prolongada de una necesidad insatisfecha de recobrar la diada madre-hijo, que puede provocar el bloqueo de la vida sustancial, puede también provocar la muerte simbólica por engullimiento, destrucción intrasistémica de la masa única por absorción de sí misma en su propio polo absorbente, y fragmentación de la imagen del pre-yo. Es la pérdida de una imagen del cuerpo residual de la experiencia fetal, antes aun de la instalación de un narcisismo primario (diada introyectada duradera, más allá de las secuencias de la ausencia materna).

Este riesgo de muerte por pérdida de la referencia al hambre de vivir (cuyas premisas pudieron observarse en el ejemplo citado de la impotencia de mamar en un lactante separado desde hacía tres días de su madre) no es el instinto de muerte; es la muerte efectiva por desposesión de una parte de la imagen del cuerpo; el repliegue regresivo a las imágenes anteriores resulta inútil y estéril, y aquellas imágenes arcaicas incompletadas son abandonadas a su vez por agotamiento pasivo de una espera de complementación (sustancial y emocional) valorizadora, que tardó demasiado en venir. (La viabilidad intrasistémica se agota aquí por pérdida del objeto de encuentro intersistémico.)

Todo lo contrario es el fruto de experiencias de saciedades regulares. Las zonas erógenas son turgentes, si son satisfechas a los ritmos convenientes (dichos ritmos son específicos para cada diada madre-hijo y es en este sentido, respecto a una simbólica de los ritmos más o menos bien acordados pero compatibles con la salud del niño, como el *superyó de la madre* informa el funcionamiento biológico de su feto y luego de su lactante).

La certeza continuamente repetida de la diada reformada durante el sosiego sustancial lleva al niño, esa semidiada, a introyectar al otro y a considerarse por ende como objeto perenne de una presencia del otro memorizado. Pero ese objeto, ese pre-yo, sometido al cuerpo solo, y limitado por los tegumen-

tos y la densidad de masa, cierra el sistema y trae consigo la angustia superyoica ya citada (engullimiento del pre-yo, imagen de base, por sus propias zonas erógenas, imágenes dinámicas de funcionamiento).

La avidez de contacto con la madre por las vías sensoriales, antes, durante y después del pecho, durante el período que separa la repleción digestiva del sueño, aumenta de día en día. Esas zonas erógenas de acompañamiento han aprendido a permanecer bajo tensión, para sobrevivir al alejamiento o a la ausencia de la voz y de la presencia corporal de la madre que sigue a las comidas.

Un lactante que su madre no rechaza con gritos o brusquedades cinéticas cuando expresa su sufrimiento o su alegría desarrolla un segundo registro, el del vaso comunicante de las sensaciones emocionales vocalizadas y gesticuladas como eco a las modulaciones de palabras de la madre, a sus mimos, a la expresión de su cara. Parlotea *bonito*, está *bien*. Expresa por un prelenguaje la existencia de lo "bueno de ser", más allá de las satisfacciones y las menudas insatisfacciones sustanciales. Esas emociones pueden colmar las ausencias momentáneas del cuerpo tumesciente que aportan las inevitables pruebas de desritmo, de disfuncionamiento sustancial en la diada entre madre-alimento-excremento (subjetiva) y madre-soporte del niño (objetiva) en la etapa de las sensaciones digestivas voluptuosas. Se crea así una segunda diada, de comunicación no sustancial, que se asocia con la primera, pero que puede ser independiente. Es el parto del yo intuitivo por el pre-yo que fecunda el amor sentido en la maternalidad. El narcisismo se desplazó de lo sustancial (carnal) a lo emocional que se vuelve a veces el más importante y que una palabra expresa: "bello o no bello".

La introyección de la diada emocional, asociada con numerosas sensaciones gustativas, táctiles, auditivas, visuales, cinéticas, abre al niño el registro capital del narcisismo secundario, gracias al cual la actitud educativa de la persona maternante podrá brindar una seguridad de amor, más allá de la contemporización de las satisfacciones carnales. Se trata de una elaboración simbólica, ética —bueno, bello/malo, feo— del propio cuerpo jerarquizado por el rostro de la madre. A partir de ahí, todos los obstáculos para un sosiego sustancial, procedentes de las condiciones materiales y de los límites del cuerpo, son sentidos como peligrosos, por cuanto falta al displacer carnal la compensación del sosiego emocional brindado por una madre

cariñosa a su bebé que sufre y que está solo. La diada sustancial narcisista asociada con la satisfacción de las necesidades (pre-yo ideal) puede disociarse o romperse, ocasionando el mismo desastre para la diada de comunicación en la etapa del prelenguaje, asociada al deseo, diada cuya presencia narcisista se constituía durante las ausencias momentáneas del soporte materno.

Volvamos a la representación gráfica y plástica de las relaciones madre-hijo, que dejamos en la forma círculo con una raya perpendicular descentrada: la bola con una cola.

Esta etapa de representación va seguida de la de las dos bolas (en modelado, del  $\infty$  en dibujo). Al parecer, se trata en este caso de la representación del narcisismo primario. Una de las bolas está asociada a la masa abdominal, glútea, cloacalmente interesante en el contacto con la madre, cuyos "palpos" tegumentarios y la boca mucosa, así como los pechos, delimitan las zonas de existencia (figura 4).

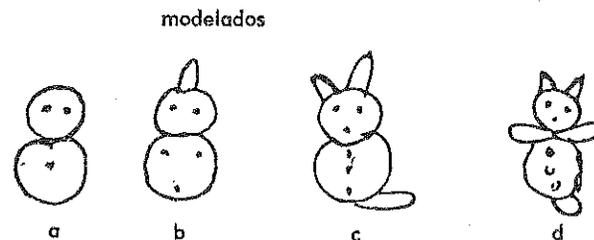


Figura 4. El narcisismo primario-imagen del cuerpo de la dialéctica oral estructurante, articulación de turgencias esféricas y fállicas.

Se asiste entonces a la aparición de puntos de interés: las salidas del rostro, un punto o un hoyo dibujado en el centro, luego dos lado a lado, luego la bola cefálica; y un hoyo central para la bola abdominal. Luego, tres puntos o tres hoyos que representan los sentidos, dos ojos, una cavidad. En el mismo momento, el hoyo umbilical deja su lugar a dos y luego a tres hoyos verticales; la masa oscura de los cabellos y la observación de las orejas llevan al niño a dotar al personaje de un tocado si representa a una persona, de orejas si representa a un animal (muy a menudo un gato).

El palo que había dejado su lugar a la segunda bola se ha desplazado y sirve, multiplicado, para representar los miembros, cuatro primero en ambos sexos, luego cinco sobre todo en el varón, cuyo polo genital comienza a dejarse sentir narcisistamente y es representado como miembro de función y valor particular.

La noción de yo animal al servicio de un yo ideal humano advino, si bien la noción cognoscitiva reflexiva de la pertenencia a un sexo no ha aparecido todavía: el padre y la madre son cognoscitivamente para el niño seres familiares complementarios de su vida funcional pero no corporeidades sexuadas. La representación de los miembros se hace primitivamente como la de los palpos manducantes dentados, puntiagudos o agujereados en su extremidad, antes de ser como flores de dos, tres y luego cinco pétalos, que representan los cinco dedos entre los cuales el oponible aún no tiene su representación. Los miembros son lo que alcanza la madre sustancialmente con sensaciones distales del cuerpo del niño, y tangenciales del de la madre; se asocian al alimento tanto para los miembros superiores como para los miembros inferiores, luego sufren una discriminación experimental, asociando los miembros inferiores a la función excrementicia. Los miembros, por cuanto no se separan del cuerpo por fragmentación, no son consumibles, se diferencian del bolo alimenticio y del bolo fecal. Ni las manos y antebrazos que sirven para comer ni los miembros inferiores que sirven para evacuar desaparecen con la limpieza. Por lo tanto, no son cortables ni consumibles.

Hay que esperar la edad de la percepción comparativa de la forma del sexo para que la arcaica fantasía de consumo o de participación del cuerpo en asociación con el digestivo superyoizado por la madre erotizada como buena boca (que sabe escoger lo bueno de comer) o mala boca (que desgarrar y muerde lo malo), para considerar al lobo devorador de mitones y de todo lo que se le parezca, cuando actúa "no bello" (o sea no valorizado buena boca a los ojos de mamá).

Cuando la noción de sexo aparece implícitamente, si no explícitamente, su ilustración es en seguida visible, tanto en modelado como en dibujo; los machos tienen un bastón o una pipa y las niñas tienen una bolsa, a veces un globo (figura 5).

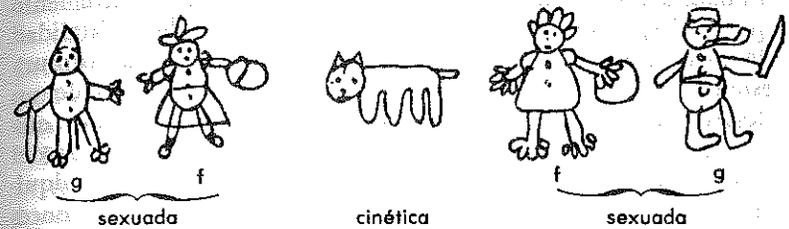


Figura 5. Imágenes del cuerpo preedipiano narcisista, genitalizado. La persona está representada por la verticalidad del eje del rostro en continuidad con la verticalidad del eje del cuerpo simétrico. La imagen del cuerpo pregenital es representada por animales.

En cuanto a la representación de la diada emocional, ésta se relaciona con los colores y con la estética. "Ese niño no tiene suerte, decía un niño de vinticuatro meses al ver y al escuchar a una arpa aullándole a su vástago que se había caído, tiene una mamá fea, es roja." La armonía apaciguadora de las tensiones intersistémicas e intrasistémicas madre-hijo se expresaba, para él, en el "azul" con el que calificaba a las mujeres bonitas.<sup>7</sup>

Es a partir de la carga cinética confirmada cuando el yo del niño se confunde con el cuerpo más en situación dinámica que conozca, dinámico y en curso de realización erótica sádico-anal, sublimada o no (cortando flores, frutas, yendo al mercado, saliendo de paseo). La identificación con la madre por introyección del comportamiento de ésta permitió que el yo se invistiera como objeto por sí mismo, en su estructura (que gráfica y plásticamente es representada como barco, casa, muebles) y en su funcionamiento autónomo (animal, objeto mecánico, tren, auto, avión).

El niño que hablaba de sí mismo en tercera persona, haciendo siempre fatalmente lo que mamá decía que había que hacer o lo que ella hacía, ese niño dice "no", al mismo tiempo que habla de su persona con el pronombre "mí"\* seguido de un

<sup>7</sup> Cualquiera que fuese el color de su ropa.

\* Cabe preguntarse si esta disociación por etapas de los pronombres *moi* y *je* se produce también en personas de habla española, pues ambos pronombres franceses suelen traducirse por "yo" [r.].

verbo: "Mí quiero esto, mí quiero esto otro."<sup>8</sup> Identifica su unidad, sentida como autónoma y actuante, con el excremento que se desprende del polo cloacal. Se desprende de la fatalidad de asentimiento, descubre la libertad del "no". Esta ruptura esténica es una realización que, si proviene del hecho de un desarrollo del niño aceptado por la madre (y no de que ella lo rechaza o lo padece con resignación), lleva los frutos del advenimiento del pronombre "yo", que permanece adquirido aun si el cuerpo recientemente autónomo es entonces rechazado por la madre o se aleja de ella. Es durante el período de maduración de esta realización de la autonomía cinética cuando hay sensibilidad a la separación de la madre y cuando, si llega a producirse una separación entre la madre y el hijo, ésta constituirá un *traumatismo* psicofisiológico. Ese *yo nuevo* habla de él en primera persona, sostenido por un yo ideal conforme con la especie y proyectado en la imagen del cuerpo de un mayor del mismo sexo, imaginariamente solidario del padre de ese sexo, que, hasta el Edipo, se confunde con el ideal del yo. Todavía no puede asumirse sujeto en conductas jerarquizantes, si, a consecuencia del rechazo narcisistamente sentido por los adultos en presencia del "no" expresado por el niño, la masa volumétrica de los adultos es presa de sensaciones de depresión, que expresan por gestos directa o indirectamente mediante agresiones de enmascaramiento. La depresión del adulto es sentida e imaginada en el cuerpo del niño, por contaminación en espejo, como una pérdida de turgencia de la esfera cefálica o de la esfera abdominal, una pérdida de la turgencia fálica de los miembros esqueléticos y también del sexo (tanto en la niña como en el niño), contaminando peligrosamente de desvitalización el cuerpo del niño (el yo ideal castrador oral hereda imágenes del superyó oral de función secante y engullente, que se ve fortalecido, inhibiendo un yo ideal anal de aceptación del desprendimiento). El yo recientemente elevado al dominio de la cinesis, al servicio de la identificación con una persona activa, corre peligro entonces de apartarse del ideal del yo anal para volver a un pre-yo sin jerarquía. La conquista de la autonomía exitosa es representada en una imagen del cuerpo en que la jerarquización entre la masa cefálica (con

<sup>8</sup> Este llamado "mí" (*moi*), constituido por referencia al otro, llamado "tú" (*toi*), es pegado al verbo en la segunda persona y no, como podría creerse, en la tercera (en francés confundidas auditivamente) o en la primera. También sucede que ese "mí" se pegue al verbo en infinitivo.

su cara), vuelta inseparable de la masa ventral prolongada de sus miembros, es sostenida por un falismo agresivo oral que corona la cabeza (corona, quepis o sombrero puntiagudo). Los miembros son representados como portadores de símbolos sexuales camuflados en objetos útiles, en virtud de un falismo agresivo, anal y oral (horquillas, palas, hachas, fusiles, pistolas, cuchillos).

El *papel de sostén del yo ideal*, relacionado normalmente con la turgencia de las imágenes del cuerpo basal y del cuerpo de funcionamiento cinético y sexual, es desempeñado por el comportamiento esténico y emocionalmente complementario entre sí de los adultos padre y madre. El niño los siente, al principio, como una diada bicéfala, luego bicorporeizada, luego como una asociación complementaria y articulada de potencias, que representa en la forma mítica del rey y de la reina en sus dibujos, modelados y fantasías.

Los padres permiten, en la mayoría de los casos (si dejan que el niño diga "no" cuando actúa "sí" en su identificación con la persona de su sexo, yo ideal), que se conquiste la autonomía, con la plena conciencia que tiene entonces el niño de sus formas corporales y de sus localizaciones (sensoriales) eróticas.

La jerarquía ética, heredada del narcisismo secundario, apunta a alcanzar el yo ideal sexuado, con ayuda de las prohibiciones del superyó oral y anal, prohibiciones puestas al servicio de un ideal del yo sexuado. Las prohibiciones superyoicas son vividas como imágenes de peligros (caídas, aplastamientos, palos, látigos, armas), que inhiben el funcionamiento erótico de la imagen del cuerpo asociada al yo. Dichas inhibiciones son tranquilizadoras y temporales, permiten una acumulación de tensión en una prudencia de comportamiento que fortalece una imagen de base en seguridad, lo cual preserva al niño de toda neurosis fóbica. Esta acumulación de energía permite que el niño alcance la primacía de la zona erógena genital, que lo introduce, a pesar de la angustia de castración y a causa de ella, en la situación edípica. El yo genital suele representarse como animalizado —el centauro raptando a una mujer—, en tanto que el yo ideal tiene forma humana —Apolo (es el frontón del templo de Olimpia); el pre-yo anal-uretral es representado como bandido, mientras que el yo ideal anal-uretral lo es como gendarme: el indio y el vaquero, son aquí otra versión; el ello es representado como simio antropoide o como mona —según el sexo—, como mamífero no verticalizado peligroso, como clima geográfico inhospitalario, volcán, río. La imagen del cuerpo

basal, en toda edad, es representada por la casa, el barco, el coche; a veces, las características del rostro se encuentran traspuestas en estas representaciones: prueba de una presentificación del yo ideal subyacente a toda estructura mediadora de intercambios del sujeto con el mundo ambiente.

Se trata aquí de un trabajo apenas esbozado referente a la imagen del cuerpo. No puedo profundizar más en el presente marco; pero pensé que algunos ejemplos harían comprender la utilidad de este estudio en su aplicación clínica.

I. Un niño ve un frasco de mermelada, que desea. Las ganas lo impulsan a extender la mano. La noción de lo que está prohibido por la madre sobreviene, y el niño pone las manos detrás de la espalda, como para evitar la herida narcisista (por introyección) a la que sus manos se expondrían por el hecho de las manos más fuertes de su madre. En este ejemplo, vemos, ilustrada por un gesto, la imagen que el niño tiene de su cuerpo como yo atraído por el objeto de deseo (la mermelada gratificante), objeto para el yo ideal de lo bueno para ser comido. Pero la madre, ideal del yo, es pensada y el superyó interviene. El niño contemporiza su deseo; más tarde tendrá mermelada en condiciones socializadas.

El superyó puede ser contundente, castrante, quemante, como en el ejemplo de esa cantinela que gusta tanto a los niños, del gato que vio el asado que le tentó y puso la pata en el asado que le quemó. Aquí vemos una función inhibitoria, vinculada al hecho de que el objeto de deseo está prohibido por su pertenencia al adulto yo ideal.

II. Un niño de tres años juega solo a pasearse disfrazado de guerrero —quepis, cinturón, espada (conforme al yo ideal sostenido por un ideal del yo anal y genital aún homosexual). Dice ser soldado del general de Gaulle (estamos en 1946, después de la liberación de París a la cual asistió). Ese mismo niño le habla a alguien, exhibiendo simbólicamente sus micciones estéticas cuya trayectoria, asegura, llega muy lejos, y las califica de "pipí del general de Gaulle". Observemos que el superyó interviene, en conformidad con el ideal del yo que excluye la valorización de lo excrementicio en sí, y que el niño no se exhibe de hecho en el acto de orinar. El acto de excreción no tiene ya ningún interés vinculado a una exhibición frente a los adultos, como era el caso en el niño más joven, pues la carga anal del cuerpo propio ya no es conforme al yo ideal de la etapa anal. El acto narcisizante para el yo se orienta

obligatoriamente en el sentido de la identificación con los adultos (del yendo-deviniendo genital). El superyó, en tal economía, funciona para ocultar el acto en lo que tiene de excrementicio y, contradictoriamente, para verbalizarlo con orgullo en lo que tiene de honorable, en identificación con el adulto genital tal como lo supone el niño.

Ese niño, pues, situado así en su economía intrasistémica (como diría Lagache), es testigo, después de una conversación telefónica, de una emoción depresiva y avergonzada de su madre que ha cometido una falta mundana, el olvido de una invitación. El rostro de su madre se ha ensombrecido. El niño, sin embargo, no parecía nada atento a su madre, por lo absorto que estaba en su juego. El niño se inquieta, viene a rondarla, mirándola de reojo. Su rostro se "mimetiza" con el de su madre, luego le habla, pregunta la causa del cambio. La madre comienza por despacharlo: "No es nada. —Claro que sí, pones una cara un poco... —¿Un poco qué? —*Un poco no contenta contigo. —Sí*"—, responde la madre, y explica la conversación telefónica, los amigos que los esperaron anoche a cenar, a ella y a papá... "¿Qué va a decir papá?", pregunta el niño a su madre. "Se enojará conmigo", responde ella, "y tendrá razón". Al oír esto, el niño se aleja, y luego regresa, el rostro duro, grave, estéticamente agresivo, tieso en postura vertical, con un aire perseguido, y dice, tirando a los pies de su madre todos sus símbolos de panoplia: "Pues bien, si no estás contenta contigo y si papá está enojado contigo, ya nunca seré soldado del general, siempre seré malo, no tendré fusil, ni cinturón, ni casco, ni bandera, ni espada, *seré un nada.*"

El superyó está vinculado a las experiencias anteriores: a una imagen del cuerpo en que la identificación con la madre desempeñaba todavía, antes del período del *no* como expresión del rechazo de ser como las mujeres, antes de *sí* al yo ideal (ser fuerte como los libertadores) con quien el padre, macho y jefe de familia, está confundido, o sea a un yo ideal sostenido por la atracción del ideal del yo (a esa edad, es: volverse grande como papá para casarse con mamá, y tener hijos con ella). Pero, ante una prueba sentida como narcisistamente ofensiva para la madre, el niño se siente "contaminado" por la desvalorización de ésta. Esta contaminación se traduce, antes de toda reflexión para defenderse de ella, por el mimetismo del rostro. Hay que rechazar a la madre castrada como papá la rechaza; pero, en vez de permanecer ataviado con los atributos de la

virilidad, el niño se despoja de ellos y los echa al suelo como excrementiciamente. El yo, cuya autonomía es frágil todavía, reobedece a la antigua madre castrante, superyó ideal del yo retrógrado portador de los frutos que podríamos llamar decreativos: "Seré un nada."

Los vestigios de panoplia quedan en el suelo. La madre no manifestó ni desolación, ni enojo; tan sólo dijo que no era aquel atavío de soldado en el suelo lo que podría cambiar lo que sentía y que no diría lo contrario para darle gusto. El niño se aleja, mudo, porfiado, grave.

Pasan algunos minutos. El niño reflexiona en silencio. Regresa: "Oye, ¿después de que papá te haya regañado y que hayas enviado flores, estarás otra vez contenta contigo? —Claro. —¿Entonces papá dirá otra vez que eres una mujer buena? —Pues claro que sí. —¿Y reirás otra vez? —Claro que sí. —Entonces soy todavía un soldado del general de Gaulle", y vuelve a su juego dinámico. La persona en devenir recobró su estenia jerarquizada; la prueba intersistémica que había hecho vacilar la economía intrasistémica fue superada —aunque la madre siga sus propios ritmos, sus emociones y continúe su semblante descompuesto, el hijo sabe que el quebrantamiento de la pareja no está en juego. La seguridad ha vuelto. La persona está en camino, hasta la resolución edipiana.

Es después de esta última crisis, después de la resolución edipiana, cuando se puede hablar de la tópica tal como fue clásicamente elaborada por Freud y como la explicó el doctor Lagache.

La *imagen del cuerpo* se relaciona entonces definitivamente con la especificidad humana monosexuada y conforme con la fisiología corporal de todos los humanos del mismo sexo. El yo no puede identificarse para sus comportamientos sociales con otro cuerpo que no sea el suyo propio, mientras que puede, en su relación narcisista consigo mismo, imaginarse conforme con todas las etapas anteriormente experimentadas y con todas las representaciones introyectivas o proyectivas imaginables.

El *yo ideal* es imaginado en un cuerpo dispuesto a ser genitualmente atraído por todas las personas del otro sexo estéticamente válidas, con excepción de la madre.

El *ideal del yo* se relaciona con el éxito de una fecundidad comprometida, carnal, afectiva y *social*, en la dignidad de los intercambios éticos interhumanos. Es representado alegóricamen-

te en una imagen idealizada, de atributos gloriosos, radiante, engalanando la corporeidad humana.

¿Qué ha pasado con el *superyó*? Después del Edipo, es la conciencia moral, tan inseparable del sujeto como su propio cuerpo; es el sentimiento de su responsabilidad que le cierra el paso, por sentimiento (sano) de culpabilidad, a todo aquello de lo que, identificándose con sus amigos y con sus eventuales descendientes, no podría felicitarse; y que haría que al identificar a sus ascendientes y a sus padres consigo mismo, no tendría el sentimiento de honrarlos.

En calidad de heredero de los *superyó* de las etapas anteriores, el *superyó* genital interviene avengonzando al yo de sus actos como de una incontinencia cuando el yo infringe sus barreras. Si el *superyó* está auténticamente al servicio de la jerarquía genital, su imagen inhibitoria no aparece más que en las situaciones articuladas con comportamientos edipianos teóricamente superados y sin embargo aún capaces de entrar en resonancia.

No obstante, el *superyó* prosigue toda la vida su papel inhibitor bajo los auspicios del juez, del policía, de las leyes sociales, del qué dirán.

El yo ideal, lo veremos animar el comercio, todas las actividades culturales, gracias a las cuales el individuo se aporta elementos de complementación emocional tranquilizadora en situación de grupo.

El ideal del yo es para siempre, como su nombre lo indica, inalcanzable, pues el yo se da cuenta de que no está tan colmado como su corporeidad. Esto, aunado al yo en y con su cuerpo, le hace desear el más allá del yo en una realización mortífera de la imagen basal puesta en provecho de una sensación de existir más válidamente narcisista, y en una imagen de funcionamiento que lo conduciría más allá del cuerpo propio y de sus llamados vanos al objeto que lo complementaría para siempre.

Este esbozo de estudio de la imagen del cuerpo vinculada a los datos de la personología freudiana me parece que debe suscitar otras investigaciones. La conclusión que podemos sacar ya de él en la práctica permite comprender y verbalizar situaciones sin solución terapéutica posible por el momento: me refiero a los trastornos psicósomáticos, a los estados psicóticos, a los trastornos de la integración social, a los perversos y a los delincuentes, que gozan de buena salud intelectual y física.

## 5. LA DINÁMICA DE LAS PULSIONES Y LAS REACCIONES LLAMADAS DE CELOS CUANDO NACE UN HERMANO MENOR\*

### OBSERVACIÓN DE JUAN

Juan (que se llama a sí mismo Tití)<sup>1</sup> tiene veintiún meses. Un hermanito (o una hermanita) va a nacer. Cada vez que la mamá se ocupa de la ropita del bebé por nacer, Juan, como por casualidad, se apodera de los objetos y los riega por el cuarto, pisoteándolos. Cuando su madre se ocupa de la ropa de él, esto nunca sucede. Juan está preparado: la hermanita que va a llegar lo quiere mucho, a lo mejor le traerá un regalo: "Sí, un gran manión (camión) con una pueta, abí y cerrá la pueta." La hermanita es un hermanito, pero ha traído en su cuna el gran camión con una puerta. Alegría sin nubes. Juan, enternecido, toma al bebé en sus brazos, se sienta cerca de su madre y festeja al recién nacido, tocándolo por todas partes con el índice, en la nariz, las orejas, la boca y diciendo: "Bebé tiene una nariz, Bebé tiene una boca, etc." Se pasea con un bebé de celuloide al que nunca había hecho caso hasta entonces y no lo suelta.

Por la noche, Juan no está bien. A él, que por costumbre le gusta ocuparse solo y correr por todas partes en la casa, quiere que lo cojan en brazos, y sobre todo no sentado, sino acostado; si se lo sienta o se lo pone de pie, se desploma llorando, y dice en un tono monótono: "Tití no caminar, Tití tá tiste." Imposible hacerlo decir otra cosa. Es a todas luces evidente que no oye nada, está cerrado psicológicamente a todo y a todo el mundo, muy ruborizado, sin fiebre. Tiene los ojos cerrados, se lleva las manos a las orejas y a la cabeza como alguien que sufre. El tono monótono es remplazado por aullidos de angustia si se intenta acostarlo. Como de todos modos acaba por dor-

\* Publicado en *Psyché*, núms. 7, 9 y 10, París, 1947 [agotado; versión revisada y corregida].

<sup>1</sup> De Físti, apodo afectuoso puesto por su padre.

mirse en los brazos, se lo pone en la cama donde duerme placidamente.

A la mañana siguiente, tiene un comportamiento muy positivo para con su hermanito y su bebé de celuloide que pone en la cuna o arrastra consigo por todas partes; se muestra jovial, impetuoso, cariñoso, atento a los cuentos como de costumbre. Permanece todo el tiempo en torno a la cama de su madre. Por la noche, no hay nada particular que señalar.

Tercer día: ve por primera vez a la madre dando el pecho. Se inmoviliza, se pone púrpura, violáceo, se encoge un poco, los ojos desorbitados, mudo de emoción. Después de una pausa, con un nudo en la garganta, dice: "No, no comer mamá", con voz angustiada.

—Claro que no, dice la madre, va a beber leche del pecho de mamá. Cuando eras chiquito, tú también lo hacías.

La niñera y la madre se dedican a hacer mamar al recién nacido.

—Ven, ¿quieres tú también?

Se acerca, esboza el gesto de inclinarse hacia el pecho y, de repente, se escapa, como presa de pánico, a la cocina, donde trata, tartamudeando, de explicar a la sirvienta lo que sucedió. Ésta, viéndolo tan exaltado y descontento, presa de un tartamudeo insólito, lo coge en sus brazos y lo consuela sin saber exactamente lo que tiene. Al cabo de algunos minutos, el niño, calmado, parece haber olvidado el incidente; ya no tartamudea. El resto del día es excelente. Pero Juan ya no mira su bebé de celuloide, que ha puesto debajo de un montón de juguetes.

El cuarto día, a la misma hora que la víspera, Juan está de nuevo allí, cerca de su madre (desde ayer, no ha tenido ocasión de asistir cuando la madre daba el pecho). Mira primero y, al ver al bebé acercarse al pecho, se empieza a ruborizar, aparta ostensiblemente la cabeza y se va rápidamente del cuarto sin decir nada, como si tuviera tortícolis. Se va a la cocina para refugiarse en los brazos de la sirvienta que no le pregunta nada, contentándose con acariciarlo. Habla tartamudeando durante un buen rato, luego el tartamudeo cesa. El resto del día es bueno, salvo que pone dificultades para salir, cuando, por lo general, le gusta mucho eso: ya afuera, pide que lo cojan en brazos, luego se niega a regresar, sentándose en el suelo. Si la persona que lo acompaña espera sin regañarlo, la oposición cede y, después de unos cuantos minutos, se levanta solo tan jovial como antes. En resumen, hace leves "caprichos", cosa que no

acostumbraba. Se diría que tiene como un bloqueo interior.

La mañana del quinto día, siempre a la misma hora, la niñera entra con el bebé para que la madre le dé el pecho. Juan se escapa de inmediato del cuarto como si hubiese un incendio, corre hacia la sirvienta, tartamudea y, esta vez, su tartamudeo no cede. No se le reprocha nada. Se obstina a veces, no pudiendo sacar las palabras que quiere, y abandona, o se enfurece contra sí mismo, o contra el adulto que no espera que la frase salga de su boca y le da lo que parece pedir. Rechaza el objeto dado o lo tira al suelo, hasta que la frase esté dicha, aceptando sólo en ese momento que se responda a ella. A veces, gesticula para ir más de prisa o va a buscar su cubilete y lo trae: eso quiere decir que quiere beber. Otras veces, los gestos que deben ayudarlo a salvar la barrera del tartamudeo son: cerrar los ojos, flexionar el tronco sobre la pelvis, doblar un miembro inferior y mover los brazos de arriba abajo, con los codos plegados y los puños cerrados.

Pasan los días. Respecto a su hermano, Juan se ha vuelto en cierto modo neutral. El camión traído por el hermano goza de muchos honores, hay que ponerlo sobre la cama de mamá. Juan abre la portezuela, dice que se mete dentro, cierra y hace el gesto de estar al volante exclamando: "Cuidado gallinas, cuidado señoras." Repite a menudo que es el hermanito quien le dio el "gran manión". No tartamudea nunca cuando habla solo o aun de su camión. A las visitas que llegan, les trae su camión, las lleva de la mano hasta la puerta del cuarto en que se encuentra el bebé, sonrío al verlos sonreír, pero no mira al bebé mismo. Invitado por ellos a hacerlo o a hablar de su hermano, encuentra, como por casualidad, otra cosa que hacer. Si la niñera saca al bebé de su cunita, corre a mirar el lugar vacío, atentamente, pone su camión en la cuna del hermanito, trata de subirse él solo. Al no lograrlo, le pide a un adulto, mostrando la cuna: "Tití dentro, pa manión", lo cual parece significar: para coger el camión. Si se le devuelve su camión, lo vuelve a poner en la cuna y empieza de nuevo la misma maniobra. Quiere estar en la cuna del bebé con su camión. Se lo pone allí, pero, en cuanto se siente depositado en la cuna, de inmediato, como si quemara, dice espantado: "No, no, no Tití dentro", toma su camión y se va.

Con los adultos ha seguido siendo igual a sí mismo, siempre muy apegado a su madre, a la sirvienta que conoce desde su

nacimiento, positivo como antes, sin más, respecto a su padre y al médico que le hace salir del cuarto de su madre cada vez que viene. No trata de molestar a su hermano. Está feliz de que los otros se ocupen del pequeño. Llama a un adulto si el bebé llora, para que vayan a consolarlo, pero evita todo contacto directo. Sólo con la persona que lo saca de paseo hay dificultades; ella trata de hacerlo entrar en razón si no quiere salir, si se detiene en la calle, si no quiere regresar a casa o si no quiere comer. Ante sus reacciones de inhibición, de detención o de negativismo, trata de hecho de enojarse, de vencer por la fuerza. El niño cede aullando y la atmósfera queda cargada durante horas. Si el adulto tolera y aguarda sin insistir y sin regañar, la oposición dura poco. El niño decide salir de ella en un impulso que parece liberarlo: "Tití va salir" o "Sí, Tití va ver mamá", con un aire convencido y feliz.

Desde el nacimiento del hermano, su apetito, que era regular y muy ligero, aunque es un hermoso niño musculoso, se vuelve caprichoso e irregular; algunos días nada, otros bastante bueno. Pero, también en este caso, después de haber pedido algo, ya no lo quiere. Si se insiste, distrayéndolo con un cuento, traga durante cierto tiempo y luego vomita. El biberón es el único modo de alimentación por el que ruega y, como su hermanito (la madre no tiene bastante leche), no quiere tomárselo solo sino en los brazos, pasivamente, con la mirada perdida y un aire de profunda beatitud. Después, manifiesta un gran reconocimiento jubiloso y ufano. "Tití tomó biberón como Guicha."

Regular en sus evacuaciones intestinales, era limpio desde que tenía un año, sin adiestramiento particular. Se vuelve irregular en sus horas de evacuación y, por ello, ensucia sus calzones; no sólo no parece advertir su necesidad de evacuar caca sino, para la pipí también —que solía pedir, con tan sólo algunos olvidos a veces—, pierde todo control. Las observaciones que se le hacen no le extrañan. Responde: "Sí, hay que pedir pipí", con aire convencido, pero sigue descuidándose. Al cabo de algunos días solamente, Juan, a la vez que sigue estando irregular en las horas de evacuación intestinal, empieza a pedir hacer caca, o más bien pide "pipí" por caca. Pero el mojar el calzón durará, con algunos eclipses, algunos meses. A veces dos o tres veces seguidas, se mojará a los pocos minutos de haber vaciado su vejiga; otros días, será limpio y continente durante todo el día.

En resumen, tres semanas después del nacimiento de su hermano apodado Gricha, Juan parece feliz pero tartamudea bastante. La presencia de su hermano no le disgusta, e incluso le presta cierto interés positivo por intermedio de otras personas. Siempre sabe lo que el hermanito está haciendo y advierte de ello a unos y otros. Si la madre se ocupa del bebé, quiere ayudarla, traerle los objetos necesarios para la limpieza. Un día, sobreviene un incidente que habría podido perjudicar al bebé; Juan, tal como le gusta, deposita su camión en la cuna bastante honda del hermano y el camión cae en la cara del bebé que, a pesar de no haber sido arañado, se pone a gritar. La mamá, que Juan fue a llamar, toma al bebé, lo acaricia y, con el otro brazo, acaricia también al grande, explicando que el hermanito está muy contento de que Juan le preste el camión, pero es muy chiquito para hacer otra cosa que gritar para decirlo. Juan responde entonces: "¿No tene pupa?", comprendiendo que le ha hecho daño al bebé.

—Quizá también tenga un poco de pupa. Es un camión grande, para los grandes, lastima a los pequeños.

Una vez calmado el bebé y de nuevo en la cuna, no habrá nunca más ningún incidente peligroso y los objetos traídos al hermanito siempre serán colocados al pie de la cuna.

El viraje decisivo en las relaciones entre Juan y su hermanito sobreviene al vigesimoprimer día después del nacimiento: el vigésimo día, cuando la mamá entra con Juan a su cuarto para acostarlo, la jala con aire conspirador un poco temeroso y le dice:

—Ira qué Tití hizo.

Le muestra entonces, vantando la cobija de la sirvienta que duerme en el mismo cuarto que él, el bebé de celuloide. La mamá:

—¿Qué es eso?

—Es una boma pa Amone [es una broma para Simone].

Y con el mismo aire conspirador, vuelve a tapar al muñeco, ríe con una risota de vientre y se acuesta. "¿Qué dirá ella?", se pregunta a sí mismo, y se ríe, ahogando la risa, contento de ver que mamá ríe.

—No hay que decirle.

Mamá promete. Luego, en el momento en que lo deja, Juan quiere levantarse de nuevo y va a recuperar el bebé de celuloide, lo saca de su escondite, vuelve a tapar la cama de Simone y se acuesta abandonando su idea.

—Buenas noches mamá.

A la noche siguiente, vigesimoprimer día, a la misma hora que la vispera, justo antes de acostarse, Juan jala a su madre de la mano, la lleva ante la cama de Simone donde ha vuelto a poner al bebé de celuloide, pero esta vez sin taparlo. Ríe nuevamente de su buena idea. La mamá no entiende nada, pero se pone al unísono. Entonces Juan jala a su madre de la mano que mantiene bien apretada y dice:

—Vamos a ver qué dice.

No quiere que su madre lo suelte y va a la cocina donde, tartamudeando considerablemente, dice con un aire a la vez temeroso y jubiloso:

—Amone, ven a ver.

La sirvienta dice:

—¿Qué cosa?

—Ven a ver.

Ella obedece a Juan. Juan la lleva delante de su cama, sin dejar de apretar la mano de su madre; visiblemente, tiene un poco de miedo de lo que va a suceder. Simone ve al bebé de celuloide en su cama. Dice:

—¡Oh! ¿qué es esto?

con cara de asombro y de descontento que regocija a Juan.

—Es, es... es Gui, Gui, Guicha, Guicha.

—¡Oh!, dice Simone con aire reprobativo.

—Guicha tomó lugá Amone.

—¿Qué hay que hacer?, pregunta ella.

Responde de un tirón:

—Hay que enviarlo a paseo.

La sirvienta mira a la mamá. La mamá dice:

—Claro que sí, Juan tiene razón.

Entonces Simone agarra al bebé de celuloide y lo tira al suelo. En seguida, Juan suelta a su madre, se precipita sobre el muñeco, lo avienta a un rincón, lo recoge, le pega, lo pateo riendo a carcajadas, con una enorme risa grosera. Un verdadero linchamiento sádico. Mamá y Simone ríen, bastante sorprendidas, luego dejan a Juan en su ajuste de cuentas, volviendo a hacer la cama de Simone que Juan había deshecho un poco. Cuál no sería la sorpresa de ambas al ver a Juan, cinco minutos después, recoger el bebé de celuloide que un momento antes era objeto de su coraje sádico y ponerse a arrullarlo maternalmente en los brazos, paseando de un lado a otro del cuarto:

—Meme, *mi buen chiquito* Guicha, meme, *mi buen chiquito* Guicha, meme.

El tartamudeo ha desaparecido. Juan se acuesta contento y no vuelve a hablar de nada.

Al día siguiente, nada de tartamudeo: su desaparición es definitiva. Desde ese día, el hermanito cobrará un real interés a los ojos de Juan que se volverá totalmente un hermano mayor. Su vocabulario se extenderá muy rápidamente, en dos semanas, y los amigos que en el entretanto no lo habían visto quedarán asombrados por la transformación y el desarrollo ocurridos en Juan, que tiene entonces veintidós meses.

Generalmente observamos niños ya enfermos que reaccionan a una educación correctora que los padres creyeron deber adoptar frente a sus comportamientos. Tenemos, pues, ante nosotros, casos complicados. En mi caso, había tenido la suerte de ser psicoanalizada antes de ser madre.

Con Juan, abrí los ojos, ojos sin ideas preconcebidas, y no traté de hacerle disimular sus reacciones: las observé pero nunca se las censuré. Y aprendí mucho.

#### OBSERVACIÓN DE ROBERTO

Dos meses después, luego de esta abreacción y de esta liquidación del conflicto de Juan después del nacimiento de su hermano, me traen a un niño de dos años que presenta graves trastornos de carácter violentos, una agresividad peligrosa respecto a un hermanito de tres meses. Exactamente las edades respectivas de mis dos hijos. Pero Roberto ya ha vivido tres meses en el conflicto, complicado por las reacciones educativas de quienes lo rodean: "Eres malo, es tan pequeñito. Es feo estar celoso, pone triste a mamá." En resumen, todo el arsenal de castigos y de privaciones que se puede; la madre evita tomar al bebé frente a su hermano a causa de las fuertes reacciones de agresividad que eso desataba (romper objetos, patadas a la madre y, en cuanto aparta la vista, golpes al recién nacido, pellizcos, tirones de pelo, intento de ahogarlo en la bañera, de clavarle tijeras en los ojos). Por lo tanto, desde hace poco tiempo, Roberto pierde todo lo que ha adquirido, se vuelve cada vez más tonto, cuando antes del nacimiento del hermanito era un niño precoz. Pálido, hablando bajito delante de

mi para acaparar a su madre y que no le hable a la doctora, pierde también el apetito, se hace pipí y caca en el calzón.

No tomo a este niño en tratamiento psicoanalítico, pero decido aconsejar a la madre un comportamiento que debería permitirle al niño abreaccionar. Me digo: si la hipótesis que tengo del conflicto de los celos es exacta, he aquí la oportunidad de verificarla.

Le digo a la madre que cambie completamente de actitud (un tío psicoanalizado que yo no conocía, que le había aconsejado a la madre venir a verme, aceptaba ayudarla): Roberto no es malo, está sufriendo. Le recomiendo que en cuanto vea un gesto agresivo de Roberto respecto a un objeto perteneciente a su hermano, le dé, en vez de censurarlo, la palabra en "negativo". Que diga, por ejemplo: "Las cosas de Pierrot están tiradas por todas partes." Si la gente hace cumplidos al bebé, que diga en voz muy alta: "Pierrot, Pierrot, el admirado siempre es él. Y sin embargo, no sirve para nada, sólo para dormir, comer y ensuciar sus pañales. Qué tonta es la gente, como si un bebé fuera tan interesante." Cuando Roberto se ponga un momento en oposición con alguien, que no se le enfrente, sino que lo deje vivir su reacción, sin emitir juicio alguno sobre su maldad, que diga sencillamente: "Pobre Roberto, no es de extrañarse. Desde que Pierrot llegó, la vida está toda al revés, nada es ya como antes, entonces es forzoso que ya no sepa qué hacer." Sobre todo, que no evite atender al bebé delante de Roberto, como se ingeniaba para hacerlo para no despertar los celos del mayor. Por el contrario —y esto es lo que me parece lo más importante en esta terapéutica psicológica—, que haga gestos maternales frente al bebé, al cambiarle los pañales y al darle el biberón y *al mismo tiempo emita a propósito de él juicios desfavorables* en un tono muy gentil, cada vez que Roberto esté presente. Esto no puede hacerle daño al bebé y puede ayudar mucho a Roberto. Por ejemplo, si acaricia al lactante, que diga: "Qué bobas son las mamás, al querer a los pequeños buenos para nada como Pierrot. Hay que ser una mamá para querer a estos paquetitos que no sirven para nada más que para gritar, comer y hacer pipí y caca."

Ante estas recomendaciones, la madre se inquieta un poco y me dice: "Me parece que si le doy la razón a Roberto, sencillamente va a matar a su hermanito, tal como está ahora." Le explico que no se trata de darle la razón en sus actos, sino de hacerle comprender, con palabras, los motivos que lo ani-

man: de poner palabras justas sobre su sufrimiento. Le aconsejo que trate por lo menos dos o tres días. En caso de fracaso, no habría más solución que separar a Roberto del lugar familiar y psicoanalizarlo en condiciones muy desfavorables a esa edad. Espero que el niño volverá a mostrarse positivo respecto a los adultos y sobre todo a su madre, y que recobrará también el sueño, el apetito y el ritmo digestivo.

Propongo que, sin regalárselo y sin que vea que se lo traen, se deje en un rincón de la casa un muñeco, tipo bebé, irrompible, un muñeco de treinta a treinta y cinco centímetros, procurando que le llame la atención, y sin ocuparse de lo que haga con él. Advierto que podría ser que el niño necesite un objeto de transferencia en forma de ser humano, para descargar en él su necesidad de hacerle daño a su hermano.

El resultado supera todas nuestras esperanzas. Al cabo de tres días, la madre me llama por teléfono diciéndome que hay una considerable mejoría en el estado de Roberto, una relajación aparente de la tensión y una recuperación de la salud. Al principio, el cambio de actitud de su madre lo deja estupefacto y completamente desamparado en medio de una reacción de oposición. Luego, su comportamiento se vuelve neutral frente a su hermanito. Por último, al escuchar a su madre proferir palabras despreciativas sobre el bebé, comienza a oponerse a sus opiniones: "No, no es cierto que no sirva para nada, es muy lindo." La madre me pregunta qué debe responder. Le aconsejo que no abunde en las ideas del niño, que no asienta tampoco, sino que diga: "¿Te parece?, pues bien, eres un buen hermano mayor." En ocho días los papeles están invertidos. Es Roberto quien defiende a su hermano y reprocha a su madre sus malas opiniones.

Roberto va a dar un salto adelante en su evolución, en unos cuantos meses. Cuando lo vuelvo a ver, se ha transformado por completo, adora a su hermano y a todos los pequeñitos en general, y la madre le deja al bebé con toda confianza. Como en el caso de mi hijo, el vocabulario se ha desarrollado y, como en su caso también, las nociones de ayer y de mañana, de antes y después han cobrado su sentido. El futuro ha aparecido en su lenguaje, seguido muy pronto del "yo".

Antes del nacimiento de Juan, por mi formación psicoanalítica, sabía que el niño reacciona agresivamente frente al recién llegado y expresa su reacción por esta inversión: "Él es el malo

que no me quiere." Por lo tanto, me parecían sanas las reacciones agresivas prenatales y precavía el mal efecto del nacimiento con el regalo traído por el recién nacido, regalo escogido y esperado por Juan. Todo ocurrió, pues, en las mejores condiciones. Y Juan acogió magníficamente a su hermano. Había por una parte ese regalo del camión que le permitía fantasías imaginativas de potencia dinámica y, por otra parte, la identificación con los adultos que también acogían con alegría al recién nacido.

El bebé de celuloide era, en mi opinión, su hijo, como mamá tenía el suyo. Luego, asistí a todo lo que referí antes sin comprender. Sentía el sufrimiento psicológico que todo aquello traducía, pero captaba perfectamente que todo ello obedecía a un sentido y una necesidad interior. No sabiendo cómo ayudarlo, me esforzaba en no perjudicarlo. Esperaba que el tartamudeo pasaría algún día y no deseaba la eventualidad de un psicoanálisis posterior con este fin. El episodio liberador del linchamiento del muñeco de celuloide bautizado para la ocasión con el nombre del hermano, después de que Juan hizo tomar la responsabilidad cómplice de ello a la sirvienta y a la madre, se explicaba a mis ojos por la carga de agresividad reprimida. Eran celos —entendía por ello la rivalidad frente a la madre. Lo que a mis ojos explicaba la agresividad, era el destronamiento experimentado —un "tomó tu lugar".

Esta comprensión, o más bien esta interpretación de las cosas que ahora creo falsa, o al menos muy parcial, me permitió sin embargo, frente al caso grave de Roberto, aconsejar un comportamiento liberador. Roberto "gesticulaba" lo negativo, pero los adultos se lo reprochaban, y esto desde el principio. Como era normal que tuviese sentimientos hostiles, pensaba yo, más valía permitirselos: su exteriorización sería menos peligrosa si no estuviese obligado a luchar contra un sentimiento de culpabilidad inculcado por los adultos. Los instintos agresivos no pueden transformarse sino tan sólo concentrarse cuando no se expresan. Más valía evitar su represión y romper el círculo vicioso en el cual, a falta de ver admitida su legitimidad, Roberto se destruía a sí mismo. La rápida cura de Roberto me pareció la prueba de lo acertado de mi interpretación. Pero esas dos observaciones me seguían planteando numerosos problemas.

¿Qué mecanismo intervino para que Juan, como Roberto, mostrara tanta agresividad contra los objetos pertenecientes al

bebé (agresividad manifestada precozmente, antes del nacimiento del hermano, en Juan; luego neutralizada y absolutamente inaparente como tal hasta el día del linchamiento)? ¿Qué mecanismo intervino en la pérdida de las adquisiciones, en el profundo desarreglo del apetito y de las evacuaciones, en la pérdida de la sensibilidad esfinteriana? ¿Qué mecanismo intervino en los accesos de oposición pasiva a los ritmos de vida habitual (por los caprichos)? ¿Cómo explicar que, inmediatamente después de haber perpetrado el linchamiento en el objeto bautizado hermano, Juan haya mostrado hacia dicho objeto una ternura tan atenta, y la haya manifestado después hacia el niño vivo, y esto de manera definitiva, al tiempo que su tartamudeo, durante aquella escena, desaparecía por completo? ¿Cómo explicar que Roberto, al que se consideraba egoísta, si no perverso, y que constituía un peligro real para su hermano, se haya vuelto, después de la justificación verbalizada de sus emociones agresivas por su madre, generoso y fraternal no sólo con su hermano, sino también con todos los niños, mostrándose entonces como un niño muy dotado? Mismos problemas a los cuales creo poder responder ahora.

Aquí estaba yo en mis reflexiones cuando se me presentó la ocasión de observar el comportamiento de Gricha, mi segundo hijo, al nacer su hermana, más o menos a la edad que tenía Juan al nacer él. Como los dos temperamentos eran completamente distintos, reacciones semejantes en el fondo se manifestaron por otros medios. Gracias a que vi muy de cerca a estos dos niños, y a haberlos visto triunfar sobre el mismo trabajo de adaptación, logré captar, al menos así lo creo, el juego de las fuerzas psíquicas e instintivas tan intrincadas que traduce el comportamiento del niño llamado "celoso".

#### OBSERVACIÓN DE GRICHA A LOS VEINTE MESES

La familia Dolto espera un tercer hijo. Esperamos una hermanita. Gricha nunca habla de ello. Habla mal y acaparan su atención más bien los juegos motores y ritmados, las canciones, los animales, los alimentos. Se interesa por los caracoles, para aplastarlos, y por los ballos,<sup>2</sup> cuya vista exalta todo su ser. Una mañana del mes de agosto, nace la hermanita; Gri-

<sup>2</sup> Caballos.

cha viene a ver a su mamá. Sabe muy bien lo que ha pasado, pero parece no prestarle ninguna atención. Se acuesta cerca de la madre, con la mirada perdida, acurrucándose contra ella. Este comportamiento es absolutamente nuevo en él: desde hace más de seis meses, Gricha no se deja acariciar más de diez segundos, prefiere bailar, correr, reír, jugar. Acurrucarse pasivamente como un pollito con la mirada perdida es, pues, su primera reacción. La cuna de Katinka está en el rincón del cuarto de mamá. Mamá llama a Gricha y le dice que la hermanita trajo un regalo para él. Ninguna reacción. No mira ni una sola vez en aquella dirección. No va a ver al bebé. Sueña. Mamá hace traer el regalo, un coche. Está contento, sin más. Lo toma, dice "oche ojo", coche rojo, y lo observa apenas. No insistimos. En los brazos de la sirvienta que quiere ver a la hermana, es llevado cerca de la cuna. ¿Acaso mira? No tiene ninguna reacción. Aprieta el coche rojo. En el cuarto de mamá, Gricha se comporta como un personaje de película en cámara lenta.

Esta falta de atención manifiesta para con su hermana continúa, aun cuando, como de costumbre, imita a su hermano, que por su parte se muestra muy positivo. El mismo día en que nace la hermana, Gricha se hace caca en la cama durante la siesta, accidente que no ha ocurrido desde hace un año. Se muestra muy humillado por ello, avergonzado, a pesar de que, cosa importante, no se le hace el menor reproche. Cuando se despierta, a la mañana siguiente, descubrimos, como después de la siesta de la víspera, una cacota en su cama y, contrariado, descontento, se la muestra a Henriette, la sirvienta, a quien quiere y por quien es querido. Ésta observa los hechos junto con él y, sin regañarlo, viene a avisarme cargando en brazos a Gricha. Yo no lo regaño y se precipita hacia mí, acurrucándose a mi lado en la cama, la mirada soñadora, sin hablar del bebé Ka que, precisamente, todavía no está en mi cuarto. Luego, al entrar su padre en la pieza, Gricha no se mueve, hace como si no nos oyera hablar. En ese momento, Henriette regresa por él para su desayuno y viéndolo cerca de mí, dice:

—¡Pero qué calmado está! No es posible, no es él.

—Sí, responde mamá, sí es Gricha, pero es un Gricha triste a causa de Katinka.

Entonces Gricha me mira y dice una frase que no comprenderé hasta el día siguiente cuando, al despertar, la repetirá a propósito de su cacota en la cama; una frase que, en un prin-

cipio, tomé por un deseo en forma de denegación del nacimiento de su hermana: "No bebé Ka."

Al día siguiente, se produce el mismo incidente de la cama (me había negado a que le pusieran pañales, tanto debido al calor del mes de agosto como para no hacer que el niño experimentara una regresión). Aquella tercera mañana, pues, su mamá va a levantarlo al despertar, y es a ella a quien comunica su despecho mostrando su caca: "¿Por qué no bebé Ka Guicha?" (¿Por qué Gricha no ha hecho un bebé como mamá?).

Consuelo a Gricha como puedo. Le digo que los bebés no son cacas, que él mismo nació como Katinka, que era un hermoso bebido, no una caca. Que las cacas siempre son iguales, no crecen, no comen, cuento cualquier cosa en discurso jovial acompañando el asco. El día comenzado así, con una mamá de pie como antes, transcurre muy bien. Gricha recobra la voz y la vivacidad incluso en mi cuarto, y no volverá a subirse a mi cama donde, a ratos, reposo.

Aquellas tres primeras noches, había dormido mucho más tiempo de lo que solía; al cuarto día, recupera su ritmo normal. Él, que ya tenía buen apetito, se pone a comer sin parar, y engulle grandes cucharadas de requesón [*fromage blanc*, queso blanco] (llamado por él "eso banco", "*ama bian*"). Se duerme a cada bocado, no despierta más que para engullir de nuevo y se vuelve a dormir en seguida (come solo): el espectáculo es cómico. Desde el nacimiento de su hermana, tiene también una gran avidez motriz: sube solo y trata de bajar una escalera de caracol, de piedra, sin barandilla, que lleva al cuarto de la niñera, donde se encuentra la cuna de Katinka, su hermana. Lo oímos hacer su ascenso solo, hablándose a sí mismo: "Bebé Ka, bebé Ka." Al llegar arriba, llama suavemente a la puerta y dice: "Allí bebé Ka." Pero si se le abre la puerta y entra, va hacia la niñera, no hacia la cuna. Si ella dice: "Katinka duerme", habla a media voz y exclama interesado: "¡Bebé Ka meme!" Y en seguida corre a repetirle a todo el mundo: "¡Bebé Ka meme!" Le gusta jalar a las personas hasta el cuarto: "Allí bebé Ka", y mira sonriendo su cara cuando contemplan al bebé, pero él mismo no lo mira (exactamente como hacía Juan). Hacia el cuarto día, quiere beber en el biberón (dejó el biberón a mucho más temprana edad que su hermano; desde los diez meses lo rechazó por completo). Ya no sabe mamar, lo cual lo contraría mucho. Está furioso contra el chupón, hay que quitarlo; bebe directamente de la botella. No

obstante, volverá a pedir el biberón tres o cuatro veces durante los primeros quince días, para acabar renunciando a él, a falta de saber mamar. Le anuncia ufano a su hermano:

—Mí omé bibón (yo tomé el biberón).

Viene a mostrárselo a su madre, después de haber hecho poner el chupón en la botella vacía, visiblemente orgulloso de su hazaña.

Hacia el quinto día, empieza a interesarse en el cambio del bebé, sobre todo en las deposiciones a las que llama "tata banca". "Ka tata banca" (Katinka hace una caca blanca), anuncia a todo el mundo; y un caballo de tiro teóricamente blanco al que le va a decir hola constantemente se convierte en "onito ballo banco". Le gusta correr dando saltitos, exclamando: "Mi onito ballo banco", lo cual quiere decir: el caballo es bonito, color de la caca de Katinka, yo soy bonito como el caballo color de la caca de Katinka, color "bien". Hay que decir que las deposiciones del bebé son el tema de conversación del partero, de la niñera, de los abuelos. Es verano y la mamá no tiene suficiente leche, la niña es alimentada con leche de vaca. ¿Tiene bonitas deposiciones? Está *bien*, tiene bonitas deposiciones. Son las frases que Gricha oye decir. Primera declaración positiva que hace, tocando el trasero de su hermana hacia el octavo día:

—Nitas guitas Ka (Katinka tiene bonitas nalguitas).

Juicio que va a anunciar a su madre, con aire satisfecho: "nita tata banca" "ta ben, ta ben, nita tata banca" (está bien, está bien, bonita caca blanca). La niñera es muy gentil y maternal con Gricha cada vez que sube la escalera y toca suavemente a su puerta. Nunca hace comparaciones entre él y su hermana.

El décimo día, en la mesa, engullendo su queso blanco (eso banco) mientras la niñera se levantó para ir a atender al bebé que gritaba, Gricha dice, con la boca llena y un aire soñador:

—Mí uta norita (me gusta la señorita).

Ese mismo día, o el siguiente, la niñera da el biberón en un rincón del cuarto en que estoy acostada. Gricha está sentado cerca de mi cama y vigila la escena del biberón. De pronto, se levanta y se acerca diciendo:

—Hu, hu, obo malo (hu, hu, soy el lobo malo), como para asustar al bebé. El bebé no chista y sigue tomando el biberón. Gricha vuelve a empezar su mímica agresiva, y observa la reac-

ción en la cara de la niñera. Ella responde muy hábilmente a esa mirada:

—La hermanita sabe que su hermano mayor es fuerte como un lobo, pero no es malo de verdad. No tiene miedo, está orgullosa.

Entonces Gricha saca el pecho, camina a grandes pasos por el cuarto, luego se acerca a su hermana y quiere sostener el biberón para dárselo. Su rostro está iluminado, y la niñera lo deja hacer.

—Tinka ebe (Katinka bebe). Mi ande (yo soy grande).

Pero es a su madre a quien mira manteniendo el biberón a distancia y con la mano izquierda, él que no es zurdo: representa el papel de un personaje.

Sin embargo, el incidente del lobo aún no ha terminado. A la mañana siguiente a la misma hora, los mismos participantes se encuentran en el cuarto. En cuanto la niñera se instala para dar el biberón, Gricha merodea por la habitación, va hacia ella, se aleja, luego bruscamente, como la víspera, juega al lobo acercándose mucho al bebé.

La mujer me mira, nos sonreímos. ¿Nos ha visto Gricha? El bebé no chista, ocupado en mamar, con el brazo izquierdo extendido y los dedos abiertos fuera de las rodillas de la niñera. Entonces, en menos de lo que se tarda en decirlo y sin una palabra de alerta lúdica, Gricha muerde el índice del bebé hasta sacarle sangre. Katinka aúlla, el biberón cae, Gricha, asustado, retrocede. Con la mirada baja, la frente gacha, acecha al bebé, la niñera y la madre allá en su cama; mamá se levanta de inmediato, alarmada, y corre hacia el bebé. La niñera, demasiado sorprendida, no dice una palabra: el bebé aúlla hasta casi ahogarse. Miro el dedito amoratado de Katinka, las marcas de los dientes muy profundas: sangra un poco pero no es mucho el daño. Me vuelvo hacia Gricha que hace pucheros, pegado entre la pared y la cuna, voy hacia él y le doy un beso. Lo traigo cerca del bebé y le digo tanto a la niñera como a él:

—Gricha es un niño grande muy, muy fuerte, tiene dientes que muerden muy, muy fuerte. Katinka, en cambio, no tiene dientes.

Mientras tanto, el bebé se ha calmado y, mecido por la niñera, con lágrimas en los ojos, vuelve a mamar ávidamente su biberón.

Gricha está todo confuso, me mira, triste, mira a la niñera

a la que quiere; la mamá le dice que mire la mano de su hermanita. Dice:

—¿Ora? ¿Lele Bebé Ka? (¿Llora?, ¿le duele al bebé Katinka?)

Y vuelve a hacer pucheros, como si fuera a llorar a su vez. Le respondo:

—Sí, a la hermanita le duele mucho. Gricha es muy fuerte y muy grande, ella es pequeñita, pequeñita, Katinka quiere a Gricha.

—¡Oh, obo malo! dice entonces Gricha con aire convencido.

Y yo:

—Sí, lobo muy malo, ¡qué bueno que se fue!

Luego, dirigiéndome al bebé:

—Ya se acabó, Katinka, ya se fue el lobo malo. ¡Gricha es un hermano mayor fuerte, cazó al lobo!

Como la víspera cuando, sosegado después de las palabras reconciliadoras de la niñera, había querido imitar el acto de dar el biberón, se acerca al bebé y se enternece ante la herida de la mano.

—¿Ya no lele?, pregunta inquieto.

—No, dice la niñera, sólo tiene una marca.

—Guicha mano ayor (Gricha hermano mayor).

—Sí, dice la niñera.

—Guicha da bibón.

—Sí.

Se coloca cerca de la niñera y, muy atento, mantiene el biberón con su mano derecha mirando bien la cara que mama. Luego, durante el aseo del bebé, se pasea por el cuarto a grandes pasos, las manos detrás de la espalda (como ve a su abuelo hacer a veces), el pecho sacado, la cabeza erguida y, encantado, declara:

—Guicha e ferte, Guicha mano ayor, Guicha do bibón *Katinka*.

Llamándola ya no “bebé Ka”, ni “Tinka”, sino con el nombre de tres sílabas que toda la familia da a la hermanita. Cuando su padre regresa a la hora de la comida con el hermano mayor Juan, Gricha va hacia él, muy animado, y parlotea el acontecimiento de la mañana con entusiasmo. El padre no entiende nada, por supuesto, pero el hermano mayor capta muy bien la historia y la traduce al padre:

—Cuenta que el lobo mordió a Katinka, que ella lloró y que él cazó al lobo.

—Ah, dice papá, qué bien. No quiero que el lobo se coma a mi Katinka.

Y le da un beso a Gricha, encantado, que lo jala de la mano hacia la mamá poniéndose a pregonar:

—Papá tento, obo fue (papá contento, el lobo se fue). ¡Obo malo!

Sin embargo, ¡ni mamá, ni papá, ni la niñera estaban realmente tranquilos! Se equivocaban: pues, desde aquel día, Gricha se convirtió en el más dulce y compasivo de los hermanos para con su hermanita.

También data de aquel día la regulación recobrada de sus esfínteres. Además de la deposición en la cama por la mañana, desaparecida al cuarto día, el desarreglo de la pipí y de la caca durante el día habrá durado menos de ocho días. Todo está bien. Gricha vuelve a ser muy alegre, muy emprendedor, acrobático, jugador; su vocabulario se desarrolla de manera espectacular. Ya no se cree un lobo pero caracolea a menudo, identificándose con el caballo blanco que paca en el prado vecino, esto de preferencia cuando la familia, reunida en torno a la hermanita, hace ¡oh! y ¡ah! mirando sus primeras sonrisas. Entonces, todo el mundo admira al bonito caballo blanco y Gricha, muy contento, se une a papá y a mamá y dice su frase al bebé, volviendo la cara hacia él:

—¡Ira Katinka Guicha mano ayor nito ballo banco.

Y la mamá traduce la admiración de la hermanita, para gran regocijo de su hermano. El placer de Gricha es ir con su abuelo o su padre, cogidos de la mano, a ver el verdadero caballo blanco que paca, va, viene, salpica lodo y corre por la pradera.

Además del caballo blanco, Gricha tiene otras dos distracciones: va a la casa vecina a ver a los cerdos en su chiquero, espectáculo que lo fascina y lo asusta un poco a la vez; y luego, pero por desgracia sólo los días húmedos, se va a buscar caracoles. Los pone en columnas de dos, se coloca delante de ellos y, con una voz de mando, exclama:

—¡Un! ¡dos! coles. Guicha geral coles, ¡un! ¡dos!

Avanza marcialmente, se vuelve y aplasta a los que se salieron de la fila, contentándose con regañar a los otros. Inútil decir que la tropa no avanza rápidamente y pronto el "geral" ha aplastado a todos los soldados.

Seguramente no es inútil decir que esa palabra "coles", que para Gricha significa caracoles, fue muy valorizado para él por una niña que me ayudaba y que se fue poco tiempo después

de aquellas vacaciones en que nació la hermanita. Ella llamaba "caracol" al pene de los niños que Juan y Gricha, por su parte, llamaban su pito, riendo entre ellos de que Paulette llamara al pito caracol. Gricha le decía:

—No Paulette, pipí pito, no col.

Observemos que Gricha no habló en absoluto de la ausencia de pene de su hermana. (Tiene veintiún meses al nacer ella.) Fue Juan, que tiene tres años y medio, quien habló de ello, conociendo muy bien desde hace tiempo la diferencia sexual. Fue él quien, a los dos años y medio, en el jardín de niños, cuando una amiguita le había pedido que hiciera pipí delante de ella, había satisfecho muy galantemente su curiosidad y tuvo la sorpresa de ver a la pequeña Inés, primero admirativa, romper a llorar desconsolada: "Pero yo no tengo, ¿cuándo me crecerá?" Juan le había respondido entonces a la niña, besándola tiernamente: "Sabes, te quiero porque no tienes, todas las niñas son iguales, papá me lo dijo. Los papás tienen, y las mamás no, son niñas." Esta historia, después de casi un año, me la había contado la educadora de Juan. No obstante, los días que siguieron al nacimiento de Katinka, Juan, asistiendo al aseo de su hermana antes del desprendimiento del cordón, vino a decirme:

—¡Sabes, mi hermanita mía tiene un pito!

—¡Ah, no es posible!, dijo la mamá divertida que yo era.

—¡Sí, sí, yo lo ví! Está en medio de su barriga, allí donde yo tengo un hoyo. Sí, sí, mamá, te lo aseguro, ¡Katinka tiene un pito! ¡Ya sé que las niñas no tienen, pero Katinka sí tiene uno!

El papá doctor le explicó las cosas, a la mañana siguiente, durante el aseo. La historia del cordón y de la placenta lo conmovió mucho.

A mí, su madre, me trajo un hermoso guijarro redondo escogido en la playa, que debía mantener sobre mi vientre para curar mi bolsa de bebé, y acariciaba el abdomen fajado de su hermanita para ayudar al desprendimiento del cordón anunciado por el padre, un poco decepcionado sin embargo de que su hermana "de él" no hiciera salvedad a la ley natural. Durante el primer baño de su hermana, quiso ver con sus propios ojos el ombligo recientemente cicatrizado, con una mirada de complicidad a su padre.

Pero volvamos a Gricha, que sufrió en el corazón y en la carne el nacimiento de su hermana, y que está superando la prueba. Al vigesimoprimer día de Katinka, ocurre un pe-

queño acontecimiento familiar: Katinka va a ser bañada. En torno a la tina instalada sobre una mesa, la niñera, el papá, la mamá, Juan el hermano de tres años, la abuela, el abuelo y la sirvienta, de quien Gricha es el preferido y por cierto lo seguirá siendo. Gricha, en los brazos de Henriette, también quiere ver. En cuanto el bebé está en el agua, todo el mundo ríe, se extasia de admiración enternecida: ya se imaginan la escena... Gricha, por su parte, con cara de fastidio, se aparta ostensiblemente del espectáculo y, como si tuviera tortícolis,<sup>3</sup> se niega a volver la cabeza hacia mí que lo llamé:

—No, no quero (no, no quiero).

Señala la puerta y dice:

—Iime (me quiero ir).

Pero la sirvienta no quiere; Henriette, su Henriette, exclama:

—Mira qué linda es, la hermanita, ¡mira qué linda es!

Gricha, todavía en sus brazos, se pone entonces a patallar, grita, le pega con todas sus fuerzas:

—¡No, mí no ve, no inda, no inda Tinka!<sup>4</sup> (no quiero ver, no es linda).

Sigue un berrinche de una violencia extrema. La siguiente noche se vuelve a hacer caca en la cama, como los primeros días. Este accidente, por fortuna, será el último, no tendrá consecuencias.

A partir del momento en que Gricha comienza a interesarse en su hermanita de manera positiva, a semejanza de su hermano y de los adultos, trae a su cuna todos los objetos que asocia con ella: botes de leche, de talco, cepillo, peine, etc., todo por la borda, incluso sobre la cabeza del bebé. Quiere que cada quien tenga consigo lo que le pertenece. Su hermana tiene un mes. Gricha parece haberla adoptado sin molestia y copia el comportamiento de su hermano mayor, cualquiera que sea éste.

Se aproxima el regreso a la escuela. Juan va a la escuela, para gran desesperación de Gricha. Prostración y reacciones de oposición alternan durante tres días. Él también quiere ir a la escuela. La maestra de Juan no puede recibirlo, es demasiado pequeño. Una mañana, al despertar, pide que le pongan pañales como a la hermanita y quiere volver a acostarse en su

<sup>3</sup> Compárese con la mímica de Juan cuando vio por primera vez a su madre darle el pecho a Gricha.

<sup>4</sup> Primero había sido Ka, luego Katinka, pero, en su rabia, se volvió Tinka.

cama, y esto durante varios días seguidos. Acabo por ceder. Para gran sorpresa mía, está muy feliz de encontrarse así, agita brazos y piernas como un lactante, adoptando la mímica de un retrasado mental, la lengua un poco de fuera y una cara de idiota. Dice, muy ufano:

—Mí omo Tati (yo como Katy).

Desea que permanezca cerca de él, sólo yo y nadie más, lo cual no es posible. Le hago notar que tampoco me quedo cerca de la cuna de la hermanita. Le prometo venir a verlo entre mis citas. Son las 9.30. Prefiere permanecer así cerca de una hora. Después de ese lapso, me dicen que me llama. Acudo. Dice en un tono monótono, en melopea escandida:<sup>5</sup> "Mamá, mamá", con voz incolora; se muestra pasivamente feliz de verme, de hacerse mimar. Le propongo salir de su cama, se niega. Como no me puedo quedar más de unos cuantos minutos, le ofrezco un libro de imágenes que rechaza. Misma maniobra. Me llama otra vez al cabo de media hora, en el mismo tono. Seguramente se aburre, voy. Son las 10.30. Habla muy mal, apenas comprendo que pide un biberón. Se lo doy, le ofrezco alegremente que lo coja. Se niega, y vuelve a su posición acostada, el trasero con pañales como un bebé. Así hasta las 11.30. A las 11.30, lo encuentro más parecido aún a un lactante, emite monosílabos. Lloro, está mojado. Si lo siento en su cama, dice:

—No puedo,

y vuelve a caer.

—Mí Tati (soy Katy).

Decido entonces acudir en su ayuda, si no se hundirá en una regresión que, ahora, ya no lo hace sentirse orgulloso (como al principio), sino que le pesa debido al estado de impotencia en que ha caído. Lo acaricio, besándolo en su cama, diciendo "mi chiquitina Katinka". Está nuevamente arrobado. Me levanto, me dirijo hacia la puerta y, volviendo con aire jovial, fingiendo no verlo y palpándolo:

¿Dónde está mi muchacho? Veo a Katinka, pero ¿dónde está Gricha? ¿Dónde está mi gran Gricha?

Entonces, iluminado, habiendo recobrado todo su dinamismo, se para de un salto en su cama:

—Qui toi (aquí estoy).

<sup>5</sup> Una melopea de dos tiempos. Según los análisis de adultos y las observaciones de niños, el ritmo concuerda con pulsiones interiores.

Le tiendo los brazos. Se precipita en ellos, lleno de exuberancia. Sigo el juego diciendo:

—Que diablita, esa hermanita. Anda, vete a tu cuna, deja la cama de Gricha. Eres demasiado chiquita para estar en esta cama grande.

Y Gricha ríe de buena gana. El resto del día mostró que, durante aquella mañana de regresión y de identificación con la pequeña, de la que se liberó en seguida, había dado un salto adelante en su evolución. Sin embargo, aquella mañana dejó su huella en un ligero tartamudeo.

A partir de aquel día, se entretiene solo mientras su hermano está en la escuela, le gusta ayudar en el quehacer de la casa; de aquel día data también su gran gusto por los libros de imágenes, hasta entonces ignorados. Y —hecho importante—, descubre el famoso bebé de celuloide que había servido a su hermano en el momento de nacer él y que, desde entonces, había permanecido más o menos relegado en un rincón. En cuanto la pequeña estaba fuera de su cuna, Gricha iba a poner en ella a “su bebé”, lo tapaba y, trayendo una silla, mecía al bebé canturreando. Cuando volvía la hermana, el bebé de celuloide perdía parte de su interés para él y se ponía a mecer a la hermana, con o sin el muñeco de celuloide, que llamaba “mi bebé” o “pequeño Guicha”. (Al bebé no se le apodaba Katinka.) Este alias-gran-Guicha debía identificarse en todos sus hechos, gestos y palabras con Juan. Su agresividad amorosa respecto al hermano mayor era muy clara, y éste a veces protestaba en voz alta:

—¡Oh! Guicha, déjame vivir, ya no puedo hacer nada. ¡Tomas todo lo que tengo y no juegas con ello! Era cierto. Si el hermano mayor cedía, Gricha, satisfecho durante un segundo, sufría inmediatamente, pues Juan se ocupaba en otra cosa y entonces era aquello lo que tentaba a Gricha.

El ligero tartamudeo de Gricha persistía aún cuando la hermanita tenía cinco meses. Tuve en ese momento la oportunidad de estar constantemente con mis hijos, pues nos aconsejaron unas vacaciones al aire libre a causa de la tos ferina que les dio a los tres. La rivalidad de Gricha respecto a Juan seguía siendo tal como la describí. Los dos grandes estaban siempre juntos. Esto ocasionaba a veces escenas cómicas. Por la mañana, ¡el baño! Gricha se precipitaba para ser el primero, pues su situación familiar de segundo le hacía querer ser el

primero en todas las actividades que se hacen por turno. Al cabo de algunos días, viendo que Juan no competía por ser primero, quiso esperar como hacía Juan. Entonces, decidí empezar por Juan. Desesperación de Gricha. Si Juan era el primero, él quería serlo, y si Juan era el segundo, también quería serlo. De tal modo que, para salir de la obstrucción que creaba y que nos hacía reír, decidimos dejar de hablar de turnos: en lugar de primero y segundo, antes y después, ya que esos dos calificativos en el tiempo no le parecían comportar superioridad ni inferioridad. Sistema que, de paso, cabe tener presente y que fue inventado por el propio Gricha. (Primero, segundo, es absoluto. Antes, después, es relativo.)

Ya no había problema respecto a la hermanita. La había adoptado definitivamente; ocuparse de ella, interesarse en ella era muy divertido y ya no suscitaba tentación de regresión. El problema seguía siendo la rivalidad con Juan. Gracias a ese contacto constante entre los dos, Gricha hacía progresos considerables por identificación con Juan, pero también tartamudeaba cada vez más. Juan hacía cosas arriesgadas, subía a la balastrada, llevaba la leche, se ponía de pie en marcha en el carrito de dos lugares, escalaba rocas. Gricha trataba de imitarlo. Si Juan, por prudencia (?), quería oponerse a ello, Gricha aullaba de rabia o lloraba de desesperación. Llamaban a mamá. Yo decía que Gricha tenía derecho a hacer como Juan, si podía. Pero el pobre Gricha, después de los inicios excitantes que lo ponían en sensación de peligro, pedía auxilio y renunciaba. Esta renuncia impuesta por la realidad a una necesidad inconsciente de compensación era muy dura y cada fracaso de este tipo lo volvía más tartamudo. Se rehusaba a ser consolado. Por esos incidentes que colocaban al grupo en la obligación de notar su comportamiento ruidoso, desesperado, rabioso, por lo tanto de reconocerlo (y que, al mismo tiempo, tendían a frustrar a la madre de su poder de consolarlo), lo que buscaba era, por un lado, gastar su energía en forma agresiva y, por otro, compensar una frustración de fracaso. En resumen, la situación era difícil.

Una tarde, Gricha quedó casi mudo de tartamudeo, hasta tal punto que me preguntaba si aquello podía ser peor. Tuvo dos reacciones de compensación y de agresividad reunidas en el plano digestivo, que fracasaron. Visiblemente, trataba de que estallara una escena liberadora, pero con sentimientos de culpabilidad que habrían hecho fracasar la liberación esperada. Desde hace

algunos días, habiéndome oído decir a la sirvienta que estábamos "muy justos de azúcar" hasta el final de nuestro verano,<sup>6</sup> había comenzado a querer comer azúcar en el desayuno; y, como yo le resistía suavemente, se enfurrufiaba un poco más cada vez. En eso estábamos la tarde del fuerte tartamudeo. A la mañana siguiente, durante el desayuno, Gricha se pone dos terrones de azúcar como de costumbre y me pide otro. Se lo permito.

—Otro.

—Prueba primero, si quieres otro veremos.

Sin probar y lanzado en su ataque, comienza a llorar, luego a rabiarse, luego a llorar de nuevo, desesperadamente vencido. Me decido y le digo:

—Bueno, está bien, si piensas que estará mejor, toma todo lo que quieras para que el café con leche esté rico.

Toma uno, luego dos, luego tres, cuatro y cinco terrones de azúcar, y los echa en su taza todos juntos. Vuelve a tomar otro mirándome. No me ocupo de él, y la sirvienta hace como yo. Mueve el café tirando la mitad, lo prueba:

—Está rico, declara, muy rico.

Yo digo entonces:

—Pobre Gricha, su malvada mamá siempre lo limita. Hoy, Gricha está contento, tiene un café rico y peor para los demás.

Pero Gricha no está contento. No pudo crear el incidente y deja el café empalagoso sin apenas probarlo y sin decir palabra. A la hora de la comida, Gricha se sienta en el lugar de su madre. Lo dejo hacer, pero no tomo su lugar, sino que me siento en un lugar desocupado hasta entonces. Ningún incidente. Por la tarde, se sienta en su lugar habitual, pero tiene el rostro sombrío. Rechaza su sopa.

—¿No quieres?

—No.

Se la quito. Llega el siguiente plato:

—No engo hambe.

No le sirvo. De pronto:

—Quelo opa.

Por desgracia, ya no queda, pero sí hay del resto del almuerzo (nótese que, por lo general, Gricha, como muchos niños, no adora la sopa). Entonces, desbordamiento del capricho: ra-

<sup>6</sup> A principios de 1947, estábamos todavía en una época de restricciones y de cupones de alimentación.

bia, patadas bajo la mesa. Lo llevo al cuarto de al lado; da fuertes patadas en la puerta. Voy a abrirle la puerta y regreso a la mesa. No se atreve a regresar. Digo sin dirigirme a nadie en particular:

—Ya no hay sopa, pero todavía queda de comer. Le permito a Gricha que regrese si deja al gorila que ya no tenía hambre y golpeaba por todas partes en el cuarto.

Gricha, que tiene hambre, aprovecha la invitación, después de vacilar un poco, y viene a sentarse a la mesa. Ninguna sanción. Pero después de la cena, me acerco a Gricha:

—Te has puesto triste, mi buen muchachito, porque el gorila le dice a Gricha que mamá no quiere a Gricha, que mamá quiere a Juan. El gorila dice: Juan es malo y mamá es mala. Pobre Gricha desdichado. Es cierto, Juan tiene suerte de ser grande.

Gricha se apiada de sí mismo hasta las lágrimas. Prosigo:

—Mamá fue pequeña y creció. Papá también. Todos los grandes son pequeños antes. Los gorilas son tontos. Creen que son listos porque son fuertes. El gorila que no dice sino cosas malas, ¿es fuerte?

—¡Oh, sí!, responde Gricha.

—Tú también tienes que ser fuerte, le digo. Muéstrame cómo le vas a hacer pampán. (Me golpea un poco.) ¡Más fuerte, más fuerte!

Jugamos y mamá es el gorila. Digo: "¡Ay, ay!" con voz fingida y al mismo tiempo felicito a Gricha con mi voz natural. Digo: "Dale más fuerte." Gricha ríe muy fuerte. Juan no está contento de que Gricha me pegue. Quiere interponerse. Le digo: "No, Juan, es el gorila de Gricha. Se escondió en mamá", y río golpeando a Juan a mi vez. Gricha no cabe en sí de gozo. Llega la sirvienta, que entra también en el juego. Sugiero que el gorila se escapó de mí; está en una cortina, luego en la ropa de Juan que es linchada, y dejo que el juego continúe entre los niños. Cuando están cansados de reír y de golpear por todas partes, digo con una vocecita disfrazada de voz de gorila [*sic*]:

—Pero yo quiero todo para mí, nada para Juan, nada para Gricha, nada para Katy, nada para nadie.

Vuelvo a mi voz normal y respondo:

—Sí, gorila, vas a tener los pampanes de todos.

Los niños se abalanzan a golpearme riendo. Nos detenemos,

jadeantes. Gricha ya casi no tartamudea. Está colorado de placer y relajado.

Al día siguiente, un niño un año mayor que Juan juega con los dos niños y, esta vez, es Juan quien, en justa compensación, se ve disminuido respecto al amiguito. Éste, hijo único, adopta a Gricha —¿o acaso se produce lo contrario? Gricha está dichoso. Esto le brinda quizá la oportunidad de tener una visión más justa de Juan. Su superioridad ya no es absoluta, Sergio es mejor que Juan en numerosas pruebas musculares, entre otras el columpio. Gricha ve que Juan no está resentido ni por esa superioridad de su prestigioso amigo —al contrario, lo admira—, ni por la amistad de Gricha con él. Y, desde ese día pasado los tres juntos, Gricha vuelve definitiva y completamente curado de su tartamudeo. Adquirió de la noche a la mañana el uso normal del pretérito, del imperfecto, del futuro simple y del futuro del auxiliar ir.

ESTUDIO PSICOANALÍTICO DE ESAS OBSERVACIONES  
ELABORACIÓN DE UNA NUEVA HIPÓTESIS

De esas tres observaciones de niños que manifestaron lo que se llama burdamente celos o despecho, la segunda, la de Roberto, nos muestra un caso que se volvió patológico debido al intervencionismo de los adultos, que querían equivocadamente imponer al mayor un comportamiento social de amor positivo, antes de haber permitido que su personalidad integrara, sin peligro para su equilibrio, la noción afectiva de hermano. Por lo demás, cuando comparamos las dos observaciones de Juan y de Gricha (dejando a un lado lo tocante, para este último, a la cuestión de la diferencia de los sexos), notamos profundas semejanzas de reacción, al mismo tiempo que diferencias en la intensidad y la rapidez del proceso.

Hemos insistido sobre todo hasta ahora en los celos debidos a la frustración respecto a la madre. El mayor, sintiéndose destronado, no aceptaría un siguiente, que consideraría como un intruso indeseable. Por supuesto, este sentimiento puede intervenir; pero quizá no sin mediación. Por otra parte, he visto casos en que el niño no era destronado en absoluto, porque de todas maneras, la madre se ocupaba poco de sus hijos: el mayor permanecía con una de sus sirvientas mientras que el recién nacido era encargado a una niñera. Ahora bien, las

reacciones eran del mismo orden. Se suele decir también que el despecho de no encontrar un compañero de juegos de su edad explica el comportamiento del mayor respecto al menor. Esto no es exacto: el niño sabe muy bien, por instinto, que el bebé nace pequeñito, no espera otra cosa (aun en los casos en que el adulto le ha falseado las ideas). Pero la idea de un bebé, o su representación imaginada (visual, sonora, táctil, etc.), y el *hecho* experimental, actual, de su presencia real, viva, carnal en el espacio de la vida cotidiana, son dos cosas totalmente diferentes.

Partamos más bien del descubrimiento de Freud: que la libido está vinculada al principio del placer; todo parece suceder como si cada ser humano, desde el día de su concepción, estuviese determinado al *pleno desarrollo* de sus virtualidades genéticas, es decir como si el conjunto de sus fuerzas atractivas y repulsivas apuntara continuamente —sentido mismo del pleno desarrollo— a su *distensión*. En cada uno de nosotros, una sensación de bienestar, de placer biológico (fisiológico y psicológico), estaría relacionada con el hecho de existir y de sentirnos actuar de una manera favorable al pleno desarrollo de nuestra existencia, en tanto que, simétricamente, un malestar y un displacer natural se manifestarían cuando sentimos que nuestras acciones están en oposición con las leyes naturales de la vida, del crecimiento, del desarrollo, de la fecundidad. Demos con Freud un paso más: es en lo que es sentido como bienestar biopsicológico propio e inconsciente donde se arraiga el narcisismo primario. "*Sentido libidinal*" inconsciente, instintivo, inefable que marca para cada ser viviente lo que es conforme con su evolución autónoma según su capital genético. Comparable con lo que es, en su orden, la inteligencia de la planta en el germen fecundado, que impele a éste a la realización del ciclo completo: crecimiento, madurez, fecundidad, envejecimiento, muerte (podría decirse: "el sentido del yendo-deviniendo en el genio de su sexo").<sup>7</sup> Todo lo que, procedente del interior o del exterior, sería conforme con ese sentido sería sentido como biodinámico, deseable; todo lo que sería ajeno a este sentido sin oponérsele sería sentido como biostático, neutral sin agrado; todo lo que tendería a oponerse a este sentido sería experimentado como impeliendo a la involución y desencadenaría.

<sup>7</sup> Hasta la muerte.

en el sujeto, luchando entonces por su vida, una agresividad defensiva, dirigida contra el agente de la involución. Este último proceso estaría encaminado a movilizar todas las fuerzas instintuales, hasta el extremo de poder ocasionar el decaimiento, la esterilidad, la muerte: la muerte de que se trata aquí no es la muerte "llamada", como la que sosiega los instintos de muerte después de la realización del deseo, sino la muerte como consecuencia de una utilización total de las fuerzas disponibles, hasta el agotamiento de la energía libidinal, puesta en este caso al servicio de la protección narcisista.

Ahora bien, un proceso psicológico primitivo hace que el ser humano *se identifique* con quienes lo rodean. El primer tipo de amor es el amor-identificación: ser, tener, hacer como el adulto tutelar y modelo; lo cual lleva a su introyección. Hasta el nacimiento de uno más joven, el niño nunca ha tenido que sentir en él, en el perímetro de su territorio-seguridad, el malestar de tener que abrirse a la percepción de otra forma humana *menos evolucionada* que él. Por tanto, identificarse con un objeto de atención y de amor nunca ha sido sentido por él como un obstáculo biodinámico. Y, en la medida en que los adultos no han estorbado su expresión en el mundo digestivo o motor, nunca ha experimentado conflicto alguno entre su actitud positiva respecto a ellos y la sensación de lo que es para él bienestar evolutivo como "yendo-deviniendo en el genio sexuado de su crecimiento".

Cuando aparece por primera vez en el campo de su afectividad alguien más joven que él, y él se muestra positivo respecto al recién llegado (véase Juan al principio), esta toma de contacto implica forzosamente una identificación o más bien un movimiento interior, una tentación de participación; ésta va a sublimarse necesariamente en el modo libidinal de la amancia oral, modo fragmentador de incorporación-introyección que, si se trata de adultos, sostiene el narcisismo en el sentido de la progresión, pero que, en este caso, conduce al mayor a una identificación percibida como un peligro de involución. El sentido libidinal biodinámico, al verse así contrariado, desata de inmediato un mecanismo de defensa que, en estado puro, y sin la intervención de los adultos, no es agresivo sino neutral, y constituye un intento por ignorar el peligro evitando mirada e interés por aquella intrusión enigmática.

Esto explicaría la mirada perdida de Gricha, sus oídos que no oían, su acurrucamiento cerca de la madre en una actitud

estupefacta y ausente, el desarreglo de los ritmos digestivos (el sentido peristáltico del funcionamiento digestivo puede ser invertido, con aparición de vómitos; o bien sólo el ritmo puede modificarse, con inapetencia o bulimia, constipación o diarrea).

Así mismo, la dosis de atención positiva prestada desde el principio por Juan al bebé, consecutiva a la identificación de Juan con los comportamientos de los adultos (y sobre todo de la madre) respecto al bebé, habrá provocado en él una regresión involutiva violenta, una pérdida del tono muscular, un estado subdelirante de confusión mental, un rechazo doloroso de ver, de pensar y de escuchar (doloroso por la fuerza destinada a neutralizar, en los lugares mismos de su penetración, emociones de efecto mimético involutivo). Esta neutralización (o "escotomización"), ese bloqueo de los sentidos que apunta a volverlos impermeables a lo que sería nocivo para el sujeto, me parece objetivarse perfectamente en un rasgo: el niño mayor evita mirar al bebé real, sin por ello desinteresarse en pensamiento. El placer visible, la curiosidad suscitada en el rostro del mayor cuando, al mirar a los adultos, puede identificarse con ellos en su atención al bebé, prueba efectivamente que lo nefasto no es la idea del bebé, sino la percepción directa, visual, auditiva, táctil de su realidad carnal; en resumen, la fusión de la imagen real del bebé, representado como incapaz de ciertos movimientos, con la imagen inconsciente del cuerpo del niño grande, capaz, por su parte, de esos movimientos, y esto tanto para su imagen de sí mismo estático, continente, que se mantiene de pie, como para su imagen funcional dinámica, cinéticamente dueña del espacio. Ahora bien, esta misma imagen inconsciente del cuerpo, ligada a los fonemas del nombre, es lo que presentifica para el niño su narcisismo de "yendo-deviniendo en el genio de su sexo".

El niño pasa por primera vez aquí por la prueba de la tentación desestructurante. Identificarse con todos los humanos que lo rodean ha sido siempre un placer, se lanza a esa experiencia sin temor. Y he aquí —¡oh sorpresa!— que el juego es peligroso.<sup>8</sup> El niño se siente fascinado, captado, raptado por una

<sup>8</sup> Observemos que un bebé cuyo cuerpo está en curso de funcionamiento, mamando, defecando, es *contemplable* por el mayor con menos peligro. Es una imagen polar y erógenamente dinámica; ésta es precisamente la razón por la que un niño ya continente y capaz de comer solo se vuelve incontinente y regresa a menudo a un estilo de comer ya superado. Este mimetismo, en este caso, es valorizado a sus ojos (inconscientemente) —puesto que el niño es valor para los padres.

imagen involucionada de sí que lo devora y disocia de su imagen del cuerpo, haciéndole perder sus adquisiciones y aun su "sentir" (su sensorium, como diría Pichon); "se olvida", "se extraña", y esos primeros síntomas son el signo de una defensa vital narcisista, de un compromiso dolorosamente soportado entre las pulsiones de vida activas, cuyas percepciones sensoriales cargadas por ellas se cierran todas al peligro, y las pulsiones de muerte que acuden en auxilio de las pulsiones de vida pasivas, para fortalecer la inercia de la imagen inconsciente del cuerpo. Queda entonces como una última roca la cosa del cuerpo propio que hay que preservar absolutamente de un goce involutivo, que correría el peligro de hundir al niño en el masoquismo.

¿Qué tienen, pues, en común los comportamientos reaccionales de esos tres niños, tal como nos lo muestran nuestras observaciones tipos?

El niño en peligro biopsicológico es desdichado en la medida misma en que ama de la manera que fue la suya hasta entonces, es decir en lo absoluto. Si amar es desear "ser el otro" o "tenerlo para sí", o también "hacer como él", el encuentro del recién nacido implica en el plano de las resonancias vitales inmediatas un absurdo biológico, un contrasentido respecto a la evolución. Varias consecuencias derivan de esto, que traducen todas la lucha por el derecho de vivir, quizá larvalmente, pero al menos rechazando una introyección que es sentida como disolvente, desestructurante, desimaginante, esterilizadora. Hay a la vez defensa pasiva y defensa activa —pero las manifestaciones de esos dos tipos de protección siempre son mal interpretadas por el adulto al que vuelven ansioso. El adulto da un significado intencional de orden moral a reacciones de hostilidad que, sin embargo, son sanas mientras la disociación no haya sido comprendida, o sea mientras las pulsiones en juego no hayan sido sublimadas y simbolizadas por el sujeto que comprende entonces que "amar" e "identificarse con" no son fatalmente sinónimos. Ser positivo en el contacto afectivo *sin* estar *sin* embargo en peligro de pérdida energética, he aquí el problema por resolver, y que por cierto no lo será sino hasta después del Edipo, y ni siquiera entonces en su totalidad.<sup>9</sup> Esta etapa estructurante, llamada

<sup>9</sup> Destaquemos que este problema es el fermento fundamental de las rivalidades dinámicas individuales, de grupo y sin duda también colectivas; como la lucha de clases.

de celos, es inevitable, es el signo de la inteligencia del niño frente a una experiencia nueva. Según los niños, es más o menos espectacular. Se puede afirmar que, mientras más intensamente se viva (sin provocar reacciones perturbadoras por parte de los adultos), más se asiste luego a la aparición de una personalidad potente y dotada de adaptabilidad. Durante ese período, el niño necesita una comprensión afectuosa y discreta; es importante sobre todo que los adultos no modifiquen para nada su comportamiento respecto al bebé, aun cuando ese comportamiento haga sufrir al niño mayor, pues sostiene también la diferencia estructurante de dicho niño con el adulto que de ese modo deja contemplar una imagen de ser humano acabado, fuera de los peligros de la involución.

Esta asociación o esta separación entre el amor y la identificación-introyección se produce, por cierto, por sí misma, después de un tiempo más o menos largo de perturbación caracterial y psicósomática. Y, si el niño es asistido, comprendido, amado durante su proceso regulador autónomo, el balance no puede ser más que positivo, después de una fase en que el comportamiento caracterial, sensorial y motor traduce un itinerario penoso entre Caribdis y Escila. Caribdis: la identificación con la madre nutricia, que hace sentir al mayor emociones indignantes para su naturaleza (choque y tartamudeo de Juan ante el hecho, antifisiológico para un niño, y más aún para un varón, de sentirse comido como su madre lo es por el bebé; en Gricha, vergüenza de tratar en vano de parir un bebé en su cama, defecando al despertar, como todo lo lleva a creer que su madre ha hecho para dar a luz a Katinka). Escila: identificación con el lactante, con la regresión involutiva que implica dicha identificación (desquiciamiento del tabú de la antropofagia, tabú que, por la mediación de la mordida simbólica castradora, es el fruto del destete en el pre-superyó). El niño rechaza pasiva y activamente lo que viene de uno y otro en espera de que, con ayuda de su crecimiento, la tensión biopsicológica le permita resolver el dilema. De ello deriva, en los casos favorables, la liberación de la autonomía del comportamiento, con su corolario funcional: el sentido de lo relativo, corrección de ese absoluto en el que el niño vivía hasta entonces.

Esa mutación libidinal constituye el esbozo de la sublimación de las pulsiones eróticas orales y anales. Vemos muy bien en los tres niños la adquisición de la soltura en una situación

entre tres<sup>10</sup> (social, dialéctica y gramaticalmente), en sustitución de una situación entre dos. Y si se logra esta soltura en la situación entre tres, en sustitución de la situación entre dos, el sentido de la familia y de la sociedad ha nacido para el sujeto. Esto fue típico para Roberto y para Juan. Cuando no se está obligado interiormente a pensar, a actuar, a vivir, a hablar como los demás con quienes se coopera, se puede tener relaciones sociales positivas sin ambivalencia. Se puede no haber tenido todavía ninguna relación afectiva con seres humanos mayores o más jóvenes que uno y, si vienen a uno, no temer su aproximación. Las relaciones sociales son determinadas entonces por la necesidad que se tiene de vivir y de actuar, o sea de intercambiar palabras, gestos, objetos parciales, con miras a sus leyes internas de evolución. Hay cooperación entre dos, cooperación entre tres o entre varios. El rechazo agresivo a priori de los demás desaparece, porque ya no es necesario defender la integridad de la imagen del cuerpo. Cada quien se siente fuerte por su propia fuerza y va en el sentido que siente como sano para sí mismo. Que los otros tomen caminos diferentes o los mismos, es asunto suyo. El sujeto se siente libre y deja libres a los demás. Todo ello es lo que permite adquirir la prueba biopsíquica que es para cada uno de nosotros la emoción de amor por alguien más pequeño, alguien menos evolucionado, alguien menos potente que nosotros y, por extensión, alguien diferente, en tamaño, en forma, en dinámica, en deseos.

Esta prueba es necesaria para la asunción de la noción de "otro"; y todo ser humano pasa por ella tarde o temprano en su camino. La llegada de un hermano segundo permite vivirla temprano y salir de ella liberado de la necesidad de absoluto en las relaciones sociales. No depende sino del medio educativo dejar que el niño tenga acceso a dicha liberación interior, a la autonomía de su comportamiento.

Uno de los intereses de esta hipótesis es que permite com-

<sup>10</sup> No se trata aún de la situación entre tres personas, que caracterizará la situación edípica; se trata de una situación entre tres centros distintos de pulsiones orales y anales sometidos a su propio orden de deseo en la elección del objeto parcial transitorio, necesaria para la realización libidinal. (Si el objeto parcial es asimilable después de consumo-fragmentación, aportando por su incorporación al cuerpo mantenimiento de la vida, es el objeto oral. Si el objeto parcial es no asimilable o inútil, o de sobra para conservarlo en sí o en derredor de sí, y por tanto expulsable o rechazable fuera de su espacio, es el objeto anal.)

prender las relaciones entre narcisismo y sentido social. Si Roberto tomaba la dirección de la perversión o de una neurosis narcisista grave, esto se debía a que la perturbación de su confianza para con los adultos parentales había socavado las bases de los principales componentes del Edipo, que ya no podía plantearse. La angustia de castración —convertida en angustia de mutilación y de involución— intervenía en el narcisismo primario sin relación con el Edipo, o sea con la valorización genital del padre y de la madre. Y sin embargo, muy cerca aún del origen de los trastornos, unas simples medidas psicológicas pudieron salvarlo. Después, hubiese sido preciso un tratamiento psicoanalítico largo.

#### CONSECUENCIAS ULTERIORES DE LOS CELOS EN EL MOMENTO DE NACER UN HERMANO SEGUNDO SU INTERFERENCIA EN EL EDIPO

En clínica infantil, observamos que todos los niños llamados normales presentan, o han presentado —si sus allegados pueden recordar los hechos—, síntomas caracteriales o psicósomáticos más o menos graves, coincidentes (pero los síntomas suelen ser juzgados la mayor parte del tiempo sin relación con el acontecimiento) con el nacimiento de un segundo hijo; y dichas reacciones siempre son del orden de las descritas aquí.

La ausencia total de reacción negativa aparente es tan grave, cuando no más, que las grandes perturbaciones espectaculares. Siempre es el signo de una anulación emocional que marca un principio de reacción obsesiva o incluso un principio de reacción de disociación.

En clínica pedipsiquiátrica y psiquiátrica, se observa, si se profundiza en la anamnesis, que, en la mayoría de las neurosis, las primeras descompensaciones crónicas aparecieron unos pocos meses después de la primera "ocasión" de celos para con un niño más joven, que hace intrusión en el trío formado por el padre, la madre y el hijo, o sea en el primer núcleo de estructuración. Estos celos, muy a menudo, no se manifestaron, o se manifestaron en inversión, es decir en actitud espectacularmente positiva que, por desgracia, encanta a los padres. Es en el momento del destete, de la marcha o de la adquisición del lenguaje (inteligencia manifestada) del segundo —en apariencia amado— cuando se manifestará la neurosis del mayor: celos

ignorados que estallarán en desamparo, en odio, en sufrimiento, en fracaso: por ejemplo cuando el pequeño entra a la misma escuela que el mayor, o cuando el joven tiene algún éxito social o amoroso.

En las reacciones de celos de las que hemos hablado hasta ahora no hemos examinado claramente el papel de los celos respecto al segundo en una estructuración edipiana en vías de elaboración. Esto se debe a que, en las observaciones citadas, ninguno de los niños había alcanzado la edad de tres años. Es preciso saber, y lo observamos cotidianamente, que todo ser viviente (con mayor razón humano) valorizado por la madre, el padre y otros adultos, sobre todo los adultos del mismo sexo, cobra, a los ojos del mayor, valor de objeto de deseo libidinal para el adulto modelo de que se trata (soporte de la imagen ideal de sí para el niño). El niño interpreta ese deseo del adulto a partir de la etapa libidinal en que él mismo se encuentra efectivamente, mezclado con el deseo de la etapa siguiente cuya noción intuye (sentido libidinal de lo que el deseo apunta el inalcanzable falo simbólico). Dicho deseo se encuentra pues en relación, para él, con el erotismo oral y anal: el bebé es un bonito alimento, el bebé es un bonito excremento, el bebé es un valioso fetiche objetual complementario del deseo, tal como el niño se lo representa actualmente.

Si para el adulto el bebé, por su presencia, es fuente de alegría y de plenitud afectiva (por sublimación emocional de la libido oral), el bebé es el modelo a amar propuesto al mayor. Él, el adulto, modelo del cariño, guía del bien vivir, quiere a aquella insólita criatura sin dientes, que no habla. Yo también *debo* amarla, se dice el mayor.

Ahora bien, hasta la aparición del bebé en la pareja parental, y en la familia, el rival amado siempre era un hermano o hermana mayor, o un adulto; y, en el caso de padres sexualmente sanos, era el adulto parental de sexo complementario. En resumen, el acoplamiento deseable era un acoplamiento de adultos, el niño identificándose con la escena primitiva de la que es el fruto vivo. Ese acoplamiento génito-genital de adultos de sexos complementarios, que el niño intuye desde siempre en su fuero interno y que le gusta metaforizar en el gesto bien conocido de acercar al suyo los dos rostros de sus padres en sus momentos de ternura, ese acoplamiento sostiene "para él" su deseo de yendo-deviniendo adulto a su imagen y la amancia electiva para

papá-mamá, indisociable biopsíquicamente de su fuente libidinal y de su cohesión narcisista.

Con la aparición del hermano segundo, la realidad libidinal, la atracción recíproca de los adultos de la pareja parental, puede ser destronada por la importancia que cobra, para los padres, el nuevo nacimiento, por la alegría, la angustia o las perturbaciones que trae consigo; por aquel bebé cuya imagen involucionada está a veces por añadidura, si el recién nacido es una niña y el mayor un niño, mutilada desde el punto de vista del niño, que infiere de su desnudez contemplada el peligro de mutilación sexual (interpretada según criterios de realización y de frustración del deseo oral o anal, o de frustración tocante al placer o la propia zona erógena en peligro, siempre según las fantasías de estas etapas arcaicas). Dicho de otro modo, el valor mismo del sexo es lo que parece desdeñable, si no es mantenido por lo que el niño intuye del deseo recíproco de los padres que siguen siendo amantes.

#### CONCLUSIÓN

El nacimiento de un segundo hijo (cualquiera que sea la manera en que ha sido preparado) sobreviene como una tormenta repentina en el cielo sereno en que el padre y la madre, alias sol y tierra, servían de puntos de referencia interrelacionales para la verticalidad axil del mundo animado e inanimado, donde el niño se conocía en seguridad en su imagen del cuerpo.

Sin embargo, es gracias a este acontecimiento, el nacimiento del hermano menor, que el niño inmediatamente mayor, normalmente perturbado durante un tiempo más o menos largo, va a poder superar, por la conmoción misma que ha provocado ese nacimiento, el peligro de una amancia erótica y de un fetichismo que acecha a los seres humanos.

La pertenencia al mundo de las relaciones humanas permite superar la prueba fantaseada integrando la lección del riesgo, lo cual se manifiesta por la brusca aparición de la sintaxis gramatical del pasado y del futuro, de los pronombres relativos, de las oraciones subordinadas, del vocabulario, de la memoria (rasgo nodal del yo, ilusión ya no espacial sino temporal del narcisismo específico de cada ser humano).

La clínica pedipsiquiátrica nos enseña, por último, que esa tormenta puede transformarse en cataclismo cuando las reac-

ciones sanas de adaptación del niño al nacer un hermano menor suscitan angustia, censura y rechazo real por parte de los adultos, esos mismos adultos de quienes depende la estructura necesaria y momentáneamente desquiciada.

Dicho cataclismo se aprehenderá en términos forzosamente edipianos en el adulto y el niño grande, mientras que es en las premisas del Edipo donde provocará a posteriori la desvalorización ética de la dialéctica genital.

Terminaremos apelando a la experiencia humana y clínica de todos los que nos leen, exhortándolos a reflexionar sobre las particularidades caracteriales, por no decir a la neurosis de carácter, de los hijos "únicos", criados sin tener que rivalizar con un hermano menor y sin tener que enfrentar la agresividad celosa pero formadora de un hermano mayor junto a sí: siempre se descubre en éstos las huellas de un sufrimiento latente de celos, no superado, intrincado oral y analmente en su genitalidad.

## 6. CURA PSICOANALÍTICA CON AYUDA DE LA MUÑECA-FLOR\*

### PRIMERA OBSERVACIÓN

Me traen una niña de cinco años y medio, Bernadette, que presenta una apariencia de gran retraso mental: elabora continuamente fantasías y sus asociaciones verbales hacen pensar en la esquizofrenia; sin embargo, existe un contacto afectivo, de tipo agresivo (siempre negativo), sobre todo con su madre.

La niña, largirucha y delgada, mantiene la cabeza inclinada (torticólis congénita [?]); presenta un estrabismo interno bilateral, secuela de hemiplejía denominada obstétrica [?], su brazo izquierdo está doblado, la mano izquierda sobre el antebrazo, arrastra un poco la pierna izquierda. Habla con una voz monótona (sin modulaciones), gritando como si fuese sorda, la boca crispada en una sonrisa estereotipada, y las palabras que pronuncia en ese tono chillón muestran una ausencia total de sentido crítico y de adaptación a la vida social. La niña padece anorexia denominada mental, se niega a comer; cuando se la obliga o cuando ella misma se fuerza a tragar alimentos, éstos suelen ser parcialmente vomitados, sea de inmediato, sea un cuarto de hora o media hora después.

Bernadette, que nació a los nueve meses, manifestó desde su nacimiento un rechazo a mamar o a beber en la cuchara; cuando a los cinco días se trató de vencer ese rechazo, la niña empezó a vomitar sangre: "También sangraba por el ano", me dice la madre. Los vómitos de sangre duraron unos diez días, y la niña sólo se alimentaba con suero glucosado rectal gota a gota e inyecciones subcutáneas de suero de Quintón. Fue tratada con fricciones mercuriales. Al cabo de diez días, pudo tragar algunas cucharadas de leche diluida en agua cuya proporción de leche fue aumentada paulatinamente, pero seguía alimentándose mal.

A los dos meses y medio, el bebé empezaba a crecer normalmente, pero sin recuperar su peso de nacimiento; de los tres a

\* *Revue Française de Psychanalyse*, núm. 1, 1949.

los siete meses, pareció gozar de buena salud, y ser formal y adelantada. Luego, a los siete meses, se observó que no se valía de la mano izquierda ni de la pierna izquierda. A los padres les pareció que, hasta entonces, el bebé pateaba con las dos piernas y agitaba ambos brazos. Se observó también un estrabismo bilateral interno. Se le dio sulfarsenol. No se halló ningún signo de laboratorio ni en la sangre de los padres ni en la de la niña. Tuvo sus primeros dientes a los *seis meses*. A los siete meses, le dieron papillas; presentó entonces espasmos del píloro y vomitó todo lo que se parecía a papilla espesa (puré, compota de manzanas, etc.). La alimentación volvió a ser difícil.

A los *diez meses*, habló. Al *año*, caminó, pero titubeando, y la marcha se estableció con muchas dificultades. La niña tuvo crisis de vómitos atribuidas por los médicos a veces a espasmos pilóricos, otras veces a crisis acetonémicas caracterizadas. *De los doce a los dieciocho meses*, la alimentación y los progresos fueron relativamente satisfactorios considerando las dificultades mencionadas; luego, a los *dieciocho meses* de edad, la niña pasó quince días rehusando todo alimento y toda bebida. Esos quince días fueron muy angustiosos para la familia y para la niña, que quería comer y lloraba por no *pod*er hacerlo. Al cabo de quince días, en un estado de desnutrición alarmante, la niña vomitó un tapón de masa cruda que había debido tragar sin testigos en la cocina. Por esta época, tuvo una crisis de nervios con motivo de la visita de un médico que vino a verla en moto, crisis con espasmos de la glotis y amenaza de asfixia. Durante mucho tiempo, la niña conservó un verdadero terror hacia el ruido de la moto y, cada vez que oía una, y aun en la cama, le sobrevenían crisis de angustia pánica. Como tenía muy mala vista debido a su estrabismo, sus numerosas angustias fueron atribuidas a su vista deficiente (por ejemplo, terror de subir una escalera, de dormir en la oscuridad, de soltar a su madre, a la que, sin embargo, le reprochaba sin cesar ser mala).

Actualmente, es, en sus juegos, una niña de tipo paranoico, que siempre castiga a sus muñecas. Además de la madre, viven en la casa una sirvienta con la que se muestra muy difícil y una hermana de veinte años a la que dice "detestar" y de la que está celosa. Quiere mucho, según me dicen, a su padre, al que trata como un amigo, y también le gusta mucho la compañía de un niño de su edad, Bertrand, que vive en el mismo edificio y al que llama su hermano, identificándolo con su padre. Para ella,

estos dos personajes están confundidos en un mismo amor posesivo y sádico.

Ante este cuadro, en el que veo dominar la organicidad, y esto desde el nacimiento, no se me ocurre (no teniendo en psicoanálisis de niños más que una modesta experiencia) que un tratamiento psicoanalítico pueda ser de alguna ayuda; pero la madre, que se hizo psicoanalizar hace más de diez años y ha oído decir que en Estados Unidos algunos niños son tratados por medio del psicoanálisis, insiste en que yo reciba a la niña al menos durante unas cuantas sesiones.

Cuando veo a Bernadette aquella primera vez, estamos a 18 de noviembre de 1946. Está con su madre; no tengo contacto a solas con ella. En esto, mis propios hijos contraen la tos ferina y como Bernadette no la ha tenido, debe aplazarse todo proyecto de tratamiento. En el momento en que podría volver a tomarla, la niña se va, como todos los inviernos, al Mediodía. Su madre me manda noticias: "Estado de salud de Bernadette estacionario, se hizo un intento por ponerla en un jardín de niños, la niña es difícilmente soportada en él, no participa en ningún ejercicio ni juego colectivo, es incapaz de integrarse desde el punto de vista motor, así como desde el punto de vista caracterial."

*El 28 de marzo de 1947, segunda sesión*, la primera en que veo a la niña sola. No parece otorgarle importancia a mi persona sino que se habla a sí misma en un monólogo chillón, tal como lo describí. Dibuja un pino totalmente abstracto (dice "pinar"<sup>1</sup> en vez de dibujar): un triángulo rojo y amarillo, que sólo tiene de verde los contornos; dibuja formas que llama casas, en medio de las cuales pone "bolas que estallan las casas". Elabora fantasías sobre "sus tres hijas, sus dos bebés que siempre cosean en la boca, rompen la boca o el vientre". La madre tiene que ausentarse, se lo comento a Bernadette; a ella parece encantarle la salida de su madre, muy contenta con la perspectiva de un deseo así fantaseado: "papá yo sola". ¿Qué sentido dar a este sintagma? Vemos aquí la expresión de su deseo de ser hija con su padre para ella sola. Su cuerpo de niña es vivido por ella

<sup>1</sup> Es una de las formas del lenguaje denominado esquizofrénico: los sustantivos son declinados como verbos lo cual muestra que, para la niña, todo sustantivo incluye una dinámica.

como sede de zona erógena oral y tubo digestivo confundidos con el cuerpo de la madre que, ausente, ausentiza su necesidad y su deseo de comer, poniendo en peligro el vivir, podríamos decir, somático; el deseo sexual genital femenino se asocia con el hombre bajo el nombre del padre con su sexo, en la representación que tiene de su propia persona, como si gracias a la presencia de su padre sin la madre ella poseyera los dos sexos. En esto, le da a su vez una leve tos ferina sin gravedad, con tos ferinoide, sin los esputos característicos, pero que la obliga a suspender sus salidas y por consiguiente sus sesiones conmigo. Desde la partida de su madre, Bernadette tiene tal crisis de angustia que ya no puede comer lo que sea sin vomitar de inmediato. A su padre se le ocurre la idea de hacerle garabatear una supuesta "carta" a su madre y en seguida la niña puede comer. En cuanto la niña manifiesta angustia para comer, por su propia iniciativa se pone a "escribir" a su madre y la angustia cede, permitiendo la alimentación.

Un día, la madre llama por teléfono desde el extranjero donde tuvo que partir; de inmediato, Bernadette se pone a escupir de manera compulsiva.

*Tercera sesión, el 11 de mayo.* Bernadette ya no tose, ha reiniciado sus sesiones. Ese día, anoto: buen estado, teme el regreso de su madre: "Cuando no está mamá, como mejor."

*Cuarta sesión, el 20 de mayo.* Se ha producido un pequeño incidente; la madre de su amiguito, por una historia entre sirvientas, riñe con los padres de Bernadette y se opone a que el niño y ella vuelvan a verse. Se teme un fuerte trauma, pero Bernadette viene a verme. En la escuela, donde se aceptó tomarla, no se hace de amigos, no sigue el ritmo de los demás; pero le gusta ir, y se vuelve mucho más amable con su padre.

*Quinta sesión, el 2 de junio.* Parece en buen estado. La madre ha vuelto. Bernadette expresa muchos sentimientos negativos para con ella: "Mamá no quiere que coma, quiere ver en mi cardíaco, es mala, siempre quiere hurgar en mi corazón, pero no soy yo quien dice eso, es la mona la que lo dice." La niña debió haber oído hablar de cardias a propósito de sus espasmos digestivos y hace asociaciones verbales entre cardias, cardíaco, corazón, vientre y casa: "las bolas peligrosas que estallan las casas". Mostrando su pecho, dice: "Se hace estallar todo esto,

para ver en el corazón, es para curar." Elabora toda una fantasía sobre la reproducción sexuada a propósito de las hojas de pino que se plantan en la tierra y que crecen. Entre otras declaraciones esquizoides pues no podría referir todas, dice: "Si muero, me iré a vivir en mi hija." Al final de la sesión, expresa muchas cosas negativas sobre su sirvienta: "Mala, hay que matarla."

Suspensión del tratamiento durante las vacaciones largas.

*Sexta sesión, el 14 de octubre.* La niña vuelve, ha pasado un verano mejor, dice la madre, es menos difícil en sociedad. Sigue teniendo el mismo aspecto muy anormal; su voz chillona y monótona y sus fantasías conmigo y con sus familiares siguen siendo las mismas. Le reprocha a su padre no escucharla, en estos términos: "No te lunes." Ha vuelto a la escuela, donde se la acepta con la condición de que sólo venga una parte del tiempo y que no participe ni en los juegos colectivos ni en las sesiones de trabajos manuales (escuela de tipo activo). Conmigo, elabora incesantemente fantasías y da la impresión de ser cada vez más esquizofrénica. Es celosa, pero de manera adaptada: las únicas palabras que expresa con una sintaxis comprensible son palabras vindicativas para con, entre otros, uno de mis hijos cuyos llantos escucha, o para con niños que juegan en un patio de recreo que puede verse desde mis ventanas.

Decido sesiones quincenales, único ritmo compatible con las posibilidades familiares.

*Séptima sesión, el 20 de octubre.* Un día, había hablado de la "mona" que decía tantas cosas malas sobre su madre. Esta vez, la mona, que es una niña, parece tener una existencia alucinatoria. Esa niña-mona es muy mala y es tan mala con la niña porque la quiere muchísimo; quiere tanto a Bernadette que desea entrar en ella. Quiere aprovechar el momento en que Bernadette come para ser comida al mismo tiempo que las cosas y, si Bernadette se come a la mona, se convertirá en mona. Bernadette se encontró conmigo al entrar en mi edificio y está furiosa de comprobar que existo "de veras". "Si la doctora existe, es que la mona existe"; pues cuando Bernadette regresa a casa, ocupo en sus fantasías tanto lugar como la mona. Cuando acaba de comer, su madre la ve dándose puñetazos en el estómago: le está pegando a la mona para que se salga. En adelante, está ocupada exclusivamente por sus fantasías; sus muñecas y

sus animales ya no le interesan. (Cuando llegó a mi consultorio, detestaba sus muñecas y sus juguetes, pero dormía con un oso y un gato de peluche.) Todos los *dibujos* que me hace representan formas abstractas, adornadas con letras y cifras erotizadas: algunas son malas o feas; desde el pino del primer día, los vegetales no han vuelto a aparecer en sus dibujos, como tampoco las representaciones de animales, ni las representaciones de construcciones. En la escuela, donde se empieza el aprendizaje de las letras, se vuelve mala, y se muestra más inadaptada que el año anterior.

Ante este comportamiento completamente *narcisista*, en que la afectividad está marcada únicamente con el signo negativo, me llama la atención el aspecto paranoico, autístico y ansioso que cobra el carácter de la niña. Es entonces cuando se me ocurre la idea de darle una muñeca-flor. He aquí cómo se me ocurre.

Durante mi experiencia analítica, tanto con los adultos como con los niños, he podido observar a propósito del dibujo libre que, en las sesiones conmigo, apoya constantemente la clínica, que el interés manifestado por las flores y la identificación con una flor, en particular con la *margarita*, siempre acompañan al *cuadro clínico del narcisismo*.

He comprobado a propósito de los niños anoréxicos (y pude hacer la misma observación a propósito de los *sueños* de dos adultos) que todos dan, en sus dibujos libres, imágenes de flores o de plantas cuyos tallos presentan en un nivel cualquiera una solución de continuidad con el suelo o el recipiente nutricio y que, cuando le pregunto al sujeto en qué lugar se situaría en el dibujo si estuviese representado en él, se proyecta en la flor, en el tallo cortado. En las niñas mayores o las mujeres narcisistas, las flores cortadas adornadas de lazos prevalecen sobre cualquier otra proyección, en el dibujo libre o en los cuadros que dicen preferir.

Cuando la mamá me dice delante de Bernadette que a ésta ya no le gustan ni sus animales ni sus muñecas, se me ocurre responderle: ¿pero quizá Bernadette quisiera una muñeca-flor? En ese momento, Bernadette salta de alegría y dice, en el clímax de la excitación jubilosa: "Sí, sí, una muñeca-flor, sí, sí..." "¿Qué es eso?", pregunta la madre; y yo: "No lo sé, pero parece que eso es lo que le gustaría."

El narcisismo de los niños de tipo de libido masculina (niño o niña con complejo de virilidad) prefiere proyectarse en flores

fállicas (azucena, junquillo, lirio de los valles). Las rosas, las anémonas convienen a la proyección de sí en el caso de una libido narcisista de tipo femenino; en cuanto a las margaritas, son las primeras representaciones florales de todos los niños, de ambos sexos. Parecen simbolizar la libido de un sujeto que aún no ha tomado conciencia de su tipo de genitalidad (o que rechaza la toma de conciencia). Invité, pues, a la madre a confeccionar una muñeca que, en vez de tener la cara, los brazos y las piernas color carne, estaría completamente cubierta de tela verde, incluyendo el volumen que representa la cabeza, por cierto sin rostro, y que estuviera coronada de una margarita artificial; a esta muñeca se la vestiría con ropa que evocara tanto al niño como a la niña, por ejemplo: tela azul y rosa, calzón y faldita a la vez, y de la misma tela.

*Octava sesión, el 4 de noviembre.* Bernadette regresa con su muñeca-flor con corola de margarita, que llama "Rosine": por lo tanto afeminándola. Me dice, a mí esta vez y no sin dirigirse a nadie en particular, pero siempre con su voz chillona, sin modulaciones, que esa muñeca es horrible, mala, y me cuenta que desde que llegó a casa, es un infierno. Rosine, prosigue, se divierte pegándole a las muñecas humanas y a las muñecas animales. La muñeca que más detesta es María Cristina, su sufrerotodo (la propia niña tiene un nombre compuesto cuyo primer término es María, Bernadette no es sino el nombre que yo le doy para la publicación de su caso). Así, Bernadette proyectó toda su actitud caracterial negativa sobre esa muñeca-flor y, por consiguiente, puede hablar.

Le pregunto:

—¿Sabes por qué es mala?

—Es a causa de un hombre que tenía un palo y que le dio malas ideas: un hombre curioso que parecía una luna.

(Luna y palo: trasero y pene, ¿un asiento de niño? ¿o una esfera divisible, como el arcaico seno materno, y un pene peligroso; símbolos de madre y de padre, ambos fállicos?)

Recuérdese que le decía a su padre: "No te lunes." Por lo tanto, ese hombre es el padre. Al atribuir sus fantasías a su muñeca, cuyo discurso me relata, puede dar rienda suelta a declaraciones escatológicas, agresivas y groseras.

Hablamos de esa muñeca-flor:

—¿Es sólo ese hombre el que le dio malas ideas?

Entonces Bernadette se inclina hacia mí y, en voz baja, al

oído —es la primera vez que la oigo hablar en voz baja— me susurra:

—Ser mala para ella, se llama ser amable, porque tiene un brazo y una pierna que no funcionan.

Sigo hablándole, a mi vez, con una voz normal, y digo:

—¿Cómo es que eso la vuelve mala?

Bernadette me responde en voz baja, al oído:

—Te digo que es su manera de ser amable, hacerle daño a los demás. No es mala, está enferma, la vas a atender.

Bernadette se va, muy contenta de haber dejado su muñeca a la doctora que va a atenderla.

*Novena sesión, el 16 de noviembre.* Llega con un oso de peluche que ha disfrazado de muñeca humana. Se ocupa mucho de su "hijo", le quita el abrigo para que no tenga demasiado calor, lo instala en una esquina del diván. La madre tuvo tiempo de decirme rápidamente, sin entrar (la niña se precipitó de un salto hacia mi oficina), que desde hace quince días Bernadette está transformada desde el punto de vista del carácter y, añade, "la transformación data del día siguiente al que Bernadette estuvo en posesión de su muñeca-flor y, sobre todo, desde el momento en que la dejó aquí en tratamiento. Aquella vez, al volver a casa, Bernadette guardó todos sus juguetes descuidando un poco (sin agresividad) sus muñecas humanas, y se mostró muy atenta con sus animales de peluche".

Al principio de la sesión, Bernadette se instala en la mesa y dibuja con verde, esta vez (y diciéndome por primera vez que le gusta mucho ese color), tres margaritas que llama Papá, Mamá y Bernadette, y de las que dice que "se quieren las tres".

—¿Cómo sigue mi muñeca-flor?, me pregunta de pronto.

—Sabes, la atendí todos los días, pero sólo una mamá sabe conocer a su hijo. Tú me vas a decir cómo la encuentras.

Y le saco del armario su Rosine. Asisto entonces a toda una escena de mímica. La niña le habla en voz baja a su muñeca, se la pone al oído para escuchar lo que responde, luego la hace bailar sobre la mesa, y de pronto, con una voz modulada que no le conocía y que nunca antes le había oído, me dice:

—Está curada, su brazo y su pierna funcionan muy bien, la has atendido muy bien.

Ha dejado su muñeca-flor al lado del oso, sobre el diván, y vuelve para conversar conmigo. Me muestra su mano parética siempre un poco engarrotada y añade:

—Es una hija de lobo, entonces para amar tiene que arañar y, como te quiere mucho, la hija de lobo te va a mostrar lo fuerte que es.

Empieza a clavar sus uñas en la piel de mi mano, diciendo:

—No tengas miedo, tiene que ver sangre porque te quiere.

La voz sigue modulada y así permanecerá definitivamente.

Cuando Bernadette ve las marcas de sus uñas en mi piel, se muestra satisfecha y, para que haya sangre, continúa:

—¿Te duele?

—Sí, un poco, pero sé que me quiere.

Entonces, con su mano derecha, Bernadette acaricia mi mano marcada por las uñas de su mano izquierda.

—Ésta es una hija de humana, me dice hablándome de su mano derecha, nunca, nunca quiere haciendo daño.

*Décima sesión, el 10 de diciembre.* Muy buenos resultados escolares, mejora muy clara desde el punto de vista motor. La niña puede participar en las actividades motrices y colectivas sin perturbar la clase y sin que se burlen de ella. Hace por su propia iniciativa ejercicios constantes con su mano y su pierna izquierdas. Se muestra muy negativa contra mi último hijo (sabe por sus padres que tengo hijos, nunca los ha visto, pero oye correr y gritar, jugar en la casa, y la voz de una niña de dieciocho meses, la más joven).

—¡Prefiero mi conejo que tu mugroso crío! ¿No te parece que es feúcho?

—Una mamá nunca ve los defectos de su hijo; pero ahora que me lo dices, quizá tengas razón.

Ella, entonces:

—Éste es mi hijo que quiero.

Y dibuja un conejo. Y de ese conejo, símbolo neutro de sensibilidad temerosa, hace un caparazón con cabeza de gato, símbolo de sensibilidad femenina.

*Decimoprimera sesión, el 8 de enero.* Dibuja una forma, de la que dice:

—Es un lobo-ángel, es un hombre al revés, es un bello árbol, es un ángel de los ángeles.

Trato de que tenga una ensoñación, en que se imaginaria seguir a ese lobo-ángel. No hay manera. Le digo:

—Entonces, quizá, imagina que vas en el agua, tema fantas-

magórico destinado a explorar los afectos de la etapa oral, y quizá desencadenar una catarsis por el onirismo.

Bernadette se adhiere de inmediato a ese modo de trabajo:

—¡Sí, sí, sí! ¡Ya está! Estoy en el agua, y hay un gran pez que se ha tragado su cola.

Se encuentra con otro pez, enorme, que “cambia” al primero, pues el primero es demasiado infeliz. El pez bienhechor le regala a Bernadette, en su imaginación, una caja que contiene una hermosa muñeca. Termina diciendo en un tono de pena:

—Qué lástima que sea un pez, porque no es cierto, y nunca tendré aquella muñeca que me regaló.

Aquí vemos por primera vez a Bernadette diferenciar una fantasía de la realidad.

*Decimosegunda sesión.* Dice numerosas palabras agresivas contra su hermana, una joven de veinte años. Al mismo tiempo, la niña hace recortes de formas angulosas y acompaña con gestos y ademanes el picado, el aplastamiento, a la vez que habla. Los animales figurados por sus recortes, el menos eso es lo que dice, son a veces animales salvajes, otras veces su hermana. Quiere que “vivan” y trata de mantenerlos en pie. Y si “viven, entonces se les puede hacer morir, las imágenes vivas”. “Está hecho para ser cortado”, puesto que, en efecto, es papel. Luego, con plastilina, hace canicas que llama unos “pipís”. Yo:

—Ah, ¿cuántas canicas tienes?

Ella:

—Una cerca del pipí, dos cerca del corazón (mostrándome los dos pezones bajo sus ropas). Me gustan mucho mis pipís, y ellos también me quieren mucho.

Y agrega tres canicas a cada uno de los animales recortados o dibujados.

*Decimotercera sesión, el 28 de febrero.* Empieza entonces una serie de sesiones que podría llamar puramente esquizofrénicas. En ningún momento pronuncia la niña palabras lógicamente sensatas. Parece muy a gusto, sin afectación de confianza, sin melindres. No doy sino algunos ejemplos, tomados de entre el contenido sumamente rico de las palabras, y de los gestos que las acompañan. Me limito a escuchar y a mirar, sin decir palabra.

Dibuja:

—Mira, ésta es una silla azul, no hay que comerla, pues si se come todo se rompe.

Dibuja un sol café. Es un niño en tratamiento que llega después de ella, y del que está celosa.

—Ese mugroso crío, ¡no deberías volver a verlo nunca!

Habla de algo que llama “caza-ratones”. En ese momento, se toca el estómago. Pienso que me está hablando de su estómago, y no digo nada. Dibuja 8 líneas horizontales, llenando páginas enteras, dibujo que siempre he visto acompañar los estados obsesivos. Luego líneas, que se entrelazan de tal modo que no se puede ver dónde está ni el cominzo ni el fin. Ante todos aquellos grafismos no figurativos, asocia palabras de agresividad oral, devoradora, que matan. Hoy, no me ha dicho ni buenos días ni hasta luego, y la única frase que me fue dirigida atañe al “mugroso crío”, el pequeño cliente que la seguía. Estamos mutuamente en excelentes relaciones.

*Decimocuarta sesión, el 13 de marzo.* Bernadette llega alegre, animada, y comienza a elaborar fantasías a propósito de la mona que vive en ella.

—La mona quiere escupir, yo no. Pero ella me obliga. Tengo un rollo adentro de la cabeza.

Se pone a salmodiar con expresiones sonrientes y dulces, al estilo de Ofelia. Canturrea así, y éstas son algunas de sus frases: “Ha terminado el feo sortilegio...”, modulado muy bonitamente, con numerosas variaciones. Canta: “El árbol está reparado, el sol ha vuelto...”, modulando otra vez, luego me dice, con su voz normal: “Te lo voy a dibujar.” Dibuja un árbol cuyo tronco está reparado: “Ves, es la niña salvada por su padre, es la hijita del lobo. ¿Te acuerdas, la hijita del lobo? Su papá ha venido a salvarla.” Dibuja una gran flor amarilla. Dice: “Soy yo, la flor amarilla.” Y antes de irse, pone picapica (hace gestos como si pusiera picapica) en la flor, riéndose mucho.

(Es una sesión en que, como en la anterior, no digo palabra; asisto atentamente, en acuerdo tácito.)

El padre y la madre, que han venido a buscarla, me piden espaciar las sesiones. Bernadette está de acuerdo. Le doy cita dentro de un mes.

*Decimoquinta sesión, el 16 de abril.* Entre la decimocuarta y la decimoquinta sesión, se ha producido en la casa un gran acon-

tecimiento, a la vez delirante y catártico. Los padres me lo relatan fuera de la presencia de la niña.

Bernadette había querido que sus padres y su sirvienta asistieran a una ceremonia que había preparado completamente. Estaba en una enorme excitación y, ante aquel estado y su expresión extraviada, los padres habían obedecido. Bernadette había instalado todas sus muñecas y sus animales en semicírculo, como espectadores, a los pies de los adultos, para quienes había traído sillas. Había colocado en el centro, como en un juicio, a la mona, una figurita de su arca de Noé, objeto de su odio, chivo expiatorio tenido por responsable de su impedimento para comer y para vivir. Bernadette se había entregado entonces a una especie de danza salvaje bastante impresionante según los padres, reencontrando los gestos de los primitivos en sus ceremonias mágicas, danzando alrededor de la mona con movimientos de arriba abajo, simulando abalanzarse sobre ella, hasta que, a patadas, destruyó la figurilla y, me dijo la madre, valiéndose tanto de su pierna mala como de la buena. Sin embargo, no lograba destruirla totalmente. Exacerbada por el fracaso, se puso entonces en un estado nervioso inquietante y suplicó a su padre que la ayudara. Éste, tras una breve vacilación, pulverizó de unos cuantos martillazos el pequeño objeto, mezcla de plomo y de yeso. Esta "ceremonia" se situaba hacia las 10 de la noche. En cuanto hubo perpetrado la destrucción de la mona, Bernadette quedó transformada, se apaciguó inmediatamente, y se produjo en ella una modificación nerviosa completa. De excitada y trémula de tensión que estaba, sobre todo en el momento en que temía que el padre no lograra destruir del todo la figurilla, se volvió totalmente calmada y sonriente. Pasó una noche excelente, después de haber puesto su mono, la otra figurilla del zoológico, bajo dos árboles (ese zoológico era, de hecho, un arca de Noé compuesta de parejas de animales). Dijo entonces que el mono ahora podría descansar por fin, rodeado de los demás animales pacíficos del arca, en espera de que su padre comprara una mona blanca que sería, en cambio, una buena hembra (la mona linchada era, como el mono, de tez café, con mamas claras).

Aquel día, la sesión es todavía de aspecto esquizofrénico. La niña me cuenta fragmentos de la historia del linchamiento que no hubiera entendido si los padres no me hubieran relatado el psicodrama. Esas palabras son interrumpidas por melopeas, por gestos agresivos con las tijeras, el papel, los lápices; y de exul-

tación gritona de triunfo, todo ello seguido de una distensión que restaura la calma.

—Hasta luego, señora Dolto.

—Hasta luego, Bernadette.

—¡Hasta la próxima!

—Sí, hasta la próxima.

*Decimosexta sesión, el 24 de abril.* Ha transcurrido un mes. Fuera de las sesiones de psicoterapia, el estado clínico de Bernadette es, según sus padres, perfecto. Hace progresos de adaptación social tan grandes que en la escuela ya no se nota la diferencia entre ella y los demás niños. Circula sola por las calles, la maestra incluso le confió unos pequeños para ayudarles a cruzar la calle, de mucha circulación, en el trayecto que los lleva a casa, y la vida familiar parece desarrollarse sin ningún conflicto. Desde el linchamiento de la mona, la anorexia ha desaparecido por completo.

Esta decimosexta sesión es dedicada a la fabricación de diversos objetos de plastilina, todos en forma de cilindro alargado, fático. Bernadette me dice que nadie debe tocarlos. Quien lo hiciera moriría inmediatamente. Utilizó toda mi reserva de plastilina "para que nadie más pueda hacer nada después de ella", y está visiblemente convencida del poder destructor de aquellos objetos para cualquier otro que no sea ella. Busca un lugar en el armario que se encuentra allí para guardarlos ella misma, a fin de que yo, al colocarlos dentro, no corra peligro de morir, pues si los toco, yo también moriría.

*Decimoséptima sesión, el 20 de mayo.* Bernadette entra y se dirige al armario para recuperar sus objetos, que ya no están allí. La plastilina está en la caja habitual.<sup>2</sup> Al encontrarla, no hace ninguna pregunta y, en contradicción flagrante con la realidad, declara:

—Qué bien que nadie haya tocado todo lo que había hecho.

Ese día, cubre completamente la mesa de formas calificadas todas de "saco". Habrá unos veinte objetos cóncavos, más o menos huecos y más o menos semiesféricos, del tipo tazas, cestas, palanganas, etc. Utiliza la totalidad de la plastilina y me dice

<sup>2</sup> No conservo los objetos fabricados por los niños. Cuando me preguntan por ellos, les digo: "Estamos a hoy, lo que hiciste la última vez no es lo que has de hacer hoy. Vamos a ver, tú tampoco lo sabes."

que aquellos objetos hechos por ella podrían matarme, a mí y a las mujeres. Me dice:

—Ten mucho cuidado con todo lo que hago, porque todo lo que hago es mágico, menos la última cosa, pero no te la diré, ésa. Ésa será de verdad.

Cada uno de los objetos ha sido rodeado por ella de un pedacito de cuerda puesta en forma de asa, cuerda que me ha pedido y que le he dado. El último objeto que me hace claramente es una tumba, una lápida sepulcral rematada con una cruz y, bajo esa lápida sepulcral, encierra una pequeña forma fálica que llama espada. No me dice ni una palabra y, antes de irse, dibuja un revólver verde y azul y me dice:

—Esto no es peligroso para ti, y además no es más que una imagen, ¡no es de verdad!

*Decimoctava y última sesión, el 20 de junio.* Bernadette llega con una mujer entrada en años, que quiere hablar conmigo. Creyendo que aquella mujer, que la acompaña a menudo, tenía un recado que darme de parte de los padres, la escucho, en la sala de espera. Entre tanto, Bernadette pasa rápidamente a mi oficina. La mujer me dice, disculpándose mucho por haberse atrevido a pedir hablarme, y llorando de emoción, que Bernadette es para ella un verdadero milagro, que aquella niñita a la que vio nacer, era una pobrecita infeliz que todo el mundo había creído anormal para toda la vida, y que ahora era la niñita más encantadora, más inteligente y con más corazón de todas las niñas.

En efecto, Bernadette está muy bien. Su apego por mí no tiene nada de aparente, ya no habla nunca de mí. Esto lo supe por su madre en el teléfono. Ha venido de buena gana a su sesión mensual puesto que la cita estaba tomada. Es para darme las gracias y contarme, charlando como una niñita que nunca hubiese estado enferma, las menudas historias de la escuela: "y sabes, ahora ya estoy bien".

Actualmente, cuatro años después, la cura se ha mantenido, y la niña se desarrolla, según me dicen, muy normalmente; sigue la clase de su edad e incluso asiste a la clase de gimnasia. Sigue arrastrando un poquito la pierna al correr, pero apenas se le nota al caminar. Mantiene el brazo izquierdo pegado a ella, pero se las arregla para sujetar algo con él, cosa que no hacía antes, ya que hacía que las personas que estaban con ella le llevaran sus cosas.

El caso que acabo de relatar me hizo reflexionar mucho. Es evidente, y esto me fue por lo demás confirmado por los familiares de la niña, que el viraje decisivo de su comportamiento se situó en la semana en que entró en posesión de la muñeca-flor. Según el relato de las sesiones, resulta que esa muñeca-flor fue el soporte de los afectos narcisistas heridos de la edad oral. La agresividad oral, luego anal, vuelta contra sí misma en aquella niña inválida, aquejada de graves trastornos somáticos del tubo digestivo, se proyectó en aquella forma a la vez humana y vegetal. Sus declaraciones extraordinarias (su manera propia de ser amable, que se llama ser mala para las muñecas animales y para las muñecas humanas) fueron para mí una revelación. Ante los resultados obtenidos con aquella niña que yo atendía en consulta privada en mi casa, tuve la idea de utilizar la muñeca-flor en el hospital para otro caso, cuyos síntomas se expresaban en la zona de las pulsiones orales.

Es el caso que ahora voy a relatar.

#### SEGUNDA OBSERVACIÓN

El 10 de octubre de 1947, me llevan a Nicole a la consulta del hospital Trousseau. Nos fue enviada por el hospital Henri-Roussel por retraso mental y mutismo. Nicole es una niña de cinco años y diez meses. Fue adoptada a la edad de cuatro años, así como su hermano, dieciocho meses menor que ella, por una pareja estéril, muy buena gente, con estatus de empleado de oficina. Sus antecedentes son totalmente desconocidos. Lo único que se supo, en el momento de la adopción, es que ambos niños habían sido abandonados dieciocho meses antes, cuando Nicole todavía no cumplía tres años. La fratría incluye un tercer bebé que ninguno de los dos conoció, pues ambos fueron entregados a una nodriza mucho antes del abandono completo. Ese tercer bebé, una hermanita de un año y medio en la fecha de esa primera consulta en Trousseau, lleva el mismo apellido que su hermana y hermano; los padres adoptivos de Nicole y de su hermano hubieran estado dispuestos a adoptarla a ella también, pero la institución de adopción ya había dispuesto de ella debido a que, en la época de su nacimiento, seguido de abandono, no se le conocía ningún hermano o hermana mayor.

Así pues, Nicole y su hermano habían sido confiados mucho

antes de su adopción a unos padres nutricios indignos, en el campo. Éstos, según me cuentan, se ocupaban de otra decena de niños sin padres. Algunas quejas de los habitantes de la aldea llamaron la atención sobre ellos, primero en vano, luego, como muchos lactantes morían, se procedió a una encuesta, pero con las lentitudes habituales... antes de que la pareja fuese encarcelada y los niños entregados a la Asistencia Pública.

Nicole fue hallada entonces en un grave estado de desnutrición, cubierta de parásitos, apenas vestida. En cuanto a su hermanito, comía sus excrementos y estaba amarrado con una cuerda a la casa del perro, al que le disputaba su papilla. Los padres nutricios indignos traficaban con los cupones de alimentación de los niños que les eran confiados, bebían y maltrataban a los pequeños. Después de unas cuantas semanas de recuperación rápida en un hospital, Nicole fue confiada finalmente (así como su hermano) a sus padres adoptivos, que me la trajeron.

Conociendo este reciente pasado, los padres no se habían extrañado, en el momento de la adopción (como tampoco el médico que los seguía en el campo), del mutismo de los niños, de su mirada ansiosa, de los hábitos pseudoperversos que tenían, de poder comer sólo en el suelo, con las manos, o poniendo directamente la boca en el suelo; y de beber sin vaso, a lengüetadas como animales. Los dos niños llevan ahora dieciocho meses de adoptados. Fue su médico quien los dirigió a Henri-Roussel, y de allí me los envió una persona que conocía la consulta de Trousseau.

La situación es la siguiente: la niña no dice más que una sílaba por palabra cuando quiere expresarse (el niño, por su parte, no habla en absoluto). Es sumamente silenciosa, y juega sin emitir los sonidos característicos de los niños. Es disimulada y parece tener una perversión de la sed (se esconde para beber, a lengüetadas, el aceite de la máquina de coser de su madre que derrama en el suelo, la orina, el agua de fregar, el agua de la limpieza, el agua del riachuelo). Se niega a beber agua limpia, ya sea en un vaso o en un cuenco. Se entiende bien con su padre adoptivo al que le gusta acariciar y con su hermanito. Se opone pasivamente a todo lo que viene de su madre adoptiva, negándose a imitarla, a ayudarla en los quehaceres domésticos, ensuciando sus calzones de día, pipí y caca; desde hace seis meses, la enuresis nocturna ha cesado episódicamente. Es absolutamente imposible ponerla en contacto con otros niños.

Se muestra muy mala y, quizá inconscientemente, ha herido y maltratado a varios de ellos.

He aquí algunos ejemplos del comportamiento extraño de la niña ante el sufrimiento:

Un día, se hirió en el codo al jugar con una patineta. Llena de sangre, con una herida muy profunda, la niña no se quejó. La madre la descubrió en ese estado. Durante los cuidados médicos que siguieron, la herida requirió algunos puntos de sutura, pero la niña siguió haciendo melindres con esa expresión que le veo hoy en la consulta: una sonrisa estereotipada que no traduce nada, a no ser angustia.

En otra ocasión, metió el pie en la bañera en que se acababa de verter agua hirviendo, antes de que la madre añadiera agua fría. A pesar de haberse dado una quemadura de segundo grado, que la madre advirtió, la niña no manifestó ningún dolor y, en su lenguaje, negó haber metido el pie en el agua. Llevada al médico, no se quejó durante las dolorosas sesiones de curación ni tampoco los días siguientes. Por último, una vez emitió el siguiente juicio, hablando muy claramente: "Duele mejor que el brazo."

El día de la consulta, no es posible ningún test, ni con la psicóloga ni conmigo misma, de tan estereotipado, melindroso y obtuso que era el comportamiento de la niña.

Pienso en una gran debilidad mental. Cuando le propongo hacer grafismos libres, traza pequeños zigzags y formas fállicas alargadas o cuadrangulares. Pero he aquí que, para mi sorpresa, parece buscar algo... Es una goma que ha percibido sobre mi escritorio y que sin embargo era apenas visible. Se la doy; con ella, borra la mitad de sus páginas de grafismos, no dejando sino la parte superior e inferior de la página. Ante este comportamiento, pienso que se trata más bien de angustia, en esta niña traumatizada, y no de debilidad verdadera, y me pongo a hablarle como si fuera totalmente normal. Desde ese momento, Nicole tiene una mímica de rostro muy viva. Sugiero a la madre, estando a solas con ella, que ya no le exija nada a la niña, ni prueba de afecto, ni esfuerzo de adaptación a la existencia, como podría exigirse de una niña de su edad, que ya no le pida que hable, ni trate de besarla, sino que simplemente la considere como una niña muy chiquita, que tan sólo supiera caminar; que siempre se muestre contenta de ella, cualquiera que sea su negativismo aparente.

Digo a la madre que quiero ver al padre adoptivo, y que será

absolutamente necesario hablarles abiertamente a los niños de esa adopción (según lo que decía Nicole, ella los tenía a ambos por sus verdaderos padres; ellos, por su parte, deseaban ante todo que los niños no supieran de su adopción, que creyeran ser sus verdaderos hijos). Hablo un poco con la madre, que llora ante la idea de que mi concepción es diferente a la suya, y teme que su marido no quiera venir si es una condición que pongo para ocuparme de la niña. Le digo: "No es una condición, quisiera hablarle, hablaremos juntos, pienso que habrá que hacerlo algún día, ya veremos. Pero vuelva a traer a la niña, no se lo diré antes de que estén de acuerdo los dos." Hablamos de las posibilidades de volver. La madre había pensado que se le darían medicamentos. Le digo que se trata de una psicoterapia, le explico un poco lo que es. Viven muy lejos de París y no pueden regresar a menudo, pero tratará. Se va un poco tranquilizada.

*25 de octubre.* Quince días después, es posible un test, con la presencia de la madre para traducir el lenguaje de la niña, ininteligible excepto para sus familiares, y que recuerda un lenguaje de bebé de aproximadamente dieciocho meses. Todas las palabras son chapurreadas, todas las consonantes son dichas en dentales. La prueba Binet-Simon, con respuestas así traducidas, arroja seis años.

Me entero por la madre que, cuando le habló de la consulta, el padre se mostró comprensivo y que, sin esperar a verme, ambos padres hablaron juntos delante de los niños de la época infeliz en que habían creído que nunca tendrían hijos, luego del día en que tuvieron la alegría de enterarse de que había dos niños sin padres en aquel hospital, que les serían entregados si quisieran tomarlos. Los niños, mientras los padres hablaban, no parecían prestar atención a lo que decían. Unos días después, Nicole vino a acurrucarse contra su madre, le abrió la blusa, cosa que la madre le dejó hacer, asombrada, y se puso a mamar, lo cual conmovió tremendamente a aquella mujer. Mientras la pequeña permanecía así acurrucada contra ella, le habló de lo que, con su marido, habían dicho el otro día. También le habló de la antigua mamá, de las monjas del hospital, de las damas amables, en resumen Nicole restableció un lazo con toda esa parte de su pasado anterior cuando vivía con los malos padres nutricios de quienes "no hablamos, dice la madre,

no sabríamos realmente qué decirles", así como con el período del hospital que precedió a la adopción.

Delante de mí, en la consulta, Nicole hace muchos melindres, siempre con la misma sonrisa grabada en los labios, y una mirada ansiosa hacia la puerta.<sup>3</sup> La mamá regresa, como solía hacerse al final de la consulta del niño, y digo algunas palabras, como: "Nicole está mejor y quizá le gustaría tratar de ir al jardín de niños como las otras niñas." Y digo a la madre: "Siga mostrándose tolerante, ya ve que es bueno, para ella."

*Tercera sesión, el 9 de diciembre.* Han pasado seis semanas. Estancamiento total. Los padres son bienintencionados pero poco comprensivos. Un jardín de niños, propuesto, se niega a tomar a la niña porque está demasiado desadaptada socialmente. Como Nicole dijo un día que su antigua mamá era mala, los padres se valen entonces de un leitmotiv de chantaje: "Si no te vuelves limpia y amable, volverás con ella."

El hermanito, por su parte, está bien desarrollado físicamente para cuatro años. Se ha adaptado bien al nuevo marco y a sus nuevos padres, y se lo pone constantemente de ejemplo a su hermana mayor. Comienza a hablar, sin defectos de pronunciación. Los dos niños se entienden muy bien.

Estamos a 9 de diciembre, y he podido observar con Bernadette, en mi casa, los resultados obtenidos con la muñeca-flor. Nicole me parece estar herida de su relación con la nodriza en la edad oral, y sugiero delante de ella que la madre le fabrique una muñeca-flor de la que hago un croquis.

Al oír hablar de ese significativo, muñeca-flor, Nicole, como lo había hecho Bernadette, salta de alegría en su asiento.

*Cuarta sesión, el 3 de enero.* Aproximadamente tres semanas después. La transformación es total desde la muñeca-flor. Sin embargo, la actitud de la niña desconcierta e inquieta gravemente a la madre. En efecto, Nicole estrecha a veces su muñeca-flor entre sus brazos, apretándola compulsivamente contra su pecho. En otros momentos, la lanza a la calle o en los excusados. Ha tratado de arrojarla al fuego. Tiene largos conciliábulos mudos y susurrados con esa muñeca, objeto de emociones ambi-

<sup>3</sup> En aquella época, siempre veía a la niña a solas durante una parte de la sesión, aun si había visto antes a la madre. Pienso que hice mal aquel día y no lo haría ahora.

valentes y agresivas. Cuando la madre observa que ha hecho tonterías, Nicole abandona las mentiras denegatorias de antes para acusar a la muñeca-flor, en adelante única responsable de todo lo que su madre le reprocha. Delante de la madre que me cuenta todo esto en presencia de la niña, repito las palabras que escuché de boca de Bernadette:

—Claro, señora, comprenda usted, la manera de ser amable para una muñeca-flor, se llama hacer tonterías para los humanos. Uno se enoja, y sin embargo para ella eso no está mal. Es porque quiere ser amable que hace cosas malas.

Nicole está absolutamente encantada de lo que acabo de decir. Asiente. Se vuelve hacia su madre con gestos de confirmación, y añade, casi claramente:

—Sí, sí, eso es, no podía explicarte.

La madre está asombrada pero, como es positiva, está un poco dispuesta a todo, aunque agobiada por la situación.

Me precisa a continuación que, desde hacía quince días, la muñeca-flor había desaparecido, lo cual la había fastidiado pues la había hecho ella misma. Todo el mundo —y aparentemente Nicole también— la había creído perdida.

Como el padre y la madre adoptivos habían comprado todo lo que podían para darles gusto a los niños, durante todo aquel tiempo, cosa nueva para ella, Nicole se había interesado en animales de peluche, en muñecas humanas. Y también había sentido atracción por las labores domésticas, queriendo imitar a su madre.

Ahora bien, en el momento de partir para venir a verme, le pide a su madre que ponga la escalera contra el armario para ir a buscar la muñeca-flor que estaba arriba del mueble “porque la señora Dolto estará contenta de verla y de curarla. ¡Yo, ya no quería más así!”.

Incluso le había dicho a su madre, al salir de casa, que me la daría, que me la dejaría; pero, en el momento de salir de la consulta, fue a recuperar la muñeca-flor y la hizo decirme adiós.

Durante esta sesión, los grafismos de Nicole muestran progresos considerables. Son cuadros construidos, casas construidas, colores bien aplicados.

*Quinta sesión, el 20 de abril.* Han pasado cuatro meses. La madre no pudo regresar: el viaje sale muy caro y Nicole, en su opinión, está bien, por lo tanto no había prisa. Progresos considerables, dice la madre. Me trae una maleta llena de escul-

turas de plastilina que Nicole ejecutó en casa. En la última sesión, había aconsejado a la madre que le comprara plastilina. Aquellas esculturas podrían atribuirse a un niño de diez o doce años. Todas representan animales, y sobre todo animales salvajes vistos en el zoológico. Nicole habla muy bien. Le dijo, por ejemplo, a la enfermera: “Yo estoy bien. Y usted, señora, ¿cómo está?”, con una dicción perfecta.

Pero ha sucedido un pequeño drama. Al mismo tiempo que Nicole descubrió el placer de la escultura, se puso a esculpir sus excrementos y a pintar con ellos las paredes del cuarto de los niños, así como las patas, el larguero y el respaldo de su cama y de la de su hermano. La madre, furiosa, ofuscada, primero la castigó obligándola a quedarse en cama una hora. Luego, como durante ese tiempo volvió a empezar, varias horas. Luego, como eso tampoco sirvió de nada y la niña siguió haciendo lo mismo los días siguientes, la madre la excluyó de la mesa familiar en las comidas, so pretexto de que apestaba. Al parecer, para Nicole, lo que su madre decía o hacía no tenía ninguna relación con su necesidad de pintar con sus excrementos el cuarto de los niños. No sabiendo ya qué hacer y no pudiendo venir a Trousseau, la madre decidió dejarla en pijama y acostada en su cuarto durante diez días seguidos. Al mismo tiempo reconoce que cada vez que iba al cuarto, Nicole estaba de pie en su quehacer y que ella misma, agobiada por los acontecimientos, no se enojaba sino que se sentía más bien desalentada.

Al contar todo esto, la madre no parece agresiva, y no debió mostrarse muy mala, en vista del buen entendimiento que hay entre Nicole y ella mientras cuenta los hechos. Pero Nicole no puede renunciar a sus juegos excrementicios y su mamá no sabe cómo salir de aquel atolladero. En cuanto le pone la ropa, la niña la ensucia de excrementos.

Me parece entonces que Nicole pasa por la misma fase que se había caracterizado para Bernadette por una identificación con los animales, siendo la mona chivo expiatorio el soporte de los afectos negativos de Bernadette. Le aconsejo, pues, a la madre de Nicole que le haga una muñeca animal, con un cuerpo humano de tela café o gris, vestida con un traje ni masculino ni femenino, faldita y calzón, por ejemplo, de la misma tela, con, en lugar de una cabeza humana, una cabeza animal, la que escogiera la niña. La idea se me ocurre ya que, a mi consulta, Nicole ha traído en sus brazos un oso vestido pero sin

cabeza, y la madre me ha dicho que cuando, en casa, quiso volver a coserle la cabeza, Nicole se lo arrebató de inmediato, prefiriendo el animal sin cabeza. Aquello me hizo pensar que el cuerpo animal sin la cabeza correspondía a instintos de la etapa anal, no dominados, y que un cuerpo de aspecto humano, pero con cabeza de animal, permitiría una proyección catártica de las frustraciones de la fase anal sufridas por aquella niña.

*De junio a noviembre.* De hecho, en el mes de junio, me entero por una carta de la madre de que, desde la fabricación de la muñeca animal con cuerpo humano y cabeza de "coneja" —elección hecha por la niña, después de haber vacilado entre conejo y gato— (véase Bernadette), los juegos excrementicios desaparecieron. Me entero también de que la niña, que siguió modelando en plastilina, comienza sobre todo a interesarse muchísimo en las labores domésticas y ha progresado mucho en la escuela, que incluso ha sido un éxito el intento de ponerla en una clase intermedia entre el jardín de niños y la preprimaria (la aldea no tiene un verdadero jardín de niños): la directora, después de una prueba de algunos días, le ha dicho a la madre que la niña le parecía totalmente adaptada ahora, e incluso de una inteligencia particularmente aguda, que era muy hábil con las manos con respecto a los demás niños, que a la maestra le parecía divertida y cautivadora, y que los otros niños la admitían muy bien.

Sin embargo, un incidente —del cual también me entero por aquella carta de junio— ha ocurrido, inquietando por un momento a los padres y a la maestra: Nicole se negó, un día, a comer. Su madre, después de haber insistido un poco en vano, pensó en mí y en los episodios anteriores y decidió dejar que Nicole actuara como quisiera. Esto sucedía al principio de la semana. El día transcurrió sin que Nicole quisiera comer ni beber, pero permaneció alegre, amable, cooperadora y asistió a la escuela. Por la noche, su madre le dijo:

—Deberías beber leche, o agua.

Nicole respondió:

—Todavía no.

Al día siguiente, mismo teje maneje. Nicole, en la escuela, se mostró cansada, no quiso jugar en el recreo. Le dijo a su maestra:

—Mamá no me deja comer hasta el sábado.

La maestra, que conocía las dificultades de Nicole, los quince

días que había permanecido acostada castigada, el episodio de los juegos excrementicios, sólo se asombró a medias. Los días siguientes, Nicole siguió mostrándose muy amable, exigiendo sentarse a la mesa pero sin probar bocado. Al cabo de tres días, la madre empezó a inquietarse. Nicole se sentó a la mesa, mirando comer a su padre sobre todo, pero también a su madre y a su hermano con ojos de lobo y, según las palabras de la madre, una gran intensidad y una gran fascinación en la mirada. Siguió el tenedor que iba del plato a la boca, observando cómo se masticaba y cómo desaparecían los alimentos. Su madre, ignorando que Nicole había hablado con la maestra, le propuso, varias veces, que comiera un poco, o bebiera:

—Vas a cansarte, no podrás ir a la escuela.

Siempre se topó con el rechazo de la niña.

Así pues, Nicole se negaba a comer pero iba a la escuela. Cuando regresaba, la madre la encontraba sentada o acostada. El jueves, extenuada, aceptó por fin, sola con su madre que la ayudó a beberlo, porque no quería hacerlo ella misma, un tazón de café con leche por la mañana y a las cuatro; y, antes de acostarse, bebió dos grandes vasos de agua, y dijo a su madre:

—El sábado comeré, ya se habrá acabado.

"Me hubiera gustado llevársela a Trousseau, pero no me era posible", me escribe la madre. La propia Nicole le declaró: "No vale la pena decírselo a la doctora, no tengo que comer."

El viernes por la tarde, al salir de la escuela, muy fatigada, le anunció a la maestra, que se preguntaba qué sucedía:

—Mañana podré comer, me lo dijo mamá.

El sábado, Nicole hambrienta se puso efectivamente a comer, y esta vez sin volver a hablar del incidente.

Poco tiempo después, la madre se encontró con la maestra y ésta le habló de aquel "Mamá no quiere que coma hasta el sábado". ¿Había actuado de ese modo para que se juzgara mal a su madre adoptiva?, me preguntó la madre de Nicole. "No lo creo, le respondí, creo que la mamá que no quería que comiera no era usted, era una idea de mamá de su período hambriento con los padres nutricios."

Comoquiera que sea, el sábado en que volvió a comer, le dijo a la maestra: "Ya está, puedo comer ahora", y añadió estas palabras que la maestra repitió a la madre sin comprender qué había querido decir: "Así, la fastidiosa está muerta, ya no me fastidia ahora."

Desde este episodio, la cura se reveló completa. No volví a

tener noticias hasta el mes de noviembre de 1948 cuando, a solicitud nuestra, se nos responde: "La niña va muy bien, ya casi sabe leer, todo va bien en casa y en sociedad y el hermanito sigue el mismo camino."

DISCUSIÓN DE ESAS DOS PRIMERAS OBSERVACIONES REFERENTES A LA UTILIZACIÓN DE LA MUÑECA-FLORES EN PSICOTERAPIA PSICOANALÍTICA\*

He narrado detalladamente el protocolo de las dos primeras curas durante las cuales utilicé la muñeca-flor como elemento deliberadamente introducido en el tratamiento psicoanalítico para ser el soporte de la transferencia.

Ya dije cómo se me ocurrió por primera vez la idea de recurrir a ese objeto, a propósito del caso particular de Bernadette. La concatenación de los hechos subsiguientes me pareció tan notable, en cuanto a la rapidez de la evolución del tratamiento, que quise experimentar una segunda vez el mismo procedimiento en el caso de Nicole, a quien veía en el hospital Trousseau, aunque la conducta de esta última fuese en apariencia diametralmente opuesta a la de Bernadette; pero ese caso me parecía responder a un diagnóstico psicoanalítico idéntico: comportamiento histérico, procedente de una herida narcisista en la etapa oral, que impidió la integración de las reglas comunes a los humanos de nuestra sociedad: reglas que suponen la sublimación de las emociones propias de esa etapa, fundamental en lo que se refiere a la estructuración del psiquismo.

El intento fue un nuevo éxito en el caso. El estudio comparado de las dos observaciones me ha parecido digno de realizarse detenidamente.

El caso de Bernadette. Se puede distinguir dos fases.

Durante la primera, todo sucede en las sesiones; en la segunda, el trabajo se hará tanto en la casa como en las sesiones.

*Primer comentario:* Asistimos en el transcurso de un instante (instante preparado por todo un trabajo antes de que se efectuara la transferencia sobre la muñeca-flor, soporte que, en este caso, desempeñaba el papel de objeto auxiliar de la doctora) a la desaparición de la fonación monocorde, a la desaparición

\* *Revue Française de Psychanalyse*, núm. 1, 1950 (revisado y aumentado).

de la mímica de sonrisa estereotipada, y a la de la postura de la cabeza en tortícolis, postura que la niña había presentado desde la posición erguida y la marcha. Todas esas desapariciones resultaron definitivas. En cuanto a la voz, la aparición de modulaciones y de entonaciones fue consecutiva a la transformación, e igualmente de manera definitiva.

¿Cómo se produjo dicho cambio?

Volvamos a la observación. En la octava sesión, hubo aquel episodio de la voz susurrada, con la boca de Bernadette en mi oído. Ese susurro que se dirigía a mí, pero que fue el origen de su transformación vocal con todas las demás personas, había sido precedido de otro comportamiento, por el cual al parecer la niña recorrió la distancia que la separaba del libre acceso al lenguaje intercambiado. Bernadette, antes de hablarme, no de sí misma sino de aquella insoportable niña mala, primero había escotomizado verdaderamente mi presencia: el ser con el cual comenzó a expresar realmente lo que sentía fue aquella muñeca-flor llamada "mala", o más bien, como lo mostrará la continuación, ella misma proyectada en la muñeca-flor, durante la escena muda y actuada de "intercambio" de boca a corola y de corola a oído. La niña traducía emociones instintuales de agresividad, liberadas gracias a la proyección en la muñeca del sentimiento de culpabilidad. Así, en aquel coloquio consigo misma (*un yo auxiliar que la refiere al yo ideal que es la madre, hablando al yo del lado ello, o más bien al pre-yo frustrado*), en cierto modo ella se perdonó a sí misma el ser el teatro de emociones mal adaptadas. Luego me expresó, sin dar todavía un sonido a su voz, la relación de causa a efecto que existía entre su lisiadura corporal (intrincada para ella con la angustia arcaica, en colusión con la angustia primaria de castración, condición de toda niña), y sus trastornos de adaptación a la sociedad en las condiciones particulares que eran las suyas. También pudo expresar su sentimiento de frustración con respecto a las otras niñas, tanto en el plano de la vida vegetativa como en el de las vidas motriz y afectiva: sentimiento que había provocado una angustia de inseguridad precoz en los intercambios vitales en todos sus aspectos, así como heridas narcisistas igualmente precoces, si no para ella, al menos para sus padres y los médicos angustiados.

*Segundo comentario:* Después de esta transformación, ocurrida en la esfera oral, asistimos a la desaparición del hábito lisiado,

de la torpeza espectacular de los movimientos, de su falta de coordinación, de todos aquellos síntomas motores que incapacitaban a la niña para la vida en colectividad, haciendo de ella un espectáculo para los demás que no podían dejar de notarla por donde pasara.

Sin embargo, la debilidad congénita del lado izquierdo orgánicamente lisiado, la paresis, la atrofia leve, las perturbaciones vasomotrices permanecían. *Sólo la actitud psíquica afectiva de la niña para con su cuerpo había cambiado* y bastaba para transformar el aspecto de su lisiadura, no sólo desde un punto de vista estático, sino también desde el punto de vista de las funciones dinámicas; de tal modo que la niña podía en adelante integrarse en la comunidad social y compensar por la inteligencia y la destreza la desventaja ocasionada por esa lisiadura anatómica que gravaba su existencia frente a los otros niños.

*Tercer comentario:* El comportamiento de Bernadette con sus familiares cambió en cuanto proyectó sobre la muñeca-flor chivo expiatorio todo lo que la había hecho sufrir en las experiencias vividas. Pudo interesarse en los otros seres (primero en su oso de peluche) de una manera maternal. Dejó de detestar a todo el mundo, como decía, y como hacía.

*Cuarto comentario:* El tipo y la evolución de la transferencia que la niña vivió en la muñeca-flor son muy particulares. Creo que el objeto vegetal impone al sujeto una actitud particular, que constituye toda la originalidad y la eficacia curativa del procedimiento. Pero lo que también cabe señalar es que la cabeza de la muñeca no tiene ni ojos, ni nariz, ni boca, ninguna salida de comunicación, y que carece de pies, de manos, de frente, de espalda. Creo que esto es sumamente importante si se piensa que el lactante pequeñito no sabe que tiene un rostro: el rostro de lo que siente, es el de su madre. Aquí tampoco hay rostro. Una niña que ya se ha visto en el espejo es apoyada, en cambio, a no proyectar en la muñeca-flor su persona actual: puede proyectar en ella su sentir totalmente arcaico.

Bernadette hizo soportar a la muñeca-flor, por proyección, toda la carga culpabilizadora de las malas acciones de que habían sido víctimas sus familiares. Así estaba hecha. Era el foco de sensaciones penosas procedentes por un lado de su estado visceral y motor, por otro de su prueba actual: angustia de

castración vinculada al complejo de Edipo. La muñeca-flor "reaccionó" a todo esto en lugar de Bernadette, pero de un modo exento, por su parte, de toda intencionalidad, sin ningún designio opositor o negativista. *"Su manera de ella de ser amable se llama para los demás ser mala."* Es al parecer esa imposibilidad de proyectar sobre aquel objeto actos deliberadamente buenos o malos, por lo tanto intenciones, una ética inculcada por la madre desde la edad oral cuando le hablaba a la niña, lo que constituye la eficacia de la proyección de sí sobre una figura vegetal humanizada. Creo que se puede llamar *primera etapa* la fase de neutralización del superyó, que hasta entonces bloqueaba la expresión, tanto mímica como vocal, de la niña.

*Quinto comentario:* Asistimos a continuación, gracias a la desaparición del superyó, a la conquista de la expresión libre de aquellas intenciones motrices que eran juzgadas malas por el yo (en conexión con el yo ideal, introyección de los padres). Antes de encontrar solita la solución en la proyección de sí sobre un animal nefasto, Bernadette toma conciencia de su *ambivalencia*, creo más acertado decir: de la *dualidad* que existe en ella.

En tanto que la mano del lado lisiado expresa su amor por mí de manera sádica (arañar, morder hasta hacer sangrar, *"es su manera de amar"*), esbozo de deseo canibal y destructor, del lado sano la mano derecha traduce el amor por cariño y caricias.

Según uno u otro lado del cuerpo, parético o no, la captación por la conciencia del sujeto (Bernadette) de un mismo impulso positivo hacia el otro (yo como objeto, persona entera), de una misma emoción, recibirá una expresión contradictoria, resultado de la confluencia de dos procesos contradictorios de identificación con el objeto amado. De ello resulta que Bernadette apprehende a la vez su propio yo y el objeto amado en el modo de la dualidad ética, lo cual va a acarrear por choque de reversión un conflicto de sensaciones y de percepciones. La niña estaba al tanto de todo ello y enfrentada a impulsos de consecuencias tanto malas como buenas (y a veces más malas que buenas). Prefería ignorar la realidad, demasiado penosa, demasiado peligrosa para el sentimiento de su unidad interior. Sentía a esta última como lisiada por su hemiplejía. Bernadette reproducía así conmigo los traumas repetidos desde los primeros días de su vida. La experiencia mostró que esa reviviscencia le permitió liberar la libido que había permanecido fijada en aquella etapa. No sólo el trauma del nacimiento había sido violento, sino que las pri-

meras pulsiones vitales, mamar, beber (vividias con angustia por los padres) habían provocado sufrimiento digestivo y vómitos de sangre. Se puede comprender que en Bernadette todo impulso hacía un mejor vivir, todo "deseo" desencadenaba una angustia, ligada a un sentimiento de amenaza, de sufrimiento, de peligro, de pérdida de integridad. Para el lactante Bernadette, *vivir* había sido el equivalente de *sufrir*. Lo que le quedaba de ello, era el sentimiento de que todo lo que es vida es amenaza, que todo lo que es bueno, tentador, está envenenado, y hasta la propia madre: "Cuando ella está allí no estoy bien, y cuando no está, no estoy bien todavía."

Para Bernadette, deshacerse de su madre, de su presencia, vinculada desde el origen a las experiencias dolorosas de la edad oral, era, por asociación, tratar de recobrar el derecho de vivir tranquila, y de deshacerse del sufrimiento. Aquí vemos el origen de la actitud paranoica de Bernadette para con su madre, de su actitud sin salida, puesto que, entre los adultos que rodeaban a Bernadette, la madre y el padre eran los únicos que trataban de comprenderla y de ayudarla, a pesar de las dificultades que daba la niña. Ella misma, Bernadette, amaba sus personas como sujetos, pero su presencia corporal estaba asociada con su cuerpo que sufría. Bernadette se volvía un sujeto que sólo se sentía coherente en un deseo perverso (sin castración) del yo, tal como se proyectaba en la mona.

*Sexto comentario:* La muñeca-flor, al volverse el soporte de esa perversión, liberó en gran parte a Bernadette de la dimensión negativa de su ambivalencia con respecto a su verdadera madre, y de un contraefecto de angustia de culpabilidad. *La niña se libera de su carácter paranoico por la proyección en animales: la niña-lobo, proyección del objeto parcial mano izquierda de su cuerpo, lado lisiado (novena sesión), y la mona, personaje fantaseado, que representa el yo, frustrado de no ser semejante a los demás humanos.*

Al cuadro clínico de niña rencorosa, despótica, caótica, pendenciera, perseguida-perseguidora, nunca relajada, sucederá, a consecuencia de la pérdida de interés por la muñeca-flor chivo expiatorio, una etapa de sosiego.

La segunda fase del tratamiento consistió, después del retiro de catexis de la muñeca-flor, en la carga positiva de las muñecas animales, con la exclusión de una sola, imagen perseguidora que era en realidad un personaje imaginario, cuya

representación había encontrado en la figurilla de su zoológico-arca de Noé, la pequeña mona miniatura color café que tenía mamas visibles, mientras que el otro simio miniatura, el esposo de aquella mona, no tenía.

Fue una fase absolutamente independiente de toda intervención mía. Entendí esa etapa como necesaria por cuanto introducía el soporte de una proyección para las emociones de la etapa anal. La mona era el chivo expiatorio de los sentimientos de culpabilidad angustiosos vinculados a las pulsiones sexuales de Bernadette, confusamente consciente del punto de partida de dichas pulsiones en su zona ano-uro-genital.<sup>4</sup> ¿No era acaso aquella zona, a su vez, el lugar de una inferioridad de forma, de una "lisiadura", y esto con respecto al macho? (su padre, "el hombre luna con un palo", y Bertrand, su amigo, eran asimilados constantemente el uno al otro en las declaraciones de la niña y, al parecer, confundidos en un mismo modo de aprehensión afectiva, siendo percibidos ambos como niños, poseedores de pene).

La mona es ante todo, para Bernadette, el soporte de sus emociones agresivas para con la madre. Dicha agresividad, atribuida a un ser exterior, debe ser puesta en paralelo con la atribuida a la mano izquierda del cuerpo propio (novena sesión). Es sádica por buenas intenciones. Es porque quiere a Bernadette que la mona desea entrar en ella por la boca y, por su presencia, transformarla en hembra animal, privándola así de todo porvenir femenino humano (que se construye, en las niñas, por complicidad armoniosa con la madre e introyección e identificación con ella).

*Séptimo comentario:* Después de la aparición de la fantasía de la mona (decimocuarta sesión) que siguió a los comportamientos maternantes centrados en el conejo y (decimotercera sesión) al decir sobre las tres canicas, clítoris y pechos, la niña parece traducir su temor de que la mona —símbolo de una actitud hembra enemiga de las reglas sociales— entre en ella misma al mismo tiempo que los alimentos, debido a la absorción afectiva (introyección de las emociones angustiosas) de la madre desde los primeros días de la vida de Bernadette. La mona sirve de objeto de proyección del malestar de vivir del

<sup>4</sup> Desde la tierna infancia de Bernadette, la observación del trasero de su bebé angustiaba a los padres (emisión de sangre por el ano).

cual hay que huir, malestar que acompañaba todos los cuidados del cuerpo, tanto en la esfera oral (en el rostro) como en la esfera anal (en los pañales). De hecho, la niña se nutre de las emociones que acompañan todos los cuidados prodigados por la madre a su cuerpo. Y en lo que siente, todas las satisfacciones corporales o los sufrimientos que siente a solas consigo misma, en su cuna, en ausencia de la madre, tienen el rostro, el aspecto aparente de la madre. Cuando todo va bien para el recién nacido, la madre que calma su sed y su hambre y que está satisfecha de las hermosas deposiciones de su bebé es asociada con el placer de vivir en la etapa vegetativa pasiva para todo el cuerpo, al mismo tiempo que con el placer de funcionamiento de las zonas oral y anal.

La alimentación imposible, dolorosa y peligrosa, la sangre en los pañales, han transformado aquí a la madre y a las personas que se ocupaban de Bernadette durante sus pruebas digestivas (incluyendo al doctor de la motocicleta), en seres desencadenadores de angustia, de inseguridad, por lo tanto de emociones negativas, vinculadas a su presencia en la realidad. Por el contrario, llamar por teléfono a su madre, escribirle, era tranquilizador. La madre de la etapa oral había sido reanimada por la primera fase de transferencia positiva sobre el objeto vegetal imaginario cuando yo había dicho: "quizá quiere una muñeca-flor" y ella había saltado de alegría: "¡sí, sí, sí, una muñeca-flor!" (por cierto, exactamente como Nicole más tarde). La materialización de aquel objeto imaginario permitió descargar sobre él, en la realidad, la angustia de la diada madre-lactante, luego descatectizarlo, cuando fue expresada toda la agresividad. Creí comprender que, en la etapa proyectada sobre la mona, se trataba del mismo proceso, pero esta vez con la madre arcaica de la etapa anal.

En el caso de Nicole, es "*Mamá quien no quiere que coma*". De hecho, para Bernadette, la "Mamá" no es la mamá de la realidad pues, si esta mamá llega a faltar, la niña puede comer aún menos que cuando la madre está en casa, y no recupera la posibilidad relativa de calmar su gran hambre más que volviéndola presente en sus fantasías, pensando en ella (la carta durante la ausencia). En ese regreso consolador a la relación de amor con el objeto entero hablante, la madre real, la niña puede enfrentar, subjetivamente más fuerte (participando en la fuerza tranquilizadora de su verdadera madre, imaginada y a la cual le habla, por lo tanto presente en pensamiento, mas

no en el espacio debido a la remanencia de angustia que su presencia traía consigo), el peligro real que se oculta en el alimento, articulado con la vida vegetativa-peligro (madre-peligro) de la tierna infancia, cuyo recuerdo fue conservado por su cuerpo.

En cuanto la figurilla de mamas claras de yeso apodada mona, objeto real, soportó la responsabilidad culpable de la carga negativa de libido anal para la madre, la niña pudo sentirse con derecho (por consiguiente responsable pero no culpable) de luchar contra sus emociones edípicas con una agresividad sádica anal, y contra el recuerdo de la madre ansiosa por su trasero, luego de sus anomalías motrices. Bernadette lo hacía en nombre de su yo, ya enriquecido por la agresividad oral devuelta a su disposición desde la muñeca-flor, y sostenido por su identificación con los adultos y con sus familiares que la querían por sí misma, más allá de su lisiadura.

Así, pudo recuperar el amor tierno por su madre y la facultad de comer libremente que, fisiológicamente, había sido un problema desde los primeros días de la vida, sin duda debido a un trauma neonatal (o a una enfermedad neurológica hacia el final de la vida fetal). Casi de inmediato, Bernadette manifestó un comportamiento gestual de niñita cooperadora en casa y de mujer, ayudando a niños de su escuela.

*Octavo comentario:* La necesidad de la ceremonia mágica del *linchamiento espectacular de la mona* parece haber sido la de abreaccionar toda la libido anal cargada en el síntoma obsesivo (la anorexia), intrincada con la dificultad de intercambios sociales narcisizantes por la imposibilidad de una motricidad fácil en la edad de la marcha.

Durante aquella ceremonia, todo lo que representaba para la niña la sociedad, el mundo real (los padres, la sirvienta) y el mundo fantaseado (sus juguetes, sus animales, sus muñecas) participó: es decir, compartió como espectador, en la escena psicodramática de Bernadette, la responsabilidad del juicio y de la ejecución infamante radical. Aquellos espectadores pasivos eran una fuerza auxiliar, testigos de acuerdo con Bernadette. El padre, al decidirse a actuar y al romper el fetiche del mal, le permitió realizar el asesinato de la parte negativa anal que estaba en ella y que la volvía, contra la voluntad de la otra parte, paranoica. De aquella escena surgió un superyó unificador, frágil pero sano, o sea, adaptado a las exigencias

del yo así como a las de un yo ideal preedipiano aún, pero ya genital y femenino, garante de la posibilidad posedipiana de un ideal del yo adaptado a la sociedad. El aplastamiento definitivo de la mona mala para su buen simio de marido (café también, pero bueno, y se sabe que Bernadette había dibujado el sol café) era un acto sádico perpetrado en cooperación activa con el padre. Esta ayuda necesaria del padre fue algo así como un coito en el plano de las fantasías sexuales de la edad anal, por el cual se reducía a la impotencia la imagen nefasta de la hembra arcaica del buen simio, es decir, creo yo, la madre introyectada, proyectada, fantaseada como fuente del sentimiento de culpabilidad edipiana. Ahora bien, la madre que en la realidad era consintiente, ya que asistía a la escena, compasiva y atenta a Bernadette, resultaba no poder ser confundida con la madre fantaseada.

El hecho indudable es que, a partir de aquella escena de linchamiento de la mona tan particularmente cargada, Bernadette sale definitivamente transformada y acepta las realidades sociales. Su adaptación social, segunda etapa del tratamiento, cuya primera había sido la readaptación de la niña a sí misma, se vincula a todas luces a aquella destrucción de la monita café sobre la cual focalizó su fantasía de la mona que quería entrar en ella por la boca; asimismo, los cambios en la manera de ser y de expresarse (postura, mímica, gestos, voz) se habían relacionado con el episodio de la muñeca-flor amada luego repudiada, aunque juzgada irresponsable. Por último, a esta proyección de la ética y del narcisismo oral herido, pudo suceder una total "cura por la doctora".

Si narré las palabras de la anciana que acompañaba a Bernadette, es porque expresaban bien la rapidez de la transformación radical de la niña para sus familiares.

Algunos de los que leyeron esta observación me preguntaron: "¿Y el estrabismo, qué pasó con él?"

He aquí los hechos: cuando Bernadette llegó a mi consulta, estaba desde hacía seis meses en tratamiento de reeducación por un método de ejercicios oculares de origen inglés, y su estrabismo interno, aunque muy aparente para mí, había mejorado mucho, según la madre, con respecto a lo que había sido. Por desgracia, al salir de la primera visita a mi consulta, todos los logros de aquellos meses de reeducación se habían perdido. Con los ejercicios prescritos reanudados por la madre, la "corrección" se efectuaba mal, y no se mantenía. Después del

episodio de la muñeca-flor, el estrabismo disminuyó mucho y, a finales de 1948, quizá con ayuda de los ejercicios, la niña ya no presentaba más que un leve estrabismo monocular, apenas visible, y sólo en los momentos de mayor fatiga.

#### COMPARACIÓN ENTRE LAS DOS OBSERVACIONES

Si comparamos ahora las dos observaciones, llama la atención la analogía del proceso de cura psicosensoorial en Nicole y en Bernadette. No disponemos de una observación tan detallada para Nicole como para Bernadette, puesto que no tuve con Nicole sino cinco sesiones, repartidas en un período de siete meses. Recuerdo que en mi consulta en el hospital esas sesiones se llevan a cabo ante un público constituido exclusivamente, aparte de la vigilante, por algunos psicoanalistas. La niña está sentada a la misma mesa, cuadrada, que yo, no enfrente, sino a mi izquierda, en el lado de la mesa perpendicular al mío. Tras de mí, una pared. Tras la niña, nadie. Frente a la niña, una ventana. Bajo la ventana, a mi derecha y frente a ella, pues, cuatro o cinco personas de bata blanca como yo. En la habitación circula la enfermera.

Los padres que acompañan a la niña se encuentran al lado de ella, en sillas, a su derecha y a mi izquierda, durante la primera parte de cada visita. Durante la segunda parte, la niña se queda a solas conmigo y los asistentes cuyo papel se limita a una presencia muda. Suele suceder que los niños, al llegar o al irse, vayan a decir buenos días y hasta luego a todos. Por lo general y fuera de casos excepcionales, la asistencia está confundida conmigo misma en la misma coloración transferencial. Sólo a la enfermera que entra, va y viene, muy discreta, a través de las salas de espera y de consulta, se le atribuye un valor un tanto diferente.

En el caso particular de Nicole, los consejos a la madre en cuanto a decir la verdad a los niños con respecto a su adopción se le habían dado fuera de la presencia de la niña, al final de la primera consulta, en la que había tenido una entrevista previa con la niña delante de su madre.

Lo que me llamó la atención en esos dos casos, es la actitud semejante de las dos niñas para con la muñeca-flor: muy positiva primero, luego ambivalente, por último negativa cuando la muñeca-flor es tomada como chivo expiatorio responsable

*pero no culpable* de las pulsiones inadaptadas de la niña. La movilidad recuperada de la mímica traduce la desaparición de la angustia; luego viene el desbloqueo de la libertad de expresión oral laringofaríngea: efectos sonoros, luego habla; por último, la expresión verbal perfecta, sin intervención de ninguna reeducación del habla. Misma actitud de repudio para con la muñeca-flor que es rechazada lejos de la vista, pero que es traída a la señora Dolto para curarla y volverla, por lo tanto, nuevamente aceptable por la niña que la quiere a pesar de su "perversión" —que la niña justifica en sus decires.

En Nicole, es la desaparición de la perversión del gusto, de la dipsomanía, de la perversión de las sensaciones (recuérdese "duele mejor": sentía masoquistamente el dolor físico como agradable). La construcción de una personalidad semejante a la de los otros niños se proyecta entonces en los grafismos, expresión de una sublimación oro-uro-anal. Todas estas transformaciones son permitidas por la transferencia sobre la muñeca-flor de las emociones agresivas perversas que le fueron impuestas como ejemplo en la edad oral. Por último, durante los cuatro meses que separaron la cuarta sesión de la quinta, la labor psicoanalítica siguió sola, sin necesidad de visita a Trousseau. Así pues, las etapas fueron las mismas para Nicole que para Bernadette.

Veamos más detenidamente la comparación:

1. En Bernadette, los impulsos motores sádicos, socialmente malos, son proyectados sobre dos fantasías: una mona, animal hembra imaginario que la figurilla del zoológico en miniatura sirve de representación, y una hija de lobo imaginaria, representada por la mano lisiada.

Nicole, por su parte, fabrica objetos numerosos y pequeños, que representan, de manera plásticamente muy lograda, animales salvajes pero neutros, vistos en realidad en el zoológico. Esto corresponde a una sublimación o a la integración de una parte de la libido sádica anal (la habilidad manual), en tanto que, al mismo tiempo, Nicole carga otra parte notable de esa misma libido anal recobrando el interés por sus excrementos y los juegos excrementicios hasta entonces vinculados a síntomas ansiosos no integrables en el yo, que no habían podido pasar por una fase de recuperación valorizadora.

¿Puede hablarse aquí de *libido del yo* y de *libido objetal*, términos introducidos por Freud para distinguir dos modos de

catexis de la libido, según tome por objeto la persona propia o un objeto exterior? No lo creo todavía, pues ni en una ni en otra hay aún ni yo ni objeto. Más exactamente, si bien en Bernadette hay una relación objetal, ésta es abrumada por la relación con un objeto que parasita su yo debido a su lisiadura, un objeto arcaico materno, mezclado con su yo; para Nicole, aún no hay yo, ya que la niña no habla.

En Bernadette había una lisiadura que pasaba, por decirlo así, por el trazado medio del cuerpo: un lado del cuerpo no estaba en el mismo nivel de pre-yo que el otro lado. Un lado del cuerpo, el lado paralizado, no tenía el habla, y era representado por aquel animal que no tenía habla. Por el contrario, en Nicole, ninguno de los dos lados de su cuerpo, que era sano, tenía el habla.

No parece que Nicole, por su parte, haya tenido malas intenciones, ni haya querido expresar una oposición agresiva contra su madre adoptiva, en sus juegos excrementicios; pero su afecto por su madre y su deseo de integrarse en la vida común de la familia eran demasiados tenues. Nicole no tenía todavía un yo ideal, o era demasiado débil frente al placer erótico anal bruto que sus juegos le procuraban. No olvidemos que aquella niña había sido abandonada por su genitora al nacer su hermano, y que, siguiéndola éste poco después en el abandono, habían sido posteriormente descuidados y rechazados, maltratados por padres nutricios indignos. La madre nutricia no había catectizado en el lenguaje los funcionamientos eróticos sádicos anales.

En Nicole, como en Bernadette, la solución fue encontrada espontáneamente; la transferencia afectiva sobre una muñeca animal de forma humana hizo cambiar el comportamiento y permitió que la niña se adaptara a las reglas de la sociedad. Nicole hizo por sí misma la proyección sobre un conejo, después de haber dudado por el gato. Yo no había sugerido a propósito la idea de la mona, quizá equivocadamente, pero siempre prefiero dejar al niño seguir sus propias fantasías. Bernadette contrajo las dos representaciones, conejo y gato, por combinación de una con otra en un solo deseo durante la décima sesión. Ya antes de su tratamiento tenía entre sus juguetes personales un Arca de Noé con numerosas parejas de animales. Pero no era el caso de Nicole, y vemos cómo se valió de una visita en la realidad al zoológico de Vincennes para encontrar objetos de proyección fabricados por ella misma.

Al parecer, en ambos casos, el proceso de la cura por la muñeca-flor fue el siguiente:

□ Liberación de las emociones tiernas-sádicas propias de la ética canibal de la edad oral.

□ Recuperación de un narcisismo sin angustia, sucediendo a una situación de narcisismo ansioso fóbico.

2. Para Bernadette, la angustia trataba de abreaccionarse por la agresión al prójimo, por una actitud activamente perversa (sádica) para con los familiares y pasivamente perversa (masoquista) para consigo misma.

Para Nicole, la angustia se mantenía en los límites del rechazo de hablar a los adultos, percibidos como peligrosos; no los atacaba, sino que se sustraía sin exteriorizar agresividad; para consigo misma, parecía evitar escucharse existir, pero no se detestaba; por el contrario, su dipsomanía traducía en un modo regresivo su búsqueda de identificación con un animal, pero también su intento por compensar sus frustraciones pasadas por el regreso a una primera madre de la época en que no tenía manos a su disposición, debido a la no motricidad del lactante. El gesto de mamar a su madre adoptiva indica elocuentemente que Nicole había sido una lactante sana antes de ser entregada a la nodriza, pero que no hubo un proceso de destete (castración oral, cuya sublimación es la relación oral con la madre más allá de la supresión del contacto de la boca con el pezón).

3. Ya recuperado el narcisismo oral, pudiendo la niña en adelante expresarse sin sentirse culpable, el pre-yo se siente robustecido por la energía ahora disponible de pulsiones anteriormente fijadas en la etapa oral del desarrollo de la libido, en adelante castradas y simbolizables. Los intercambios son desde entonces sin angustia, y cada una de las niñas puede evolucionar hacia la expresión de las emociones de la etapa anal.

Para Bernadette, la exteriorización de sus pulsiones cobraba una forma verbal (véase la octava sesión), traducción burda, escatológica, de fantasías delincuentes, delirantes y obsesivas.

Para Nicole, esto se traducía en el modo de la coprofilia compulsiva, manual, irresistible.

Pero, para ambas, se trataba en efecto de exteriorización narcisista de los instintos de la etapa anal.

4. En las dos niñas, la adaptación a la sociedad se efectúa por disociación de las emociones instintuales en dos grupos: las que no son aceptables por el superyó son proyectadas sobre una figura animal hasta entonces amada; la niña participa en la elección de esta figura, pero como seducida pasivamente, homosexualmente pasiva, podríamos decir: la figura animal desempeña en el fondo el papel de un yo auxiliar arcaico para las pulsiones pregenitales femeninas y pasivas; luego, en un segundo tiempo, la figura animal es sacrificada como chivo expiatorio, cargada de toda la culpabilidad de la niña en cuanto a "su ser".

Para Bernadette, la presencia de la mona, sin que tenga nada que ver, estropea la vida de todas las demás criaturas. En cuanto a su mano lisiada, llamada hija de lobo (representación de la oralidad canibal neutra), su manera de amar está subtendida por una especie de ética sanguinaria (quizá la ética fetal, vampírica, y la del recién nacido, canibal, pero también la ética del tiempo en que una mamá recogía y tomaba por ella la sangre en los pañales). La mona representó un deseo impotente de comunicación intersíquica de sujeto a sujeto, la garra hija de lobo representa el deseo parcial por el objeto parcial.

Me parece que las dos figurillas sacrificadas son chivos expiatorios tanto de la culpabilidad motriz anal como de la culpabilidad de las pulsiones genitales edipianas, en la impotencia de decirse, culpabilidad que proviene de la rivalidad con la madre actual.

En Bernadette, esta proyección está cargada de una tensión extrema. La mona es inaceptable en su totalidad.

En Nicole, se trata de un oso. Éste es inaceptable si está provisto de una cabeza, pero se vuelve aceptable por medio de la decapitación, mutilación que simboliza la supresión de la conciencia de su responsabilidad y aun la culpabilidad de sus instintos ano-vaginales.

¿Cómo no cotejar estos hechos con la imagen que aquellas niñas se proponían dar de sí mismas al mundo exterior, y también con la manera en que se situaban con respecto a la sociedad antes de su tratamiento? Bernadette tenía sueños de potencia mágica, de superioridad mágica, negando la existencia de la realidad, quería toda la plastilina para ella sola, quería ser fuerte, terrorífica. Nicole, por el contrario, se daba el aspecto de una gran retrasada, patológicamente pasiva, gozando

de ser rechazada, de ser herida dolorosamente, ignorada, impotente (se quedó incluso diez días en cama), débil, pequeña. Bernadette era perversa-paranoica, Nicole perversa-masquista.

5. La cura, en ambas, siguió la carga tiernamente positiva de un mamífero temeroso y amable, suave a la caricia, sin defensa y lleno de encanto, el conejo, más o menos afectivamente pariente, según las declaraciones de ambas niñas, del gato: símbolo casi generalmente encontrado de la sexualidad hembra, de la zona erógena vulvar que trata de provocar las caricias y animada de pulsiones parciales eróticas pasivas: el gato y el conejo, dos animales muy dulces, el conejo más fóbico que el gato que, cuando algo le desagrada, se aparta y huye.

Sé que este estudio crítico y todos estos comentarios serán motivo de discusión. Los formulo precisamente con ese fin. Por mi parte, lo único que cuenta son los procesos de curación. Pero he reflexionado a mi manera sobre los hechos y las observaciones que los acompañan, como cada uno de nosotros ante cualquier experiencia.

Cuando tuve la experiencia de esas dos curaciones clínicas, no sabía todavía cuáles serían sus consecuencias lejanas, ni si la curación sería definitiva para las dos niñas. Me preguntaba si no se había tratado, con la introducción de aquel objeto de transferencia, de la utilización de un modo mágico de una de mis propias proyecciones.

¿Los hechos habrían sido los mismos si la muñeca-flor hubiese sido lanzada en el circuito afectivo del sujeto por otra persona que yo misma? ¿La muñeca vegetal no era, para la niña, el soporte de una idea procedente de mí, por lo tanto un objeto que me representaba a mí, en parte, y que, por eso, no sería sino uno de los aspectos de transferencias particulares? ¿La muñeca-flor no desempeñaría ningún papel por sí misma? Había que hacer observaciones más numerosas. Me dediqué a ello y también encargué a algunos de los asistentes que, en mi consulta, habían sido testigos de la evolución del caso de Nicole, que me informaran de sus observaciones. La respuesta a esta pregunta me parece haber sido proporcionada por la observación de Juana.

OBSERVACIONES PARCIALES O RESUMIDAS REFERENTES AL EMPLEO DE LA MUÑECA-FLOR EN OTROS CASOS

*Observación 1: Mónica, siete años*

Vista en nuestra consulta de Trousseau, presenta desde hace dos años una incontinencia de orina permanente y, al principio del tratamiento, una incontinencia temporal de las materias fecales, que no persistió. La dolencia de la niña, de edad escolar, y de un excelente nivel mental, la hizo pasar por servicios de urología, intervenciones dolorosas de sonda, separación de las orinas, lavado de vejiga. Al principio, se había diagnosticado colibacilos. Éstos desaparecieron rápidamente. Pero la incontinencia, por su parte, seguía inalterada. Después del fracaso de los medicamentos orgánicos, la sospecha de simulación o de pitiatismo llevó a un tratamiento denominado de psicoterapia armada, con inyecciones dolorosas para intimidarla. Una vez más, fracaso total. En resumen, después de esos dos años, la niña es orientada hacia nuestra consulta, tanto por su incontinencia de orina rebelde, como por su comportamiento.

Mónica presenta una cara y un porte rígidos muy notables. La inhibición mímica es completa. La voz es inaudible, tanto en la escuela como en la casa. Tiene insomnio hasta las dos o las tres de la mañana. Es lenta, apática, siempre de apariencia triste, aunque nunca llora y nunca se queja. Su pasividad es tan grande que la niña —cuya edad mental es dos años superior a su edad real, según el test Binet-Simon— es incapaz de seguir la escuela, tanto a causa de su comportamiento para con los demás como a causa de su ritmo de trabajo. Nunca habla, ni a los adultos ni a los niños. Si se le pregunta, responde a veces un "sí" aspirado o no responde nada, pero nunca "no" ni ninguna otra cosa. Su inexpresividad gestual, mímica y sonora, es total.

Se queda sola horas enteras, inmóvil, silenciosa, manipulando objetos sin mirarlos. Sin embargo, hace correcta, pero muy lentamente sus tareas, siempre que le sean impuestas. No juega a las muñecas, no tiene ningún objeto querido. Come regularmente, poco, y sin mostrar ninguna glotonería. Nunca se muestra activamente opositora. Quiere a su familia, su padre, su madre, su hermano dos años mayor, familia que se dice sin conflictos.

Acude regularmente a la consulta, bien cuidada, "de punta en blanco". Su madre es concienzuda, sin dulzura, sin gracia, sin indulgencia, inquieta, activa y vocinglera, siempre lista para hacerle señas con los ojos a su hija para que se mantenga derecha, o para que quite los codos de la mesa. Es una madre visiblemente obsesionada por la pulcritud y por los buenos modales, y que dice: "No se sabe cómo castigarla, nada le interesa", y: "¿Si uno se enoja? Cuanto más se enoja uno, más idiota se vuelve durante el día, y menos duerme por la noche." Pero aquella mujer quiere a su hija, y sufre al verla "siempre triste y no como los demás". Las sesiones son mudas. Mónica se sienta, me mira, dibuja a solicitud mía.

La transferencia mejora un tanto la situación: la incontinencia diurna desaparece inmediatamente, luego muy pronto la incontinencia nocturna; pero sigue sin haber contacto social, mímico o verbal con nadie y ni siquiera conmigo (fuera del "buenos días señora, hasta luego señora", siempre en la aspiración, si la madre está allí, y sólo al entrar y al irse). Es cierto que, como lo expliqué antes, en el hospital no estoy sola con la niña. Los dibujos de Mónica son sin vida, como ella. Es la representación estereotipada de objetos usuales, los trazos son rígidos, sin que jamás se diga lo que eso representa. A veces, escribe: cacerola, mesa. Nunca hay variantes, nunca dibujos de imaginación, nunca temas inventados ni sueños, nunca colores.

Al cabo de unas cuantas sesiones, Mónica se muestra visiblemente muy positiva para conmigo. Su madre dice que es para venir a la consulta cuando muestra "menos lentitud". Hago que le den una muñeca-flor. Manifiesta de inmediato una gran fijación positiva por ese objeto. No se separa nunca de ella, se acuesta con ella, viene con ella a la consulta a la siguiente sesión.

La madre anuncia que, desde que se le dio esa muñeca, la niña está más alegre; la sorprendió canturreando sola varias veces. La madre se aleja, me quedo con Mónica, le propongo que me cuente un cuento inventado. Como siempre, imposible; permanece callada.

Yo:

—Déjate guiar por tu muñeca-flor. Quizá ella te llevará y me contarás dónde te lleva.

La barrera se rompe inmediatamente. La niña se vuelve muy locuaz y cuenta su fantasía extemporánea, a un ritmo rápido.

Me cuenta todo lo que hace su muñeca-flor, y lo que ella le dice. Hay largas interrupciones atentas en que prosigue su ensueño.

Yo:

—Entonces, ¿qué sucede?

Reanuda el relato en seguida. Logra fantasear una historia rica en contenido analizable y, en unas cuantas sesiones, las emociones agresivas de la niña se expresan por intermedio de las palabras y los actos atribuidos a la muñeca-flor.

La mejoría social y la autonomía de la niña van por buen camino. Su mímica gestual, su ritmo de vida, se han animado. La angustia cede. ¡Por desgracia para la madre! Al llegar a la consulta, la madre, delante de la niña, dice todos los progresos que ve y luego:

—Pero ahora, la señorita se permite responderme, discutir mis órdenes; la señorita sonríe cuando la regaño; la señorita se pone a decir mentiras, riñe con su hermano y, créame si quiere, pero su muñeca-flor que finge amar cuando viene aquí, me la encuentro por todas partes hasta en el excusado y debajo de todas mis cosas. *Mis cosas*. Y además ya no se hace en sus calzones, pero ahora ensucia su ropa, se vuelve enredadora, desordenada; ella que era tan aplicada, adquiere modales muy feos. ¡Ah, con lo linda que era antes!

#### *Observación 2: Ana, cinco años y medio*

Es traída a la consulta por la enfermera de la guardería en donde pasa todo el día desde hace dos meses. Presenta trastornos psicopáticos.

Inestable, retardada, ningún control esfinteriano, ningún contacto afectivo con sus familiares adultos. Únicamente con respecto a un niño más chico que ella, se muestra atenta, acaparadora, despótica y celosamente agresiva. Por momentos, es peligrosa para los demás, debido a la inconsciencia de sus gestos bruscos. Nunca sonríe, una voz sin modulación, un lenguaje para sí misma, hecho de sílabas difícilmente comprensibles. Imposible obtener de ella la menor obediencia a las conminaciones colectivas: sentarse, acostarse, jugar a un juego, vestirse. Además, rechaza todo alimento y tiene crisis nerviosas violentas e impulsivas si se trata de hacerla comer. Goza, sin embargo, de buena salud, no muy delgada, al parecer come por la noche con su madre.

La niña nació durante la guerra, de una pareja israelita de artesanos peleteros, bastante mayores, en pleno período de persecución. Expulsados de París, los padres huían a través de Francia. Al nacer Ana, había dos muchachos, de quince y diecisiete años. El segundo se marchó a Palestina y murió en combate cuando la pequeña Ana tenía tres años. Los padres no salen de un duelo patológico, mezclado de reivindicaciones agresivas para con aquel hijo muerto, que se había marchado contra su voluntad, nunca había querido escucharlos y no le temía a nada. Él era el único, por el afecto que ella le tenía y él le tenía a ella, que era capaz de hacer obedecer a Ana. Actualmente, el hermano de veinte años sigue siendo el único de la familia "al que teme", dice la madre, "pero él es duro con ella y la lastima al pegarle". "Ella parece buscarlo."

Cuando nació la niña, la madre no pudo alimentarla. Le costaba trabajo conseguir leche: como era judía, sus cupones de alimentación no estaban en regla. Desde que salió de la maternidad, Ana presentó trastornos digestivos graves y continuos hasta los cinco meses, así como un extremo nerviosismo. A los cinco meses, como estaba en un estado desesperado, la madre la confió a una asistenta social que prometía llevársela a una guardería de la Cruz Roja en Suiza. Ana permaneció en ella hasta los dieciocho meses sin volver a ver a su madre y sin que ésta tuviera ninguna noticia de ella. Allá se había vuelto calmada, espléndida y alegre, sin problemas, según le habían dicho cuando, al acabar la guerra, la niña había sido devuelta a su madre.

Entonces, en ocho días, se desequilibra, deja de dormir, se niega a comer, perturba a la familia por sus trastornos de carácter, agresividad pasiva, obstrucción continua a toda actividad de su madre, por la inquietud que le da a ésta, y por el insomnio que causa a todos (todo el mundo vive en una sola habitación), incluyendo a los clientes del hotel en que se alojan: algunos de ellos exigen el desalojo de la familia.

Desde entonces, la edad mental y caracterial sigue igual. La pareja mórbida, angustiada, madre-hija, vuelve a establecerse como en los primeros meses. La madre no pudo seguir haciendo ningún trabajo a domicilio a causa de su hija, que nadie quiere cuidar. La escuela la rechaza. La madre la confía durante el día a una guardería de la Cruz Roja, en recuerdo de la Cruz Roja suiza y con la esperanza de que su hija se reeducará como la primera vez. Pero la recoge todas las tardes.

No es posible que Ana siga un tratamiento psicoanalítico debido a la situación material de la familia. Lo que la asistenta social de la Cruz Roja viene a pedirnos son consejos pedagógicos y una vigilancia psiquiátrica. Aconsejo a la responsable de la guardería en que la niña vive de la mañana a la noche, como lo hago en los casos de anorexia mental, que se le fabrique una muñeca-flor y que se anoten sus reacciones.

La muñeca primero es amada muy celosamente. La niña no la suelta. Luego, manifiesta una gran agresividad injuriosa para con ella. Durante la comida que sigue a la escena agresiva, Ana come sopa por sí sola por primera vez, y pide un segundo plato.

Desde aquel primer día, la muñeca es el centro de las emociones afectivas de la niña. Ana se muestra positiva y atenta, permanece sentada vistiéndola hasta media hora seguida, hablándole con palabras bien adaptadas que nunca emplea. Luego es muy agresiva, le pega a la muñeca, la pateo, la tira, y después va a recogerla y a mimarla. A medida que se producen esas descargas ambivalentes, la anorexia desaparece por completo, el lenguaje se vuelve comprensible, las reacciones más sanas. La niña se estabiliza. Un día, "arraiga", según dice, a su muñeca en un montón de arena y ese día se muestra positiva para con quienes la rodean y empieza a interesarse en los animales de peluche de la guardería y en los juegos colectivos. Una nota lingüística: después de haber buscado la muñeca-flor que había "arraigado" (raíz, raza, racismo), le pide a la educadora de la guardería, sorprendida, un hermoso trapo para vestir el "tórax" de la muñeca-margarita.

*Observación 3: a propósito de algunos niños de diferentes edades, bien adaptados psíquicamente*

Antes de los tres años, gran atracción, atracción preferencial por las muñecas-flores, con respecto a las demás muñecas. Para quien los observa, los niños reaccionan frente a ellas como reaccionarían con muñecas humanas o muñecas animales que les interesaran. La diferencia es el impulso con el que van hacia esas muñecas, mientras que siempre muestran un momento de detención, de observación, de vacilación, ante muñecas animales o humanas nuevas.

Después de los tres años, las muñecas-flores no presentan ningún interés particular para los niños sanos ni despiertan especialmente su curiosidad. Son pasivamente positivos para

con ellas, se muestran divertidos, con aires un tanto condescendientes: "¡Mira, no tiene boca!" "¡Mira, no tiene ojos!" "¿Cómo puede comer?" Luego, poniéndola de cabeza, le abren las piernas y dicen: "¡Mira, no tiene nada!" A veces, abren la entrepierna y sacan el relleno que tiene dentro: "¡No tiene nada!" Luego pierden el interés por ella y se ocupan de otra cosa.

*Observación 4: Jorge, seis años*

Retrasado global de dos años, tanto desde el punto de vista psicomotor como desde el punto de vista del peso y de la estatura. Ningún trastorno del carácter. Muy positivo y afectuoso con sus padres, que lo quieren mucho, y con sus tres hermanos más jóvenes que él y que son "normales" (es decir, que gozan de buena salud y no tienen problemas).

Su madre me lo trae para recibir consejos pedagógicos.

En mi oficina, se divierte, mientras su madre me habla, haciendo una pirámide apoyada en la pared con todo lo que encuentra en mi armario de accesorios (que no utilizo en psicoterapia, pero que suelo emplear para el diagnóstico de los niños). Los muñoles son colocados en la parte inferior de la pirámide, luego las muñecas humanas, luego los muñecos animales, oso, conejo, lobo, borrego, luego, coronando la pirámide, las tres muñecas-flores: el aciano y la rosa de cada lado de la muñeca-margarita que domina la construcción. Todo aquello fue hecho silenciosamente, mientras su madre me hablaba. Entonces nos interrumpe y dice a su madre, mostrando las muñecas-flores:

—Ellas son las reinas, y ésa, la margarita, es la más bonita. Yo también quisiera una.

*Observación 5: Juana, seis años*

Observación que debo a la gentileza de la señora C, directora de una escuela nueva. Esta observación fue hecha sin saberlo Juana.

Inteligencia, buena escolaridad en el curso elemental, pero inhibición de toda expresión verbal, mímica, motriz libre. Hija única, silenciosa, sensible. Padres muy ocupados cada uno por separado fuera del hogar. Cuando parten, Juana, si no es día de escuela, baja con su abuela o permanece sola, y come en casa

de la abuela. Cuando los padres regresan, está lista para subir con ellos e irse a acostar.

En la escuela de tipo activo a la que le gusta mucho asistir, apareció, hace algunas semanas, una muñeca-flor para la clase de preescolar. La noticia se difundió entre los demás niños, y cada uno tuvo reacciones diversas frente a aquella muñeca. Juana había quedado fascinada. "¡Qué bonita es!", había exclamado. La había tomado y apretado contra su pecho un momento, luego la había dejado y se había marchado con su clase. Esa escuela tiene un refectorio a mediodía, en el que muy pocos niños de la edad de Juana se quedan a comer. Un día, la directora se inquieta de no verla en el recreo que sigue a la comida. La busca y, viendo la puerta de la clase de preescolar entreabierta, se asoma. Juana se había escurrido sola y estaba cerca del armario de los juguetes. Había sacado la muñeca-flor y le hablaba en voz alta regañándola, haciéndole una verdadera escena —rencorosa, aullando—, totalmente inesperada en esa niña dulce que nunca había visto ni opositora ni agresiva. La directora no se dejó ver, se retiró, escuchó todavía durante un momento las palabras vehementes de la niña; poco después, la niña salió y volvió al recreo, donde se puso a jugar con los demás niños, muy activamente. Desde entonces, más o menos cada tres o cuatro semanas, la niña vuelve a la clase preescolar después de la comida. Saca la muñeca-flor y le hace una escena. Esa muñeca le sirve de objeto de proyección para una agresividad liberadora, una tendencia reivindicativa. Le reprocha ser egoísta, no ocuparse de ella, olvidarla, dejarla sola. Durante los intervalos entre las escenas que hace a la muñeca-flor, Juana no se ocupa en absoluto de ella, no parece verla, y sobre todo no ha hablado jamás de ello con nadie. Lo más notable es que, de escena en escena, la niña se vuelve más alegre, más comunicativa con quienes la rodean, más vivaz en su motricidad ocular, y mucho más expresiva en palabras con todo el mundo, ella que era tan tímida.

*Observación 6: Francisco, nueve años y medio*

Observación que debo a la gentileza del doctor B.

Niño apático, inhibido, de comportamiento pueril, retrasado social y escolar; edad según el test no verbal, once años; edad según el test Binet-Simon, siete años. Aprendió a leer a los seis años con una maestra y con su madre. Leyó con aquella

maestra mucho más pronto que con su madre (hecho frecuente por lo demás en esa edad en los niños varones en curso de complejo de Edipo). En abril de 1946, a los siete años, después de una enfermedad infecciosa, Francisco ya no sabe ni leer ni escribir. Desde hace dos años y medio, parece no haber progresado mentalmente. El doctor B lo ve regularmente en psicoterapia en su consulta de hospital. El niño no se adhiere para nada a ese tratamiento; "no le disgusta venir", dice la madre.

El 9 de mayo de 1949, el doctor B le da a Francisco una muñeca-flor.

Entre el 9 y el 13, fecha de la siguiente sesión, aparición de una anorexia casi completa que inquieta mucho a la madre. Ésta reacciona violentamente contra ese nuevo síntoma.

El 13 de mayo, el doctor B aconseja a la madre mostrarse tolerante frente a aquel síntoma pasajero y sin duda necesario para la evolución del niño.

El 16 de mayo, la anorexia ha desaparecido. El doctor B tiene una primera sesión de contacto real con Francisco, cuya imaginación y expresión verbal están totalmente desbloqueadas. La madre observa su nueva alegría. El tratamiento ha evolucionado muy rápidamente con recuperación de la agresividad oral, luego anal, tal como la hemos visto en los otros casos.

#### *Observación 7: Marie-Claire, seis años*

Observación que debo a la gentileza de la señorita G.

Niña llevada a psicoterapia por una neurosis de angustia (fobia, obsesión). Las principales fuentes de angustia de Marie-Claire son: el miedo de que su madre caiga al agua, el miedo de envenenarse chupándose los dedos, el miedo de los niños varones, no puede ni acercárseles ni hablarles. Miedo de besar a su padre o a su abuelo, bulimia insaciable, necesidad obsesiva de ser servida primero, de tener provisiones en los bolsillos y en las manos por miedo a estar falta de comida; insomnios hasta más allá de la medianoche, con llantos inconsolables y sin decir si ha tenido una pesadilla.

Niña nacida a los ocho meses, lactancia artificial. Durante toda su tierna infancia, aullaba después de cada biberón para que le dieran más. Pero el doctor que atendía a la niña prohibía a la madre pasarse de la dosis de leche. La niña se dormía de cansancio después de mucho gritar.

A los ocho meses, diarrea grave durante el verano. Desarrollo aparentemente normal luego, aunque es nerviosa y agitada. Todos los incidentes de salud provocan desde entonces síntomas digestivos (familia hepática, eso fue lo que dijo el doctor).

En psicoterapia, en dos meses y medio, enorme mejora. Las sesiones se dedican a poner en escena las fantasías siguientes: robar los alimentos de la hermanita, beber leche, comer frutas, papillas.

Vivir en un chalet en la montaña cuya bodega es un subterráneo lleno de tiendas donde hay muchos alimentos y juguetes.

Hacer provisiones.

La muñeca-flor es entregada a Marie-Claire después de esos dos meses y medio de tratamiento, por tanto en curso de mejoramiento.

En seguida, Marie-Claire quiere hacerla pedazos.

—Primero, no es bonita. Mamá no la hizo como yo quería. Yo quería un pétalo, ella le hizo siete.

La relega en un rincón agresivamente, y no quiere volver a verla (a pesar de todo no le arrancó seis pétalos, como hacen muchos niños con los pétalos de las verdaderas margaritas).

Después de una semana, Marie-Claire vuelve a hablar espontáneamente de su muñeca-flor.

—Ya no la veo, estoy muy contenta. Es fea y mala, le pega a todas las otras muñecas, las golpea, ya no se puede vivir con ella.

Después de dos semanas, Marie-Claire vuelve a hablar en sesión, otra vez espontáneamente, de la muñeca-flor (que sigue sin querer ver).

—Es mala. Primero, tiene cuatro estómagos. Se los vi mirando en su garganta. Y además hace leche, y también pipí, y además hace mantequilla y también caca.

LA SEÑORITA G: —¿Qué come?

MARIE-CLAIRE: —Sólo come yerba y sólo una brizna al día.

Va a buscar a la muñeca para pegarle, luego la arroja en el cuarto vecino para que no estorbe el juego.

Y Marie-Claire se cura de todos sus trastornos fóbicos muy rápidamente.

OBSERVACIÓN EN LOS ADULTOS DE ALGUNOS COMPORTAMIENTOS  
PROVOCADOS POR LAS MUÑECAS-FLORES*Observación 1: señorita S*

Le pido a una profesora de dibujo en las escuelas estatales, que también es artesana de muñecas por vocación, que me fabrique unos cuantos ejemplares de muñecas-flores. Muestra cierta reticencia, que racionaliza arguyendo la fealdad del objeto, que es invendible, etc. Le explico que es para niños "anormales" cuyas mamás no son bastante hábiles para fabricarlas. Logro entonces que me fabrique unas cuantas. Me viene a entregar los modelos, y me cuenta riendo la anécdota siguiente:

—Al principio, eso me pareció completamente idiota, puedo decírselo. Pero puesto que era para locos, no tenía importancia que fuera monstruoso. Confieso que aquello me exasperó, yo que nunca me exaspero con los niños. Por cierto, me suele suceder que me exaspere con las muñecas que hago, y siempre calmo mis cóleras agarrándolas como si pudieran comprenderme. ¡Ah, lo que les toca oír a veces, al final del día! Pues bien, ninguna me había exasperado jamás como aquélla. Una tarde, estaba con los nervios de punta. Era como si tuviera un nudo de nervios en el estómago, la cabeza ardiente. No llegaba a nada, no quería detenerme, no tenía hambre, me dolía la cabeza, tenía fatigada la vista, me paseaba por la habitación con la muñeca en la mano sacudiéndola sin poder hablar. (*Me muestra el gesto que se hace al sacudir la lechuga húmeda en un colador para secarla.*) De repente, monto en cólera. Tengo ganas de decirle tonterías. La coloco frente a mi cara, como cuando, al fabricarlas, agarro a las otras muñecas, y de pronto me pongo a reír sola, a reír, a reír, ¡pero qué risal, mi ira totalmente apaciguada. "Hija mía, más te valdría cenar y salir a pasear, eso es lo que te hace falta." Tenía mucha hambre, y de inmediato me puse a preparar mi cena cantando.

Concluye:

—Si así actúa en gente que está furiosa y que no está loca, me dije que eso puede ayudar a los niños enfermos. No lo hubiera creído antes de que me calmara aquella ira. Las muñecas ordinarias, cuando las riño, no calman mi exasperación tan pronto. Debo decir también que nunca me sentí tan encolerizada contra ellas como contra aquélla. Y ve usted, ahora

ya no me molesta fabricarlas, prefiero hacer otras, pero también me parecen bonitas.

*Observación 2: MB, treinta y cinco años*

Observación de la señora M, psicoanalista.

Depresión muy grande. Choque desde la muerte de su padre cuando tenía dieciséis años. Ha pasado sin éxito por electrochoques, narcoanálisis. Puesto en presencia de una muñeca-flor, dice:

—No puedo tener contacto con seres sin cabeza, no tienen conciencia, no veo sus ojos. Esta flor me exaspera. Me dan ganas de cortarla. Pero no puedo estar resentido con ellas [*sic*], no puedo lastimarlas. Eso me produce una molestia considerable. Si imagino una flor macho y hembra que se unen, eso me parece incompleto. Incompleto porque lo que las guía no es sino una fuerza ciega. La cabeza es lo que impide la fuerza ciega. Algo que no puede ser controlado, ridiculiza.

Esa sesión parece haber producido un desbloqueo. A todas luces vivió algo que lo conmovió mucho, que lo incomodó otro tanto. En las siguientes sesiones, logra contar todo lo que sintió como castraciones en su infancia. Se libera cada vez más, y logra hablar. Una cura psicoanalítica anterior no había traído consigo ningún progreso, le era imposible hablar. Actualmente, enormes progresos en dos meses; trae sueños y asocia. Se ha vuelto posible un análisis clásico.

*Observación 3: señorita F*

Observación de la señora M.

Treinta años. Agoráfoba. Teme matar a su madre. Cuatro años de psicoanálisis antes de acudir a la señora M. La paciente hace espontáneamente, un día, un modelado según un ensueño sádico; una flor con un bebé dentro. En la siguiente sesión, ve en el consultorio de su psicoanalista una muñeca-flor.

—No se parece a nada. Lo que me parece más terrible es esa pretensión de querer asemejarse a una criatura humana. Es absurdo querer vivir cuando no se es inteligente. Es algo como para provocarle a uno pesadillas, náuseas... Los hombres pueden luchar contra los otros hombres, pero no contra aquellos seres. Eso me hace pensar en toda esa gente lisiada y

horrible. Es una mala copia de lo que debería ser normalmente.

Habla entonces de su análisis anterior.

El psicoanálisis con X era un suplicio para mí. Me tenía completamente trastornada. El doctor decía que yo debía tener una opinión sobre él y que debía decirselo. ¡Atroz! Trataba de representármelo como un puro espíritu. Tenía calor de la cabeza a los pies, aquello no quería salir, sentía la cabeza hueca, me decía que no era cierto, había que ponerse en exhibición penosa frente a un hombre. Me esforzaba por retirarle su personalidad. Lo terrible, era el silencio. Me encontraba en la situación de un niño a punto de recibir un par de bofetadas.

#### *Observación 4*

Observación enviada por un psiquiatra de hospital en Estados Unidos. Esta observación estaba acompañada de unas cuantas fotos del joven y de sus primeras reacciones a la muñeca-flor.

Joven esquizofrénico; abortó en sí mismo; no le habla a nadie. No puede salir. Delante de la puerta de su cuarto, vacila más de media hora en cruzar el umbral. Se desplaza con aire misterioso, inmoviliza los gestos en curso, se detiene. Insomnios. Come poco, indiferente a lo que come. Parece querer hablar al acercarse a los enfermeros, cambia de parecer y se aleja. Ha dejado de hablar desde hace seis meses. Su médico vino al Congreso de Psicoanálisis de Londres, donde presenté la primera comunicación sobre las muñecas-flores.

Hace fabricar una por una enfermera, y se la da al joven que ríe contentadamente de alegría, aprieta la muñeca-flor contra su pecho, la mima, la besa, se la pone sobre la cabeza, se pasea con ella, luego se sienta, la hace bailar sobre sus rodillas, se acuesta en el suelo, la hace caminar sobre su cuerpo, no se separa de ella, y sale a la ciudad con los otros enfermos mostrándole a su muñeca-flor todo lo que puede interesarle. A ratos, le cuenta cuentos, la pone en el bolsillo de su chaqueta, y se convierte así en el compañero gracias al cual puede entrar en contacto con todo el mundo. Dice a los demás lo que la muñeca piensa de ellos, y entabla conversación gracias a ello. Ha empezado a jugar a las cartas, juega muy bien, lo cual se ignoraba aunque hacía tres años que estaba en ese mismo hospital; cuando surge una dificultad, conversa con la muñeca-flor para saber qué carta va a jugar.

#### *Observación 5*

Debida a la gentileza de un médico responsable de un asilo-hospicio de campo.

Una joven, que entró a los diecisiete años en aquel asilo, tiene ahora treinta y dos. Ya nadie viene a verla. Hace dos años que la conoce la persona que me escribe. Según el personal, está en el mismo estado desde su ingreso: anoréxica, muy inhibida, expresivamente paralizada, indiferente. Hace cinco años que no se escucha el sonido de su voz. Se la levanta por la mañana, se sienta, es llevada a la mesa, mordisquea, desmigaja pan, indiferente a toda conminación. A veces acepta de su enfermera, que le da de comer, un poco de alimento. A veces no. Se la vuelve a sentar; se la acuesta. El médico jefe leyó la observación sobre la muñeca-flor que yo publiqué. Tiene la idea de intentar con aquella enferma. Al pasar para su visita, le dice:

—Tengo algo para usted, señorita,

y le deposita sobre las rodillas una muñeca-flor. No se mueve en todo el día, la muñeca se queda sobre sus rodillas. Cuando se la quiere separar de la muñeca para llevarla a comer, se pone a llorar. La enfermera se la devuelve, se calma. Por la noche, al acostarla, lo mismo. Si se le quita la muñeca, llora. Al tercer día, esconde a la muñeca en su regazo y se acuesta con ella. Aproximadamente una semana después, cuando el médico vuelve a pasar, la enferma hace decir:

—Buenos días, doctor,

a la muñeca. Él le responde a la muñeca:

—Buenos días.

La enferma sonríe. Por la tarde, se levanta, y pone la muñeca a la ventana, le susurra palabras riendo, luego va a pedir al cuarto de costura una aguja y un poco de tela: quiere hacerle un vestido a su muñeca. Habla a las enfermeras de lo que piensa y quiere la muñeca. Dice sus frustraciones; que ha estado enferma, que todo el mundo la ha olvidado, la muñeca. Felizmente, ella va a consolarla, etc. Tres meses después, episodio de cólera clásica y de riña con la muñeca-flor. Se decide a dejarla en su armario, y va a los talleres, luego a jugar a la pelota. La anorexia ha desaparecido. Se vuelve cooperadora y canturrea al hacer la limpieza. Ha recuperado ocho kilos, hay muchas esperanzas.

## CONCLUSIÓN E HIPÓTESIS DE TRABAJO

Después del estudio crítico de mis dos primeras observaciones y a continuación de numerosos otros casos en que se utilizó la muñeca-flor (no cito aquí sino unos cuantos), he creído posible presentar la hipótesis siguiente en cuanto a su acción terapéutica.

La representación plástica figurada de una criatura vegetal, parecida a la forma humana por su cuerpo y a la forma floral por su cabeza, sin que haya rostro, ni manos, ni pies, permitiría al niño, y en general a todo ser humano, la *proyección* de emociones instintuales que permanecieron fijadas en la etapa oral de la evolución de la libido, fijadas allí debido a que la historia vivida del sujeto bloqueó la evolución precisamente en esa etapa o la hizo experimentar una regresión a ella.

Dicha proyección y las reacciones que de ella resultarían con respecto a la muñeca conducirían al sujeto a la *abreacción* de una libido oral que permaneció activa de manera patógena, inhibidora para él, no sublimable y no integrable en el yo.

La experiencia parecería indicar que la libido oral así liberada se originaría, según los casos, sea en emociones históricamente vividas en la época oral del desarrollo afectivo del individuo, etapa que se acompañó de grandes frustraciones; sea en una fase ulterior del desarrollo, después de una represión de la libido, que se tradujo por una regresión de tipo oral, o anal, pasivo o activo, que pudo cobrar diversas formas: enclave psicosomático, visceral, inhibición motriz o caracterial, obstáculo para la expresión de fantasías y de emociones asociadas con las de la etapa oral y ano-uretral, fantasías y emociones en todo caso preedípicas.

El comportamiento del sujeto para con la figurilla, que él supone dotada de pensamiento y de sentimientos, le permitiría en una primera fase *tomar conciencia* de sus emociones instintuales, manifestándolas; y, a partir de ese momento, podría reaccionar a esa manifestación, cuya *responsabilidad* le habría sido de ese modo artificialmente quitada. Podría, en resumen, expresar una reprobación desvalorizadora cuando sus emociones despiertan en él un sentimiento de malestar, y buscar entonces su solución, sin ser como antes el teatro de la emoción instintual y al mismo tiempo el responsable del malestar que la acompaña.

En efecto, el sujeto que ha expresado en provecho de otro

objeto emociones de las que no se reconoce conscientemente responsable puede sacar provecho del distanciamiento y de la "reflexión". Este término de reflexión debe entenderse en el sentido sobredeterminado de imagen reflejada como un espejo, y de pensamiento que vuelve para redensarse hacia su fuente, el sujeto. La fuente pensante y sintiente, el yo, deja de ser en adelante, desde el punto de vista de la tensión energética, después de la exteriorización que descargó la angustia, semejante a lo que era antes de dicha exteriorización abrumado por el efecto de la tensión provocada por una libido reprimida o impotente para expresarse, así como para sublimarse.

Esta hipótesis quizá no valga gran cosa. Me ha ayudado a dar una interpretación de los hechos que he observado y relatado. Me parece que ha sido confirmada por las observaciones que pude hacer ulteriormente, y que otros hacen todos los días; ya se trate de asociaciones espontáneas en el ámbito vegetal hechas por adultos puestos fortuitamente en presencia de la muñeca-flor, o de su utilización deliberada con niños, ya sea en medio familiar o escolar, o durante una psicoterapia. Mi hipótesis me parece igualmente confirmada por casos de adultos neuróticos en curso de psicoterapia o para los cuales el tratamiento psicoanalítico está estancado antes de la introducción de la muñeca-flor. Esto es particularmente patente en el caso de algunos casos de fuerte ansiedad, para los que habían fracasado intentos de tratamiento psicoanalítico clásico a falta de poder hablar.

Una observación general se desprende de todo ello: la muñeca-flor provoca la exteriorización de pulsiones predominantemente orales, y ciertamente también anales, por un intrincado mecanismo de identificación-proyección, combinado con la escotomización del superyó actual, o más bien con una disminución de su fuerza coercitiva, disminución suficiente para permitir la expresión de la libido que mantenía reprimida.

Aun cuando las reacciones son aparentemente nulas, hay ciertamente desencadenamiento de fantasías más o menos conscientes. En un caso que yo observé, los sueños de la noche siguiente al día en que el adulto percibió la muñeca-flor habían aumentado en agresividad pregenital en su contenido manifiesto, y las asociaciones del paciente hicieron aflorar conjuntamente emociones de la fase oral y recuerdos de aquella cosa extraña que parecía una flor vista el día anterior, a la que no se había dado ningún significado, ni por ella, ni por mí. Esta paciente

en análisis había columbrado el objeto en la cesta de juguetes, y tan sólo había dicho:

—¿Qué es eso?

—Es un juguete, usted sabe que también veo niños.

—¿Qué cosa más curiosa!

Eso fue todo lo que dijo.

La anorexia mental y los trastornos de la fonación por angustia, los estados ansiosos con predominio de síntomas psicósomáticos que afectan el tubo digestivo, mejoran muy pronto y ceden rápidamente siempre que el comportamiento de los familiares sea lo más neutro posible frente a las reacciones inesperadas del sujeto.

En los casos señalados aquí, la rapidez del tratamiento psicoterapéutico es notable. Sin embargo, el proceso de curación es exactamente el de todo tratamiento psicoanalítico.

Cuando, después de una primera experiencia, utilizaba por segunda vez la muñeca-flor, pensaba que el acortamiento del tiempo necesario para el tratamiento, o más bien del número de sesiones que me parecía indudablemente vinculado a la muñeca-flor, se encontraba ya en un punto bastante interesante en psicoterapia analítica.

En una cura psicoanalítica de aspecto clásico, la transferencia, analizada por cuanto se dirige electivamente sobre la persona del psicoanalista, permite que el sujeto, con ayuda del tiempo, reviva las emociones de todas las etapas históricas de su evolución libidinal. Esta situación de transferencia permite que el sujeto abreaccione sus pulsiones reprimidas, se comprenda a través de dichas abreacciones y abandone su modus vivendi neurótico para adoptar otro, más ajustado a las realidades del mundo exterior actual y a su situación actual, a medida que se realiza, y ya no tal como la percibe a través de fantasías que se remontan a la tierna infancia.

Sin embargo, en ciertos sujetos que llamamos narcisistas, a menudo nos topamos con resistencias debidas a una angustia cuya tensión no ha logrado ser descargada por los psicoanálisis sucesivos; sea que el sujeto no pueda volverlas suficientemente explícitas; sea que no encuentre en la persona del psicoanalista, que tiene para él una realidad social demasiado imponente, un soporte de emociones instintivas pregenitales; sea porque el lenguaje (palabras, imágenes y gestos) que traduce las emociones pregenitales está demasiado alejado del lenguaje del yo de la personalidad pospubertaria, consciente, que ocupa

actualmente una parte importante de la libido del sujeto. También es posible que las emociones de las fases pregenitales (sobre todo en lo que se refiere a la fase oral y a la fase anal en su inicio), por ser emociones de participación objetales, necesiten, para expresarse en la transferencia, una reciprocidad de comportamiento, nociva en otros aspectos para la buena marcha del tratamiento psicoanalítico.

Pienso en aquellos adultos mudos en análisis, y también muy inhibidos en la vida, que son inducidos a hablar y a expresarse de manera absolutamente desahogada cuando les pregunto: "¿Qué piensa usted de esto?" presentándoles una muñeca-flor que les pongo en las manos. Comienzan entonces a exteriorizarse por la mímica, y de pronto se ponen a hablar, a veces a explotar en palabras agresivas o enternecidas, ante la figuración concreta de una criatura imaginaria que, si viviera, estaría por naturaleza, como ellos mismos han llegado a estarlo por angustia, privada de habla y de libertad de acción. Poco a poco, todo lo que tenían en sí mismos de negativo o de positivo, de ilógicamente emotivo, de agresivo o de tierno pero indecible, y cuya única expresión podía ser la angustia, encuentra salida en un contenido analizable, rico en asociaciones afectivas, emotivas, sensoriales, cenestésicas, de juegos de fisonomía. La muñeca-flor parece ser entonces un *objeto mediador*, que abre paso a la expresión de las emociones prelógicas de ese tipo.

Por último, la utilización de las muñecas-flores puede ser una gran ayuda en psicoterapia analítica, así como al principio de un psicoanálisis clásico, para que el sujeto capte en su estado natural, por su propia experiencia inmediatamente vivida, lo que son los fenómenos de proyección, de identificación y de transferencia. Pienso en aquellos pacientes que acuden como último recurso, aconsejados por sus innumerables médicos organicistas, con el diagnóstico de enfermedades psicósomáticas. Uno de ellos (un ulceroso digestivo) me dijo un día, y tenía mucha razón:

—Sin embargo, no estoy loco, tengo la cabeza encima de los hombros, no me dejen engañar, y no soy un enfermo imaginario, ¡tengo demasiadas cosas que hacer para poder ser aprensivo!

Habiendo avistado en la esquina de una mesa de mi oficina una muñeca-flor y visto mi mirada observar la suya atraída por el objeto, prosiguió, medio riéndose, medio serio:

—¿Es un juguete? ¿o es para hacer tests? (Desconfiaba.)

No le respondí y le puse el objeto en las manos. Lo tomó, lo miró, estupefacto, literalmente "atónito", luego, al cabo de un momento, visiblemente asombrado:

—¡Ah caray!... ¡Ah caray! ¡Ah, pues qué caray! Es totalmente idiota... Usted perdón, le estoy diciendo la impresión que me da, ¡ah qué caray! ¡Pero esto es cosa de locos! ¡Ah no, no hay que burlarse de mí! ¡No son para mí esos chismes! Pero es cierto, ¿usted atiende quizá a locos de verdad? ¡Pues caray, qué cosas van a buscar los doctores para los locos!

Y luego:

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡qué risa!

Entraba de lleno en el mundo de sus fantasías. Hablamos de su vida, del principio de sus trastornos, etc. Volvió la semana siguiente. Diván. Y de entrada:

—Sabe usted, su chisme aquel, la muñeca, no sé lo que es, aquella cosa que parece una mujer sin cabeza... aquella cosa verde con algo como una flor, una margarita me parece, pues bien me tuvo obsesionado. Y yo que nunca sueño, mi úlcera siempre me despierta, pues bien me empezaba una crisis cuando vine la semana pasada, pues bien me ha dejado en paz. Y además he tenido un montón de sueños. ¿Le interesa?

Y helo aquí metido en el análisis.

## 7. EL COMPLEJO DE EDIPO, LAS ETAPAS ESTRUCTURANTES Y SUS ACCIDENTES\*

Desde que Freud abrió el campo del psicoanálisis, el complejo de Edipo es considerado como el fenómeno central del período sexual de la primera infancia, entre los tres y los seis años. Su importancia es decisiva para el ser humano, en cuanto a la organización de la personalidad. Es en ese momento cuando, para el niño, se entrecruzan las problemáticas de su identidad sexual y de su persona social. Cuando se habla de un niño de tres años, se supone que ya posee su lengua materna; que se sabe niña o niño; ese niño come solo la misma comida que todo el mundo, va a hacer sus necesidades solo; está adaptado en el espacio familiar, conoce la dirección de su domicilio y se orienta en sus alrededores. Sus gestos son hábiles y su modo de andar despabilado. Un niño de tres años sabe su nombre y el de sus padres. Verbaliza sus actos. Los actos ajenos son, para él, lenguaje. Está movido por el deseo de crecer a imagen de toda persona que, a sus ojos, posee valor de modelo, con quien se identifica y en cuya compañía se siente feliz. Si bien es atraído por los animales en igual medida que por los niños, escoge conscientemente sus modelos en la especie humana, entre sus familiares, y en particular entre sus padres, sus mayores, y las personas que sus padres respetan. En la medida en que se sabe niña o niño, las personas de valor de su propio sexo son para él modelos privilegiados. Habla a menudo de casarse, al menos habla de ello a futuro, con aquel de sus padres de sexo complementario. Ese deseo, llamado edipiano, o sea incestuoso, no es en absoluto fuente de culpabilidad para él; es, por el contrario, abertura a su personalidad en devenir, y constituye la trama de los cuentos que le gusta contar y oír contar.

### EL PERÍODO PREEDIPIANO

Era preciso recordar todo aquello para hacer comprender que

\* Artículo escrito en 1968 para la revista *Pratique des mots*, revisado y aumentado en agosto de 1973.

si a los tres años un niño no ha alcanzado completamente o por lo menos en parte ese nivel de desarrollo, no es capaz todavía de entrar en lo que la literatura psicoanalítica describe como el complejo de Edipo, es decir, en la problemática refleja<sup>1</sup> de su condición sexuada; no está aún al final de su fase de organización *preedipiana*.

*Se puede tratar de un simple retraso*, por lo demás muy relativo, con respecto a una norma "abstracta y estadística". En este caso, ni el niño ni los padres están angustiados y el ambiente familiar es cordial. Pero en el sistema francés actual de escolarización a la occidental, la edad civil de tres años es la del ingreso llamado "normal" al ciclo preescolar: y por lo tanto el rechazo por parte de las maestras de un niño aún no autónomo a esa edad y que no sabe expresarse, o bien todavía incapaz de soportar el contacto con la sociedad fuera de la presencia de su padre, de su madre o de una persona familiar, puede ser para los padres causa de angustia. En ciertos casos, al no poder explicarse verbalmente, el ser de lenguaje del niño —pues siempre está animado de funciones simbólicas— se expresa por reacciones psicósomáticas, por el mutismo o por gritos, por la anorexia, por la defecación o la micción irreprimibles. Estos síntomas reaccionales a una situación ansiógena para la cual no están preparados los niños no significan en absoluto un retraso grave de desarrollo. Pueden ser incluso mucho menos graves que la ausencia de síntomas en otros niños que, en cambio, son bien vistos por las maestras, pero que no por ello dejan de sentir una angustia igualmente aguda, sin atreverse a manifestarla, y desarrollan por consiguiente trastornos fóbicos duraderos. Por desgracia, la maestra y los compañeros, sostenidos por una reglamentación escolar orientada en ese sentido, rechazan al niño que, a los tres años cumplidos, reacciona a la escuela por tales síntomas, como inapto para frecuentar a los alumnos de la misma edad (llamados, en cambio, adaptados). Peor aún: la madre y el padre se burlan de su niño o bien, avergonzados de él, se angustian —hasta tal punto que él se siente culpable. Esta angustia nueva de los padres puede provocar en un niño hasta entonces sin problemas subjetivos

<sup>1</sup> Referencia a la fase del espejo descrita por Lacan; lo que el niño ve de él en el espejo debe ser confrontado con lo que siente.

o somáticos síntomas reaccionales seguidos de trastornos neuróticos regresivos y duraderos.

Los niños retrasados que viven en el campo se ven exentos de esta prueba demasiado precoz: los padres esperan que tengan seis años —la edad de la escolaridad obligatoria— para ponerlos en la escuela: el desarrollo de aquellos retrasados simples se prosigue entonces sin dificultades, en familia, en contacto con la naturaleza y el vecindario. Para ellos, el nivel psicosocial denominado "de tres años" es alcanzado un poco más tarde, sin ningún perjuicio para la continuación de la evolución emocional, intelectual y caracterial, cualesquiera que hayan sido las razones del retraso. En las ciudades, por desgracia, el problema es diferente: excluido de la escuela, el niño vive aparte, condenado a la segregación; la vivienda es pequeña, el niño estorba a los adultos, y sobre todo ignora el contacto con los animales, la vecindad de las plantas, la vida: no se desarrolla. Las madres, aun cuando no trabajan, dejan de llevar a su hijo, como deberían, a jugar tres o cuatro horas al día con sus congéneres, no se les ocurre ni dirigirles la palabra, ni jugar física y manualmente con él, cosas que serían sin embargo indispensables. A este respecto, sería urgente que en las ciudades se generalizaran guarderías al aire libre donde padres e hijos serían admitidos juntos y donde, en contacto con otros niños y otros padres, y asistidos por un personal de vigilancia adecuado, descubrirían los modos interrelacionales más propicios para el desarrollo de quienes no han alcanzado todavía el nivel de lenguaje y de autonomía que se suele acreditar —y con razón— a un "tres años".

Los niños que han sido traumatizados por la primera experiencia de un contacto demasiado precoz con la escuela preescolar se vuelven fóbicos con respecto a la escuela y a todo contacto social; manifiestan trastornos psicósomáticos por los cuales es preciso hospitalizarlos, o trastornos caracteriales que hacen que casi en seguida los lleven a una consulta médico-pedagógica. En las grandes ciudades o en los suburbios, se han abierto muchas consultas de este tipo. Sin embargo, no pueden replazar un medio educativo al día.

Al lado de esos simples retrasados, hay otros niños que han sido obligados a asistir a la escuela sin tener todavía la madurez necesaria para sacar provecho de ella, y que no muestran trastornos reconocibles inmediatamente, sino que languidecen

en un ambiente que los angustia y, aparentemente más indiferentes que temerosos, se abstienen de entablar intercambios o de comunicar, sin por ello estorbar la clase: por consiguiente, no ponen en alerta a quienes lo rodean. De aquí surge un nuevo orden de dificultades. Al encerrarse celosamente en fantasías regresivas, se hunden en lo que se volverá *debilidad* psicomotriz o debilidad mental y de lenguaje. No será sino hasta los seis años, edad de ingreso obligatorio a la "gran escuela" —la escuela primaria—, cuando la inmadurez afectiva, complicada ya con neurosis, arrojará el cuadro de un retraso que impide al niño seguir la clase primaria.

Fracaso quizá afortunado si se piensa que otros, fóbicos, sin intercambios motores, enmudecidos de temor, aprenden sin embargo, en el terror de desagradar, a leer y a escribir; éstos no dejan de desarrollar sin embargo en forma callada neurosis. Ahora bien, esta vez, su caso (son "buenos alumnos") no alerta ni a la escuela, ni a los padres; la *neurosis obsesiva* se declarará mucho más tarde, en la prepubertad, y será más grave: un retraso escolar precoz, que alerta más inmediatamente a los adultos, para quienes fracaso escolar y rechazo de la escuela plantean problemas materiales, habría obligado a preguntar por el niño y hacerlo atender.

Es preciso saber que una reeducación ortofónica o psicomotriz no puede ayudar por sí sola a todos esos niños, a menos que la madre, o en su defecto el padre, o un hermano mayor adulto, incluso una abuela o un abuelo, coopere con la persona encargada de la reeducación. También es preciso que los trastornos del niño, sus trastornos fóbicos, sus trastornos de comunicación, sean recientes y reaccionales a acontecimientos ocurridos solamente después de los dos años y medio-tres años de edad, que dichos trastornos no sean las secuelas de trastornos más antiguos que no habían sido advertidos y que competieran entonces exclusivamente a una psicoterapia psicoanalítica, tomando primero juntos al padre, a la madre y al niño, y luego separadamente, en función de los progresos del niño. Este último habrá sido guiado hacia la autonomía en sociedad y su individuación sexual psicomotriz y de lenguaje lo llevará al Edipo.

En efecto, antes de la entrada en el período edipiano, si una persona extraña, educadora o psicoterapeuta, a solas con el niño, empieza a cobrar importancia para él, esto corre el

peligro, al romper el triángulo padre-madre-hijo, de retrasar la evolución inconsciente del niño hacia una estructuración libidinal sexual, pues dicha estructuración sólo puede efectuarse favorablemente en la conjunción familiar triangular.

Si no se observa esta prudencia, al niño se le vuelve a colocar en una posición erotizada de infante y, mientras más adquiere facilidad de lenguaje y psicomotriz, más se aleja de la posibilidad de entrar en el Edipo, pues su relación con la reeducadora o con el terapeuta habrá desvalorizado definitivamente a su padre y a su madre en calidad de objetos de estima y de identificación.

La técnica común de reeducación o de psicoterapia en entrevistas a solas con un niño no presenta peligro alguno, pues, sino hasta después de la adquisición de la autonomía de comportamiento completa, del dominio de la lengua materna tal como se la habla en familia y se la utiliza con los compañeros de la misma edad. Vemos a menudo reeducaciones efectuadas hacia los seis u ocho años de edad que tienen éxito en el plano del habla y de la motricidad, y que luego, después de un tiempo de latencia, se vuelven la causa de trastornos neuróticos graves, más graves en todo caso de lo que hubiera sido el retraso escolar. Este tipo de trastornos nace entre los diez y los catorce años. En efecto, la angustia de castración preedipiana, o sea, una angustia con relación al desarrollo de las pulsiones infantiles de los primeros años, es lo que origina los trastornos del niño; se puede tratar, por cierto, de trastornos debidos a la angustia edipiana propiamente dicha, pero la erotización de la relación con la educadora ocultó aquello en cierto modo, hizo las veces durante un tiempo de prótesis, polarizó el narcisismo del niño en una relación de seducción; el niño hizo sobre la reeducadora una fijación de transferencia seudomaterna, y de ese modo nunca tuvo la oportunidad de resolver una situación triangular. De tal modo que durante el brote de la pubertad, cuando los conflictos edipianos tuvieron que ser vividos, éstos cobraron, considerando la madurez física del preadolescente, una agudeza tanto mayor cuanto que el deseo incestuoso cobró una nueva violencia en un niño en adelante capaz de pasar al acto. El fracaso del preadolescente que no pudo adaptarse a la sociedad de un modo creador procede así del juego de una angustia de castración que no pudo ser ni vivida ni superada a la edad de seis años. El conflicto edipiano

que se manifiesta en la pubertad puede entonces llevar a la delincuencia o a trastornos psicóticos.

Desde la edad de tres años, e incluso a una edad más precoz, el retraso en el desarrollo psicosocial puede ir acompañado de *angustia*, que se traduce por trastornos del sueño, de la respiración (asma), los trastornos del apetito (anorexia, fobias alimentarias), los trastornos de la regulación excrementicia (constipación, diarrea emocional), los del lenguaje (tartamudeo, sonido sibilante, etc.); todo ello se acompaña de inestabilidad, de trastornos del carácter (agresivo, destructor o superpasivo). El juego no aparece, la mímica está ausente y no expresa ni la tristeza ni la alegría: la mirada permanece fija, la expresión del rostro se paraliza en una sonrisa boba o traduce una tristeza lánguida; se trata efectivamente de un niño que sufre de neurosis preedipiana. Sería nocivo considerarlo como retrasado, so pretexto de que así lo etiquetan las pruebas y en su grupo de edad escolar. Es todavía peor aislarlo de los niños de su edad llamados adaptados. Su estado necesita urgentemente una psicoterapia psicoanalítica, a la que se adjunta a veces una reeducación; pero es absolutamente imperativo que el niño permanezca con su familia y en la escuela municipal; habría que evitar que se le inscriba en una escuela "especializada" donde todos los niños están aquejados de trastornos de la función simbólica, y todos por razones diferentes.

Si bien todas las dificultades que hemos evocado hasta ahora no son muy espectaculares, suele suceder que una neurosis de los niños mayores se haya constituido en las épocas de *la primerísima infancia*, al nacer o cuando el destete, en el momento de la adquisición de la continencia esfinteriana, del nacimiento de un hermano menor o también con motivo de un cambio de nodriza, de separaciones sucesivas de los padres, de un accidente grave, incluso de un duelo. Sólo que esa neurosis pudo pasar desapercibida al principio de su estructuración; es posible que los trastornos hayan sido descuidados porque no perturbaban a los familiares, lo cual ocurre con los casos de trastornos pasivos de repliegue del niño en sí mismo. Nadie advirtió nada, ni padres ni médicos. Pero al entrar a clase, en medio de los demás, la extrañeza del niño, sin embargo inteligente, se manifiesta; su inestabilidad o su imposibilidad de adaptarse a la escuela lo hacen pasar por retrasado, lo cual

no es (ni siquiera en las pruebas). Pero es sobre su identidad misma, sexuada y arraigada en su genética, donde él no se construyó en los veinte primeros meses de su vida: se construyó como un objeto y se ignoró como sujeto. Se trata de una neurosis grave: si no se la atiende, podrá evolucionar hacia la psicosis en el momento de la maduración física del niño.

Todavía hoy, demasiados pediatras optan por medicaciones sintomáticas cuando los padres señalan nerviosismo, inestabilidad caprichosa, falta de apetito, apatía de sus hijos pequeños, cuando en realidad dichos trastornos son un lenguaje que expresa un sufrimiento; sólo la psicoterapia precoz de la relación hijo-padres sería eficaz, y sobre todo resolutive para tales trastornos, permitiendo el desarrollo del niño.

Siempre hay intrincación de angustia padres-hijos en esos casos de neurosis muy precoces. Y aquí, la inadaptación del niño, patente sólo en el momento de entrar a la escuela primaria, es muy diferente a un retraso afectivo simple. No se trata en ningún caso de aquellos niños, ciertamente poco dotados intelectualmente pero alegres y vivarachos —en una familia en que existen buenas relaciones con padres que inspiran seguridad, pero en la que sencillamente el vocabulario es pobre. El niño que padece neurosis infantil, en cambio, es desde tiempo atrás un ansioso, a menudo medicado, y la llegada a la edad fatídica de la escuela obligatoria que es incapaz de seguir no hace sino volver manifiesta para todos una sintomatología de desamparo. En un medio escolar urbano bien equipado en consultas médico-pedagógicas, esos niños deben seguir una psicoterapia psicoanalítica, por supuesto asociada con contactos frecuentes entre el psicoterapeuta y los padres: toda reeducación podría ser nociva antes de un "desbaste" por la psicoterapia analítica.

La psicoterapia psicoanalítica se basa en el establecimiento de una transferencia, transferencia por el niño de sus relaciones simbólicas sobre la persona del terapeuta; se realiza por la expresión libre (dibujo, modelado) de las pulsiones reprimidas. Al establecerse la transferencia, incumbe esencialmente al psicoanalista descifrarla para el niño, explicársela.

Si bien la psicoterapia psicoanalítica es el medio principal para sacar definitivamente de problemas al niño, también es preciso que el medio social y familiar siga teniendo para con el niño exigencias educativas efectivas: que apoye atenta-

mente al niño por medio de la prohibición dirigida contra las manifestaciones de deseos, en cuanto éstos se traduzcan por actos fuera de la ley; es preciso que la vigilancia educativa no se relaje, pues si no las fantasías puestas en práctica sin control harían de todo público testigo un espejo cómplice. Así, los padres y los educadores siempre deben verbalizar las prohibiciones que pronuncian en contra de los actos antisociales del niño: mordiscos, antropofagia disfrazada de autofagia, coprofagia, perversión del gusto, agresión sádica, nidación corporal, excesivas intimidades sensuales demasiado pueriles con los adultos, los padres o los familiares, excesivas intimidaciones incestuosas o fuera de la ley, actos perversos contra otros niños o contra los animales domésticos, robos o depredaciones. Es necesario que el padre, la madre o sus sustitutos educativos asistan y apoyen al niño a fin de que logre expresarse de otro modo y no por aquellas manifestaciones regresivas, que deben reservarse a las sesiones de cura con el psicoanalista, en cuya referencia revive el niño una época caduca y transfiere pulsiones pertenecientes a etapas muy anteriores de su evolución perturbada. Fuera de estas sesiones, es perjudicial que las personas encargadas de la educación del niño hagan la vista gorda ante tales comportamientos.

La relación de transferencia, en cambio, no puede ser utilizada para la represión o la moralización. El psicoanalista no puede y no debe desempeñar en la realidad un papel de educador. Repitámoslo: es el grupo social, escuela, padres, el que tiene la autoridad de derecho. La autoridad corresponde en primer lugar a los padres; eventualmente es delegada a los educadores pero sólo los padres pueden suscitar la posición de los términos del complejo de Edipo por el cual el niño debe pasar completamente para curarse. Para tener acceso a las posiciones del Edipo, siempre se precisa, en esos casos de prepsicosis infantil, una psicoterapia analítica; por otra parte, ésta es la que va a permitir que el niño acepte la educación. Pero, una vez más, dejar que un niño inadaptado caracterial haga lo que quiera so pretexto de que está en psicoterapia es sentido por el propio niño como un rechazo o un abandono por parte de los padres, y esto aun si son ellos quienes pagan el tratamiento, y con mayor razón si es la escuela la que aconsejó una psicoterapia que los padres consideran como una prestación social gratuita que les es impuesta anónimamente en pro-

vecho de su hijo y en la que *no están en modo alguno implicados*.

Si los padres no se sienten implicados, es que se trata de trastornos inconscientes tanto para ellos como para el niño. En efecto, el psicoanálisis de esos niños muestra que el origen de sus neurosis precoces agudas preedipianas (que, de no ser atendidas, no son de hecho sino la entrada en la psicosis) se sitúa en etapas decisivas en el desarrollo del niño, en etapas de mutación libidinal que coincidieron en el tiempo con pruebas familiares o sociales, conmociones afectivas que afectaron a la madre o al padre en momentos en que habrían debido apoyar, por el contrario, un clima de seguridad. El bebé o el infante está entonces animado por pulsiones libidinales de muerte, muy momentáneas; se trata de tribulaciones por las que pasan todos los seres humanos y, en los casos habituales en que los infantes son asistidos por sus padres, después de algunas horas de trastornos regresivos, la mutación se efectúa sin dejar huellas; en cambio, un niño abandonado a sí mismo en la soledad, sin el auxilio de una presencia humana atenta compasiva, en los momentos en que su desarrollo experimenta fases de mutación debidas a su crecimiento físico, no puede ni tener acceso a una simbolización de sus pulsiones ni abandonar los modos arcaicos pertenecientes a la fase anterior del desarrollo.

Aunque debe ser individual y llevarse a cabo en entrevistas privadas, lo cual es el caso después de la edad de siete años, la cura psicoterapéutica de un niño no puede efectuarse sin contactos confiados entre el psicoanalista del niño y sus padres, y esto al menos hasta los ocho años, y por lo general hasta la pubertad. En efecto, es indispensable que los padres, disculpabilizados, comprendan los problemas que debe enfrentar el niño a fin de que no renuncien, que lo ayuden y que al mismo tiempo tengan compasión por las angustias que experimenta. Puede suceder entonces que uno de los padres tome conciencia, durante esas conversaciones con el psicoanalista, de dificultades que tuvieron también en su infancia o actualmente, y advierta que no puede asumir su papel de padre o de madre sin una enorme angustia, de lo cual no se había percatado, descubriendo entonces que muchas de las dificultades reaccionales del niño se deben a su propia angustia. Sucede que pida y pueda a su vez emprender una cura psicoterapéutica y sacar

provecho de ella, ya no sólo para el niño enfermo sino para sí mismo. Esta vez, la psicoterapia de los padres deberá ser proporcionada por otra persona que no sea el psicoanalista del niño; la neurosis del niño, en esta última eventualidad, desempeñó el papel de detector de una neurosis grave de uno de los padres, neurosis instalada ya mucho antes del nacimiento del niño.

Si los padres siempre deben estar asociados, a veces implicándose personalmente, con la cura de su hijo, es porque siguen desempeñando, y deben seguir asumiendo, por el ejemplo y por sus actitudes represivas o de apoyo, su papel de instancia educadora. A falta de palabras, por parte del psicoterapeuta, que expliquen el papel irremplazable de los padres, puede suceder que los padres se remitan por completo, en todo lo tocante a su hijo, a la persona que asegura la cura: esto imposibilita dicha cura y es acaso más nocivo que la ausencia de tratamiento. Sucede también que algunos padres a los cuales la escuela les impone la consulta para su hijo rechacen categóricamente la psicoterapia que les es aconsejada. Cuando se trata de un niño que no ha alcanzado la madurez que cabe esperar de un niño o de una niña de ocho años (puede por tanto tratarse de niños de hasta doce años de edad real), es prudente no emprender la psicoterapia contra el deseo implícito y sobre todo explícito del padre —o de la madre—, a menos que el niño ya no viva en el hogar y sea confiado a un internado donde sus padres no lo visiten nunca. emprender una psicoterapia contra el deseo del padre o de la madre colocaría a aquel niño en situación anómala con respecto a la pareja edipiana. Es preferible hablar claramente con el niño acerca de sus dificultades de las razones probables de que sus padres rechacen la psicoterapia y permitirle, dentro de unos años, que él mismo vuelva a hacer una solicitud de cura; a menos que el niño, con quien se ha tenido la oportunidad de hablar en dos o tres ocasiones antes de emprender un tratamiento psicoterapéutico, llegue a pedir abandonar el medio familiar, donde en efecto el padre (o la madre) reacio a la cura se ve muy a menudo puesto en peligro por el crecimiento en el hogar del hijo o de la hija cuya paternidad o maternidad no puede asumir.

En todo caso, nos parece inoportuno ignorar el respeto de la autoridad de los padres en el estado actual de la legislación.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> En efecto, los padres siguen siendo el yo ideal del niño hasta la edad

Por lo demás, una simple reeducación suele ser aceptada por los padres. Aunque no es sino un paliativo arriesgado, a veces permite que el niño realice algunos progresos y obtenga posteriormente, por la rehabilitación narcisista que dichos progresos brindan a los padres —a través de su hijo que querían creer definitivamente incurable—, la autorización de emprender una verdadera cura psicoanalítica.

¿Por qué no puede el analista emprender la psicoterapia de un niño menor de trece años sin el consentimiento de los padres? Porque si bien el niño transfiere sobre su analista su *pasado*, para revivirlo, en la realidad *presente*, el impacto de la relación parental triangular debe seguir siendo dominante.

Los padres son y deben seguir siendo responsables del niño ante la ley: eso es lo que construye sanamente al niño en lo actual. La cura psicoanalítica, por su parte, que actúa sobre las pulsiones pasadas, no sirve de nada en materia de educación y de instrucción.

*Otros padres se muestran deseosos de una psicoterapia y cooperadores.* En el caso en que un niño ha sido traído por sus padres (inquietos con razón) para una psicoterapia, al cabo de dos o tres sesiones corresponderá al niño decidir si quiere continuar o no. Si no quiere continuar, entonces sus padres vendrán en su lugar, los acompañe o no, y su tratamiento pasará por el intermedio de las personas sobre las cuales elabora los componentes energéticos de su Edipo. Cuando un niño presenta graves neurosis preedipianas o edipianas, el hecho de abstenerse de hacerle sacar provecho de una cura que sabe totalmente indicada plantea un problema para el psicoanalista; pero ésa no es una razón para imponerle al niño una cura personal a la que se niega. Quizá el respeto de ese rechazo prepara una cura en mejores condiciones, más tarde.

También puede suceder que los padres o la sociedad hayan confiado al niño a un internado: es entonces indispensable que el psicoanalista vea a los educadores, sustitutos de los padres, pues es en ellos en quienes vive el niño actualmente su complejo de Edipo, o más bien lo prepara, transfiriendo sobre esos

en que la ley autoriza legalmente a un joven a dejarlos y a asumirse fuera de su control (mayoría o emancipación). Se podría admitir una legislación que, sin censurar a los padres, como lo hace la medida de "retiro de autoridad parental", autorizaría a los hijos a dejar el domicilio familiar para vivir en comunidad controlada por educadores delegados por el estado.

educadores pulsiones que deberían ser vividas con respecto a los padres. En este caso, la transferencia es puesta en actos: es muy diferente que en un psicoanálisis. En la cura psicoanalítica, trabajamos a partir de la transferencia de pulsiones *anteriores* a las del momento presente, en tanto que los educadores se valen de la transferencia *actual* de pulsiones que, antes de los siete años, o sea, antes de la resolución del complejo de Edipo, deberían dirigirse sobre los padres, si estuvieran presentes, y que no pueden dirigirse sobre los educadores sino de manera lateral. La relación con los padres y con los educadores prevalece sobre la relación dual que permite llevar a cabo la cura psicoterapéutica. La relación con el psicoterapeuta se desarrolla en la fantasía, mientras que la relación con los educadores es vivida en la realidad. Por esta razón, es necesario reducir al mínimo indispensable la frecuencia de las sesiones de psicoterapia, a fin de que la relación niño-terapeuta no se convierta en el centro de las preocupaciones familiares o de las preocupaciones del niño, y que el beneficio secundario que representa para el niño saberse preocupado de tiempo y de dinero para los padres no anule la prueba del trabajo psicoanalítico, cuyo principal objetivo es permitir que el niño, por medio de la liberación de todas sus pulsiones, se adapte a la realidad de su situación actual. Durante la cura de una neurosis preedipiana, la persona de la madre y la del padre deben seguir siendo, para el niño, la referencia dominante con respecto a la puesta en acto cotidiana, en familia y fuera de ella, de sus pulsiones y de la experiencia que de ellas tiene. El niño ha de construirse a partir de esa relación actuada con sus educadores; relación que constituye su experiencia y que la cura psicoanalítica alivia de las fantasías arcaicas y de los sentimientos de culpabilidad que remitían al niño a las situaciones de la más tierna infancia: en efecto, en la cura, a través de la transferencia psicoanalítica, puede comunicar las emociones que se remontan a aquel período caduco.

La expresión que el niño da, en la cura, de sus pulsiones y la que da de su transferencia sobre el analista pasan en particular por el dibujo y el modelado, a través de los juegos y de los decires, de las angustias que experimenta para venir a la sesión, los días en que afloran en él los instintos de muerte, angustias que harán que esas sesiones sean precisamente las más importantes. Cuando los padres o los educadores que se encargan del niño no han comprendido la importancia de la

cura psicoanalítica, en cuanto el niño manifiesta oposición, pueden dejar de traerlo. Ahora bien, son justamente esos días en que el niño ha estado conscientemente más reticente a venir a la sesión cuando el contenido de la sesión es más liberador. Todo ello permite comprender hasta qué punto la psicoterapia de los niños es difícil, mucho más que la de los adultos. Exige de parte de los padres una genuina preocupación por la evolución de su hijo y una inteligencia afectiva que, afortunadamente, muchos padres poseen.

Curado de su neurosis oral y anal, el niño puede aprovechar sin peligro, si aún es necesario, una reeducación especializada para síntomas instrumentales residuales o para compensar un retraso escolar que una cura psicoanalítica nunca permitirá compensar.

Cuando la cura va por muy buen camino y se ve que el niño se adapta día a día a su medio escolar y familiar, es igualmente importante —lo pida o no el niño— espaciar las sesiones de psicoterapia analítica, a fin de permitirle experimentar su autonomía sin recurrir al apoyo de una catarsis de sus pulsiones en la cura.

Nunca se puede afirmar que el tratamiento de un niño ha terminado; todo lo que puede decirse, en cierto momento, es que, en el estado actual de las cosas, es conveniente suspender por un tiempo la frecuentación del psicoanalista, a reserva de que este último vea a los padres de tarde en tarde para ayudarlos a apoyar las sublimaciones del niño, y también a tolerar reprimirlo en algunas de sus manifestaciones, sobre todo cuando el establecimiento de los componentes del Edipo sea manifiesto. En aquel momento, el psicoanalista habrá de ayudar a los padres a significar a su hijo la prohibición del incesto, es decir, a instaurar la castración edipiana. No es sino hasta después de la resolución edipiana cuando se puede estar seguro de que la neurosis preedipiana del niño está realmente curada y que su evolución ulterior tiene todas las posibilidades de realizarse bien.

Un niño curado de una neurosis preedipiana y que tiene acceso al Edipo puede vivir su angustia de castración de manera crítica, en cuyo caso esto puede ser generador de ansiedad para los padres o los educadores responsables, sobre todo si éstos han visto al niño gravemente enfermo durante los primeros años de su vida, temiendo una recaída. La angustia que los padres experimentan cuando se trata de dirigir los com-

portamientos de su hijo, de controlarlo, de corregirlo, de actuar con severidad, debe analizarse, así como sus temores de traumatizarlo, temores que pueden ocasionar el abandono por su parte de su papel educativo y del papel represivo que deben desempeñar frente a las manifestaciones incestuosas de su hijo. Este último, por el contrario, tiene absoluta necesidad de que los padres, y sobre todo el padre, puedan asumir y sostener las tensiones estructurantes de su deseo, pues eso lo libera de su angustia de castración: que pongan un término a las actitudes tolerantes, indulgentes o sobreprotectoras, incluso cómplices, que habían adoptado (y con razón) durante la enfermedad.

La angustia de los padres es a veces realmente neurótica: su no intervención educativa, en nombre de eventuales traumas que podrían provocarle al niño, es uno de los problemas de hoy en día. Es a partir de nociones psicológicas y psicoanalíticas difundidas en la literatura y mal comprendidas, como muchos niños sanos, al llegar a la fase del complejo de Edipo, no salen de la crisis, debido a que los padres fracasan en su papel de educadores; los padres, en este caso, fallan al no significarles la prohibición del deseo incestuoso, prohibición que abarca tanto a los hermanos y hermanas (ya sean o no del mismo sexo) como a los padres. Esta angustia que impide que los padres eduquen a los hijos corre peligro en nuestros días de hacer que los primeros, en el momento de la crisis edipiana, cedan al chantaje caracterial o psicosomático de un niño hasta entonces sano y sin problemas —pues el período edipiano, en el momento de su resolución, siempre es un período crítico. De ese modo retrasan, y a veces obstaculizan, la resolución de la angustia de castración característica de la crisis del complejo de Edipo en lo que tiene de inevitable. El niño, angustiado por sus pulsiones al servicio del deseo incestuoso, provoca a sus padres, crea astutamente obstáculos a su intimidad de pareja. Puede, por ejemplo, tener sueños de angustia y, en nombre de sus insomnios, perturbar las noches de sus padres. También puede rebelarse contra la atención prestada a un hermano mayor o menor, y reivindicar un amor que considera corresponderle de derecho a él sólo. En ese momento, surgen numerosas manifestaciones histéricas. Los padres piensan que hacen bien evitando poner celoso a ese niño: "Eso podría traumarlo." Poco falta para que, en los períodos de crisis edipiana propiamente dicha, a la edad de seis o siete años (o durante los resurgimientos de la crisis edipiana en la adolescencia), sea el

niño quien se ponga a mandar en el hogar, porque hace sus "escenas" y provoca sentimientos de culpabilidad. Algunos padres buscan en ese contexto desentenderse de su papel educativo, que es en primer lugar dar el ejemplo asumiendo su propio deseo. El padre, hartado, retrasa su regreso a casa después del trabajo, sale solo el domingo para distraerse, huyendo de los dramas; o si no, el niño es punitivamente alejado porque estropea el buen entendimiento conyugal. Pero el problema vuelve a plantearse a cada regreso al hogar.

También sucede, por desgracia, que los padres cedan a un hijo mayor —que puede tener de siete a catorce años...— su autoridad tutelar. El hermano segundo se vuelve entonces presa del mayor y desempeña para este último el papel imaginario de una prole incestuosa, en adelante sobreprotegida o sadizada. En cuanto al seudopadre, la situación lo vuelve ansioso: trata de sustraerse a las leyes de la creatividad, del trabajo escolar y de la inserción social propias de su edad; desbarata la autoridad paternal y al mismo tiempo la mima con el más joven. En resumen, las actitudes dimisionarias de los padres siempre resultan para el niño en un fracaso autopunitivo inútil, nocivo para su desarrollo.

Ante aquellos niños en plena crisis edipiana, el papel del psicoanalista no es atender al propio niño sino tan sólo verlo lo suficiente para comprender lo que sucede y apoyar a la pareja parental, permitiendo al mismo tiempo que el niño escape de las tensiones familiares por actividades en el exterior —en lo que no siempre piensan los padres. Poder afirmar su personalidad fuera del hogar, tener amigos, escoger libremente actividades que correspondan con sus deseos del momento, todo ello ayuda considerablemente al niño. Es realmente lamentable que nuestras infraestructuras sociales no prevean actividades lúdicas organizadas para los niños de cinco a ocho años. La pertenencia a las organizaciones de esparcimientos no es posible en nuestro país sino a partir de los ocho años de edad; ahora bien, muchos niños sacarían el mayor provecho de escapadas fuera del medio familiar en el momento del período edipiano. Evidentemente, es mucho más fácil tomar niños en período de latencia en ese tipo de agrupaciones, pero es, por el contrario, en el momento de las crisis edipianas cuando los padres necesitarían más ser relevados por guarderías, por talleres industriales concebidos inteligentemente donde los niños

descubrirían sus posibilidades de autonomía.

Un niño de cinco años siempre es muy inteligente, aun si no puede comunicar lo que piensa: necesita ser apoyado en su inserción social mediante juegos de creación y, podríamos decir, únicamente mediante ellos. También necesita pláticas sobre todo lo que le interesa, pero hay que ser prudente: en ese período, en que el niño vive todavía mucho en sus fantasías, hay que tener cuidado de no aprovecharse de eso para sugestionarlo, o criticarlo directamente en sus intereses fantaseados, en las fórmulas gramaticales que emplea para hablar de todo lo que imagina. Lo esencial es procurar que se vuelva orgulloso de su sexo, orgulloso de todo lo que hace de él, en sus fantasías, una niña o un niño valerosos. A esa edad, los razonamientos moralizadores no deben dirigirse sino a los comportamientos de la realidad y de ninguna manera a los comportamientos fantaseados: pues si las pláticas educativas se vuelven discursos morales, desplazan bruscamente al niño de una vida imaginaria que le es necesaria a una realidad en que se pretende confinarlo, y acaba entonces por persuadirse de que sus padres quieren prohibirle esa vida imaginativa que constituye de hecho el garante de su futura adaptación a las leyes de la vida social.

#### EL PERÍODO EDIPIANO

Admitamos que la niña o el niño haya alcanzado, a la edad civil de tres años, el nivel de desarrollo que describí más arriba:<sup>3</sup> es un niño sano y vivaracho, y entra en el período edipiano de su evolución, que es un período de exuberancia imaginaria; observa todos los detalles del comportamiento y de la vida de los demás, observa igualmente la naturaleza.

#### *La niña*

Es la edad en que la niña descubre que es niña, no porque se lo han dicho, ni porque lleva un nombre femenino, ni a causa de su peinado o de sus vestidos, sino debido a que su sexo no está hecho como el de los niños. Hasta esa primera experiencia, veía en su prójimo a un semejante en todo aspecto: simplemente más pequeño o más grande que ella por el tamaño. A ese "supuesto semejante" que era el niño y que ahora des-

<sup>3</sup> Cf. p. 185.

cubre que tiene un pene, ella lo envidia. Su contrariedad siempre es inquieta, a menudo manifestada. En aquel momento, la niña siempre necesita escuchar palabras simples, por parte de un adulto, de preferencia su madre, que le digan la verdad sobre su conformación sexual: que esa conformación es la de todas las niñas, que luego se convertirán en mujeres, que la que ha podido observar en tal o cual niño es la de todos los hombres. Es importante que se la felicite por la certeza de su observación. La niña se asegura entonces la esperanza de que más tarde tendrá pechos, como las mujeres, y también que dará a luz hijos, como su madre; pero le es imposible representarse que esos hijos sean otra cosa que excrementos singulares, mágicos, procedentes de un consumo oral.

Para la mayoría de las niñas, este descubrimiento de su sexo, cuando provoca el asentimiento y las palabras reconfortantes de la madre, marca la entrada, que viven con orgullo, en el bando femenino. Entablan amistad con niñas que son al mismo tiempo sus rivales. Son un poco temerosas frente a los niños, fuertes y apuestos a sus ojos; les gusta hacerse admitir en la comunidad de las mujeres con quienes comparten a la vez el papel mítico de seductora y el papel ejemplar de esposa y de madre perfecta: doble aspecto del poder fálico atribuido al cuerpo de las mujeres que, por otra parte, en vez del sexo, oculta, en el repliegue vulvar misterioso, ese clítoris que las niñas descubren y que llaman un "granito". Este descubrimiento las hace soñar en un porvenir fálico imaginario, incluso en concepciones partenogenéticas. A muchas niñas les gusta excitarse por frotamientos no sólo en el clítoris y la vulva, sino también los pezones eréctiles, lo cual las mantiene en la ilusión de un falomorfismo de su sexo. El deseo vulvo-vaginal de ser penetradas se manifiesta en esas fantasías masturbatorias.

La masturbación de las niñas puede no ser nunca observada por los adultos y muchas mujeres niegan haberla practicado en su tierna infancia; no obstante, existe, de un modo sano, en los márgenes del sueño o durante el mismo: debe respetarse.

Las niñas buscan inconscientemente la relación de ese deseo masturbatorio con el falo simbólico del que se ha vuelto representante el padre. La niña muestra por todo su comportamiento que su deseo es identificarse con el modelo femenino; menos inclinada que los niños a la regresión cariñosa hacia la madre, desarrolla una curiosidad, inconscientemente subterránea por el juego de los instintos fállicos, orales y anales, que debe ser

desculpabilizada. El desplazamiento de las pulsiones hacia esa curiosidad es saludable: apoya el acceso al dominio perfecto del lenguaje ("las niñas hablan con facilidad") así como al dominio manual y corporal, y al gusto por la competencia femenina. En las labores domésticas, la niña quiere imitar a su madre y hermanas mayores y desempeñarse tan bien o mejor que ellas. Las madres que impiden que su niñita de tres años las ayude, o incluso hagan en su lugar las labores domésticas, no saben hasta qué punto están perjudicando su desarrollo ulterior. En efecto, lo que se transfiere en ese comportaminto son las pulsiones orales y anales. En cuanto a las pulsiones vaginales pasivas, también entran en actividad; la niña trata de despertar el interés de los hombres, del padre, de los hermanos, por su gracia, su coquetería, por la búsqueda de lo "bello" que exhibe, con objeto de seducir a los representantes del otro sexo.

La niñita carga de amor fetichista sus muñecas humanas. Desempeña con ellas su papel materno tutelar de un modo sádico, que tiende a la catarsis de fantasías narcisistas compensadoras con respecto a su impotencia: abriga algún rencor hacia su madre, sobre todo si hay hermanos visiblemente aventajados por la naturaleza y que le hacen sentir su superioridad. En cuanto a su inferioridad de "pequeña" con respecto a los "grandes", se trata de una inferioridad real y, para que la niñita se desarrolle bien, no debe ser sentida de manera demasiado cruel.

### *El niño*

Pasemos ahora a la entrada en el Edipo del niño.

Desde la edad de dos años, dos años y medio, ya descubrió la existencia de su pene eréctil y del placer que le procura por las manipulaciones lúdicas a las que lo somete. A los tres años, descubre que las niñas no tienen pene y, por lo tanto, valoriza aún más ese valioso pequeño apéndice que considera como un instrumento glorioso, de función únicamente urinaria. Sin embargo, la existencia de erecciones independientes de la micción urinaria (y que, a partir de los dos años y medio, por lo general, le impiden precisamente orinar) le crea un problema. Esa región del cuerpo es misteriosa para él; es mágicamente erógena, pero cuando es erógena deja de ser funcional: ¿qué puede significar aquello? Orgullosa de su órgano, haciéndose preguntas acerca de él, todo niño trata de exhibirse. Esta

exhibición, para él valerosa, también es una pregunta muda referente al sentido que debe darse a las erecciones. ¿Cómo es posible que los adultos no aprecien su conducta? ¿No saben acaso que lo que exhibe allí es lo más bello que tiene para mostrar, lo más valioso? ¿Por qué no le explican el sentido de ese orgullo que lo anima, orgullo que percibe justamente como el genio propio de su ser en el mundo?

La primera vez que el niño ve el sexo de una niña, cree no haber visto bien, que la niña entrevista está en realidad dotada de un pene oculto, que todavía no crece. Si el niño es suficientemente valiente para atreverse realmente a mirar bien el sexo de una niñita, estando ella a su vez ansiosa de instruirse y con bastante confianza en su compañerito, siente entonces, al observarlo *de visu* y *de tactu*, una angustia real, por el hecho de esa abertura cuya existencia comprueba. Ve en ella una mutilación y experimenta una angustia en espejo, en el lugar mismo de su propio sexo: angustia de que su sexo pueda ser suprimido por la voluntad de los padres pues, a esa edad, el niño se imagina que todo obedece a la voluntad de los padres. El niño necesita absolutamente que unos adultos, su madre, pero sobre todo su padre, confirmen explícitamente por sus palabras la exactitud de sus observaciones sobre las niñas, que le expliquen el sentido que ha de darse a sus erecciones: a la vez sentido erótico y papel futuro en la paternidad —que es cosa de hombre, puesto que el deseo del hombre prelude la concepción de los hijos e impone la maternidad.

Los niños necesitan ser instruidos más precozmente que las niñas acerca del destino recíproco complementario de los sexos: eso les hace comprender bajo un aspecto muy diferente, y por ende admitir, la intimidad que une a sus padres y a las parejas de enamorados que tanto despiertan su curiosidad. Saber que la diferencia anatómica de los sexos connota su futuro papel respectivo en la fecundidad, es lo que hace entrar a las niñas y a los niños en el complejo de Edipo. El niño se inscribe entonces en el bando de los hombres, como la niña en el de las mujeres.

Sin embargo, en el plano de las fantasías, el niño admite lentamente y mal que su madre amada, con la cual se identificó hasta entonces y que creyó todopoderosa en lo absoluto —por el lugar predominante que ocupa en los pensamientos del padre—, no sea, ella al menos, una excepción. Sentado en sus rodillas, la imaginación extraviada por la impotencia como un barco a la deriva, coloca su cabeza sobre su pecho, conmovedor refugio

donde encuentra un regreso a las fuentes para la paz de su corazón y la esperanza de volverse un hombre lo suficientemente fuerte para casarse con ella: no logra representarse que ella no posee, ella al menos, además de sus pechos, un sexo semejante al suyo. Así son los ensueños de los niños de tres años, cuando realizan el trabajo mental de admitir la realidad de una madre sin pene, cuando se rinden ante la evidencia de que su madre fue una niña, que su padre fue como ellos un niño cuya mamá no era sino la que es hoy en día la abuela paterna.

Esclarecido sobre esos puntos por decires verídicos, el niño debe ser informado además, y desde aquel momento, acerca del futuro papel de las erecciones que manifiestan que su pene es un sexo y ya no simplemente un hace-pipí, como lo creyó hasta entonces: sus glándulas sexuales, sensibles en su escroto, y que sin palabras valorizadoras él supone que es un receptáculo excrementicio, tendrán un papel fecundador en la edad de hombre, papel fecundador sin el cual las mujeres nunca podrían ser madres.

Si digo que esas explicaciones deben darse más temprano a los niños que a las niñas es porque la fecundidad es a los ojos de los niños un fenómeno mágico, de orden digestivo, y reservado únicamente a las mujeres, no captando sino lo que es visible como el embarazo, la maternidad, la lactancia. El niño al que no se le ha explicado el papel del deseo paterno se encuentra en posición de inferioridad, de frustración: le parece que sólo la función materna es concretamente gratificada. El niño ha de vivir en ese caso un duelo: el de su identificación con la madre; ahora bien, no puede vivirlo con fuerza y eficacia más que si tiene la posibilidad de ver, en su pene, fuente de voluptuosidades, otra cosa que un juguete.

Ciertamente, la niña, por su parte, acepta con despecho el descubrimiento de su conformación sexual; pero, en ella, la angustia de mutilación imaginaria y la contrariedad que experimenta ante su pecho plano son rápidamente compensadas por la esperanza de una maternidad, a cuyo propósito elabora la fantasía de una omnipotencia partenogenética. Si la madre goza del amor del padre (el rey, siendo la madre la reina) y si, por añadidura, el padre le presta alguna atención a su hija, ésta envidia a su madre sus prerrogativas de compañera, las atenciones amorosas de su esposo y sus intimidades en la cama. La conducta de la hija con respecto a la madre va a imitar la de la

madre con respecto al padre o la de la educadora para todo lo que puede otorgarle un poder social. La niña está, en este caso, en la escuela de las mujeres. Los osos de peluche, las muñecas, desde entonces equivalentes de objetos homosexuales o proyección de sí misma, son sustitutos compensadores de su inferioridad de niña, en particular de la ausencia de pechos (sustitutos del falo faltante). Para que las muñecas abandonen su papel de fetiche anal o uretral, sustituto del pene faltante, y puedan desempeñar un papel fantaseado que estructure el deseo genital (deseo que es en este caso falo-centrípeto), la niña necesita un padre real o, en su defecto, saber, por un decir de la madre, que fue engendrada por un hombre que justamente deseó que esa madre la concibiera.

Una niña criada sin que se hable del padre nunca o de la ascendencia paterna, por una madre que vive sola o con otras mujeres, se construye aparentemente mejor en la pequeña y la gran infancia que un niño en la misma situación. Al menos hasta la pubertad, su libido femenina va a sobrevalorar el falismo femenino pregenital (oral y anal) y la homosexualidad pasiva o activa, sobre todo si no tiene un apellido diferente del nombre de soltera de su madre. A falta de un padre, orientará sus pulsiones libidinales heterosexuales hacia la seducción de los niños de su edad y, mientras permanezca ignorante de la prohibición del incesto, de sus hermanos en caso de tener alguno. También puede dirigirse hacia los hombres que hacen la corte a su madre, entrando entonces en franca rivalidad con ella, rivalidad no marcada por la prohibición del incesto puesto que aquellos hombres no son su padre.

Para que la niña tenga acceso al nivel de primacía de lo genital que la hará entrar en el Edipo, es indispensable que se sienta orgullosa de la atracción que tiene por los hombres. No podrá lograrlo sino con la revelación del papel fecundador del hombre. Es necesario que ese papel le sea explicado a tiempo, o sea, antes de los siete años (mientras que esas explicaciones se darán desde los cuatro años al niño). Los hombres que hacen la corte a la madre, si ésta no está casada con el padre, o el esposo tardío de la madre que da su nombre a esta última, tomarán, en la estructura libidinal de la hija, el lugar aparente del genitor y, si esos hombres conservan una actitud casta con respecto a la niña, ella vivirá con respecto a ellos la prohibición del incesto. Es entonces cuando su feminidad y su deseo cobrarán su verdadero valor simbólico.

En una niña que nunca tuvo la oportunidad, en su infancia, de vivir con un hombre y una mujer que compartían su existencia, los fundamentos de la estructura genital inconsciente no pueden elaborarse: aquella niña, crecida en el gineceo, no podrá, si se vuelve madre, servir a su vez de imagen estructurante para la libido de sus hijos. Su angustia impondrá a sus hijos y a sus hijas una propensión a la represión del deseo. Será o bien una mujer-niña o bien se convertirá en una madre de feminidad apagada; o también una madre autoritaria, lo que se llama en psicoanálisis una madre fálica: su vida sexual, la padece, o, si no es frígida, es voluble, celosa de sus hijas, posesiva, apasionada con sus hijos, nunca feliz con el esposo que la fija en el hogar: hace "bovarismo", erotiza a su progenie y, para sostener su narcisismo infantil, toma el lugar simbólico del sustituto del pene. Si se queda en casa, rara vez es por amor a su hombre sino más bien debido a la posición que ello confiere: criada por una madre soltera o por una mujer abandonada, habiendo sufrido siempre en su infancia por su situación social, quiere diferenciarse de su madre. Sus hijos, cualquiera que sea la situación con el padre, son amputados total o parcialmente de sus instintos activos, fálicos, orales y anales; presentan trastornos precoces del lenguaje y de la motricidad, esto es, una inadaptación precoz a las leyes del lenguaje verbal y gestual. Tales niños sólo pueden salvarse por un tratamiento psicoanalítico conjunto para ellos y su madre. Durante la labor analítica, la madre revive, verbalizándola, su angustia infantil de hija sin padre que se libró de una castración estructurante que habría valorizado su feminidad. Sin objeto, sus celos edipianos se desplazaron hacia sus hijos: no tolera, porque eso la angustia, que tengan acceso a su propio deseo, a su propia estructuración edipiana, de tan inquietantes que le parecen a ella misma las fantasías incestuosas necesarias para el desarrollo de sus propios hijos: no deja, por cierto, de inquietarlos por ello, de hacerlos sentir culpables de ello.

La transferencia que tales madres hacen sobre el psicoanalista, hombre o mujer, cuando éste las escucha por sí mismas (por cierto, el psicoanalista no desune esa escucha de la del niño escuchado por sí mismo), permite la reestructuración de la vida simbólica del niño, que se cura rápidamente. Se trata entonces, para la madre, de que siga viniendo para terminar de comprender su propio retraso afectivo. Va a vivir sobre el analista una transferencia pregenital, transferencia que le permitirá recobrar frente al cónyuge su propio lugar de adulto; hablará con el

psicoanalista como hablaba con su madre cuando era pequeña: ahora bien, ésta no podía responderle como lo hace el psicoanalista que explica, que interpreta la angustia infantil. Recuperará así el derecho a su libido genital y se sentirá rehabilitada narcisísticamente por la relación con su analista, del cual se puede despedir en adelante.

Para semejantes madres, esa labor debe hacerse con sus hijos mayores; suele suceder que esos hijos mayores hayan sido abandonados a una abuela, que hayan sido confiados a una nodriza con motivo de algún incidente de salud. El niño así confiado a una abuela o a una nodriza puede haberse desarrollado perfectamente. Tal es el caso cuando fue educado entre otros niños, en el hogar de una abuela cuyo marido aún vivía. El único inconveniente de la situación fue aquí la ausencia de toda relación filial con el padre y la madre: el complejo de Edipo se elaboró con respecto a otras personas. En cambio, cuando los lazos de educación fueron rotos constantemente, cuando la madre, infantil, no dejó de retirar al hijo a sus guardianes sucesivos para cambiarlo a tontas y a locas de residencia, el niño queda herido en su vida simbólica; y si, después de él, nacen en la familia otros hijos de quienes la madre se decide a ocuparse, se producirá en él una descompensación. Resultará ciertamente necesario que el psicoanalista vea a tales hijos mayores para ayudarlos a soportar las modificaciones libidinales que se producen en el seno de la familia.

Asimismo, un niño criado sin padre, por su madre o en un gineceo de tías y de abuelas, al llegar a la edad del descubrimiento del sexo femenino en las niñas no encuentra en casa ningún apoyo masculino, y su desarrollo se ve afectado por ello. Aprehende su pene como un simple hace-pipí erótico y, por regla general, no se atreve a preguntar nada a nadie. Permanece anidado en las faldas de su madre mucho más tarde que los demás. Y además, como la madre carece de hombre, suele tener por ese niño —al igual que la abuela, por cierto— una actitud posesiva, de rivalidad frente a las otras mujeres, en las que el niño siente un peligro mutilador.

Semejantes niños necesitan, tarde o temprano, una psicoterapia para salir de sus dificultades. Cuando el azar lleva a tales niños a la consulta, el médico debe hablarles (esto, por cierto, debería ser sistemático, con motivo de la visita médica escolar obligatoria), explicarles el porqué de la diferencia de los sexos,

y del destino particular de su madre, decirle por qué ella vive sola, que un día fue deseada por un hombre y que por ello vinieron al mundo; que aquel hombre, por una razón desconocida del médico (pero que su madre ahora puede explicarles, allí mismo, aprovechando la conjunción triangular de la consulta médica), no pudo encargarse de la educación de su hijo, ni quizá darle su apellido.

Se trata, pues, de aclararles el papel inicial paterno —paterno al menos en cuanto a ese deseo que hizo que su madre se embarazara de él. Ese papel primordial del padre ausente permite que el niño abandone las identificaciones con las mujeres que lo crían y que oriente su proceso hacia otros objetos: niños mayores que él y sobre todo persona fantaseada del genitor real, del hombre que hizo que fuera su hijo —aun si permaneció en la ignorancia de aquella paternidad—, al mismo tiempo que el de aquella mujer que había escogido, deseado, acaso amado antes de desaparecer. Aun si ha habido en el hogar otro hombre, un abuelo, un tío, un amigo de la madre, aun si el niño lleva efectivamente el apellido del padre muerto o desaparecido, es indispensable que se haga esa revelación; el niño necesita ese relevo de un tercero para asegurar su virilidad y asumir su sexo. A falta de palabras verdaderas sobre el genitor real, ya esté identificado o no este último, el niño corre peligro de permanecer en la ignorancia del papel del hombre en la procreación: si lleva el apellido de un hombre muerto o desaparecido que no es el de la madre, se sentirá ajeno a ésta; y como ningún apoyo paterno sostendrá su educación, la virilidad no puede ni desarrollarse plenamente ni cobrar valor social.

En ausencia de explicaciones sobre el papel del deseo del padre con respecto a la madre, sobre su papel procreador, no se le da al niño ley alguna que le permita fundar, según su naturaleza (falo-centrífuga), su narcisismo viril. A falta de ese decir, algunos niños, criados sin embargo por ambos padres, siguen creyendo que los papeles se reparten así: la madre da la vida y de comer, en tanto que el padre gana el dinero. Si la madre trabaja y también gana dinero, el niño puede creer que la presencia del padre en el hogar depende en todo aspecto de la buena voluntad de su mujer. Cuántas veces se escucha a esos niños de cuatro o cinco años decirle a su madre, después de una disputa conyugal: "¿Pero por qué no te da dinero otro señor?"

El nombre patronímico del padre que llevan a la vez la esposa y los hijos, y que marca con el nombre de la ascendencia pa-

terna a la descendencia de una pareja, no cobra valor simbólico en la economía libidinal de los niños (y no apoya la ética genital inconsciente, luego consciente) sino a partir de la revelación del papel procreador del padre. Ese papel procreador cobra entonces estatuto de *valor*, inherente al sexo masculino. En tanto que el sexo femenino tiene de entrada, en sí mismo, un valor considerable debido al apego del niño o de la niña a la madre durante los primeros años, el valor del patronímico, en la medida en que se transmite, es lo que funda el orgullo masculino del niño, y en donde se origina su narcisismo de varón: saberse hijo de su padre da al niño el derecho de identificarse en adelante con hombres; su estructura sufre una conversión cuando abandona las identificaciones con la madre, primer modelo adulto.

Siguiendo en la perspectiva de los procesos que llevan al Edipo, en el momento en que el niño adquiere a través de su padre la noción del valor de su deseo de varón, apoyado por su conformación sexual, se vuelve a menudo *opositor* con respecto a su madre. Esta oposición se diferencia claramente del negativismo que manifiestan niños y niñas hacia los dieciocho meses, dos años, después de la adquisición confirmada de la marcha. Cuando los niños han reconocido que la madre no posee un pene, aceptarán difícilmente en adelante obedecer las órdenes maternas, incluso simplemente deber obedecer a las mujeres. En cambio, obedecen puntualmente las directivas y las órdenes paternas. Si el padre no ocupa su lugar en el hogar, los niños pueden volverse caracteriales, a menos que un educador masculino sobre el cual orienten su deseo homosexual pregenital sepa dirigirlos y, relevo del padre faltante, haga respetar a la madre explicando que ella los concibió al mismo tiempo que el padre y les dio la vida para que se vuelvan hombres. No obstante, aun si respetan a su madre, los niños tienden a desvalorizar la obediencia a las mujeres. Obedecer a una madre sin referir su deseo de niño a un padre estimado puede provocar, cuando el niño se resigna a ello debido a una autoridad demasiado marcada de la madre, una represión de las pulsiones pregenitales y genitales masculinas, y preparar en aquel niño un Edipo que se resolverá por identificaciones femeninas: abriendo el camino a una homosexualidad pasiva, siempre inconscientemente incestuosa. Los niños criados sin padre y que no han pasado por ese período de oposición, resolviéndolo por el recurso a un educador hom-

bre, sustituto del padre, corren peligro de permanecer sometidos toda su vida a una madre fálica autoritaria, lo cual les prohíbe la realización de su virilidad.

Retengamos, pues, que los niños siempre manifiestan, a partir del momento en que valorizan el papel sexual del padre, una oposición marcada frente a la madre, las hermanas mayores, las mujeres en general, y esto aun en las familias más equilibradas. En el caso de parejas frágiles, esto puede provocar en la madre un estado depresivo que exterioriza del modo "perseguida-perseguidora", con reacciones en cadena que afectan las relaciones de los esposos. El niño se encuentra, en este caso, en malas condiciones: los términos del complejo de Edipo están mal planteados, el padre reprocha a su mujer su falta de autoridad, se muestra harto de sus quejas, y agresivo para con su hijo al que trata como un animal doméstico; el niño, por el contrario, sólo pide ser amado por su padre, lo que espera de él son aclaraciones; el padre debe explicarle al hijo por qué exige de él el respeto a su madre: porque es su esposa, encargada por él, en su ausencia, de hacer respetar la orden que ha dictado. El hijo no desea más que llevarse bien con su madre y, si el padre le ha hablado de aquel modo, el niño puede abandonar sus actitudes caracteriales y estabilizarse: lo que ya no quiere es estar ciegamente sometido a la madre como cuando era pequeño; consiente en obedecerle ahora porque su padre lo exige y porque confía en su hijo para respetar a su amada.

Esta difícil fase prerresolutiva edipiana que va de los tres años y medio a los cinco o seis años, en que el deseo de autonomía del niño comienza a especificarse, está sometida a pulsiones tanto todavía homosexuales como heterosexuales nacientes, y la relación del hijo con su madre, del hijo con su padre, sigue siendo dual. No se trata todavía del acmé de la crisis edipiana, el niño está lejos de él; la resolución de la oposición transitoria (paso necesario) con respecto a las mujeres y a la madre depende de la solidez de las relaciones de confianza recíproca entre los esposos, del lugar ocupado por el padre en la educación, en que su papel no es el mismo que el de la mujer, aunque concuerda con el suyo. Es malo que ese paso se prolongue: cuando esto sucede, siempre se debe a una carencia paterna.

Cuando está apoyado por las dos instancias tutelares, el padre y la madre, el niño sublima fácilmente sus pulsiones y llega al nivel escolar y de adaptación social propio de su edad —tres a

seis años; si su educación está bien controlada por el padre, su carácter va a moldearse para adaptarse a la vida familiar; al mismo tiempo, tiene acceso a la autonomía en sus juegos y en los actos de la vida cotidiana, tiene actividades propias, rechaza con orgullo toda sobreprotección materna, lo cual no le impide en absoluto seguir siendo servicial, pues confía cada vez más en sus padres y en sí mismo.

El descubrimiento de las leyes de la naturaleza que rigen los sexos, esclarecido por palabras verídicas y simples sobre el papel del padre al principio de su existencia<sup>4</sup> permite que aquellos niños y niñas sometidos a la autoridad paterna, y que aman a sus padres, crezcan a imagen de los adultos que viven en el hogar.

Algunos padres, apasionados de la educación sexual, imponen a cada paso a sus hijos una cantidad de detalles anatómicos o fisiológicos sobre el funcionamiento sexual en el acto de la procreación, detalles que esos niños de tres a seis años no piden en absoluto. Se trata más bien de darles el deseo de crecer en el genio propio de su sexo, genio que se encarna a sus ojos en sus padres. Lo que quieren los niños o las niñas es afirmarse diferenciando sus maneras y sus gustos; porque están orgullosos de su filiación, su patronímico marca que son efectivamente los hijos o las hijas de sus dos padres; su narcisismo sexual está en su lugar, el proyecto que forman de casarse con el padre o la madre deseado sostiene las pulsiones genitales por fantasías incestuosas. Están movidos entonces por el deseo dominante de competencia amorosa con el padre del mismo sexo, con el cual tratan de identificarse en todo aspecto, soñando con conquistar sus prerrogativas ante el otro.

En el menor de sus juegos, los niños imitan a los hombres, las niñas imitan a las mujeres; asumen el papel de los adultos de su sexo y dan la preferencia a sus padres, a quienes imitan tanto en la pareja particular que forman como en su vida social. Sueñan con prevalecer sobre el padre del mismo sexo en la atención, el interés y el amor que le manifiesta su cónyuge. El deseo es, en este caso, claramente incestuoso; suele ser verbalizado —y sin culpabilidad alguna— en los momentos de ternura y en juegos erotizados de disfrazarse o desnudarse: es muy peligroso culpabilizar tales juegos, sobre todo si se desarrollan entre

<sup>4</sup> Esas palabras son las que dan sentido y valor al deseo seductor, tan narcisizante para la niña.

niños de la misma edad y fuera de la presencia de los padres, como suele suceder. Esos juegos eróticos imaginarios, mirones y táctiles, entre niños, no tienen ningún efecto perverso; muy por el contrario, lo que es perverso es el interés que los padres prestan a lo que sucede en ellos.

La diferencia de tamaño con el adulto, la exigüidad de los genitales, la ausencia de caracteres sexuales secundarios, para las niñas la ausencia de pechos, desempeñan un papel inferiorizante ansiógeno. Algunos padres creen actuar bien a veces imponiendo la práctica familiar del desnudismo, ofensiva de hecho para los niños, al menos hasta los ocho o nueve años, pues entonces se ven obligados a confrontar sus fantasías con la realidad. Sin embargo, esta inferioridad es para el niño uno de los elementos que van a ayudarlo a contemporizar, a suspender la puesta en actos de sus deseos vagos de cuerpo a cuerpo genito-genital, de procreación incestuosa con el padre o la madre, deseos que constituyen la trama de sus fantasías masturbatorias.

Aquí vemos cómo el sentimiento de inferioridad natural, nacido de la pequeñez del cuerpo y del sexo del niño con respecto al cuerpo y al sexo de los adultos, ayuda a aplazar la satisfacción del deseo y a proyectarla en un "más tarde, cuando sea grande". También permite que el niño, no sobrevalorado por el padre del otro sexo, adquiera como compensación las cualidades de eficacia que son el privilegio del adulto, modelo envidiado. Hay adquisición de una habilidad manual, de un vocabulario gestual e ideativo, que compensa la imposibilidad de adquisición del vocabulario genital. Los niños se sostienen entonces en la esperanza de una conquista lenta y segura del adulto deseado por el "dar gusto": habrá "merecido" desalojar al adulto rival de sus prerrogativas, merecido tomar su lugar, tan codiciado, en la pareja. La esperanza de la caída del rival es a menudo verbalizada y el adulto ríe, disimulando mal su incomodidad, cuando oye que le dicen: "Cuando te mueras, yo seré el marido de mamá", o: "Cuando te mueras, yo seré la mujer de papá."

En aquel período de estructuración edipiana, que es el de las fantasías incestuosas, el niño de ambos sexos experimenta contradicciones. Hay en su comportamiento una alternancia de actitudes seductoras con respecto al padre del otro sexo, y de sumisión, de obediencia prudente al padre del mismo sexo —de quien espera que le transmita su saber, y cuya protección solicita todavía. Puede decirse que en una familia con hijos

de ambos sexos, homosexualidad y heterosexualidad incestuosas alternan permanentemente, incluso coexisten constantemente. Las disputas suceden a las reconciliaciones y la competencia siempre está presente.

Al mismo tiempo, con sus compañeritos, al niño le gusta poner en escena situaciones fantaseadas en que sus padres toman la figura de héroes míticos: reyes, reinas, príncipes, princesas de poderes indiscutidos. Esos juegos de identificación reconstituyen un trío familiar en que se arrogan el papel que les parece más halagador y más agradable: es el famoso juego del papá y de la mamá. A veces, debido a las pulsiones homosexuales y heterosexuales, los niños cambian de papel, lo cual no será motivo de inquietud si por otra parte, en la realidad, se sienten "bien en su pellejo". También está el juego del doctor, que permite todas las familiaridades táctiles. Juegos de sociedad y juegos físicos son pretextos para un placer narcisista, mágico y mítico, aparentemente gozando en común: de hecho, cada quien actúa para sí en un psicodrama que no es sino la puesta en escena del sueño edipiano. Los juegos sensuales normales entre niños siempre se tiñen de cierta culpabilidad; la sensualidad le parece ser al niño el privilegio de los mayores y teme que éstos sientan algún recelo por ello, al igual que él mismo siente celos de las intimidades que los padres tienen en la alcoba conyugal, sustrayéndose más o menos a sus miradas. También siente envidia de las prerrogativas que confiere al médico su saber mágico sobre los misterios de la vida y de la muerte.

La muerte es, en efecto, un tema que los niños que pasan por la crisis edipiana gustan de abordar. Se dan cuenta de qué se trata para los animales y los vegetales de los que se saca el alimento; pero cuando aún no han presenciado la muerte en su familia, ignoran lo que puede significar para los seres humanos. A los niños les gusta mucho jugar a la muerte, a darla, a recibirla, a representar con gestos la agonía: se trata de fantasías muy estructurantes. Por desgracia, cuando descubren tales juegos, muchos padres creen tener hijos perversos.

Los niños juegan a la guerra, juegan a los prisioneros sometidos por crueles vencedores que exigen rescate y prendas. Jugar a matar para conocer el cuerpo, jugar a explorar el cuerpo y el sexo de los demás, jugar a curar o dejarse curar, jugar a la vida social, todo ello es indispensable para el niño que vive la crisis edipiana. Jugar a la maestra, al comerciante, al

policía y al ladrón, todos esos juegos también son juegos sociales gracias a los cuales los niños tienen acceso a la comprensión de las funciones en la sociedad y de los derechos conferidos por las mismas.

Para volver a la muerte, si abordan sin cesar ese tema constantemente erotizado por ellos, es porque es el principal peligro que podría ocasionar, en su inexperiencia, toda transgresión de orden motor; pero es también porque, en sus ensueños, la muerte elimina al rival molesto. La muerte real de uno de los padres siempre es un trauma si sobreviene durante este período: parece responder de manera angustiada a las fantasías del niño, que atribuye por tanto a sus propios pensamientos un poder mágico; esa muerte que acaece en la realidad le parece significar el advenimiento de su omnipotencia ideativa y su derecho de dar a conocer sus deseos incestuosos. Ese trauma agrava la angustia de castración; el niño se considera castigado, o por el contrario apoyado en un deseo incestuoso en adelante sin obstáculos. La culpabilidad se ve agravada además por la ausencia real de uno de los polos del triángulo edipiano: deja de existir el apoyo para las pulsiones libidinales genitales. El padre viudo (pero esto puede producirse también en el caso de un divorcio si éste llevó a la partida sin explicaciones o a la desaparición de uno de los cónyuges) contribuye, por su parte, al menos momentáneamente, por las reacciones de abandono y de agresividad inconsciente contra sí mismo que acompañan la labor del duelo, a bloquear el establecimiento de los términos del complejo de Edipo: el niño no comprende que ese adulto viudo o abandonado no remplace en seguida el cónyuge desaparecido, que él tanto necesita. Suele operarse entonces en el niño una regresión más grave aún que la del padre abandonado: el niño recarga en éste toda la carga afectiva, y el padre o madre le hace coro, lo cual provoca una regresión del niño a las fases anteriores de la libido. Todo duelo provoca momentáneamente semejante regresión. Pero las pulsiones genitales no se pueden arriar, y el pequeño Edipo en duelo del rival se vuelve un poseedor patógeno del padre que quedó viudo.

Es preciso en ese caso que una tercera persona —un médico, un amigo, un padrino, una madrina— tenga con el niño pláticas salvadoras: que le hable claramente de la muerte, de la desaparición de su padre o de su madre; el niño tiene que oír que se le certifique que aquello ocurrió debido al destino

personal del adulto de que se trata y de ninguna manera debido a sus pensamientos de él, o a su falta de amor. Un niño no se recupera de unas palabras tales como: "Has matado a tu pobre padre" (o "a tu pobre madre").

#### LA RESOLUCIÓN DEL COMPLEJO DE EDIPO

La resolución del complejo de Edipo interviene con el acmé del conflicto interno a la economía libidinal: el deseo incestuoso en la hija de tener un hijo del padre, en el niño de darle un hijo a la madre, se confronta con los obstáculos reales de su puesta en actos. Es preciso en ese momento que la prohibición del incesto sea proferida por un adulto en quien confía el niño; éste se encuentra, en efecto, en el colmo de la angustia impotente y en el colmo del deseo de superarla. Es una crisis que provoca síntomas procedentes de la frustración del niño y de la reactivación de pulsiones arcaicas robustecidas por la tensión genital. La primera vez que el niño oye enunciar la prohibición, se niega a creerlo: sigue fantaseando que, más tarde, valiéndose de su poder sexual acabado, logrará sus fines; pero si se le explica que la ley de la prohibición del incesto rige todas las vidas humanas, comienza a creerlo. "¡Papá se casó con mamá!" "¡Sí, con *tu* mamá, pero no con *su* mamá!" Semejantes reflexiones surgen en las familias en que los padres se llaman mutuamente "papá" y "mamá" y en que el niño ha podido creer, por consiguiente, vivir en cierto modo hasta entonces con hermanos y hermanas mayores.

La angustia de castración es endógena: sobreviene en todos los niños, independientemente de todo lo que se les pueda decir y de lo que pueda ser la constelación familiar. Es la angustia de la extinción o de la pérdida del deseo cuando deja de haber zonas erógenas por descubrir. El niño ha hecho la investigación completa de sus posibilidades eróticas físicas.<sup>5</sup>

Y, por lo tanto, el lugar mismo de donde nace su deseo genital, el lugar sexual por excelencia en su cuerpo —o, diríamos mejor, en su esquema corporal—, se vuelve a sus ojos irrisorio y engañoso. El niño está angustiado por la presencia de esos genitales que ya no tienen ningún sentido si él no puede

<sup>5</sup> ¿No se originaría la magia tentadora de la droga para los adolescentes en el espejismo de un erotismo infinito, siempre por descubrir, a fin de escapar a la castración, condición de los humanos?

dar un hijo a su madre; la niña, por esas entrañas femeninas que nunca podrán llevar el hijo de ese padre sobrestimado. Se le debe decir al niño que, lo que siente, sus padres lo sintieron del mismo modo a su edad: ellos mismos están sometidos a la prohibición del incesto en las intenciones sexuales que podrían tener para con su hijo o su hija: si faltan tales explicaciones, el riesgo de desvalorización y de anulación definitiva de su deseo acecha al niño.

Señalemos aquí el peligro que los padres hacen correr al hijo en el momento de su estructuración edipiana, cuando le "dan" (verbalmente) un recién nacido, hermano o hermana; más aún cuando la familia une al niño con ese hermano menor por los lazos del padrino, vínculos espirituales ciertamente, pero que, a los ojos de un niño de tres a ocho años, confieren autoridad parental sobre el ahijado recién nacido. Para el niño grande, ser padrino o madrina no es sino una ilusión que entorpece el duelo que tenía que hacer del hijo imaginario incestuoso. En cuanto al ahijado, la instauración de los términos del Edipo se llevará a cabo más tarde, para él, en malas condiciones, pues aquel hermano mayor que piensa tener derechos tratará de conservar sobre él una autoridad parental, socavando en el ahijado el amor por los padres reales. Repitémoslo: la crisis edipiana ha de resolverse en el duelo definitivo y radical de todas las fantasías y de todos los ensueños en torno a las trampas posibles con la prohibición del incesto.

Aceptar esa ley que rige la sociedad de los humanos —la ley de la prohibición absoluta, para siempre, de la realización del deseo incestuoso— no es nada fácil. En nuestros días, por desgracia, la prohibición del incesto no es a menudo explícita en las palabras de los adultos. Así, a espaldas de sus padres (y a veces con su ciega complicidad), los niños burlan esa prohibición sin embargo inscrita en la ética humana inconsciente: mediante juegos sexuales genitales entre hermanos y hermanas, juegos homosexuales o heterosexuales. De esto siempre resultan trastornos, en el mejor de los casos transitorios, que obstaculizan la simbolización de los instintos, simbolización que debería hacer surgir la personalidad social. Es más, algunos padres contradicen con actos la prohibición verbal del incesto (sin embargo muy presente en el lenguaje corriente), por comportamientos que creen ser juegos inocentes, y que son de hecho intimidades sensuales excesivas y difusas que se otorgan para

su propio placer, con aquellos niños que son sus hijos y a los que están perturbando. Fingen creer, so pretexto de que no hay en ellos ningún contacto claramente genital, que los juegos sensuales seductores o tiernos son inocentes. Tales juegos son, desgraciadamente, incendiarios, después de la edad de cuatro, cinco años; y, después de los seis años en todo caso, peligrosos. Se trata para el niño de excitantes sexuales; los padres parecen invitar al incesto: el niño imaginativo, seductor-seducido, ve en ellos una puesta en actos que parece responder a un deseo incestuoso que los padres parecen significar por su parte. Esto es particularmente grave en el caso de un hijo único cuando el padre y la madre se llaman mutuamente "papá" y "mamá", despreciando, en el lenguaje familiar corriente, su papel de amantes y de esposos; el niño pierde así todo punto de referencia lingüístico en cuanto a su lugar de hijo o de hija.

La crisis edipiana se resuelve o no según la manera en que el niño es apoyado por los decires de sus padres: sólo una actitud realmente casta para con él desenlaza el conflicto. Cuando la crisis se resuelve rápidamente, en buenas condiciones, en el acmé de la angustia de castración, sobreviene siempre un sueño que se repite dos o tres veces: es el sueño de la muerte de los padres. Manifiesta el deseo de renunciar definitivamente a su primer objeto de identificación, a sus pulsiones genitales, de intenciones homosexuales y heterosexuales. Angustia al niño, pero forma parte del proceso de resolución edipiano. Si todo transcurre bien, la angustia cede totalmente. Pero es raro que el niño renuncie a sus deseos incestuosos hasta en sus fantasías, pues por lo general eso acaba con el placer que le procuraba una masturbación hasta entonces normal. La resolución del complejo de Edipo es la aceptación de la prohibición del incesto; esta aceptación está más o menos bien anclada en el inconsciente: si los padres no están totalmente liberados de sus sentimientos posesivos, la adaptación del niño permanecerá sometida a sus autorizaciones.

El poder creador en el trabajo y las actividades culturales depende a su vez de la resolución del complejo de Edipo: las pulsiones genitales del niño, castradas en sus intenciones incestuosas, se cargarán, con todo su efecto narcisista, en las actividades sociales.

El niño comprende que, ante la ley del sexo, tiene estatuto de igualdad: igual a sus padres, igual a los padres de sus padres.

Puede, por lo tanto, sublimar, es decir, trasponer en el orden simbólico que se abre ante él la fuerza de sus pulsiones interceptadas por la prohibición del incesto. Esta sublimación permite que su deseo tenga derecho "de ciudadanía"; después de la pubertad, que le ha sido anunciada, cuando esté "formado", su maduración le permitirá encontrar compañeros sexuales en el mundo extrafamiliar, al igual que ocurrió con sus padres en su juventud, después de que ellos abandonaron a su vez sus sueños incestuosos sobre la persona de quienes son ahora los abuelos del niño. Aceptar esa ley fundamental de la vida en sociedad abre, por decirlo así, el acceso a todas las demás libertades: no sólo en el ámbito de la fantasía, sino en la realidad; lograr conquistar esas libertades, tal es el efecto de la resolución edipiana.

La renuncia a la vida imaginaria, que hasta entonces había sostenido al niño a todo lo largo de su desarrollo, siempre es dolorosa. Dicha renuncia es considerablemente facilitada cuando existe entre los padres un buen entendimiento sexual, cuando sus caracteres concuerdan y cuando, tanto en su intimidad como en su comportamiento de educadores, sus papeles parecen complementarios. En el caso en que los padres no se entienden, el niño corre peligro de ser el apoyo imaginario de compensaciones consoladoras para uno de los padres, frustrado en su relación conyugal. Cuando los padres están reñidos o divorciados, también puede ser objeto de reivindicaciones posesivas por parte de cada uno de los cónyuges. Esto agrava el sentimiento de culpabilidad del niño cuando comenzaba a liberarse muy naturalmente de su dependencia infantil. El niño se siente culpable de arrogarse el derecho de dejar de interesarse en sus padres. El deseo genital del niño es avivado por la obligación, en la que se siente atrapado, de reconfortar a su padre o su madre abandonado o rechazado por el otro. Siente entonces que sigue, como en el pasado, dándole gusto a uno, no dándole gusto al otro: es para él una situación conflictiva que le impedirá resolver por completo el Edipo.

Así pues, la resolución del complejo de Edipo debe acompañarse del sentimiento de libertad, libertad de dejar la infancia y de abandonar la fatal dependencia al yo ideal parental. Hay que reconocer que, para los padres, también es una crisis cuyas consecuencias soportan. Debe producirse una mutación en su papel tutelar. Muy a menudo, se sienten infelices de que su

hijo se desprenda de ellos, si bien se alegran de que encuentre en la realidad amigos e intereses. Cuántas veces oímos a los padres suspirar: "Ya no hay hijos, ¡qué viejos estamos!" El niño puede sentirse culpable de dejar de lado a aquellos padres deprimidos para irse con los compañeros de su edad, para orientar su admiración y su amistad hacia adultos que no forman parte de la familia. El niño oye que le dicen: "¿Qué encuentras en esas personas que no tengamos nosotros?"

#### EL PERÍODO DE LATENCIA. DE LA RESOLUCIÓN DE LA CRISIS EDIPIANA A LA PUBERTAD

No es muy frecuente que la renuncia al deseo incestuoso esté claro para la conciencia de un niño de seis a siete años, pero eso puede verse: se trata entonces de un niño lleno de vitalidad y, en unas cuantas semanas, madura. Ama a sus padres, por supuesto. . . Sus padres también lo aman, por supuesto. . . Pero entre la vida de los padres y la del niño, se ha trazado una línea. Tienen buenas relaciones, pero ya no hay las antiguas reacciones apasionadas del niño para con sus padres; se le olvida darles un beso al decirles buenas noches; no dice buenos días por la mañana. No por ello deja de llevarse bien con ellos. Los padres que saben respetar esos momentos decisivos de la resolución edipiana son raros. Sin embargo, es a ellos a quienes la confianza de su hijo procurará las mayores alegrías en los cinco o seis meses venideros; ya sin miedo a experimentar una regresión a posiciones de dependencia infantil, el niño tendrá con ellos coloquios confiados, ausentes de toda zalamería. Para muchos de esos niños, sería el momento de ponerlos en un internado durante un año o dos, siempre que dicho internado otorgue un lugar importante al juego y que los niños puedan tener allí alegrías compartidas. Eso les permitiría desprenderse completamente de su vida de niño, de afirmar su feminidad o su virilidad nacientes y su autonomía.

Para la mayoría de los niños, hay un período de represión de las pulsiones sexuales genitales cuando permanecen en el medio familiar. Dicha represión se acompaña de un distanciamiento con respecto a la fratría: hasta entonces, hallaban en sus hermanos y hermanas unos compañeros de juego predilectos. Ahora hay con respecto al padre de sexo opuesto una manera de tratarlo con frialdad al mismo tiempo que una valorización in-

condicional un tanto abstracta de los decires y haceres del padre en sociedad. El padre parece de derecho dueño y señor en el hogar. El niño siente, aun si no quiere reconocerlo conscientemente, que el padre es el promotor de la vida en casa; y sobre todo el padre es valorizado socialmente como dueño del nombre, organizador de la familia. A menudo, su oficio, fuente principal de ingresos para la familia, aumenta sus prerrogativas de mediador reconocido entre la familia y la ley del grupo social en que se integra —ley acerca de la cual el niño, por cierto, desea instruirse.

En caso de separación o de divorcio, el cambio de nombre de la madre frena la resolución del complejo de Edipo; peor aún: si, durante dicha crisis, el propio niño cambia de nombre, por ejemplo porque la madre se casa con un hombre que reconoce al niño, ese cambio de nombre constituye un verdadero trauma. El niño, por ley, va a compartir la suerte de la madre y para la niña todo sucede como si el nuevo padre se casara tanto con ella como con su madre; el recién llegado se arroga derechos sobre un niño que precisamente ha dejado de serlo.

En los casos más afortunados y más frecuentes, la adaptación a la prohibición del incesto, el abandono total de las intimidaciones seductoras por parte de los padres son seguidos de un repliegue de las pulsiones sexuales, debido a una especie de éxtasis fisiológico que sobreviene en ese momento en el niño, con detención fisiológica del desarrollo de los genitales con respecto al desarrollo del cuerpo. De ello resulta un período fructuoso y tranquilo, más o menos teñido de homosexualidad casta, sometida, admirativa para con el padre de igual sexo; la sensibilidad heterosexual conservada siempre es casta. El niño se muestra solícito con el padre de sexo complementario, no quiere decepcionarlo y, en la admiración que le tributa, no puede ser decepcionado por él sin sufrimiento.

Cuando los padres enuncian la prohibición del incesto, debe quedar claro que dicha ley intercepta tanto el deseo sexual de los padres —y cualquier supuesta prerrogativa posesiva por su parte sobre la persona del niño— como el deseo del propio niño. Esto también es válido en lo que se refiere a los abuelos; ciertas abuelas y ciertos abuelos incestuosos son muy peligrosos. Hay que decirle al niño: "No tienes en absoluto la obligación de sentarte en las rodillas de tu abuela o de tu abuelo, allá ellos, que se busquen al gato o al perro, etcétera."

Además, también es necesario precisarle al niño que, más tarde, tendrá derecho a escoger el cónyuge que quiera, sin que sus padres, hermanos o hermanas tengan nada que objetar a esa elección.

Cuando la resolución del complejo de Edipo no es obstaculizada por los genitores, por los parientes cercanos o por los hermanos, es concomitante con la caída de los dientes de leche, caída incómoda y falta de estética momentáneamente, pero seguida (al igual que la crisis edipiana) de un renuevo, el rebrote de la dentadura.

El niño que ha resuelto bien el complejo de Edipo carece de angustia, ya no tiene prisa por volverse grande, sus preocupaciones están centradas en la vida social presente, en sus contactos con los niños de su edad. Gracias al orden inconsciente y consciente que instaura la prohibición clara y aceptada del incesto en la libido sosegada del niño, se despiertan intereses electivos por los niños de su edad, así como por los adultos que coadyuvan a su desarrollo respetando su persona: maestros, educadores, profesores, mayores que lo inician en técnicas deportivas o culturales. Nunca nos cansaremos de decir que el poder ordenado de las pulsiones deriva del conocimiento claro de la ley de la prohibición del incesto. Este conocimiento claro es lo que va a otorgarle al niño el sentido de su promoción con pleno derecho como ciudadano, y que permitirá que todas sus energías se viertan en la búsqueda de la expresión simbólica: trabajo, adquisiciones culturales con miras a un éxito social, actividades creativas de todo tipo, manuales, intelectuales, actividades lúdicas o deportivas en una búsqueda de intercambios con camaradas de la misma edad o con personas familiares marcadas todas, como el niño, por la prohibición del incesto y de ese modo valorizadas. Los vínculos familiares cobran en aquel momento todo su sentido para el niño, que comienza a interesarse por ellos y a preguntar para que se los precisen.

Es común que la orientación en el tiempo se adquiera de pronto, cuando hasta entonces el niño no lograba ni siquiera leer la hora. La orientación en el espacio se precisa. Los juegos cambian de estilo, el niño busca la dificultad y se inicia en técnicas industriales o artísticas que trata de dominar; en todo ello, lo que ocupa el lugar consciente es menos el placer procurado que la comunidad de puntos de vista éticos o estéticos con compañeros de su edad. Las satisfacciones solitarias narcisistas tienen en adelante menos valor reconocido para el niño que las

que experimenta en compañía, con compañeros escogidos por él, en sus actividades de lenguaje, lúdicas y culturales. Es la edad en que el niño descubre la amistad, amistad generosa mas no desprovista de posesividad recíproca; por lo demás, la amistad honra casi tanto como la fidelidad, entre amigos que se han escogido libremente. Hay cambios debidos a la amistad, y es grave que los padres se opongan a ellos, pues cabe observar que los amigos elegidos por los padres no tienen en absoluto el mismo interés para el niño que pueden tener unos amigos escogidos por él mismo, en el exterior.

El niño desarrolla ahora admiraciones románticas por los jóvenes adultos de su sexo. Escoge en las historias y en la Historia héroes valerosos, las más de las veces del mismo sexo que él, modelo y apoyos para su imaginación aventurera. Tiene empeño en mostrarse ostensiblemente indiferente a los niños del otro sexo, despreciativo, a veces agresivo, pero experimenta accesos de sentimientos amorosos, tímidos y apasionados: amistades heterosexuales no declaradas pero siempre conmovedoras, cuyo recuerdo es a menudo más vivaz en la edad adulta que el de las primeras seducciones y conquistas sexuales del período posterior a la pubertad.

El período de latencia termina con el brote de la pubertad, brote fisiológico, transformación física del joven niño o de la joven niña, que hará resurgir los problemas de la crisis edípica; si ésta fue bien resuelta, se replantea en el transcurso de unos cuantos días, de unas cuantas semanas; y, en el caso contrario, hace aflorar de nuevo y reproduce todas las antiguas dificultades. Volveremos a insistir sobre este punto.

*Hay que hablar aquí del papel del dinero en su impacto edípico.* El dinero es una potencia cuyo origen inconsciente radica en la libido anal. Como objeto parcial erótico narcisizante para el niño, los excrementos están desprovistos de toda característica genital. Sin embargo, debido a la proximidad de la región genital, están catectizados de manera particular (en anatomía, esta región y los nervios o vasos que la comunican son denominados a veces sacros, otras veces pudendos).

El dinero-poder adquisitivo comienza a interesarle al niño hacia los tres años, pero entonces le interesa, por decirlo así, en lo absoluto y sin referencia ni al trabajo ni al precio relativo de tal o cual objeto que desea; habla de dinero, de tener mu-

cho, de ser rico, de no tener, de ser pobre. Diez monedas de un franco valen para él más que un billete de diez francos.

Hacia los seis o siete años, en el período precrítico del Edipo, ya adquirido el sentido de la competencia, el dinero se vuelve objeto de prestigio, de un prestigio vinculado a un exhibicionismo menos arriesgado, si provoca la envidia, que el prestigio sexual con exhibición que podría, al menos en la fantasía, resultar en la mutilación del envidiado por el envidioso.

Esto explica que hacia los seis años, edad entre nosotros de la obligación escolar, edad también de la angustia endógena de castración genital-edípica, el hecho de pertenecer como sus padres, por el dinero, a una clase social marcada por ciertos signos exteriores de riqueza, se vuelve sensible para el niño: riqueza o pobreza intrinchan sus valores narcisistas con los valores fantaseados ligados a las pulsiones genitales involucradas en el Edipo. Lo que poseen o no poseen padre y madre de lo que puede adquirirse con dinero altera positiva o negativamente (siempre de manera sobredeterminada por el conformismo gregario que hace que el niño se interese en las diferencias sociales aparentes, y en el estilo de comportamiento público de esas diferentes clases sociales) el yo ideal, que representan sexualmente el padre y la madre; el niño, por dependencia natural y conatural, refleja en la época edípica su propio valor en el suyo y, recíprocamente, los padres están orgullosos del valor que cobra su hijo en la vida con respecto a otros niños. Por ello, el dinero, que precisamente es un valor, desempeña su papel en la constelación del complejo de Edipo. Así, en el momento de la castración edípica, de la crisis, el valor genital del padre castrador es deformado por aquel otro valor, anal, que es el poder del dinero: esto sobre todo si el niño es testigo de una relación conyugal en que la estima y el amor parecen unidos directamente, en las palabras de la pareja parental, con la presencia o la ausencia de conflictos pecuniarios.

En esa época —de los seis a los siete años— cuando el vínculo de amor entre los padres no es ni de orden simbólico ni de orden cultural, cuando los lazos presupuestarios o los problemas de dinero dominan, el niño tiene la tentación de cometer hurtos para compensar el sentimiento de inferioridad que observa en sus padres: tiene la impresión de que ellos desean algo sin poder pagarlo. Estos hurtos traducen la insupportable herida narcisista que siente el niño, no tanto de su impotencia real en el plano del deseo incestuoso, como de recibir la castración

prohibitiva del incesto debido a la desvalorización de un padre por las declaraciones de la madre —cualquiera que sea por otra parte el nivel de vida real de la familia. La identificación con el padre para el niño, con la madre para la niña, se vuelve irrisoria, si los padres no se estiman mutuamente; y el robo de dinero permite que el niño se ahorre el desamparo narcisista. Por esos hurtos, los niños tratan de procurarse lo que le falta al objeto edipiano que idealizan pero que no toma para el cónyuge el lugar que al niño le gustaría que tomara. Los hurtos de dinero son un reaseguro del tener y del poder, ya sirva ese dinero para comprarse objetos compensadores diversos o, como en el caso de robos generosos, sea repartido entre los amigos, para hacerse apreciar y amar.

Este pequeño trastorno trivial del carácter puede impedir, si no se tiene cuidado, que el niño se desarrolle hacia la genitalidad. Regañado, castigado en vez de ser comprendido, el niño se vuelve presa de robos compulsivos y culpables. Dichos robos se orientan a veces más claramente hacia el apoyo de la genitalidad: anillos, afeites, joyas para las niñas; plumas, gomas, instrumentos utilitarios, cigarrillos para los niños.

Existen tanto entre los hijos de familias ricas como entre los de familias pobres. Desgraciadamente, tienen por efecto culpabilizar a unos y a otros, que saben que el robo es una falta social, y esta culpabilidad agrava sus sentimientos de inferioridad real al mismo tiempo que un actuar irrepresible alivia los sentimientos de inferioridad imaginarios.

La importancia actualmente otorgada al dinero en nuestra sociedad tiene por efecto desviar al niño de las relaciones de amistad que podrían trabarse más allá de toda consideración de clase social, de afinidades nacidas de una comunidad de intereses culturales o lúdicos. El otorgar más valor al dinero que a las personas puede deformar el deseo, cuyo destino es jugarse en la lid de los niños de todas las clases, en la creatividad y la cultura.

La ruina o la quiebra del padre es sentida como una deshonra social cuando sobreviene en el momento de la crisis edipiana; es un derrumbamiento del poder simbólico del padre castrador que puede también, a falta de ser sostenido moralmente por el resto de la familia o por amigos fieles que conservaron su estima por padres afectados, provocar las más graves perturbaciones somáticas o mentales en el niño. Los efectos de ese trauma marcan a los niños de ambos sexos, sobre todo cuando sobre-

viene durante la crisis edipiana o al principio de la pubertad. Hay niños que, después de esa prueba, se vuelven adolescentes pasivos o agresivos: dos actitudes caracteriales que pueden llevar a la delincuencia juvenil, que oculta entonces el desamparo de rebeldes víctimas de una ley que sienten injusta para con sus padres. Se produce en su vida fantaseada una identificación, una sobrevalorización totalmente imaginaria de la imago materna y paterna, verdadera sobrecompensación de la ruina social de la familia.

Todo cambio súbito de situación ocasiona esa clase de repercusiones, ya sea el padre un jugador, o un borracho, o infiel o que pierda su trabajo. Desempleo, enfermedad o accidente grave desvalorizan al padre en la imaginación del niño, ese padre garante de la ley en el momento de la castración genital. La imagen del padre ya no puede entonces sostener el deseo de prestigio, que compensaría para el hijo la prueba edipiana.

Durante la fase de latencia, entre los ocho y los trece años, y al principio de la adolescencia, las solicitudes de psicoterapia para niños hasta entonces "sin problemas" siempre son motivadas por afectos que hicieron perder al padre su posición fálica, posición cuyo mantenimiento sería sin embargo tan esencial para la entrada del niño en el orden simbólico. Cuando la anamnesis revela que el niño presentaba ya antes de los ocho años dificultades de adaptación, se entra uno de que, en aquel momento, esos trastornos no parecieron necesitar una cura psicoanalítica: "con la pubertad, todo se arreglaría".

Eso no es cierto: sólo "se arreglan" en la pubertad (siempre que no se trate de neurosis obsesiva o histérica muy precoz) los trastornos de los niños cuyos padres siguieron siendo los garantes de una posición fálica indiscutible y reconocida por la sociedad. En la tierna infancia, el valor genital de la madre siempre es irrefutable, cualquiera que sea el comportamiento de ésta y las relaciones de la pareja. Pero entre los seis y los ocho años, el niño compara a su madre con las demás mujeres y comienza a poner en tela de juicio su valor genital, en tanto que la actitud que ésta tiene en familia para con el padre puede obstaculizar el reconocimiento de la posición fálica de este último.<sup>6</sup> La madre desempeña un papel deletéreo si desvaloriza a su marido o si no lo apoya frente a las dificultades

<sup>6</sup> El hecho de que los niños tengan que vérselas hoy en día principalmente con educadoras y maestras agrava este problema.

reales con que éste se topa en el exterior: le resultará imposible al niño, después de los ocho años, encaminarse con toda confianza hacia su porvenir de muchacho o de muchacha que la cercanía de la pubertad le obliga a valorizar.

Por cierto, la autoridad del padre puede ser socavada por vías más insidiosas: así, por ejemplo, si la madre cómplice apoya, a escondidas del padre, los actos de hijos mayores varones. Por otra parte, si ciertos mayores, mujeres u hombres, trabajan mal o no trabajan, ocupando así un lugar de parásitos que el padre o la madre mantienen por debilidad, sin exigir una contribución efectiva en el hogar o unos resultados preprofesionales, el niño más joven verá en ello el ejemplo de la seducción ejercida sobre los padres: como el padre y la madre permiten que los hijos mayores vivan de aquel modo, los mayores imponen al menor el ejemplo de la delincuencia en el hogar, de la delincuencia con respecto a la ley social. Avergonzarse de sus hermanos es una prueba narcisista que falsea la resolución del complejo de Edipo. La vergüenza de una ofensa al honor del nombre familiar afecta las pulsiones genitales, a la vez en su relación con el narcisismo y en su relación con el orden simbólico que se constituye en torno al valor paterno.

#### PERÍODO DE LA PUBERTAD Y ADOLESCENCIA

La realidad de las pulsiones genitales entre los doce y los catorce años o más tarde, en la edad de las modificaciones corporales aparentes y del desarrollo de las gónadas, despierta en los adolescentes en cierne las fantasías narcisistas residuales que datan de la crisis edípica y —cuando esta crisis fue mal resuelta— los términos mismos del complejo de Edipo tal como se habían constituido en la fase preedípica. Según los casos, los adolescentes acentuarán sea una *denegación* del deseo por el otro sexo, debido a que resurge una angustia endógena de castración ligada al deseo reprimido; sea una *impugnación* de la autoridad del padre o de los maestros (objetos de transferencia de orden paterno), que es lucha contra una agresión homosexual que los sometería por seducción pasiva en una dependencia peligrosa, en el momento en que su deseo (justificado) de autonomía no se puede reprimir. El deseo que surge con la pubertad a veces los precipita también, sin ningún sentido crítico, en la admiración erotizada por compañeros del mismo

sexo mayores, o por iguales de la misma edad de quienes se vuelven los sirvientes, los seguidores fanáticos, y que son para ellos unos ídolos. No reconocen la naturaleza homosexual de tales emociones, porque reprueban la homosexualidad. Es una regresión, la repetición de un comportamiento erótico que resurge porque el período fisiológico de latencia no fue precedido de una resolución completa del complejo de Edipo; las pulsiones genitales, ya fuesen homosexuales o heterosexuales, tan sólo fueron restringidas.

Se puede decir que al despuntar la pubertad, el individuo humano de ambos sexos vuelve al nivel de estructuración que tenía *antes* de la resolución edípica, la cual sólo pudo efectuarse debido al repliegue fisiológico de las pulsiones. De todas maneras, el complejo de Edipo debe resolverse tarde o temprano para que el sujeto pueda asumir de manera responsable todas sus pulsiones, incluyendo las pulsiones genitales. Ahora bien, la prohibición del deseo no fue comprendida por la joven niña o el joven niño como un: esto está prohibido *porque* es incestuoso; no conservaron el orgullo de su deseo genital, no comprendieron claramente que lo único que está prohibido es el incesto, y no el erotismo y la sensibilidad genital. Por ello, cuando las pulsiones genitales resurgen en la pubertad y ya no pueden pasar desapercibidas, heredan a menudo la desvalorización ética que es la suerte de los *otros* tipos de sensualidad, y sobre todo de la sensualidad anal.

Los adolescentes de ambos sexos, muy preocupados por sí mismos y por la imagen que dan, reviven con dolor, a menudo con rebeldía, las restricciones sociales que afectan no sólo el deseo sexual sino también las inclinaciones afectivas. La maduración fisiológica suscita en ellos el sentido, hasta entonces no experimentado, de la responsabilidad individual de sus actos. Quisieran ser los únicos iniciadores de ellos, sin ningún control de los padres: por miedo de experimentar una regresión quizá, pero también porque están convencidos de no poder ser comprendidos por sus padres en el momento en que precisamente quisieran liberarse de su tutela. Por lo tanto, tienen que distanciarse de sus padres y de todo adulto que podría tratar de controlarlos. Para la mayoría de los adolescentes, comprender es una palabra que quiere decir *compartir* la misma manera de ver, ponerse al unísono: ahora bien, no quieren ser colocados en las mismas condiciones que sus padres y sobre

todo no quieren rivalidad con ellos con respecto a sus nuevos objetos de amor.

Los adolescentes se aglomeran en pandillas en que el traje, el habla, los gustos son exhibidos como semejantes; lo cual significa: "Nosotros, la pandilla, nos comprendemos, somos iguales." A decir verdad, en tales grupos, los intercambios entre individuos se hacen en espejo, las conversaciones conciernen principalmente a los padres, los obstáculos a la independencia que éstos no dejan de erigir, y los medios encontrados conjuntamente para proyectar y vivir aventuras. Período difícil, en que se reivindica una libertad que se tiene miedo de tomar, debido a la conciencia clara o confusa de los riesgos que ésta implica. Es la época en que se debe romper con la identificación con los padres para conquistar su propia identidad y sus responsabilidades; al quemar lo que se adoró —fuga necesaria de fantasías incestuosas remanentes—, se quisiera, a la inversa, conquistar la estatura valerosa de la seducción, tal como es definida por los criterios indiscutidos de "la pandilla".

Dichos criterios de valor suelen oponerse completamente, por cierto, a los de la pandilla vecina, a menudo rival, que agrupa a otros muchachos y muchachas de la misma edad. Esas pandillas se agrupan por clases sociales o bien según convicciones religiosas o políticas, es decir en las filas de un poder real o supuesto: todo el mundo obedece en ellas al mismo ideal y sin discusión. A esa edad, lo más difícil es llegar a un juicio autónomo; se puede incluso decir que un adolescente que expresa un juicio autónomo, cualquiera que sea, ha pasado por pruebas que ya hacen de él un joven adulto.

La crisis de la adolescencia, pues se trata efectivamente de una crisis, no es sino una forma particular del conflicto entre pulsiones genitales heterosexuales y pulsiones genitales que permanecieron homosexuales. En los casos más afortunados, las pulsiones homosexuales se viven con respecto a una imagen de sí que supuestamente complacen al propio sujeto, suponiendo que sea del sexo opuesto. Para las niñas, es también la confrontación entre pulsiones pasivas arcaicas orales y anales, y pulsiones pasivas genitales: las pulsiones orales reavivadas pueden abandonar la vagina (habiendo tenido ésta desde el principio, como la boca, el carácter anatómico de un receptáculo, orbicularmente eréctil con miras a la prensión) y recatizar la región oral en forma de bulimia o de anorexia.

Asimismo, para el niño, las pulsiones fálicas genitales pueden reactivar pulsiones orales y anales: se desarrolla entonces una inmensa curiosidad por la velocidad, los descubrimientos, la música, los ritmos, pero también una agresividad combativa que puede llegar, sin haberlo deseado claramente, hasta la delincuencia asesina.

El final de la crisis edipiana es la *renovación de la castración de las pulsiones de las fases pregenitales como fuera de la ley, y de las pulsiones genitales en lo que tienen de incestuosos*. El consenso y la ley añaden a esto, poco o mucho, las prohibiciones tocantes a las relaciones sexuales entre colaterales (primos, primas, tíos y tías de la misma edad).

Esta crisis cobra un aspecto particular para cada niño y cada niña, no es sino la forma dinámica que toma en familia la supuesta ingratitud de esa edad, unida a una dependencia aún efectiva que no inspira seguridad sino en la medida en que el adolescente la desapruueba verbalmente, pero necesiéndola materialmente.

El acceso a la responsabilidad individual sólo puede sostenerse con el ejemplo del padre del mismo sexo (o de un hermano o de una hermana mayores), si está comprometido en la competencia sexual y el respeto de la ley. La confianza en sí mismo, apoyada por el padre del otro sexo o un pariente lateral no celoso del desarrollo del adolescente o de la adolescente (siempre que dicho adulto no se asuste ante las declaraciones apasionadas, seudo o efectivamente revolucionarias, relacionadas con un nuevo interés por la cosa social), es ciertamente lo que mejor desculpabiliza a los jóvenes y les quita la angustia. La susceptibilidad de los adolescentes es tanto mayor cuanto que necesitan toda su energía para arrostrar la nueva competencia sexual, frente a sus rivales: es la edad de los artificios vestimentarios, a veces cercanos al disfraz, destinados a compensar un sentimiento de inseguridad por un exhibicionismo de poder, juzgado en el espejo como indiscutiblemente seductor.

El adolescente debe resolver definitivamente la problemática de su sexo y de sus nuevas exigencias, en los planos de la realización de sus deseos sexuales y de sus fantasías de éxito a la vez, frente a una ley social también exigente y que no propone a los jóvenes, al menos en nuestro país, sino un éxito escolar, preprofesional o deportivo, de todos modos no aprovechable legalmente.

El adolescente y la adolescente deben aprender, en particu-

lar, para responder a la condición de su sexo, a percibir el llamado del deseo en el prójimo y en ellos mismos, a dominarlo por experiencias amistosas-amorosas y fijaciones sucesivas cada vez mejor adaptadas a la intuición profunda de su sensibilidad. Así, se buscan; en el estado inestable en que viven, hecho de variaciones emocionales constantes, los síntomas histéricos, a veces benignos, a veces serios, sirven de catarsis para los conflictos de las pulsiones.

En esa labor de adaptación subjetiva, que las reacciones de los demás objetivan, los adolescentes, en los casos más favorables, obedecen a una ética ordenada por los valores culturales de su tiempo: valores que, por cierto, se dan cuenta de que contribuyen a elaborar. Aquellos valores nacientes, que van tomando poco a poco la figura de un absoluto convincente, determinan la elección de los compañeros de ambos sexos que buscan para experimentar su sensibilidad fuera de su familia, para afirmar también su poder cívico y creador.

Las fantasías de fuga, las fantasías de suicidio, las fantasías de triunfos sexuales o culturales alimentan normalmente las imaginaciones de los adolescentes, sobre todo durante el período masturbatorio inevitable que sigue a la pubertad y del que, *a posteriori*, se sienten humillados. La masturbación, solitaria o no, es un pobre *sucedáneo* al cual se reprochan verse todavía reducidos pero que, sin embargo, conviene más que las relaciones pasajeras para muchos de ellos, aquellos a quienes pulsiones imperiosas y confusas no permiten aún una focalización duradera sobre un objeto preciso, que por lo tanto debería responder a criterios tan absolutos como cambiantes, y más narcisistas que intersubjetivos. El hecho de ser abandonado, de ser "plantado" por una muchacha para un muchacho, o por un muchacho para una muchacha, es una prueba narcisista, quizá tanto más grave cuanto más sabían perfectamente los propios adolescentes concernidos que ese compañero no era el que les convenía: pero cada quien quisiera ser el que abandona, y no el abandonado.

No cabe duda de que las imágenes parentales educativas son consideradas, en nuestra época, como trabas al deseo de autonomía, aun si en la realidad los padres no pretenden desempeñar un papel represivo. *Imaginarse* reprimido es necesario para que el adolescente se afirme. Pero la represión *real* lo pone en peligro: puede imponer a sus fantasías y a sus exploraciones emocionales una represión intensa, susceptible de provocar una

regresión a la fase anterior de la evolución —a la fase de latencia obediente y tranquila bajo la égida del hogar parental. En el otro extremo, existe el riesgo de que el adolescente se sienta catapultado, proyectado en lo imaginario por una reacción de independencia súbita que aún no es capaz de asumir poniendo todas las posibilidades de su lado: se trata de una tentación a veces efectivamente peligrosa, que los padres o el adolescente se ven obligados a evitar, porque medirse con la realidad es algo arriesgado. Es necesario que el joven hombre o la joven mujer, en sus fantasías o su imaginación, desprecien los riesgos de dicha confrontación con la realidad; pero si se sienten desafiados antes del término fijado a la vez por su deseo y su experiencia, responsabilizarán de ello a sus padres, con razón o sin ella. La represión parental se origina, por su parte, en la fantasía del riesgo corrido por los jóvenes e induce al adolescente a pasar al acto, cuando sin ella se contentaría con hablar de sus proyectos, de fantasear sus hazañas. Si los padres toleran ese momento difícil, el adolescente se complace en negociar con ellos algunas autorizaciones, a fin de ahorrar su energía, y también porque, a los ojos de sus camaradas como a los suyos, puede justificar de ese modo los límites de su audacia.

En nuestra sociedad, la prohibición del trabajo remunerado antes de los dieciséis años y, en ciertas categorías sociales, la continuación de los estudios profesionales más allá de los veinte años, prolongan artificialmente la crisis de la adolescencia. La realidad apoya las fantasías de castración de los adolescentes y permite que ciertos padres desempeñen abusivamente un papel inhibitor con respecto a jóvenes que deberían experimentar libremente su responsabilidad. Estorban su desarrollo en nombre de una autoridad que se vuelve a menudo más pesada y coercitiva de lo que fue en los años correspondientes a la fase de latencia; es la propia angustia de los padres lo que asfixia a los hijos, cuando, por el contrario, su experiencia debería ayudarlos a infundir confianza a jovencitos tentados por la iniciativa en las dificultades reales y contradictorias que han de afrontar para volverse adultos. El nivel de madurez adulto, quiero decir el nivel en que concuerdan palabras y actos, en que la responsabilidad de los actos es plenamente asumida, después de haber estudiado claramente sus riesgos, ese nivel sólo se alcanza lentamente y a través de experiencias de la realidad que excluyen una protección familiar demasiado grande. El joven hombre y la joven mujer deben poder sopor-

tar confiadamente los inevitables fracasos reales, las desilusiones, las decepciones a propósito de sí mismos: los superan gracias al llamado misterioso de ese deseo que suscita su compromiso, pero sólo pueden responder a su llamado si tienen posibilidades de éxito, y si un deseo fuerte y libre sostiene su valentía; todo sentimiento de culpabilidad, de angustia, con respecto a padres que dejan sentir su inquietud o, peor aún, que les vaticinan desengaños, retrasará el compromiso.

## 8. LA GÉNESIS DEL SENTIMIENTO MATERNO, ENFOQUE PSICOANALÍTICO DE LA FUNCIÓN SIMBÓLICA FEMENINA\*

### ALGUNAS IMÁGENES ANCESTRALES DEL AMOR MATERNO

#### *El mundo pagano*

*El haber.* En la historia romana, la madre de los Gracos es citada como ejemplo. A una noble y rica romana que, haciendo alarde de sus joyas, le daba prueba de su riqueza y solicitaba ver las suyas, le dijo, después de haber llamado a sus hijos: "He aquí mis más hermosas joyas". Captamos aquí la influencia de la cultura: la riqueza y el poder eran, entre los romanos, un valor; una madre, para ser legendaria, debía por tanto considerar a sus hijos como un "haber" o sea, como objetos en su posesión, siendo a su vez valorizado el haber por la idea de poder; y ésta, a su vez, asociada con la estética del parecer.

#### *El mundo judeo-cristiano*

*El ser.* Salomón, en su gran sabiduría, responde a dos mujeres que reivindicaban la posesión del mismo hijo: "Pues bien, que sea partido en dos, así cada una tendrá la mitad." Una de ellas está de acuerdo, pero la otra exclama: "¡No, que viva, aunque yo me quede sin mi hijo!" Ése es el primer y auténtico grito de amor materno humano que aparece citado en la historia de nuestra civilización: el de la madre que anima y alienta al ser en vida.

Pero la vida corporal no es entre los humanos la única que la madre da y sostiene. La madre de los Macabeos, que insta a sus hijos a la muerte antes que someterse a la voluntad de un príncipe que les exige rendir homenaje a los ídolos, será, a su vez, citada como ejemplo. La madre escoge y anima a su hijo

\* VII Congreso de Psicoprofilaxis obstétrica, Mónaco, 1967.

más a la vida ética que a la vida carnal, cuando éstas están en contradicción.

Y luego, tenemos a la Virgen María, cuya iconografía ha servido de modelo partenogenético —erróneamente, por supuesto— a tantas madres cristianas, y también a tantas otras que, sin ser cristianas, han sido formadas en el mismo clima cultural. El magnífico lenguaje del poema de la bienaventurada gestación que es el *Magnificat* no ha sido suficientemente puesto en paralelo con lo que lo determinó culturalmente: la espera de un pueblo en que hombres y mujeres se sabían destinados a recibir —¿pero cómo, y por quién?— un Salvador. María, al encontrarse con su prima Isabel que llevaba en su vientre el feto que sería Juan Bautista, sintió estremecerse en sus entrañas el feto que debía ser Jesús. Ahora bien, ese mismo Juan Bautista tenía por misión preceder a Jesús, preparar al pueblo para su llegada y otorgarle la investidura paterna para su destino excepcional ante los hombres de todos los tiempos, durante el bautismo en el Jordán, en referencia al agua que corre, al cordero del sacrificio y a la paloma de paz y de amor. Se olvida que ese canto de gloria de María la mujer gravida es el grito de júbilo arrancado a una jovencísima madre, inocente, encontrándose con otra madre, mayor ésta, que le da su bendición. La Visitación, como nombró la tradición este encuentro, nos muestra a estas dos mujeres viviendo acontecimientos cuyo alcance está más allá de su entendimiento y de los cuales son a la vez testigos y humildes fuentes carnales.

Pero en nuestra tradición cristiana, de aquella hermosa historia transmitida oralmente, que animaba las veladas de los grupos en torno al fuego en invierno, no se ha retenido sino la imagen de una madre sin genitor humano, que adora al niño, su dios, que nutre y cuida ante la mirada devota, abuelasca, simbolizada por su casto esposo, José, que uno se representa casi calvo y canoso.

*El poder.* Antes del Renacimiento, en la pintura, las Vírgenes con el niño, coronadas y hieráticas, hacían referencia, gracias a la presencia de los ángeles adoradores, a un lugar fuera del tiempo; y, en la escultura, la madre y su hijo eran representados inmóviles sobre un regio trono, adornado de carbunclos y gemas: muy pocos hombres y mujeres, salvo quienes nacían en un trono, podían reconocerse en tales figuraciones. Con el Renacimiento, el tiempo se actualiza y el espacio se humaniza

en torno a aquellas dos figuras que se animan. El pintor y el escultor plasman en adelante los rasgos humanos de sus esposas o de sus amantes, y los humildes objetos de la vida cotidiana son asociados con los brocados y los encajes que siguen remitiendo a esa Virgen madre a su destino regio mágico en que todo es riqueza y poder material celeste.

*Amor materno posesivo y celoso, exhibicionista de haber y de riqueza,* en el ejemplo romano.

*Amor materno, sostén del ser carnal y del ser espiritual de los hijos,* en el ejemplo de las madres de la Biblia.

*Poder regio, triunfo común de la madre y del hijo,* en las imágenes arcaicas cristianas, aún referidas a un tiempo y un lugar inaccesibles, iniciáticos para una comunicación íntima despojada de palabras, si no de miradas, de perfumes y de cantos; en una complicidad fusional adorable. Olvido total de la realidad de su humanidad en el artista y en el fiel. Tales son, hasta el Renacimiento, las imágenes religiosas de la maternidad.

*La conaturalidad.* Fue entonces cuando nació un gran poeta intimista: Francisco de Asís, genial y dulce hippie que fue el primero en inventar el pesebre, el nacimiento, psicodrama de la natividad en que el mundo cósmico actualizado festejaba el bienaventurado nacimiento, colocando en su humilde lugar a los hombres necesarios, no sólo el padre y los pastores, sino también la pobreza y la creación nutricia, el buey y el burro, y los presentes para el regocijo de todos los sentidos, la luz, los perfumes, el alimento de los cuerpos, los corderos, el queso. En el cálido olor de estiércol y de establo que la tradición había ignorado y que restituía a cada quien, con tal de que quisiera sentir su poesía, su corazón de bebé lloroso cerca de una madre y de un padre muy humanos, primeros dioses de cada uno de nosotros, ellos también abrumados por los acontecimientos y mudos de estupefacción. ¡Cuánta humanidad en el espectáculo! Y sin embargo... ¿Acaso alguno de nosotros, al ver su nacimiento, puede imaginarse una conversación entre los adultos representados —el padre, la madre, los pastores, los reyes magos? Apenas imaginamos un balido de cordero, un gallo que canta a lo lejos. Mientras que la naturaleza vibra, murmura y produce ruidos respetuosamente, el silencio de los hombres llama la atención; como si penetraran en el regocijo en el misterio de su fecundidad, en el misterio del verbo. Aquí, la única palabra, humana y espiritual a la vez,

de los padres, es su hijo, que los une por un vínculo viviente, en el tiempo y en el espacio. Ese bebé frágil actualiza la unión, la confianza recíproca, confundidas con un cuerpecito desnudo colocado sobre la paja. El pesebre, para la humanidad cristiana, marcaba un tiempo cero en un lugar cero. El niño, hombre nuevo que se inauguraba, estaba allí, en su aparición, contemplado por toda la creación. Ella era la que venía de paririo; y el lugar de su madre, a distancia de él, expresaba el respeto de una persona por otra persona, tanto como la de su padre y de los vecinos que habían acudido a saludar al recién nacido.

El pesebre de San Francisco, en sus múltiples dimensiones, fue portador a través de los tiempos del sentido más evolucionado de una maternidad generosa, no fusional: ni poderosa, ni posesiva, ni solitaria, sino humilde, respetuosa. A la vez que se le daba a la sociedad de su tiempo, representada por los pobres y los ricos, los incultos y los magos, el niño era dado por la madre al esposo, unido a ella en la emoción agradecida así como en la responsabilidad de la tutela del hijo. Un hijo que, como todo ser humano, se revelaba mensaje de una trinidad creadora: espiritualidad, humanidad y cosmos, promesa de verdad en una palabra y unos actos que, asumidos por los padres, se originaban en la humildad del destino aceptado.

En el Renacimiento, muy influido por la Roma antigua, *lo sagrado se vierte en las representaciones carnales, en tanto que la representación del padre humano sigue siendo despreciada* en aras del vínculo carnal y jubiloso, cada vez más valorizado, del niño-rey, adulado más que adorado, con su madre, adulada a su vez por él: ambos unidos en una conaturalidad de poder estético y emocional. Gracias a esas imágenes, cuyos cromos ilustraron tantos hogares, el niño recibió una justificación religiosa, estética y social, para su fantasía de antes de los tres años, la de su pertenencia a una madre partenogénica y fálica; y la niña, para la fantasía que abriga desde la edad de tres años, la de igualar en poder a su madre jugando a las muñecas, imaginadas vivas: su deseo anal narcisista permanece sin referencia a la genitalidad, ni a la unión sexual de los cuerpos, y su deseo infantil de "hacer" y de "manipular" un objeto fálico supuestamente partenogénico es justificado por la cultura.

#### LA IMAGEN CULTURAL DE LOS SENTIMIENTOS MATERNOS COMO SOSTÉN DEL NARCISISMO DEL SER EN EL MUNDO

Estudiemos ahora los *sentimientos maternos* en los decires y los relatos ejemplares de nuestra cultura, los que transmiten historias tenidas por ciertas, así como los cuentos propuestos a la imaginación de los niños.

La belleza de sus rasgos, la abnegación para con su progenie, llevada hasta la renuncia a todo interés por su propio destino de mujer, la consagración de todas sus energías a la conservación, a la supervivencia, a la protección de sus hijos frente a los peligros con que los amenaza el destino, el accidente o la malevolencia, tales son, en los relatos y los cuentos, las cualidades de la "buena madre" ideal.

Esa madre —siempre considerada como la única encargada de las tareas de la educación— sostiene el desarrollo de su hijo, lo inicia en los peligros que lo amenazan, lo guía hacia la adquisición de un poder social.

Esas imágenes simplistas, heredadas de la observación del instinto materno animal, a las cuales se añaden el culto del hablar bien y de los buenos modales en sociedad, tienden más precisamente a seducir la imaginación de las niñas y a sostener su identificación con modelos. Por desgracia, dichas imágenes no toman en cuenta el papel dominante de la relación de cada niño con su *padre* y de cada mujer-madre con "su hombre".

Hasta las imágenes de "malas madres", egoístas, malévolas, inhumanas, feas (o hermosas, pero entonces feamente coquetas), sádicamente rivales, exigiendo proezas imposibles, presentan las más de las veces mujeres sin cónyuge legal; o, cuando lo tienen, entonces son madrastras, encargadas por un padre ciego de la educación de una hija que perdió a su madre genitora.

De hecho (y contrariamente a la verdad) casi todos los humanos de ambos sexos siguen contribuyendo a la confusión mítica de su madre con aquellas imágenes edificantes, y a temer el matrimonio y la progenie. Se puede decir que la imagen de la madre hermosa, buena, serena, abnegada, sonriente, buena cocinera, costurera y ama de casa, dulce para quien sufre, totalmente disociada de su relación de amante con respecto al padre del niño y de su deseo adulto por un adulto, sigue colgada en todos los corazones. La causa de ello debe buscarse en el hecho de que la magia es lo característico de los vínculos estructurantes del lenguaje preverbal que une al lactante con su madre.

a su vez en comunicación de lenguaje corporal con su feto y su lactante.

Esa vivencia arcaica de la persona humana se asocia con el hecho de que los fenómenos de la lengua materna son indisolubles inconscientemente de las caricias y de los regaños, del clima engendrado por el carácter de la madre, cuyas alternancias de paz y de tensión ritman las manifestaciones vitales y emocionales del lactante. Las expresiones del bebé, sus gritos y sus sonrisas dirigidos al adulto maternal, reciben o no respuesta. Su cuerpecito que sobrevive, movido por exigencias de cuidados y de alimento, recibe por añadidura una información mímica, auditiva y de comportamiento. Los intercambios entre la madre y el lactante están inmersos en ese lenguaje preverbal entre la madre y el hijo, signo indeleble de los valores de lo bueno y de lo malo para el cuerpo (entrecruzados con los del bien y del mal para el clima emocional). Los eclipses de la madre, seguidos de sus regresos, aportan al niño certeza y fe en sí mismo; pues, cualquiera que sea la madre-nodriz, es ese otro que garantiza la seguridad del *espacio* conocido.

Si bien una asistencia continua de la madre, al igual que su sobreprotección ansiosa, dificultan la simbolización de su presencia por el niño, su ausencia demasiado prolongada actúa igualmente de manera nefasta; pues, sin su madre, el niño ya no se siente "ser", más allá de cierto *tiempo*, variable para cada individuo. El "presente" del niño se arraiga en intercambios repetidos con una misma persona, intercambios que exigen renovarse a un ritmo específico para cada bebé (y que dependen más del niño que de la madre). El único signo de que se ha encontrado el buen ritmo, es el buen apetito del lactante al principio, su hambre física, y más tarde, la alegría manifestada por él con motivo de los reencuentros.

De ausencia en presencia y de presencia en ausencia, el niño se informa de su ser en la soledad, reducido como está a las referencias exclusivas de su cuerpo, a las cuales se añade, cuando está allí, la presencia materna, primer otro con el cual comunica. La soledad, cuando se prolonga, se vuelve sinónimo de la necesidad de ver a mamá, promesa de beber y de cuidados reconfortantes. Los *sonidos* y fenómenos que acompañan tales encuentros, y que permanecen en los oídos del niño más allá de la saciedad y del bienestar corporal, constituyen las franjas de la presencia tutelar. En cuanto se lo permite su desarrollo fisiológico, la laringe del lactante emite a su vez sonidos, de los

cuales algunos hacen eco a los sonidos oídos a la madre, otros la hacen surgir de lo desconocido en donde ha desaparecido, y otros más procuran a la madre tan grandes satisfacciones que se las ingenia en provocarlos nuevamente en su bebé. Esta selección vocal y auditiva, continuación de los juegos de cuerpo y de mímica, va a valorizar la adquisición de la *lengua* llamada materna. Bien despierto, después de la digestión, el lactante parlotea y emite sonidos para sus propios oídos que, haciendo eco a la voz materna, le restituyen la ilusión de que el calor radiante de su presencia se ha reactualizado: las palabras que, más tarde, articulan los grupos de fonemas percibidos por la madre y repetidos por ella, con el sentido que ella les dio, significan para el niño la memoria de su presencia benéfica y tutelar, la seguridad en su ausencia, la posibilidad de recobrar, por una evocación sonora que es promesa de devenir, ese mundo que la madre conoce y en el cual él sigue participando.

Tales son para cada uno de nosotros, en la edad del lactante, los tormentos del amor, y sus superaciones por una palabra comunicada, a falta de compañero elegido, al ambiente (o sea, a los propios oídos del niño); palabra que, por una especie de magia, nos ayuda a superar el malestar de la soledad demasiado grande.

La experiencia de la saciedad corporal, al hacer alejar la grata presencia, aguza el *deseo* que, por su parte, no está ligado a los órganos susceptibles de saciarse, sino a las percepciones sensoriales periféricas, plano en que el niño, fuera del sueño, sufre por el alejamiento de la madre. Todos los objetos que lo rodean, todas las percepciones que la madre ha vivificado por su presencia se vuelven entonces franjas de esa misma presencia y presentifican la seguridad conocida, en cuanto el desarrollo del niño lo autoriza a dominar la presión, asociada con las palabras que guiaron sus primeros éxitos. Ciertos objetos serán privilegiados y deberán acompañar al niño en sus desplazamientos y en las inmediaciones del sueño. Gracias a tales objetos, un tanto fetiches, llamados *objetos transicionales*, el niño tiene acceso a la autonomía, a una tolerancia cada vez mayor de la separación de su madre, y a la conservación de su seriedad, en la certeza de volverla a encontrar.

El destete inaugura esa separación; el comer y la deambulación deliberada introducen al niño a la autonomía física. La continencia esfinteriana y los cuidados para su propio cuerpo confirman el proceso; en cada etapa en que es aceptada y apo-

yada por una madre que sabe renunciar sin rechazar ni abandonar, la separación introduce al niño en la vida social, que impone medios días, días o aun semanas enteras de seguridad ritmadas por el reencuentro de aquella que se sabe es siempre cariñosa, aunque sea momentáneamente invisible por estar ocupada en otra parte.

Si he detallado un tanto extensamente este despertar al mundo de la comunicación y a un narcisismo reconfortante precisamente por estar unido a las formas, palabras y climas emocionales de la comunicación con aquel primer otro que mediatiza toda vida relacional, es con el fin de comprender la importancia de la madre, su papel vivificador, mágico y civilizador a la vez, totalmente irremplazable. Más tarde, cuando la madre de los dientes de leche está lejos, y aún más cuando la madre ha muerto, los humanos están sometidos al duelo por un ser que, en su inconsciente, formó una parte de su historia: aquel ser imborrado que, en su infancia, cocarnal a su cuerpo y fuente de su lenguaje, originaba su fe en sí mismos y el sentido de sus palabras.

Durante la labor de duelo, una nueva magia, ligada a la sinrazón de la muerte, del no regreso definitivo, y a la angustia de lo incognoscible donde los muertos han desaparecido, hace que los humanos poetizen todo recuerdo de lo que vivieron carnal e inconscientemente con su madre desaparecida. Recrean un hechizo encantador, luminosamente aureoleado de surrealidad imaginaria y fonemática que, descomponiendo su realidad para recrearla sin cesar, toca la autenticidad de su ser en lo que tiene de esencial.

Todos los seres gratos fallecidos están más allá de la comunicación sensorial y verbal y, por ende, son asociados con los fenómenos cósmicos descubiertos por nuestros sentidos, que colocan al hombre en una condición común a todas las especies vivientes. Así, las fiestas y los aniversarios son para los humanos señales de amor y lenguaje de alegría vivificante, más allá de las pruebas mortíferas que impone el tiempo. La derrealización que amenaza a un ser humano con ser privado para siempre de referencia perceptiva y sensorial con el ser humano a quien debe su aparición carnal en este mundo y su acceso al lenguaje hablado, crea una angustia en el momento de las regresiones que le hacen desear encontrarse en su integridad anterior, regresar a las fuentes de su juventud. Para combatir dicha angustia, el hombre y la mujer olvidan las pruebas por

las que pasaron ligadas al contacto con la persona social de su madre y, ayudados en esto por los artistas, recuperan esos mitos impersonales de la maternidad que la cultura conserva, transmite y vivifica por las artes y la literatura, lenguajes de las fantasías. Otros recursos, las religiones, tesoros de certezas ritualmente mantenidas, sostienen la estructura social y afectiva de los humanos contra la prueba de los abandonos, transfiriendo a potencias tutelares espiritualmente compasivas el llamado nostálgico a la madre arcaica y revitalizadora que, en las horas de la primera infancia impotente e ignorante, sabía reconfortar los desamparos físicos y las desesperanzas.

Si la persona real, a consecuencia de una muerte anticipada, no pudo dejar huellas en el niño huérfano, o si las relaciones con la madre fueron tan penosas que el adulto mal amado reprimió su recuerdo, esos adultos huérfanos o mal amados ya no acudirán sino a los mitos impersonales positivos o negativos, y no conservarán ningún recuerdo doloroso personal. Los mitos negativos ya no afectarán para nada la conaturalidad del sujeto con la persona de su madre difunta. ¿La infancia? ¡Qué tiempos felices! Es con sus cónyuges primero, luego con sus hijas, con quienes tales adultos revivirán emocionalmente, por una proyección de los vínculos de conaturalidad carnal, asociada con la imagen de la castidad sexual genital, sus antiguas emociones amorosas reprimidas e inconscientes para con su madre. Asimismo, el hombre y la mujer actualizan, en sus vínculos con su hijo, las emociones inconscientes ocultas sentidas en su tierna infancia para con su padre y sus hermanos.

Creo que todo lo anterior es lo que origina la intangibilidad del valor positivo otorgado al sentimiento materno, en que los humanos han querido ver el prototipo de la pureza de una emoción sagrada. Su supuesta perfección, asociada con un ideal masoquista para las niñas y las mujeres, esa perfección que los hombres más aún que las mujeres se complacen en imaginar, es un mito; al igual que el mito de la pureza de las emociones infantiles, o sea, de la no inferencia sexual en las emociones filiales de los niños inmaduros en lo que se refiere a la genitalidad procreadora. ¡Cuántas mujeres se ufanan todavía de ser más madres que esposas, cuando lo que hacen con tal actitud es hacer alarde, con ayuda de valores sociales reconocidos, de una neurosis pregenital, fetichista, obsesiva o histérica, caracterizada!

Para los hombres, los equivalentes de tales madres serían

aquellos que se jactarían de ser más potentes en el trabajo que en el amor, más ciudadanos consumidores que amantes y creadores. Nuestro propósito actual, sin embargo, es el problema de las madres, no el de los padres.

Ya planteado esto, cabe preguntarse como psicoanalista si esa mitología materna no es una impostura, una máscara poetizada de esa muerte que se adhiere, desde nuestra primera hasta nuestra última hora, y para darle su pleno sentido, al rostro de la vida. Rostro que pretende engañar a la muerte de un sujeto caído en la carne. Su única mediación en la tierra.

#### EL ENFOQUE CLÍNICO

El psicoanálisis ha permitido estudiar, a través del comportamiento de las niñas durante la evolución que las lleva hasta el estado de madres, las emociones auténticas, a veces disimuladas, que expresa dicho comportamiento.

También ha permitido, mediante el estudio de madres adultas cuyos hijos se desarrollan con dificultades, descubrir que éstas experimentan inconscientemente emociones desvitalizadas y ansiógenas por sus hijos, paralelamente a comportamientos manifiestamente "normales", es decir, no chocantes para los familiares y a veces muy abnegados. Asimismo, ha permitido descubrir los sentimientos realmente muy positivos por sus hijos que se ocultan tras comportamientos juzgados "anormales" por las propias madres, que a veces se avergüenzan o se asustan de ellos, o por la sociedad que es testigo de ellos. La verdad dinámica de cada caso particular dista mucho del prototipo propuesto por la imaginería de los cromos y de las imágenes míticas culturales. (Ciertamente, dichas imágenes vehiculan una verdad dinámica común, que hemos heredado de nuestros antepasados, pero transmitida de una manera abstracta o fantaseada y cuyas alegorías o relatos simbólicos deben ser descifrados y decodificados para poder recobrarla. En esto, el psicoanálisis, con sus estudios —aún jóvenes—, permite entrar en la más concreta de las realidades vivientes.)

Los sentimientos de una mujer por su hijo constituyen, en su esencia, un modo de *lenguaje* que informa todos los gestos y todas las palabras que la madre dirige a su hijo. Ese lenguaje preverbal es a la vez producto de la educación de la niña y suscitado por el momento presente —el cual depende de la rela-

ción con el genitor del hijo y con el medio actual, tanto familiar como sociocultural. Como producto, ese lenguaje, el sentimiento materno, es enseñado inconscientemente y se constituye en la infancia, al contacto y con el ejemplo de las mujeres de las dos ascendencias (materna y paterna) de la niña, según las relaciones de identificación o el rechazo de identificación del niño con las mujeres de su familia y con las mujeres que son sus nodrizas y luego sus educadoras. Todas esas mujeres tutelares, olvidadas por la niña ya adulta, marcaron con fijaciones sucesivas sus emociones femeninas durante la evolución y las estructuraron, no sólo en los gestos, sino también y sobre todo en un modo de ser y de sentir.

Ese sentimiento materno que, en su intuitividad, interesa tanto a los parteros y a los pediatras, es un lenguaje del cuerpo de las mujeres, que puede y sabe responder a la naturaleza tal como un hombre fecundador la representó. No hay que olvidar que una mujer de cuerpo adulto puede recibir un hijo sin haberlo deseado conscientemente, sin ni siquiera haber deseado conscientemente el contacto genito-genital con el hombre de quien lo concibe. Y sin embargo, esa joven mujer no consintiente en el acto sexual puede ser una excelente madre, en el sentido restringido de mujer gestadora y amamantadora. El llamado de su cuerpo, el deseo inconsciente de fecundidad estaba listo en ella, sin que ella lo supiera, para responder a la fecundación y a sus consecuencias, y a veces para responder tanto más emocionalmente cuanto que no hay hombre que focalice su deseo.<sup>1</sup>

Todo sentimiento experimentado está ligado al narcisismo, o sea a ese centro coherente de "mismidad" conocida y reconocida que cada quien identifica consigo para conservarlo. Ese "instinto", o más bien esas pulsiones conservadoras, están vinculadas al amor de sí mismo y articuladas con la estima por aquella mismidad reconocida como sí mismo. Ahora bien, en el niño, el narcisismo está ligado al bienestar de su cuerpo poco a poco valorizado con respecto a percepciones inconscientes y conscientes referentes a su persona y su comportamiento; me refiero a las palabras y a la actitud de quienes lo rodean —sustento y protección. El hecho de que una niña haya sobrevivido hasta los tres años de edad, asistida por una mujer

<sup>1</sup> He visto algunas tarjetas mundanas enviadas por una madre para anunciar el nacimiento de su hijo: "La señorita Fulana tiene la alegría de anunciar el nacimiento de su hijo o hija X (fecundación artificial)."

adulta, se acompaña del sentimiento de "ser valor" para esa madre, cualquiera que sea el comportamiento de ésta para con ella y para con la sociedad. La niña está fijada a ella y la mira como una "mamá", la fuente de sí misma y el símbolo de su supervivencia. Mejor aún: la niña forma parte del deseo de su madre y la madre del deseo de su hija (madre es tomado aquí en el sentido restringido de asistenta nodriza para el "yendo-deviniendo" de la niña, en realidad es la madre tutelar, en el sentido de "mamá").

A los tres años, los hombrecitos, independientes de cuerpo, están atentos a las formas, a los nombres que se les da, y en particular a la forma de su cuerpo; descubren la diferencia sexual entre niñas y niños. La ausencia de pene en las niñas, que es la única verdadera diferencia a esa edad entre los pequeños humanos, plantea un problema a los niños de ambos sexos. Es la edad en que el llamado a crecer, sentido como un valor inmanente por el niño o por la niña, le impone valorizar esa forma protuberante que significa las emociones en una región que, aparte de las expulsiones excrementicias y el placer de tocarla, parece no tener para los demás más rasgo que el espectacular urinario, rasgo que el adulto parece desvalorizar. ¿Qué ocurre entonces con el deseo, emoción que se impone y que se focaliza allí en ciertos encuentros, emoción visible solamente por la erección en los niños? Ese pedacito faltante, del cual el niño puede ignorar durante mucho tiempo que la madre está desprovista, se parece a las otras dos prominencias del cuerpo que la madre presenta en el pecho y cuya erectilidad, experimentada por la boca del lactante en la tierna infancia, dejó en el inconsciente huellas indelebles. Instruida por sus sensaciones táctiles investigadoras, la niña descubre que a falta de pene posee, en el lugar homólogo de los niños, un granito eréctil, como los que tiene en la punta de sus senos, aún inexistentes y chatos en cuanto a su forma.

El clítoris y los pezones se vuelven entonces para la niña los lugares de su narcisismo sensual, en tanto que el sentimiento desvalorizador de la ausencia de pene coadyuva a sostener fantasías de valor compensador, tocantes tanto a las apariencias especulares —estéticas y seductoras— de todo su cuerpo, como al lenguaje bien articulado, la mímica viviente, la habilidad manual doméstica, en resumen todo lo que la puede hacer apreciar fálicamente, a pesar de su contrariedad especular genital.

A través del lenguaje hablado, comprende que está significada por los fonemas de un nombre, de los pronombres y los adjetivos que la integran, a ella, hasta entonces neutra, al igual que los niñitos, "bebé", y luego "niño", en la parte femenina de la humanidad. La coquetería narcisizante de las niñas, su habilidad manipuladora, su gracia corporal avispada, su carga fetichista de las muñecas —pequeños falos compensadores a los cuales les gusta prodigar cuidados, bella ropa y palabras educativas imitadas de su madre— son el signo de una integración lograda de lo que los psicoanalistas llaman la castración primaria.<sup>2</sup> Las primeras manifestaciones de su comportamiento con sus muñecas y los niños pequeños que gusta de proteger y de manipular constituyen la compensación valorizadora que enternece al grupo adulto y la valoriza como futura mamá.

Incluso si es retrasada mental o neurótica, o sea, si se quedó en la fase evolutiva de la niña para quien su padre no tiene todavía un valor erótico claro, y más aún si fue criada en un gineceo, la niña puede llegar a sentirse narcisizada de ser fecunda cuando su cuerpo se vuelve adulto; y, si no es retrasada motriz, de prodigar cuidados maternos a un bebé. Sin embargo, es necesario que el olor de la leche y de los excrementos del lactante no despierte en ella repugnancia olfativa y táctil.

Muchas mujeres muy evolucionadas social, cívica e intelectualmente, y que manifiestan sentimientos maternos tutelares verdaderos por los niños grandes, no son —y no pueden ser— buenas madres para los pequeñitos, en particular sus propios lactantes. Desde la contrariedad narcisista provocada por el descubrimiento de su forma genital, durante su tierna infancia, han elaborado inconscientemente la represión de toda percepción olfativa de una región tenida por vergonzosa, hasta tal punto que dicha represión se encuentra ahora realmente atorillada a su cuerpo. Sobrevalorando la cultura y la promoción social en lo que tienen de común para ambos sexos, conservan, por lo que no es para ellas sino el cuerpo, una repulsión fóbica, en particular por los olores de leche y los de la región urogenital; y extienden esta repulsión al olor del cuerpo de sus bebés incontinentes e *infantes*. Son malas madres de la primera edad.

<sup>2</sup> El descubrimiento y la aceptación de su sexo no peniano, que las que logran nombrarlo llaman: el hoyo y el grano.

Los sentimientos maternos positivos por los pequeñitos están arraigados en las percepciones sentidas como agradables, percepciones olfativas, auditivas, visuales y táctiles, del cuerpo del lactante y de sus funciones naturales; y dichas percepciones son narcisizantes, cuando se trata de su hijo, para toda madre normalmente mujer. Las heridas narcisistas experimentadas y no superadas a la edad de tres años originan a la inversa, en las mujeres convertidas en madres, muchos de los trastornos somáticos de su lactante. Al menor incidente, al ver la menor suciedad, deben regañar, cambiar, limpiar a su prole: la lucha obsesiva que entablan contra los reproches que podrían dirigirse a sí mismas, de hecho, las nodrizas y educadoras super-tensas que gritan, se quejan, lavan, y hacen de la bacínica el presidente de la guardería como su maestro ético. La vida vegetativa y los inicios de la motricidad están llenos de angustia, cerca de esas madres cosificantes que quisieran bebés muñecas: muchos de los retrasos sensoriomotores de lactantes apáticos o chillones son la consecuencia de ello.

Otras niñas, en vez de una represión acompañada de repulsiones por la región genital, llegaron a menospreciar la femineidad como tal y todo lo que la caracteriza en su medio social. La aceptación o el deseo de fecundidad queda separado de su sustrato, el valor estético y social de la persona de la madre y de su sexo, y la fecundidad es el único fin obsesivamente valorizado. Convertidas en mujeres, confunden los cuidados que deben prodigarse a un bebé-rey con su propio valor personal, y sólo el hecho de ser nodrizas y madres las narcisiza. Ese tipo de mujeres siempre necesita un lactante, y descuidan por él a esposo e hijos mayores. Los otros hijos, celosos del hijo último, se ven inducidos a seguir siendo los objetos pasivos y exclusivos de su madre y a valorizar su dependencia regresiva a sus voluntades. Al crecer, se convertirán en los fantoches de cualquier otra instancia que, enajenando su libertad, les confiera seguridad en la dependencia.

Después de los tres años, toda niña orgullosa de ser niña (lo cual prueba que ha superado la herida narcisista de la ausencia de pene) ve abrirse ante ella un destino en la identificación con el comportamiento social de su madre; se representa a sí misma en dibujo con muñeca y bolso, lo cual constituye una expresión gráfica de la intuición que tiene de un sexo receptáculo (los niños, por su parte, tienen pipa, bastón o arma).

Semejante niña ha entrado en el bando de las mujeres; si no ha tenido que reprimir las emociones de la masturbación de los pezones y del clítoris —lo cual sucede cuando, por ejemplo, la madre o cualquier otra instancia educadora no ha notado y estigmatizado el placer que saca de ello—, se siente completa gracias a sus muñecas y se desarrolla a través de los comportamientos tendientes a la adquisición de las conquistas que hacen de la madre en el hogar una potencia eficaz, industriosa, doméstica, administradora. Decimos en la "jerga psico-analítica" que se ufana de los poderes manuales y gestuales orales, anales, uretro-clitorido-vulvares y fálicos femeninos.

No tiene todavía la noción de que el nacimiento se hace por las vías genitales huecas (útero y vagina). Elabora, pues, fantasías de concepción digestiva oral y de parto umbilical o anal (expulsivo por defecación), o también sádico con fractura del vientre por estallido o por el cuchillo del cirujano. Cuando ve mujeres encintas, se imagina que lo que se desarrolla en el cuerpo de las futuras mamás es un hijo vesical o un hijo intestinal. De sus creencias inconscientes infantiles, las mujeres adultas conservan representaciones de sus vías genitales anatómicamente falsas que provocan, con motivo de sus embarazos y de sus partos, complicaciones urinarias e intestinales psicósomáticas. Durante sus partos, son el teatro de mecanismos musculares contrariados por la representación imaginaria defecatoria o urinaria que tenían sin saberlo, y que se despierta inconscientemente cuando sienten los dolores del parto asociados con los cólicos y con el clásico "puje, señora".

La niña que creció exclusivamente en el ambiente de su madre, modelo identificatorio y amado, puede no descubrir nunca las voluptuosidades vaginales. Estas están ligadas en la niña al deseo por su padre, después de haber podido valorizar la atracción que siente por un pene centripeto, que la penetraba en el lugar de su deseo, focalizado en la vagina. La mayoría de las veces, éste no es el caso. Las niñas se imaginan que el poder atractivo de las mujeres sobre los hombres proviene de sus pechos, que unas prendas, sabiamente cortadas, sostienen para su seducción, y sueñan con poseer unos pechos eréctiles para rivalizar edipianamente, por sus bellas formas, con los de su madre.

La masturbación del clítoris, ese grano en su sexo, referido imaginariamente al pene que no tienen, y esos dos "granos" de su pecho chato que las hacen palidecer de envidia ante la

idea de pechos que tampoco tienen, desvían la imaginación de las niñas de su claro deseo, sin embargo presente en el hueco de su vagina, por un pene que las penetraría voluptuosamente. La zona orbicular vaginal es eréctil desde la vida de lactancia, pero la ignorancia de la realidad de la vida sexual de los adultos ha obligado hasta entonces, en la mayoría de las niñas, a que el deseo atractivo vaginal permanezca bajo la mediación valorizada del lenguaje; ¡y esto tanto más cuanto que la palabra en la lengua francesa que designa ese lugar de voluptuosidad se ha convertido, con sus tres letras, en sinónimo de descalificación injuriosa!

No sé si la instrucción sexual impartida a los niños cambiará las representaciones imaginarias anteriores a la pubertad, pero hasta ahora, el deseo de ser penetrada físicamente no se actualiza sino en sus interpretaciones fóbicas de raptó seguido de violación, clásicas fantasías virginales acompañadas de terrores nocturnos, en las niñas sensualmente más dótadas; fantasías que nutren la culpabilidad neurótica de la pubertad y la pasividad erótica más o menos fóbica de la joven niña, mezcla de descaro y de timidez igualmente seductora para los niños a quienes finge ignorar por completo.

El descubrimiento del lazo sexual que une a su madre con su padre, a las mujeres con sus amantes, es el viraje en la vida de las niñas que les hace perder el interés por sus muñecas y valoriza la búsqueda de los valores sentimentales y de los intercambios emocionales con los niños. Dichos intercambios emocionales se acompañan de excitaciones de deseos que aportarán confirmación, exaltación o invalidación del valor social de la niña, según la conciencia que podrá tomar de ello gracias a las palabras de las mujeres que estima en la medida en que las sienta verídicas, pues esas respuestas son lo que la ayudan a dominar sus emociones femeninas valorizándolas al mismo tiempo como tales, emociones que se focalizan entonces en el deseo vaginal, o que la obligan a ignorarlas, si le son designadas como vergonzosas y desvalorizadoras.

Una niña tiene conciencia de su inmadurez física y de la desproporción entre su sexo y el de los adultos; y olvida (más bien que reprime) su deseo de recibir como su madre un hijo de su padre. Vive hasta la pubertad en la competencia con los niños y las niñas de su edad, con emociones eróticas flotantes, siempre divididas entre, por un lado, la admiración por aquellas

mujeres seductoras de quien espera que le revelen el origen de su poder y, por otro, la admiración por aquellos hombres adultos que sus padres frecuentan y que tanto la atraen, así como por esos muchachitos que valoriza por su apariencia estética varonil o por los piropos narcisizantes que le dicen. El papel de un padre cariñoso que sabe apreciar en su justo valor las conquistas sociales (conquista de poder industrial) de sus hijas así como sus éxitos escolares, sin hacer chantaje con el gusto que debe dársele, sin valerse de su seducción sobre ellas ni censurarles sus ambiciones seductoras nacientes, es, más aún que una madre atenta, formador para una niña que, ni niña ni muchacha aún, es muy sensible a todo lo que su padre piensa y expresa respecto de ella o respecto de las mujeres que ella toma como modelos.

Con el desarrollo de sus pechos y la aparición de su menstruación, la niña se da cuenta casi claramente de su destino femenino y materno futuro: en ese momento, las palabras dichas por una madre no neurótica, feliz de iniciar a su hija en su destino de mujer y de futura madre, o las palabras angustiadas de una madre neurótica y, peor aún, la ausencia de toda palabra, tendrán un efecto narcisista, unas valorizador, otras, por el contrario, desvalorizador, pero en todo caso imborrable, y esto cualquiera que sea el estilo del padre. La época de las reglas es, en una niña, realmente un nuevo nacimiento, que la introduce en sociedad y a un nuevo estatuto de lenguaje —paraverbal en nuestra cultura— para todos sus intercambios, tanto con las mujeres como con los hombres. En ese momento, la ley de la prohibición del incesto con el padre, los hermanos y los tíos se vive (o se revive) dolorosamente, e introduce tensiones familiares en el trío padre-madre-adolescente: se le reprocha a la muchacha sus distanciamientos con respecto a los miembros masculinos de su familia, así como su susceptibilidad a las menores declaraciones de éstos. La iniciación hecha en palabras por una mujer que no es la madre es sentida como muy desagradable, pues se la percibe como una intrusión en la vida secreta, y castradora con respecto a los sueños incestuosos. La iniciación hecha por la madre, si ésta está frustrada en su vida de mujer, o es frígida, es captada como una herida: pues ella, la niña (según cree), sabría amar a su padre con deseo. Aun la iniciación bien hecha, en palabras, por una mujer que ha hecho voto de castidad o es homosexual, es sentida como

falaz, pues las palabras femeninas transmiten secretamente las emociones de las experiencias sexuales. Toda palabra, más aún en una mujer que en un hombre, se acompaña inconscientemente de una emoción de valor ejemplar, que percibe la sensibilidad de la muchacha atenta.

La angustia o la seguridad en los sentimientos femeninos y maternos —sentimientos indisociables en las mujeres después de la aparición de su funcionamiento genital y de sus leyes— están unidas al lenguaje por el cual esas mujeres han recibido la confirmación de su naturaleza, y confirmación o invalidación de las promesas de ésta.

Cuando la muchacha, convertida corporalmente en mujer, se siente segura, su libido se desvía sanamente, durante un tiempo, del valor narcisista que representa la maternidad como tal, independientemente de una fijación amorosa. Desconfiamos de las muchachas que quieren casarse para tener hijos, son unas retardadas, de estilo materno fetichista obsesivo o histérico: niñas moralmente impúberes que compensan un sentimiento de impotencia cívica (o su frigidez) por fantasías maternas.

El hombre que logre conmovérsela sexualmente despertará en la mujer, de otro modo, un modo adulto tanto en lo que se refiere al inconsciente como a la expresión consciente de los sentimientos maternos, junto con el deseo de él, el deseo de un hijo, deseado por ambos, que sea testigo de su amor compartido. Ella desea un hijo de aquel hombre. Cuando nace, está al acecho de su parecido con él, el hombre amado, y con las personas de su familia, tanto como con las de su propia familia. Ella trata maternalmente a ese bebé como a una nueva persona, nacida de ella y del hombre al que ama, y desea para él un destino desligado del suyo: está madura para sentimientos maternos adultos.

Sin embargo, un gran peligro sigue acechando a esa muchacha, ya amante y lista para ser mujer, que es la trampa de la maternidad real. El de una regresión, a consecuencia de la cual puede identificarse con ese feto impotente, con ese bebé pasivo que, al borrar sus sentimientos conyugales, provoca, según el esquema de Freud, debido al desinterés libidinal de adulto, frustración, angustia y regresión. Peligro también de una regresión pasiva y masoquista que puede ser suscitada por las pruebas desnarcisizantes que vive en su propio cuerpo deformado y su rostro marcado. Lo cotidiano del embarazo, la angustia del parto, y luego la lactancia, la dependencia a las necesidades

regulares del niño, son otras tantas trampas, capaces de provocar la regresión de la mujer consagrándola en cuerpo y alma a su papel materno; sobre todo si el ejemplo materno que recibió le ha brindado una imagen de carencia y si ella misma, en la época prenatal, no adquirió la rapidez y la destreza manuales y domésticas tan necesarias en un hogar dotado de niños pequeños.

El esposo frustrado es, a su vez, presa de angustias; amenazado de regresión, vuelve a catectizar su antiguo modo de vida de soltero que tanto lo gratificaba, a fin de preservar su integridad sexual; si la perdiera, eso lo desnarcisizaría más aún que el abandono de su mujer en beneficio del lactante. La consecuencia de ese comportamiento suele ser la agresividad o la depresión, y secundariamente el desinterés conyugal y paterno. La madre es abandonada a su consolador, el niño-falo, y éste a ella, como la muñeca había sido la consoladora del duelo peniano. El sentimiento materno experimenta una regresión para gran peligro del trío —y sobre todo del futuro ser humano social que se convierte en el amo incondicional y en el juguete preferido de su madre. En ese caso —y sobre todo si la madre, frígida antes del embarazo o aún solamente clitoridiana, no ha podido volverse adulta y vaginal después del parto revelador del poder femenino, como suele ser afortunadamente el caso—, la mujer descuida a la vez al padre del hijo y a su propia persona para orientar su sexualidad exclusivamente hacia el papel de sirvienta. Sierva de su hijo y de su casa, valoriza un papel masoquista, fuente de degradación femenina, y su maternidad desempeña entonces un papel desorganizador con respecto a la pareja. Por pocos hijos que nazcan en semejantes condiciones, la degradación se acentúa. Ésta suele imputarse al cansancio y a las condiciones económicas. Ahora bien, si bien éstos ejercen su presión real, otras mujeres, en las mismas condiciones, no experimentan regresión alguna, y sus hijos, por más numerosos que sean, forman una familia en cuyo seno cada quien se vuelve rápidamente autónomo en sociedad. Y las mujeres de medio acomodado, provistas de sirvientes, están tan sujetas, si no más, a ese modo desorganizador y neurótico de maternidad.

En nuestros días, la ley social desempeña un papel de apoyo de la madre, fortaleciendo la conciencia de lo que fue la alteridad de la persona de su hijo. La ley otorga a ese hijo un nombre, unos derechos, y obliga a la madre a presentarlo regu-

larmente en esos templos de la ciencia en los que tienen lugar las consultas de lactantes. Además del destete, éstas imponen la prueba de esas agresiones físicas profilácticas que son las vacunas de los lactantes. Luego, la sociedad impone la frecuentación de la escuela donde el niño aprende a separarse de su madre, descubre la preminencia del apellido legal, las leyes del matrimonio y de la filiación, la ley de la prohibición del incesto y el honor que debe rendir a sus genitores, rasgos a veces contradictorios con el modo de amor infantil que la tierna infancia había confundido con la virtud de la dependencia. Así, las leyes sociales orientan hacia una autonomía y una individuación del niño.

¿Pero qué pueden hacer unas leyes conscientes, si los hombres y las mujeres, médicos y maestros de escuela, no acompañan las obligaciones sociales a las que están sometidos madres e hijos con palabras directamente dirigidas a la mujer, palabras para prevenirla contra los sentimientos demasiado exclusivamente atentos y sobreprotectores que pueden sentir para con su hijo, esa carne de su carne, del que se vuelve, en algunos casos, cada vez más esclava? ¿Qué digo? Se diría que muchos alientan el afán obsesivo y el interés fetichista. ¿Qué médico le pide al padre que acompañe a su mujer y a su hijo? Y, aun si se trata de un consejo solicitado para un muchachito o un adolescente, ¿cuántos de ellos hacen mención de la opinión del padre, piden establecer contacto con él, aunque sólo fuera por teléfono? ¿Qué maestro de escuela pide a los padres que vengán a verlo al salir del trabajo para hablarle de sus hijos? Hasta hace poco tiempo, ¿qué partera o partero aceptaba la presencia del padre junto a su mujer parturienta?

La simbiosis madre-feto y luego el sentimiento materno sólo se vuelven humanos y lo siguen siendo si esa "diada" madre-hijo de la primera edad —según la expresión del doctor Berge—, que abarca una realidad sensorial y psicósomática, es constantemente articulada, por los familiares de la mujer y por ella misma, con el padre, del niño o con el cónyuge legal en caso de divorcio. El gran peligro surge cuando la tercera referencia de esa diada madre-hijo es una mujer de quien depende la madre, o una de las abuelas, materna o paterna, lo cual sella para el niño el estado de infantilismo de sus genitores.

El ser humano surgido de una trinidad de deseos inconscientes, el *nuevo ser humano que dirige inconscientemente el advenimiento de su propia autonomía desde la aparición del orga-*

*nizador en el feto*, ese ser humano en curso de encarnación, niña o niño ya, corre peligro de caer en el señuelo pervertidor de su madre si ésta, por miedo a no ser, sin él o sin ella, más que una insatisfecha sexual, lo convierte en un objeto exclusivo de su propio deseo. O, desde su nacimiento, el bebé puede ser, menos perversamente, un objeto de necesidades-reinas por satisfacer, en detrimento de los ritmos del resto de la familia y sobre todo de la vida de la pareja: pues el deseo expresado del hijo hacia su madre, para él una diosa, que da alimento y seguridad vital, debe estar marcado por la ley del deseo presente; el del hombre adulto, cónyuge o amante; ley saludablemente disociadora para la diada exquisita de la lactancia prolongada, al igual que debe imprimirse la ley de fecundidad potencial renovada que se impone, gracias al hombre adulto, y separa a la madre, fácilmente esclava de un lactante creciente exclusivo y celoso, imponiéndole hermanos y hermanas. Sin estas pruebas de la realidad genital y social, la niña o el niño sigue siendo un lactante prolongado, atado por un lazo imaginario incestuoso y esterilizador a una madre infantilizadora y ansiógena.

Al término de este estudio de la génesis de los sentimientos maternos, y de su evolución a través de los numerosos escollos y vicisitudes, retendremos lo siguiente: el sentimiento materno adulto se construye, por lo menos, como un lenguaje de tres voces, al cual vienen a sumarse las voces colaterales familiares, cada una de ellas referida a su propia triangulación inicial y actual. El sentimiento materno, por más atento y cariñoso que sea, sólo es vivificante para el niño si coexiste en la madre con sentimientos conyugales e intereses culturales y sociales: lo cual no se realiza sino en una mujer que se ha convertido inconscientemente en adulta en el plano narcisista. En ese caso, el sentimiento materno inicia y apoya auténticamente al niño que es objeto de él, y le permite volverse un sujeto, jubiloso de su autonomía, de la conquista de sus responsabilidades, en la búsqueda de objetos de su deseo fuera de su familia: dicho con otras palabras, orgulloso de su estatura humana.

## 9. EN EL JUEGO DEL DESEO LOS DADOS ESTÁN CARGADOS Y LAS CARTAS MARCADAS\*

Quizá no sea del todo un inconveniente, cuando de hablar a filósofos se trata, no entender nada de filosofía, y sobre todo no "saber" nada acerca de ella; pues si la filosofía tiene algún sentido, es porque mana de nuestro inconsciente. Pienso incluso que puede interesar a filósofos conscientes encontrarse con alguien que es acaso, como todo el mundo, filósofo, pero sólo en su inconsciente. Ésta es la única razón por la que acepté ser aquí, para ustedes, una practicante del psicoanálisis aplicado a quienes sufren y vienen a pedir ayuda al psicoanálisis para llegar a sentirse sujetos más libres en su sentimiento de vivir, más eficaces, frente a su realidad y a sus dificultades cotidianas encontradas repetidamente. La labor de un psicoanalista ocurre, como ustedes saben, en una formación entre dos: el psicoanalizante habla, y el psicoanalizado (o sea, el psicoanalista) escucha y estudia a través de las expresiones, las palabras y los silencios del que habla, lo que llamamos la transferencia. No es mi intención extenderme hoy sobre este punto, ni decirles cómo el análisis de la transferencia induce, por experiencia, a los analizantes a remontarse en su historia hasta los más antiguos recuerdos de su infancia. Este estudio permite que el psicoanalista dé testimonio de las verdades encontradas a lo largo de dicha labor, verdades que se encuentran no sólo en algunos sino en todos los analizantes. Se trata de un juego de camaleón al cual es sometido en la imaginación de los pacientes el psicoanalista que los escucha y que, por turno, supuestamente piensa y reacciona (a lo que dicen y sienten) como debe ser, es decir, como tal o cual persona de su vida que marcó su desarrollo por la importancia que tuvo en su estructura moral y experiencial. Este estudio permite comprobar hasta qué punto el ser humano juega a ese juego muy conocido: "te bautizo carpa, con tal que pueda consumir" (lo peor

\* Sesión del sábado 22 de abril de 1972 en la Sociedad Francesa de Filosofía.

es que el psicoanalista suele ser mudo como una carpa,\* y que no hay consumo, sino análisis, desciframiento de sentido). Según la evolución del trabajo, vemos en esa formación entre dos, de sesión en sesión, a qué clase de juego de cartas puede jugar y perder un ser humano a lo largo de su existencia, y a qué tipo de componendas nos exponemos, por decirlo así, en la imaginación del sujeto. También vemos qué tipo de "consumo" espera o desea, según cree, ese paciente, y al cual trata de entregarse de manera ejemplar sobre su psicoanalista que, por su parte, no hace más que escucharlo. En vista de que su papel está bien definido, el psicoanalista no responde satisfaciendo esa demanda de "consumo"; ni tampoco responde al deseo de su paciente, tal como este último, por sus peticiones conscientes o inconscientes, se lo propone, y asistimos al fenómeno de remanencia, de regresión en la vida pasada del sujeto, de resonancia de períodos dolorosos y fracasados como lo es éste, en que no logra agradarnos. Se trata de períodos fracasados de la simbolización de sus deseos durante su evolución, sea en la infancia, sea en períodos recientes en el caso de neurosis menos graves. En esto consiste el método descubierto por Freud; es su aplicación lo que da su eficacia operacional a la experiencia de la cura.

La labor psicoanalítica nos enseña que, si bien las necesidades han de ser satisfechas en la realidad por un consumo, hay otra cosa en el ser humano, que Freud llamó libido, y que es el deseo. El deseo que, en su origen, siempre es inconsciente, como la necesidad, también exige la relajación de su tensión en una realización, un consumo por el placer; pero la característica del deseo es soportar la no realización inmediata y poder por ende sufrir vicisitudes continuas hasta que se satisfaga de una u otra manera. El deseo no satisfecho, que permanece así en estado de tensión, puede robustecerse y precisarse. Así, cada uno de nosotros se vuelve capaz de inventar y de crear inconscientemente medios de jugar con su deseo y de sosegarlo, cuando no hay respuesta en el medio. Ese juego con el deseo es a lo que asistimos en un análisis, y es lo que nos permite, por intermedio del lenguaje, que expresa los pensamientos tal como se presentan, que traduce las imágenes del sueño, estudiar todas las vicisitudes del deseo que el sujeto ha elegido en su vida

\* Juego de palabras intraducible. *Être muet comme une carpe* es una expresión idiomática francesa cuya traducción no literal al español podría ser "más callado que un muerto" [r.].

imaginaria y solitaria, remontándose en el tiempo hasta los primeros deseos que, insatisfechos, han dejado huella en su memoria.

La función simbólica es fundadora del ser humano, y ella es la que permite a los hombreritos, nacidos en la impotencia de vivir sin tutela parental, desarrollar una relación interhumana de dependencia fundamental primordial con respecto a quienes desempeñan para con ellos el papel de sustento, y luego de tutela. El ser humano no puede desprenderse sino muy tardíamente de dicha tutela, si se le compara con las crías de las demás especies vivientes. La función simbólica ligada a la memoria que, en cambio, no es exclusiva de la especie humana, hace que toda satisfacción o insatisfacción para su carne tenga valor de lenguaje para el hijo de hombre. Esto por intermedio de las percepciones viscerales recibidas de la madre, desde la vida fetal, durante la cual las percepciones auditivas no traen sino el ruido de las voces del grupo, y en particular las voces de los familiares de la madre, voces que el niño reconocerá después del cataclismo de su nacimiento. Así, el lenguaje está presente durante la vida fetal, al menos auditivamente, en el hijo de hombre, con sensaciones de bienestar y de malestar. Luego, desde su nacimiento, el lactante está sometido, al mismo tiempo que a satisfacciones e insatisfacciones corporales, al baño sonoro del grupo en el cual es educado y que le hace encarnar, por decirlo así, el lenguaje al día, con las sensaciones moduladas de placer y de displacer del vivir en su cuerpo físico cuyas percepciones se le vuelven lenguaje pasivo agradable o desagradable.

Tratemos de comprender cómo se efectúa la discriminación en el bebé recién nacido, entre las necesidades vitales sin las cuales su cuerpo decaería, y la interrelación humana sin la cual su función simbólica no recibiría "alimentos" (elementos) de lenguaje. *Al principio de la vida, los momentos de interrelación humana son obligatoriamente concomitantes de los momentos de satisfacción de las necesidades.* Lo interesante es descubrir, observar, en los pequeñitos, lo que el psicoanálisis nos permite deducir de las etapas más remotas de su historia que se viven con los adultos en la relación analítica. En el lactante, *cuando la necesidad está satisfecha, el deseo nunca lo está*, al menos cuando el niño no duerme. Pero el deseo se fija y se especifica, como diferente de la necesidad, por el hecho de la zona de ruptura última entre el cuerpo de la persona nodriza que sirvió

para la satisfacción del deseo, y el lugar de su cuerpo propio por el cual el niño satisfacía dicha necesidad. El psicoanálisis ha descubierto en ciertos lugares del cuerpo aquel *origen, aparentemente común en la relación de ser humano a ser humano, de la necesidad y del deseo*, y cómo el deseo se distingue de la necesidad por esa separación sentida en los límites cutáneo-mucosos del cuerpo del bebé a quien se le niega el pecho de la madre después de mamar.

Origen común, en la relación interhumana, de los *lugares de satisfacción del deseo y de la necesidad, pero lugares también de su distinción* por el hecho del deseo no satisfecho cuando la necesidad lo es. El origen localizado de esas experiencias discriminatorias para la distinción del deseo en calidad de no satisfecho fue lo que indujo la jerga psicoanalítica que ustedes conocen y que nos hace hablar de pulsiones orales, anales, uretrales, genitales. Me veo obligada a colmarlos de dichos términos, aunque me hubiera gustado no hacerlo ante filósofos, pero no es posible, y van a comprender por qué.

El niño que mama para vivir, para sobrevivir, puede distinguir desde antes de mamar por vez primera, desde las primeras horas de su vida, la existencia del deseo, y de la inscripción del lenguaje como hecho de relación interhumana que satisface el deseo. De ello existe una manifestación, espontánea sin duda ya *in utero*; es la sonrisa que, desde que nace un bebé, puede iluminar su rostro. Podría decirse que esta mueca brinda a los adultos que la observan la fantasía de una alegría traducida por el niño, es decir, ya un lenguaje que aún no es. Si verbalizamos en voz alta, madre o padre o partera que asiste a esa sonrisa, nuestra alegría de ver el rostro del niño así iluminado (en mi observación, el último lactante tenía siete horas de vida), asistimos a algo muy interesante. Hay que hablar en voz muy alta, si no el lactante no percibe el sonido de nuestras palabras. Basta entonces con decir, con esa voz que ustedes conocen de las señoras que se pasean en los intermedios del cine con su canastita, soltando con un timbre elevado. "paletas, chocolates, helados"; basta con enunciar con ese mismo timbre de voz: "¡Oh, qué bonita sonrisa!", una sola vez, mientras sonríe el bebé. Se aguarda unos instantes, y luego se repite: "¿Otra bonita sonrisa?", con aquella voz interrogativa pero penetrante, y eso basta para que en seguida se despierte el deseo de comunicar, para que las comisuras de los labios del

bebé vacilen y una sonrisa luminosa aparezca en su rostro. Se puede repetir la experiencia, aquello cansa al recién nacido que aún no es un lactante, pero si se deja un reposo compensador entre cada petición, se obtiene a cada incitación por la palabra "sonrisa", el mismo resultado encantador. Y luego, ya está, se establece lo que hace de una expresión mímica lenguaje que, al principio, no era una expresión de lenguaje interhumana, pero que llegó a serlo debido al encuentro de los fonemas del lenguaje procedente de la madre, con su percepción por los oídos del bebé. Uno pregunta, el otro responde; hay significancia de deseos acordes entre dos seres humanos dotados de función simbólica, y la palabra "sonrisa" se vuelve símbolo, para ambos, del placer que acompaña esa mímica. Lo he experimentado con mis propios hijos, lo he hecho con niños que no eran míos, unas enfermeras lo han hecho también, y siempre con el mismo éxito cuando los bebés se sienten ya seguros con la persona que habla. Desde el nacimiento, pues, algo espontáneo procedente del recién nacido puede entrar en la comunicación de lenguaje. Ahora bien, en el caso de la sonrisa, mucho antes de mamar por primera vez, no se trata de un deseo ligado originalmente a la necesidad alimentaria, se trata efectivamente de una comunicación psíquica entre dos seres humanos, por lo tanto de una potencialidad de lenguaje. *El deseo es el llamado a la comunicación interhumana.* La organización de una respuesta adecuada al llamado que une a dos seres vivientes es lenguaje, dicha organización se debe a la función simbólica al mismo tiempo que a la memoria. Así pues, *el deseo de comunicación emocional sutil* precede, como acabo de probarlo, a *la necesidad de una comunicación de asistencia sustancial* del lactante (la leche del pecho o del biberón, y el cuidado de su cuerpo como respuesta a sus necesidades). Su necesidad de sueño, su necesidad de alimentación y de aseo van a organizarse, gracias a la madre, en regulación de intercambios, principalmente digestivos, y acarrear poco a poco un conocimiento de la madre (objeto total) por intermedio del pecho (objeto parcial), junto con un conocimiento de los hábitos y de los ritmos del adulto sustentador, del marco que infunde seguridad que rodea esa diada madre-hijo. El todo forma parte del lenguaje de los deseos tanto como de las necesidades del lactante con respecto al mundo exterior. Dicho mundo exterior es humanizado por la voz de los adultos tutelares

que se dirigen a su persona, quiero decir a su ser de lenguaje, reconocido por el prójimo.

El niño nacido viable ha satisfecho, durante ocho o nueve meses, *in utero*, sus necesidades de crecimiento. Les he dicho que también ha percibido los ruidos del mundo exterior, velados; pero después del cataclismo del nacimiento, el cierre de la perfusión umbilical, siente una brusca variación de temperatura, la revelación de la gravedad, la de la luz, una intensidad sonora acrecentada de las percepciones auditivas, la modificación de los ritmos de su corazón, la depleción de sus pulmones ávidos de aire. La necesidad de respirar se instala al mismo tiempo que la presión de los músculos internos del diafragma y del perineo que, al desencadenarse, provoca la primera defecación. Pues si bien el niño *in utero* traga y orina el líquido amniótico, su tubo digestivo terminal no emite el contenido intestinal, que se ha acumulado y que se llama el meconio, sino después del nacimiento. Siete horas después de ese cataclismo, ese acontecimiento irreversible que es el nacimiento, quizás antes, no lo he intentado, lo que hace de una mímica lenguaje puede inscribirse ya en código emocional interrelacional para el niño y su medio humano.

*De todas maneras, ya se percaten de ello o no los adultos, se organiza en el niño un código de llamada y de respuesta relativo a sus necesidades vitales.* Apenas ayer, pude ver la proyección de una película sobre el maternazgo en África. Me interesó mucho ver a aquellos bebés que están constantemente desnudos y pegados al cuerpo de la madre, día y noche. Es un contacto piel a piel, cuerpo a cuerpo. Respiran, palpan constantemente a su madre, que los mantiene estrechamente dentro de su ropa, anidados contra ella. Y el bebé tiene constantemente las manos sobre el pecho de su madre. Ahora bien, en dicha película, se ve en cierto momento un niño que ya no es un lactante. Está dormido y, al dormir, con la mano está alucinando, podríamos decir, un pecho imaginario que parece palpar, exactamente como se ve hacerlo a los pequeños lactantes de cuerpo a cuerpo con su madre. En ese momento, en la película, la madre le da la espalda a su hijo, está ocupada en otra cosa. Ése es un gesto de bebé africano no observable entre nosotros. Un bebé de nuestros países chupetea su lengua al dormir, hace como si chupara el pecho, y su puño o su pulgar en la boca remplazan el pezón. Exactamente como el pequeño africano, alucina su relación con su madre en su vida imagi-

naria: su madre presente por el deseo, su madre satisfaciendo su necesidad de mamar. Todo el cuerpo del niño puede vivirse como una boca que llama a la comunicación interhumana del tocar, del palpar; expresión del deseo, fuera de la necesidad apremiante de satisfacer sed y hambre. Y así es cómo, día con día, hora con hora, de encuentros con la madre y de separación de ella, entre nosotros mucho más que en África donde los niños son separados muy poco del cuerpo materno, el niño que desea la continuación de ese vínculo interhumano y de la comunicación con su madre es impelido por ese deseo mismo a imaginar la llamada y la respuesta pasiva o activa del otro que desea; imaginación que, gracias a la memoria, es una mezcla de fantasía, de percepción y de recuerdo. Juega a la mímica, a expresar su deseo, para el cual le falta el olor, la audición, la vista de su madre. Sustituye la presencia deseada y que extraña con una percepción que la evoca. A falta de su madre presente, del pecho en su boca, el deseo de esa percepción táctil le hace encontrar, por ejemplo, su puño y luego su pulgar, sucedáneos que mamar, y de ese modo soporta mejor el aislamiento durante la ausencia de comunicación. Ya es un *lenguaje intranarcisista*, podríamos decir, una especie de memoria de la presencia de la madre y, si se quiere también, una especie de masturbación, o sea, de señuelo gozoso solitario que mantiene el deseo, en ausencia de la madre nodriza, pareja necesaria para la satisfacción cuerpo a cuerpo, boca a pecho, psiquismo a psiquismo. Todo el mundo ha visto a pequeños lactantes que duermen, se despiertan y empiezan a hacer gestos como si buscaran el pecho, llorando porque no lo encuentran o porque su mano torpe se escapa de su boca, y que vuelven a dormirse chupando su lengua como si, al fin, mamá hubiese llegado. No se trata de necesidad, se trata del deseo de comunicar con el otro: ese deseo es el que trata de satisfacerse, ante la imposible realidad, de la única manera conocida. Y ése es el origen, la fuente de la simbolización. La imaginación da consistencia a una percepción parcial gracias a la memoria, que recrea la presencia tranquilizadora de una totalidad existencial más allá de la carencia.

¿Qué sucede con el lactante? Todavía no es un sujeto. Llamémoslo *presujeto*. Aquel pecho que alucina, todavía no es un objeto, y sin embargo representa la relación con la madre, llamémoslo *preobjeto* u *objeto parcial*. Hay relación simbólica entre ese preobjeto y ese presujeto; hay un código, elaborado

en el espacio-tiempo, de ese cuerpo por turno presente y ausente; en tanto que el bebé experimenta sea la satisfacción del bienestar físico que es la necesidad satisfecha, sea la insatisfacción de la necesidad que exige su satisfacción; pudiendo ocurrir también que, sin necesidad, le falte a su deseo la relación sutil con su madre. Esta relación cruzada de respuesta a necesidad o a deseo, la coordina para su placer por los sentidos y por las variaciones de percepción ya discriminadas. Esta simbolización de la relación entre presujeto y preobjeto sirve para apaciguar la tensión del deseo exclusivamente, para imaginar la satisfacción de las necesidades vitales. Y esta imaginación se contenta con lo que es erótico en la mamada, la succión, sin lo que es tragar la leche y oler a la madre, lo que el mamar en la realidad permitiría.

El lugar del cuerpo del niño que ha sido separado del pecho de su madre es, al parecer, el lugar de un viático: el último recuerdo de la relación con la madre. Ese lugar, los labios y el espacio naso-labial del rostro del niño, se vuelve si es acariciado, el medio de engañar al niño en cuanto a la presencia materna. También es en ese lugar donde el lactante conserva la esperanza de que el pecho va a volver, de que la voz de su madre y todo su cuerpo asociado con ese pecho van a regresar; y su deseo se traduce por esa llamada muda, el chupeteo y el esbozo del gesto mímico de amor que es para él la relación completa a la vez de satisfacción de la necesidad y de seguridad anidada en el olor y el calor de los brazos y del cuerpo de la madre.

Los sentidos sutiles del lactante, o sea, los que perciben a distancia más allá de la separación, la presencia de la madre, están situados en la masa cefálica. Son los ojos, los oídos, la nariz como olfato. Como la función respiratoria no puede ser diferida sin que haya muerte —en tanto que el beber, el comer y el cambio de pañales pueden ser diferidos bastante tiempo— las percepciones olfativas, las que no son evitables durante la inspiración, son para el niño la señal de la presencia en la realidad de su otro elegido, el objeto total que es la madre como promesa de satisfacción de su deseo. Esto antes, o quizás al mismo tiempo que las percepciones debidas a las pulsiones pasivas, auditivas, para hablar como psicoanalista, las que captan el ritmo de los pasos del adulto tutelar; quizá conoce esos pasos y su ritmo desde el tiempo de su vida fetal, puesto que estaba sometido al ritmo del deambular del cuerpo de su

madre. Dicho ritmo de los pasos de la madre que se acerca, aquel olor, el suyo, que percibe a distancia, hacen que el niño europeo, depositado en su cuna, desarrolle una llamada muda, un acecho por sus sensaciones sutiles mucho más precozmente de lo que puede hacerlo el niño africano; pero ciertamente también experimenta mucho más a menudo que el niño africano el malestar de ver faltar a su deseo la presencia materna. El ritmo del balanceo, como ustedes saben, calma, en el niño europeo, el malestar vinculado con la inseguridad. En el niño africano, las madres no recurren a ello. ¿No sería ese ritmo del balanceo el medio intuitivo que las madres y las nodrizas europeas encontraron para restituir a sus lactantes la seguridad que habían conocido cuando estaban incluidos en su cuerpo y los sometían a todos sus ritmos de desplazamiento y de actividad? O bien ese ritmo pendular, ese ritmo sostenido del balanceo, ¿respondería al ritmo rápido del corazón fetal, perdido en el nacimiento?: desde el nacimiento, si bien el lactante oye latir en sus oídos su propio corazón, es a ritmo más lento que el de su madre tal como podía percibirlo a través de las envolturas de la placenta. *In utero*, el bebé es arrullado al ritmo coartado de esos dos corazones, el suyo y el de su madre. Quizá no sepan ustedes que en los Estados Unidos se pensó en esta seguridad auditiva que tienen los bebés durante los nueve meses de vida intrauterina; suponiendo que los prematuros se sentirían más seguros al oír latir un corazón adulto, unos norteamericanos han organizado salas de incubadoras donde lo oyen latir en efecto hasta el día en que deberían haber nacido. El experimento mostró que había una mortalidad mucho menor en aquellas incubadoras de audición del corazón materno que en las incubadoras silenciosas. ¿No será porque la audición del corazón materno ya es lenguaje para el feto humano, un elemento significativo para la función simbólica, la prueba de una relación interhumana que satisface en el niño un deseo de comunicación con el "otro", presente para la percepción auditiva, tal como *in utero*, confundido con la necesidad de supervivencia? ¿Esa audición no es una ilusión de su deseo, como lo será más tarde el chupeteo de los labios y de la lengua en ausencia del pecho materno? *Ilusión del deseo*, necesaria para el mantenimiento de los intercambios estructurantes interhumanos y de la función simbólica, y *no ilusión de una necesidad oral* que no existe en aquel momento.

La audición de la voz de su madre, la percepción de sus ritmos, el olfateo de su olor son para el niño medios de percibir electivamente su proximidad y su separación. La vista viene más tarde. En cuanto a la lactancia misma, puede ser dada por una persona intercambiable, sobre todo cuando el niño toma el biberón. Los cuidados maternos, los ritmos de la que los da pueden ser diferentes a cada comida cuando varias personas se ocupan alternativamente del niño. Hay, pues, encuentro de varias percepciones coordinadas, que permiten al niño, por su discriminación, percibir la diferencia entre dos personas tutelares; en particular, distinguir la voz de su madre, y la de su compañero más familiar, las más de las veces el genitor, cuya voz pudo ser reconocida por el feto mucho antes de su nacimiento. De todas maneras, no cabe duda de que la primera percepción del niño al nacer es la de la voz de su madre, y su primera percepción olfativa la del cuerpo y de las vías genitales de la madre a través de las cuales pasa al salir del útero. En mi opinión, el ritmo es, junto con el olfato, la sensación más nodal para la seguridad del feto convertido en recién nacido, y será para él referencia de su primera relación autenticante humana. Quizá sea por eso que en nuestra época, en que los niños son tan alimentados con biberón, cambiados, paseados por cualquier persona, y separados de su madre que muy pronto se pone a trabajar, éstos tengan tanta necesidad de jugar con su deseo a través del ritmo. Ésta es acaso la explicación de la afición de los jóvenes por el jazz. Éste no era el caso antes, cuando la melodía desempeñaba en música un papel dominante. ¿No es acaso porque la madre, o una misma persona, aseguraba a la vez alimento y cuidados durante largos meses? Actualmente, la madre es relevada a menudo por otras personas, el niño va a la guardería y, por lo tanto, hay una dicotomía del olfato, una dicotomía de la audición, que obliga al ser humano, para su seguridad total, a recobrar la percepción original auditiva uterina, y a jugar con la invención rítmica que su deseo le sugiere.

Ese "juego-con" una sensación acompañada de rememoración es lo característico de la vitalidad simbólica en la que se origina el deseo. Permite alucinar las presencias amadas y jugar a "¡Se fue! ¡aquí está!", machacando las percepciones auditivas dotadas de una rememoración narcisistamente gozosa. Ese juego de un deseante que llama a la respuesta de otro deseante complementario es fundador del sentido que cobra la función sim-

bólica en todos los climas y en todas las épocas. Resulta interesante estudiarlo a nivel de las pulsiones orales. Por eso hablo detenidamente del niño lactante, porque después, todo el mundo conoce más o menos la aportación del psicoanálisis. Cuando se llega al Edipo, al menos a su principio, hacia los dos años y medio, tres años, todo el mundo conoce aproximadamente el esquema triangular-conflictivo, el amor identificatorio con el padre de sexo homólogo, contradictorio con la lucha rival para con él, con miras a realizar un deseo genital incestuoso. Se puede admitir o no estas hipótesis de la teoría psicoanalítica, y sin embargo la observación de los niños, en cuanto caminan y hablan, confirma su existencia, aun cuando para cada ser humano todo sucede de una manera que le es particular, particular también al triángulo padre-madre-hijo que fue el suyo.

Hablo más bien del *principio de la vida*, porque allí es donde vemos cómo *obligatoriamente los dados están cargados*, por decirlo así; esto quiere decir que para conservar una salud psicósomática, un tono psicósomático, con que seguir viviendo fisiológicamente, el ser humano, por estar dotado de función simbólica, interioriza el código de su relación con el otro, se ama a sí mismo como es amado por otro; hay en él un deseo fundamental de volver a encontrar en sus percepciones algo que le recuerde la última *relación de placer en que él-el otro, él-su madre no formaron sino uno, por deseos acordes*. Este reencuentro parece ser necesario en el ser humano para que en el presujeto se estructuren de manera cohesiva inteligencia, cuerpo, corazón y lenguaje, antes de los cinco años. Es efectivamente en la tierna edad cuando se origina la articulación del deseo con la función simbólica, y también sus trampas.

Ciertos humanos que carecieron de los intercambios simbólicos con el mundo interhumano, aunque fueron asistidos materialmente en cuanto a sus necesidades, no pudieron ejercer su función simbólica en lo que se refiere al deseo del mundo exterior, porque las personas nodrizas que se ocupaban de ellos no supieron iniciarlos en ello. Por esta razón, su vida simbólica permaneció durante semanas o meses sin medio de lenguaje. Ustedes me dirán que el niño todavía no habla antes de los nueve o diez meses; pero, claro está, no hablo del lenguaje expresado por el niño, hablo de las percepciones significantes cuyo medio es informado por su función simbólica si el adulto maternante sabe ser atento a ello y responde. Los bebés priva-

dos de una presencia humana cariñosa utilizan su deseo a estar atentos exclusivamente a sus necesidades y a las variaciones de sus sensaciones viscerales, que se vuelven sus únicos elementos de lenguaje. Los niños tratados con amor y lenguaje almacenan en su memoria las percepciones de los encuentros auditivos y visuales con personas que desean, a su vez, manifestarse a ellos en el lenguaje y comunicar con ellos. Las madres cariñosas cantan, hablan todas sus actividades al bebé al que miman y de quien se ocupan. Ciertos bebés criados en un desierto de palabras y de caricias han malogrado la entrada en la vida de relación, por razones que por cierto no siempre son como suele decirse imputables a la madre, sino que se deben a muchas condiciones que no es mi intención ni enumerar ni desarrollar aquí.

La dependencia diádica del lactante recién nacido con el adulto sustentador, que es la misma para todo ser humano, no deja de tener consecuencias: aun si el adulto lo considera como una persona, un hombre o una mujer en devenir, destinada a desprenderse (lo cual no siempre es el caso: vemos demasiado a menudo a bebés y niños servir de fetiches o de animalitos domésticos a adultos que parecen no ocuparse de ellos sino para gozar de su posesión exclusiva, besuquearlos, darles órdenes, amaestrarlos, y valerse de ellos para parasitarlos a fin de llenar su propia soledad), aun si su nodriza, ya sea o no su genitora, lo considera como un adulto sexuado en devenir, que tiene a su cargo y de quien es responsable, pero al que no posee, el niño que todavía no camina se siente forzosamente un objeto parcial para su nodriza, aquella gran masa cuya co-corporeidad le infunde seguridad existencial, por cuyos brazos desea ser tomado, desplazado en el espacio. No sólo se siente seguro con ella, sino que desea de ella palabras y caricias que son significantes de comunicación emocional. Se siente un "objeto" aunque su deseo proviene ya de una función de presujeto de su lenguaje, lenguaje cuyo deseo, que no puede expresar más que por gritos, está en busca de respuesta.

El bebé está en co-vivencia con su madre cuando está mucosa a mucosa y cuerpo a cuerpo para la satisfacción de sus necesidades vitales; pero cuando la madre se desprende de él, está como abandonado de poder; sobre todo si, fuera de esos momentos de encuentros cuerpo a cuerpo, la madre rompe la comunicación corporal con él sin hacerla continuar, en el hiato que los separa, por el interés que le presta a su inteligencia alerta y por modulaciones de palabras que le son dirigidas. En

ese abandono, si es brutal, después del "dejado-solito" que sigue a las comidas o el aseo, el niño se siente afectivamente desamparado y su único deseo es entonces el cuerpo a cuerpo con la gran masa portadora de sustento y de seguridad. Su condicionamiento de pequeña masa dependiente de la gran masa adulta, y su estado de impotencia física hacen del lactante un caso muy particular entre los seres vivientes por su incapacidad de expresarse, de manifestar su deseo; y, sin embargo, la comunicación interhumana es lo que lo humaniza. El niño es tributario de "quien" desee comunicar con él. Es tributario de la disponibilidad emocional y/o material en el adulto tutelar para percibir el sentido de sus gritos de bebé, ya se trate de los gritos de necesidad o de los gritos del deseo de compañía. Cada madre, cada nodriza tiene en sí misma características diferentes debidas a su historia y, podría decirse, a dotes naturales, que constituirán la particularidad emocional de la diada primordial lactante-nodriza, en cuyo seno los intercambios van a estructurar cada vez los caminos de las simbolizaciones de objeto y de sujeto que, alternando peticiones y respuestas, se conjugan, fructificando en la estructuración del lactante, por conocimiento, complicidad, connivencia en las atenciones, las llamadas, las respuestas y las no respuestas, en el reconocimiento de uno con otro como humanos uno para el otro presentes. El co-ser con la madre, alternando con el co-no-ser con ella, y dependiendo de las modalidades de la diada, puede volverse "co-no-haberse" o "co-haberse" para el bebé que se desarrolla físicamente; esto depende para él de las franjas perceptibles de la presencia sutil de la madre, que quedan en su memoria, y de franjas auditivas o de las presencias asociadas con ella, agradablemente o no, que quedan realmente en el espacio animado o inanimado que rodea al pequeño en ausencia de su madre. También existe la prensión posible de los objetos asociados con la presencia de la madre, los objetos, los juguetes que ella misma tocó y manipuló nombrándolos y hablando con su hijo, y que permanecieron después de que ella se alejara; son para el bebé testigos de su presencia, por lo tanto elementos de lenguaje a la vez fonemáticos y cinemáticos. Si el bebé "tiene" "sus" pequeños objetos, intermediarios de su relación con su madre cuando está ausente, es como si ella siguiera estando allí. En cuanto a las personas, si las conoce por haberlas visto y percibido de acuerdo con su madre, las adopta como sus sustitutos, sobre todo si la madre y el padre, si forman pareja, no

son percibidos por una tercera persona tutelar del niño como rivales. Para "saberse ser" y sentirse seguro, el lactante necesita estar sea en los brazos de su madre, sea en contacto con objetos que ella ha "mamaizado", por decirlo así, por su presencia y sus palabras. Estos últimos son quizá menos eficaces que los brazos maternos como regreso a la fuente, pero están de todos modos articulados para él con la convivencia con ella y con una presencia acorde; y sobre todo, sostienen el deseo para hacerle contemporizar el reencuentro con mamá, su mayor satisfacción. Un niño que no tiene nada en su cuna, ni juguetes en su espacio cuando camina a gatas con que divertirse y jugar con su deseo, nada que le recuerde la presencia de su madre, no tiene más que su grito, que es a la vez repetición de pruebas de su vida y repetición de llamadas a las cuales se le responde a veces. Ese grito es para él el único sustituto de la compañía amada, el significante que lo traduce todo, necesidades y deseo. En efecto, es en el *grito modulado* (el sentido de la modulación de los gritos de su bebé es "comprendido" por la madre) donde se origina la fijación del sujeto a su propio cuerpo individuado.

*Caso particular del lactante sordo.* El bebé sordo se reconoce por su grito no modulado. Actualmente, el diagnóstico de la sordera de los lactantes se hace de manera muy precoz, pues se sabe que la sordera es factor de entrada en la debilidad mental (como un caso particular de autismo), no debido al cerebro del niño, sino a la ausencia de percepción del lenguaje y de los ruidos de la vida. En el niño sordo, las potencialidades de la función simbólica no encuentran, para ejercerse en la comunicación intersíquica, sino respuestas olfativas y táctiles pasivas a su deseo. Ni siquiera tiene la audición de su propio grito. Desprovisto de visión durante las primeras semanas, debe contentarse para el acecho, llamada muda a la madre cuya comunicación desea, con los olores ligados a las funciones digestivas, alimentarias y excrementicias. Añadamos que los adultos no son solicitados a la comunicación por semejante lactante como lo son por un lactante que oye, cuyo grito es modulado según sus necesidades y sus deseos.

Es todavía peor para los que nacen no sólo sordos sino ciegos. He conocido niños así, considerados como grandes retrasados pasivos y autistas, hasta que el nacimiento de un hermano menor que los volvió literalmente locos de celos e inteligente-

mente peligrosos para el recién nacido en ausencia de la madre permitió descubrir su doble lisiadura (cf. la historia de Helen Keller, en los Estados Unidos, en el siglo pasado; la obra de teatro *Milagro en Alabama* relata su reinsertión en el lenguaje, por Miss Sullivan). He conocido otros niños considerados como retrasados o prepsicóticos, que no eran sino miopes o hiper-métropes, sin que sus familiares la supieran.

*Pero volvamos al caso de los bebés nacidos sin lisiaduras sensoriales orgánicas.* El bebé que creció junto a una madre que supo llenar de lenguaje los momentos que separan los cuidados corporales, se las ingenia en su cuna, cuando está despierto sin tener hambre, para recobrar su vínculo vocal con ella. Trata de dar a sus propios oídos la ilusión de las palabras escuchadas o moduladas: ejercicios de lengua, de boca, de cavidad, de dominio del lenguaje. Ese deseo de escuchar de nuevo las palabras de la madre es tan precoz que los fonemas que no están incluidos en la lengua materna son muy pronto imposibles de pronunciar para la mayoría de los seres humanos de una región del globo, cuando originalmente cualquier niño, nacido en cualquier región y "maternado" en cualquier lengua humana, puede pronunciar los fonemas de todas las lenguas. Si un niño ha sido humanizado desde su nacimiento por las vocalizaciones y el habla de la lengua materna, los fonemas de ésta, y sólo éstos, son para él símbolos del reconocimiento mutuo de su haberse-serse y del ser iniciador en los valores del vivir que es la madre. La madre inicia al niño no sólo en el apaciguamiento de las necesidades del cuerpo, el apaciguamiento de las tensiones del deseo, sino también, por sus mimos, por las caricias y las palabras que le dirige, en el reconocimiento de su padre, de sus familiares y de todas las personas a quienes ella habla en presencia del niño. Lo inicia, pues, en la vida social. Esta alternancia en el deseo de comunicar, satisfecho por la presencia y no satisfecho en la ausencia, pero entonces esperado y afabulado, por decirlo así, seguido tarde o temprano del regreso de la satisfacción de volver a ver a la madre, es lo que organiza en código de lenguaje las posibilidades de lo que nos vemos obligados a llamar la *sublimación de las pulsiones orales del deseo*: porque es efectivamente el deseo tal como se organiza en la oralidad el que encuentra ahí las raíces de la humanización, esto es, la función simbólica se pone al servicio de la comunicación de deseos entre los seres humanos.

Los fonemas, los "agú" y demás sonidos emitidos por el bebé,

hacen que *su garganta, o sea, la laringe, sea percibida por el niño como distinta de su faringe*. Por supuesto, todo ello de manera inconsciente. *Es en la laringe donde se especifica el lugar del deseo y en la faringe el lugar de la necesidad, en la época de las satisfacciones dominantes orales.* Esos lugares entran en una dialéctica inconsciente diferente de la que corresponde a la actividad olfativa. ¿Por qué? Porque la llamada a la madre no puede hacerse con la voz del niño sino emitiendo aire por su grito (laringe); y porque al emitir aire no puede estar atento al olfateo en el plano de la mucosa pituitaria. Al emitir sonidos para llamar a su madre, el niño se priva de una inspiración atenta a la recepción eventual de su olor. Debe renunciar al olor esperado de su madre, o imaginado olfativamente en su ausencia, para focalizar toda su energía en el grito, el grito para hacerla venir a él, llamarla.

Así, en ese fenómeno del grito, incompatible con la atención y el acecho olfativos, se inscribe una necesidad endógena de represión para cierto placer. El propio presujeto reprime una pulsión, de expresión pasiva (el olfato), para focalizar su energía en una pulsión activa, el grito: llamar a su madre a lo lejos y sostener su deseo de verla regresar a él, con su olor bien conocido. El lactante está obligado a superar, a negar en cierto modo la llamada de su deseo olfativo para, en los casos más afortunados, obtener satisfacción de su deseo, volver a ver a su madre, que le habla, lo mece o lo toma en sus brazos. Este aprendizaje de la discriminación entre la laringe y la faringe no siempre se realiza fácilmente. La prueba de ello nos la brinda el caso de los bebés vomitadores o escupidores que, en el deseo que tienen del regreso de la madre, en vez de gritar arrojan la leche de su mamada. No es que digieran mal. El estado de principio de digestión probado por el cuajamiento de la leche muestra que se trata efectivamente de un "error de maniobra", por decirlo así. En vez del grito con su columna de aire emanando de los pulmones, se emite la leche, columna líquida recibida de la relación cuerpo a cuerpo con la madre, como para llamar la presencia de la que la había introducido. En muchos casos, la mera presencia de la madre junto a la cuna suprime este incidente de la leche arrojada después de mamar. Tuve la prueba de ello en muchos lactantes que se pensaba atender con medicamentos porque al colocarlos en su cuna vomitaban parcialmente la leche. Se trataba de niños que deseaban la presencia de su madre hasta el momento en que el sueño

se apoderaba de ellos. De hecho, ya eran personitas civilizadas, que necesitaban sobremesas, pero personitas *tramposas*, pues su vómito inquietaba a la madre. Por el desorden digestivo obtenían lo que querían pero, por desgracia, *su placer quedaba unido a la angustia de la madre*. Por otra parte, la laringe no se separaba de la faringe, deseo y necesidad permanecían confundidos. Aquí se advierte cómo, a muy temprana edad, en el hijo de hombre, los dados pueden estar cargados en el juego del deseo, cuando el goce de uno se obtiene gracias a la angustia del otro. Las *percepciones auditivas* del niño, más aún que sus percepciones visuales, introducen su conocimiento del espacio; y, por el grito, manifiesta su deseo a distancia, volviéndose así, a veces, amo del desplazamiento y del regreso de su madre desaparecida para él en el espacio. Las percepciones auditivas van mucho más lejos que las percepciones olfativas y el lactante percibe muy pronto los ruidos lejanos (hasta cuatro o cinco kilómetros; entre los esquimales, esta agudeza auditiva de los bebés es bien conocida: el grito del oso siempre es detectado por un niño antes de ser perceptible a los oídos de los adultos); de hecho, la inteligencia de los sentidos de un niño es extraordinaria con respecto a lo que será más tarde. Las potencialidades de la inteligencia focalizadas en esos lugares de percepción —el olfato y la audición— son extraordinarias en el bebé, con respecto a lo que será la inteligencia cuando tenga muchas otras maneras de percibir y de comunicar. Desde el origen y durante toda la vida, el cuerpo hace de cada uno un espécimen de la especie humana animada de necesidades; el psiquismo, un ser en deseo de comunicación con otro psiquismo. El despertar de la inteligencia y de la sensibilidad del ser humano depende de las comunicaciones —de las redes de lenguaje— que, de psiquismo a psiquismo, se establecen con la madre, de quien depende para cada uno toda experiencia de sí mismo y de ese mundo de los humanos del que es mediadora, comenzando por el conocimiento que le da de su padre. Así como toda actividad visceral o motriz es motivada por una tensión que busca su apaciguamiento en el espacio (no humano o humano) circundante, asimismo toda actividad psíquica es motivada por una tensión libidinal que descubre su apaciguamiento específico en la comunicación psíquica entre el niño y ese otro electivo que es la madre, asociada como lo está con otro adulto con quien comunica. La estructura del lenguaje como comunicación depende, pues, del entorno humano y del deseo de otro

con respecto al niño y como respuesta al deseo del niño. La adquisición del lenguaje racional dura todo el tiempo del crecimiento, se hace a expensas de las pulsiones y de su meta de placer: la prefiguración de su realización, la contemporización (la memorización), la castración o la privación de la meta inicial provocan variaciones de tensión y mutación simbólica educadora.

La obtención del placer calma las pulsiones y suprime por un momento tiempo y espacio. El placer de la comunicación intersíquica es, en el ser humano, un relevo del placer físico. La prefiguración del placer, la contemporización de su realización, su frustración misma si es compensada por el placer psíquico de comunicar con otro psiquismo, todo ello inicia al ser humano, dotado de memoria, en los valores de intercambios del corazón y de la inteligencia, al principio confundidos con el valor único del placer físico. La función simbólica, específica del ser humano, permite sustituir el placer de un circuito corto de deseo, sensual, inmediato, por un circuito más largo, que mediatiza pulsiones y les permite retrasar la obtención de la meta original, en aras de un nuevo placer por descubrir. El mismo proceso permite evitar, por una experiencia memorizada, el displacer o el dolor que siguen a la obtención de ciertos placeres seductores (el fuego, por ejemplo). Todos estos procesos de desplazamiento, de contemporización, de descubrimientos constantes, sostenidos y guiados por el adulto tutelar con quien el niño desea permanecer en armonía, son los procesos de educación y de formación del lenguaje, en el sentido total del término. Los fonemas que los acompañan se encarnan, en cierto modo, al día, dejando en memoria la herencia sonora de la relación educadora, de las palabras asociadas con la experiencia de placer o de displacer. Placer del cuerpo, displacer del cuerpo, ambos se cruzan con bueno o malo, según que el placer de satisfacer el deseo esté o no acorde con el placer de la instancia tutelar. Así, los valores de bien y de mal se asocian en la educación con lo bueno y con lo malo. Una vez más, los dados están cargados.

Al parecer, se establece muy precozmente una elección entre las señales, como corolario a la renuncia a emitir otras señales, y el bebé es capaz de discriminar no sólo entre las percepciones, sino también entre sus medios de expresión. Una vez más, la discriminación no se efectuará por sí sola, dependerá de la manera en que la madre, en espejo sonoro, hará eco verbal, o

dará una respuesta perceptible al niño, a lo que la conmueve en las manifestaciones del bebé. Según que se reconozca el sentido de un lenguaje a lo que manifiesta el niño, y que resulta agradable para su madre, por lo tanto en armonía emocional para él, o desagradable, por lo tanto en desarmonía para él, se organiza para el bebé no sólo un *modus vivendi* relativo a su hábito fisiológico, sino también un orden concerniente a la fonación en el paladar, la garganta, la boca, la lengua, la cavidad y los oídos; todo ello constituye el sustrato orgánico, funcional, instrumental por decirlo así, de la simbolización en el aprendizaje verbal, en la musicalidad, y en el aprendizaje del comportamiento interhumano dentro del grupo familiar.

En cuanto al lenguaje mímico, ya dije cómo podía comenzar a organizarse (en el ejemplo de la sonrisa), mucho antes de las percepciones visuales claras, y aun antes de mamar por primera vez. Todo el lenguaje mímico se ordena según un esquema igual. Lo que en una mímica espontánea del lactante provocará en el adulto la fantasía de una comunicación de algo procedente del bebé hacia él, el adulto a su vez lo significará por un sistema de fonemas dirigidos al niño, o hablando de él y dirigidos a otra persona. El niño no oye claramente las palabras, sino que percibe primero sonidos y, sobre todo, no se sabe cómo, que se habla de él o de algo que le interesa. Si se habla de paseo, si se habla de salir, si se habla del gato y del perro, animales domésticos familiares, el niño muy joven adopta una mímica que prueba que ha escuchado y que su oído está al acecho. En el ejemplo que daba hace un momento, cuando el adulto pronuncia las palabras "una bonita sonrisa", lo primero que oyó el niño no fue el sentido de las palabras, fue: "i-a o o-i-a con r"; eso fue lo que, procedente del exterior, acompañó para él cierto sensorio, una percepción interna, concomitante de la sonrisa. Y esa mímica, nuevamente cruzada con la llamada repetida de los mismos fonemas en la madre, es lo que produce en él, y en ella, *la alegría reconocida de estar juntos acordes. Y así es como empieza la comunicación, arraigada en el deseo.*

Al principio, se trata de manifestación espontánea, de una comunicación deseada por el niño o de una petición ligada a la necesidad significada por su cuerpo. Y el niño podrá asociar —o no— las reacciones que seguirán en el adulto a esas manifestaciones espontáneas con lo que percibe de las palabras procedentes del exterior. Eso es lo que constituirá en el niño

el origen del lenguaje en el decir, o del lenguaje en el gesto, la mímica del rostro, motriz, o aun el hacer con el cuerpo, el vómito, la micción urinaria o la defecación.

El lenguaje vocalizado va a formar el código de la expresión audible; el lenguaje de los gestos y de la mímica va a formar el código de los deseos sutilmente expresados que se muestran. Esos códigos compartidos por la madre y el hijo estructuran imágenes que son memorizadas. Esas imágenes auditivas, olfativas, táctiles, visuales de percepciones diversas se coordinan en una especie de presencia consigo mismo sutil del presujeto, que se expresa por su pequeña masa carnal, que se volvió simbólica de su deseo. Esta *imagen del cuerpo*, como la llamamos, es inconsciente; pero se articula con el *esquema corporal* que se desarrolla todos los días e informa (enriquece, bloquea u ordena) con sus poderes la imagen del cuerpo. La posibilidad o la imposibilidad de adquisiciones psicomotrices o de lenguaje, a medida del desarrollo del bebé, varían según cada diada característica madre-hijo. Las potencialidades desaparecidas no siempre provienen de prohibiciones significadas, pueden haber quedado simplemente fuera de código, esto es, fuera de la función simbólica, que elige algunas de ellas y no desarrolla otras. Las potencialidades del esquema corporal no reconocidas o no llamadas a expresarse por la madre no se desarrollan en la imagen del cuerpo, desaparecen. Aquí tenemos, de hecho, un proceso de represión de potencialidades sensoriales semejante al proceso de la represión de los afectos al que asistiremos más tarde. Y dicha represión de las potencialidades inutilizadas en la relación madre-hijo es lo que carga forzosamente y siempre los dados en el juego del deseo, y eso es lo que quería decir, para empezar, con el título de esta conferencia.

A continuación, cuando con el tiempo adviene en el niño la fuerza durante su desarrollo fisiológico, ocurre una elaboración de las potencialidades del cuerpo propio, que se ejercita en manifestar su deseo de manera cada vez más deliberada, aunque preconsciente. La resultante es el esquema corporal que gobierna la individuación de cada niño, según su tolerancia a la separación en la soledad y al redescubrimiento del espacio ambiente como espacio común autorizado a su ejercicio motor, espacio común con el de la masa del cuerpo materno que observa en todos sus actos y que imita. El niño descubre cada día nuevos poderes en las variantes de las percepciones que vienen a festonear su deseo, y que van a caracterizar el placer

que le procura dominar solito el espacio: por sus medios físicos directos o indirectos, por sus maniobras con los objetos que lo rodean, o bien por medios vocales, manipulando al adulto a distancia a fin de obtener de él la realización de los deseos que todavía no puede dominar solo. Todo lo que no varía en dolor o en placer de manera muy precisa y claramente perceptible se vuelve costumbre: lo que en el espacio es conocido en un clima emocional de seguridad al que el niño ya no le presta especial atención pero que, si le llegara a faltar, lo pondría en la inseguridad. En ese ambiente conocido y reconocido donde su ser está seguro, todo lo que es percepción nueva de las formas, de los colores, todo lo que es percepción táctil y motriz nueva, informa al niño acerca del mundo y de sí mismo en el placer, en la pena o en la indiferencia. Dentro de ese ámbito conocido y reconocido, las nuevas experiencias y adquisiciones, así como los fracasos, van a marcarse en la memoria con un valor intenso por emociones nuevas que se añaden a las que ya conoce, y a las cuales ya no presta atención. Hacen falta variaciones muy claras para que el niño pueda discriminar las percepciones nuevas y esté atento a ellas; y necesita la presencia de alguien, testigo visual y auditivo, para que pueda tratar de dominarlas por todas sus facultades de lenguaje. De ese modo, establece sistemas de puntos de referencia de espacio y de tiempo, y de emociones discriminatorias. Las personas conocidas son reconocidas por el niño por su olor, por su voz. Estos modos de reconocimiento prevalecen durante mucho tiempo sobre la vista, contrariamente a lo que muchas personas piensan. La madre, el cónyuge de la madre, los familiares, articulados con la presencia de la madre, percibidos en el ambiente en que ella está presente, van a convertirse en formas móviles personalizadas, señor o señora, grande o pequeño. La seguridad vinculada por el niño al él-su madre, extendida ya al otro más frecuentemente en contacto con ella, el padre, y a los familiares, se extiende luego al conocimiento y reconocimiento de cualquier otro que percibe en presencia de su madre. Establece así situaciones triangulares de polos intercambiables, en las cuales él mismo será, a través de su propio cuerpo, conocido y reconocido como suyo, el polo principal, existencial, representante permanente de la seguridad, junto con su madre interiorizada. Así, la madre es, sea real sea imaginariamente, co-presente al niño cada vez que éste entra, aun en su ausencia, en contacto no sólo con el padre

que, para todo niño que lo conoce, percibe en torno a su ser su vínculo privilegiado entre ellos y con él, sino además con sus hermanos y hermanas, los familiares y en general todas las personas conocidas que mantienen relaciones frecuentes con la madre en su presencia. Adopta la presencia de todos aquellos y la seguridad que conoce con su madre se extiende a ellos, no sin matices preferenciales por las personas de sexo complementario, cualquiera que sea su edad.

*Esta triangulación inicial* entre el niño, su madre y el otro preferido de su madre, es lo que origina la relación que se volverá la matriz (por decirlo así) del clima emocional del niño en sociedad. Todo ello forma parte de un hábito de seguridad que, en caso de faltar, vuelve al niño incapaz de intercambios de lenguaje, aun cuando posee las potencialidades para ello. Esto explica el error que se suele cometer al tomar por débiles mentales a niños que viven en un clima de inseguridad en el ambiente de la pareja parental, o también niños cuya madre se angustia en cuanto está separada de ellos.

La frecuentación por el bebé de personas en grupos, su puesta en contacto a muy temprana edad con la sociedad, con todas las personas que los padres frecuentan, es excelente para el desarrollo simbólico y las relaciones futuras del niño. Su aislamiento, por el contrario, en un cuarto cerrado y silencioso, so pretexto de que no hay que perturbar su sueño, provoca un retraso de desarrollo y un temor ulterior de los contactos sociales, sobre todo de los adultos. Durante los nueve meses de su vida intrauterina, el ser humano está mezclado a todos los ruidos de la vida y a la vida de relación de su madre. ¿Por qué después de nacer ha de ser tratado como un objeto precioso, oculto a los ojos de los demás y sumido en el silencio? Nada es más nocivo para la introducción de la vida de relación del hombrecito. Ningún ruido de niños jugando a su alrededor, ninguna conversación de adultos es nocivo para un lactante, su sueño sobreviene al ritmo que le es necesario, siempre que no se le impida reposar adrede dirigiéndose a su persona. Todos los ruidos del ambiente durante el día no hacen sino ayudarlo a desarrollarse y a humanizarse de manera inteligente, o sea de manera inconscientemente de lenguaje. El paseo también es indispensable para el lactante. ¿Cuántos niños se quedan encerrados, bien abrigados en un cuarto con la ventana abierta, so pretexto de que las sacudidas son malas para su pequeño cerebro? Pues bien, no; su pequeño cerebro, *in utero*,

las ha conocido peores. Y, cargado por su madre o en un cochecito para niños cuyos resortes están estudiados para el caso, se encuentra mucho mejor, mezclado a la vida de la ciudad, que encerrado entre las cuatro paredes de su cuarto. Creo que la costumbre de la "segregación" de los bebés provino de nuestros departamentitos en edificios de varios pisos. La preocupación que causa la manutención de los bebés ha provocado en las madres la pereza de pasear a su hijo cargándolo en brazos, o suspendido a ellas en una sillita adecuada, o en un cochecito. No sacarlos es, en efecto, una economía de trabajo, pero si ellas supieran lo caro que se paga eso más tarde, por la pérdida de interés del niño por la vida social, conozco muchas madres que harían caso omiso de su fatiga y de sus ganas de tranquilidad. Por desgracia, nadie se lo dice. Todos los contactos y percepciones que el niño puede tener de las personas, de los animales, de las cosas, provocan en él observaciones, la captación de diferencias de percepción que, si la madre se las comenta, van a constituir, asimiladas por el niño a la seguridad existencial, el código del lenguaje de las cosas, de los animales y de los humanos. No quiero olvidar a los árboles —es sabido cuánto disfrutaban los bebotes la vista del follaje, cómo les gusta a los más grandes engalanarse con hojas, así como con flores que parecen suscitar su primer goce escópico. Desde la edad de la marcha, todos los niños van hacia las flores para tocarlas, cortarlas y obsequiárselas a su mamá como un don inventado por ellos. Cuán triste es que, en nuestras ciudades, se prohíba pisar el pasto de los jardines públicos, cuando los niñitos necesitan tanto la hierba; que las flores cortadas y regaladas por los niños sean recibidas, las más de las veces, por los gritos horrorizados de las madres ante lo que llaman vandalismo, cuando ese gesto ha nacido de la inteligencia del corazón. Las madres deberían hacer entender suavemente al niño la necesidad de respetar todo lo que está vivo, pero no por blandronadas aullantes que le hacen, puedo decirlo, daño, al sentirse incomprendido por el adulto, y refrenan la expresión de sus primeros impulsos hacia la naturaleza, fuente y tesoro de las emociones estéticas, emociones tranquilizadoras a las que tienen tan poco acceso los habitantes de las ciudades.

Así, he seguido la inserción paulatina del niño deseante en una sociedad que lo llama a la comunicación en cuanto lo trata de derecho como un interlocutor válido. Todas esas experiencias coadyuvan a la asimilación pasiva del código del

lenguaje en sociedad, y esto desde los primeros días del niño. *La función simbólica está en juego, y constantemente, durante todo el tiempo de vigilia de un niño; pero su ejercicio en el seno de la relación interhumana cruzada, en un espacio triangular, particularizado con respecto al mundo social es el origen de la organización del lenguaje que despuntará, a partir de los seis o siete meses, con los primeros fonemas voluntariamente emitidos, para significar los objetos y personas parentales familiares. La relación de amor, que es el nacimiento de esa vida afectiva de que los niños dan prueba muy precozmente, está ligada a su vez al deseo, sentido como una tensión prometedora de satisfacción en virtud de la relación con el otro, y del mantenimiento de dicha tensión en la modulación de los intercambios, miradas, mímica, gestos, sonidos y, por último, palabras organizadas en frases.*

*La relación de amor nunca está ligada a una satisfacción inmediata que responda a una demanda manifestada por el niño. En efecto, la satisfacción del deseo corta la llamada, la búsqueda del otro, y la invención de los medios para significárselos. Una vez colmado el deseo, la llamada se detiene. Cuando la llamada se detiene, ya no hay ni tensión de deseo, ni amor. Puede haber goce de placer, pero si este goce aún no está engastado de lenguaje —o sea, no ha sido simbolizado en las modulaciones intercambiadas con el otro en un lenguaje gestual y mímico o en un lenguaje vocal y verbal—, no deja a un sujeto apaciguado demasiado pronto ninguna huella utilizable para representar en su memoria la pulsión de su deseo. Cuando una tensión desaparece con demasiada celeridad, ni el deseo, ni el goce son sentidos como "poéticos", esto es, creadores. La satisfacción rápida de un deseo, sin intercambios entre las personas, ni palabras que permitan a la imaginación el placer compartido del goce esperado de la comunicación, reproduce en el niño la confusión del deseo con la necesidad, con la cual se confundía el deseo en su origen arcaico. En resumen, el sujeto es reducido al silencio de su cuerpo por una satisfacción demasiado rápida del deseo en la obtención del placer sustancial o sutil.*

*Se podría hablar de un circuito corto de la libido y de sus trampas para el deseo, en tanto que el circuito más largo, que incluye la comunicación por intermedio del lenguaje intercambiado con otra persona, confiere al deseo los armónicos del goce en una inventividad. Esta creatividad sólo es humanizante si es*

interrelacional, si unos humanos comunican entre sí, como dos riberas por medio de un puente que, en esta imagen para mi gusto demasiado estática, sería el lenguaje en el sentido amplio del término. El lenguaje es la comunicación codificada de afectos que llama, suscita al sujeto en el otro por representaciones audibles, visuales, táctiles, emociones hechas de atención y de interés recíproco, que llevan al placer de la intercomunicación corazón con corazón, inteligencia con inteligencia, entre el niño y su primer otro, la madre y, con el estímulo de las ganas de imitar (de aprender) todo lo que el niño presencia: la manera de comunicar mediante el lenguaje de su madre con su otro de ella, su cónyuge y los otros otros de sus padres, los de su fratría y los familiares.

Si, fuera de los momentos en que las necesidades vitales del niño exigen que la madre se ocupe de su cuerpo, el adulto no está atento a él, si no lo despierta a la vida de relación psíquica y emocional, si nunca juega con él, no le da objetos que nombra, y de los que habla iniciándolo en su manipulación, engastando de palabras su color, su olor, su tacto, su forma, ... si el adulto es indiferente o trata por regañíos breves de hacer callar constantemente a un bebé que se aburre y quisiera comunicar con él, así como si da inmediatamente, sin palabras, una satisfacción a su cuerpo, pervierte los caminos del deseo en el niño.

Hay dos modos de ser madre tan nocivos uno como otro: ninguna comunicación jovial de la madre con su hijo por un placer cómplice, entre los momentos de satisfacción de las necesidades del cuerpo; el goce constantemente otorgado a las peticiones del niño por una madre totalmente dependiente. Ninguno de estos dos modos inculca en el niño la noción de que existe como sujeto de su deseo, se desarrolla a través del lenguaje y los intercambios lúdicos, hasta la creatividad que poco a poco lo volvería inteligente, sensible y autónomo, capaz de interesarse en todo lo que lo rodea y de comunicar con los demás, adultos y niños de su entorno. Un deseo al cual nunca se responde más que en los momentos indispensables de las necesidades, que siempre es anulado por una satisfacción corporal inmediata, no es en sí mismo, ni en su tensión, ni en su goce, "poético". Esto quiere decir que no deja huella alguna en la memoria del niño y se confunde con la necesidad. Tal deseo no se simboliza en amor para la madre. Permanece articulado con el cuerpo mismo en lo que tiene de orgánicamente

funcional en su acepción vegetativa o animal. Cuando la inteligencia y la sensibilidad sutiles, específicamente humanas, no son puestas en juego en intercambios de lenguaje, lo que se prepara es el surgimiento de una debilidad ideativa y psicomotriz. *El deseo podrá por el contrario ser poético si abre a la inventividad creadora mediaciones variadas y diferenciadas, modulaciones del placer para sí intercambiado con el placer ajeno, solicitado y otorgado, que es la sublimación del deseo en el amor.*

En un bebé y en un niño de menos de tres años, y aún después, el amor siempre se refiere a primera vista a las satisfacciones del deseo oral y del deseo anal (aunque el deseo genital, en masculino y en femenino, siempre esté latente en un trasfondo inconsciente desde el nacimiento). Ya dije por qué, en psicoanálisis, utilizamos esos términos: porque las zonas erógenas sutiles donde se perciben las referencias olfativas, gustativas, auditivas, visuales, táctiles que determinan la comunicación de lenguaje, son descubiertas por el niño, y mantenidas repetidamente, en el placer del cuerpo, con motivo de las satisfacciones sustanciales de necesidades que le procura el adulto sustentador. La boca, las ventanas de la nariz, los oídos, la cavidad asociada con los ojos, situados todos en la esfera cefálica, constituyen la zona erógena cutáneo-mucosa oral. La zona cutáneo-mucosa glútea, uro-excrementicia, unida a la zona genital, constituye la zona erógena anal. Boca y ano son lugares de toma de contacto y de ruptura de contacto, en los límites del cuerpo propio, con motivo del apaciguamiento reiterado de las necesidades; relaciones de contacto y de ruptura con la madre-su pecho, con la madre-sus manos, obligatoriamente unida como lo está a las sensaciones erógenas de esas zonas de entrada y de salida del tubo digestivo, siendo pechos y manos a su vez, por ende, zonas erógenas primordiales, cuyo funcionamiento se relaciona con la fragmentación del objeto parcial tomado en boca o rechazado como desecho. Hay que comprender que, en la época de esas fases de organización oral y anal del niño deseante, dotado naturalmente de función simbólica, se elabora una estructura libidinal con potencialidades de lenguaje. La prepersonalidad del niño se forma en ella y se informa del mundo. Es con respecto a los *preobjetos parciales*, pechos, pezón, alimento, manos, heces, y con el *objeto total* que es la madre como gran masa portadora y perceptible a distancia, como el presujeto bebé, que muy pronto conoce su nombre y

responde a él por una atención muy particular, "se etiza" y "se estetiza". Invento a propósito estos verbos activos. Alimento y excremento, tener y hacer, en placer compartido con la madre nodriza, son las modalidades del verbo ser del presujeto, inseparables de su atributo que es la zona erógena de la madre (y viceversa), y al mismo tiempo las causas del funcionamiento del tubo digestivo, lugar de un sensorio peristáltico de sentido único, de la boca para tener y coger, al ano para hacer y dar. La masa corporal es confusamente el lugar de percepciones y sensaciones internas, con respecto a las percepciones y sensaciones de superficie de los tegumentos; ésta es en su polo oral lugar de olfato objetal parcial alimentario, de prensión, gustación, deglución; luego lugar de amasado estomacal y asimilación, hasta el final del tránsito intestinal, en que la producción y por último la expulsión objetal sólida o líquida en el polo anal suscitan nuevamente el olfato de manera específica. Todas estas sensaciones internas, ritmadas al principio y al final del proceso digestivo por la presencia de la madre, son reiterativas, en tanto que los momentos intermedios a los cuidados alimentarios y de aseo, momentos que el olfato permite discriminar, conjuntamente o no con el olor de la madre, son relevados por las tensiones del deseo de comunicar con el objeto total que es la madre, cuya mera presencia reconforta. Cuando esta presencia habla al niño sin aportación parcial de alimento, sin manipulación utilitaria ni cuidados de aseo excrementicio, esta madre que él escucha, que mira, se vuelve para él el placer sutil, alegría de la comunicación corazón con corazón. A todo lo largo de los días del bebé que se desarrolla, las sensaciones internas se etizan en "bueno-no bueno", que se simbolizan debido a una angustia o a una euforia conjuntas con la de la madre, en "bien-no bien", "bonitas deposiciones-no bonitas deposiciones"... Todas esas sensaciones que rodean el clima emocional del vivir, fuera de los propios procesos digestivos, se estetizan en bonito, bello-no bonito, feo; agradable-desagradable; con ella-solito. El tiempo se inviste en: espera, al rato, pronto. El espacio se inviste en: allí, no allí, salió, pasear, fuera, casa. El espacio se inviste cruzándose con el tiempo ritmado por las idas y venidas de la madre, del padre, las comidas, las defecaciones y micciones, el día y la noche. Se trata de pares primero antinómicos que poco a poco se matizarán con múltiples percepciones satélites, asociadas con las sonoridades de las palabras, con los timbres de las voces que las pronuncian. El

mundo se organiza en red de percepciones asociadas con presencias y, debido al lenguaje, con valores éticos y estéticos.

Ven ustedes cómo la fase oral es una fase de lenguaje y humanizante, aun antes de la actividad motriz, una fase que posibilita, con seguridad o no, según las modalidades de la manera de ser madre, las manifestaciones del deseo del niño. Cuando, gracias a su desarrollo neurológico, el bebé puede utilizar sus manos, éstas funcionan como relevo de la boca prensiva y de su esfínter, soltando y arrojando objetos si tiene algunos a su disposición, en tanto que su inteligencia y su sensibilidad, llegadas al servicio de la tactilidad, asimilan las percepciones de la realidad previsible. Todas estas experiencias son "atrapadas" en la estructura ética y estética anteriormente inaugurada a través de las palabras que, procedentes del adulto, conservadas en la memoria, engastan de palabras, de mímica y de gestos significantes sus objetos preferenciales elegidos, sus diversas actividades lúdicas solitarias o en intercambio con alguien.

El origen del lenguaje está, pues, en las actividades pasivas y activas del niño, combinadas con las percepciones emocionales que emanan de una madre multiplicadas por la mímica y las vocalizaciones, en las fases arcaicas del deseo en la oralidad y la analidad; épocas de asimilación del lenguaje, diría incluso de carnalización del lenguaje de las emociones, con relación a las percepciones del entorno así como a las sensaciones de la vida y del funcionamiento corporal, en el clima materno y familiar. Ciertos bebés, ciertos niños pueden sobrevivir en ausencia de intercambios de lenguaje fuera de los momentos de los cuidados, de alimento y de aseo; pero otros, cuyo deseo de intercambios se impone más, no soportan el *modus vivendi* que les es impuesto, la soledad demasiado grande en que son confinados; otros más no soportan la angustia o el destiempo que les inflige tal o cual madre o nodriza; y unos y otros lo manifiestan por trastornos somáticos. Por otra parte, hay niños que parecen acostumbrarse a todo y soportar, sin manifestaciones aparentes, la ausencia de intercambios simbólicos para su deseo y la pasividad solitaria a la que se ven reducidos. Tienen una expresión estereotipada, serios a todo, sonriendo a todo, o aullando más o menos, sin que se les preste atención. Son aparentemente bebés y niños con buena salud, que comen, digieren, hacen hermosas deposiciones y duermen, indiferentes al mundo exterior. Viven sin manifestar ya ningún deseo, comen lo que

sea, no molestan a nadie. No tienen ni asomo de deseo, ni atención a los rostros o a las percepciones nuevas que son prometedoras de haber o de hacer con el prójimo. La ausencia de respuesta que pronto admitieron y la ausencia de modulación de su placer dieron un triste fruto. No ver, no escuchar al prójimo; no jugar su deseo con ese prójimo que, simétricamente, no desea ni ver ni escuchar al niño ni jugar con él; el aislamiento de la cuna, el hecho de no ser tomado en los brazos del adulto que pasa, cuando al pasear al bebé lo iniciaría en el espacio: todas esas carencias de un deseo de prójimo cruzado con su deseo estructuran un sentimiento de abandono que se convierte, si el niño lo tolera sin manifestaciones de desarreglo somático, en un *modus vivendi* de aburrimiento latente, en que se siente seguro. Esta seguridad, que es indispensable para la supervivencia de un ser vivo y más aún de un humano, se vuelve para ese bebé sinónimo de su cuna, su caja de muñecas o su célula carcelaria, ritmada por sus vísceras a cuyas sensaciones únicamente está atento, porque condicionan (en forma de lenguaje para él, reducido como lo está a su cuerpo) el regreso de las comidas, y el cambio agradable de sus pañales. Su vida simbólica permanece larval, significada en sus relaciones con el prójimo por la boca y el ano, reducidos a sus necesidades, en tanto que los intercambios emocionales son reducidos al mínimo. Cuando, más tarde, adviene su maduración neurológica y muscular, de la que se valdrá tardíamente, todo para él será motivo de angustia: de devoración, de un hoyo donde caer, de fragmentación; todo movimiento de un prójimo o de sí mismo correrá el peligro de afectarlo en su seguridad existencial. Se dice que es un retrasado; en realidad, desarrolla calladamente una neurosis fóbica o, peor aún, una psicosis, que alerta tardíamente a los adultos, extrañados de ver un niño "formal" durante mucho tiempo mostrarse "inadaptado" a la vida en sociedad, al lenguaje, o aun a toda actividad corporal o manual lúdica, y sobre todo incapaz de intercambios con otra persona. Para este tipo de niños se inventó, a fin de segregarlos, el concepto de "infancia inadaptada". Se dice que así nacieron, que cada veinte minutos nace un niño inadaptado. Esto es falso. Fuera de escasos mutilados neurológicos de nacimiento, la mayoría de ellos se volvieron inadaptados a la sociedad debido a una ausencia de mediaciones simbólicas de su deseo durante la primera infancia. En bebés que sólo conocen una persona, su madre, y que

tienen con ella buenas relaciones, la ausencia prolongada de ésta, cualquiera que sea la razón, el hecho de perder esa única persona y el único lugar conocido con ella, la casa, hace que al quedar a cargo de otra persona pierdan toda su seguridad existencial y las facultades de intercambios ya adquiridas. Es como si la madre, único objeto conocido con el cual mantenían una relación de lenguaje y existencial, se hubiese ido junto con su humanización, llevándose con ella una parte de su imagen del cuerpo, a veces su boca, o su ano o su tubo digestivo, en resumen los lugares de mediación del deseo. Si la desaparición de la madre es demasiado larga, cuando regresa, el niño no la reconoce; puede inclusive tenerle miedo, lo cual la trauma a su vez. Con el tiempo, sus relaciones pueden reanudarse, pero en el psiquismo del niño siempre quedarán huellas de aquel trauma, huellas que lo vuelven ulteriormente hipersensible a cualquier ausencia, aun mínimas, de todos sus objetos de amor. Cuántos bebés y niñitos quedan así gravemente traumatizados por estancias en el hospital, cambios de nodrizas.

Toda rotura en el tiempo con respecto a las personas amadas, toda rotura en el espacio con respecto a los lugares de seguridad conocidos desde el nacimiento, pero sobre todo entre los tres meses y la edad de la marcha deliberada confirmada, es rotura del sensorio tranquilizador fundador para el narcisismo. Para el sensorio mínimo del niño, tiempo y espacio simbolizan su existencia cohesiva de individuo anónimo con buena salud física y de sujeto simbólico en intercambio de lenguaje. El niño se fija a ese espacio-tiempo humanizado por el vínculo de convivencia que concilia su deseo con la presencia conocida; y el trauma, diferente según cada niño, es decreativo, sea de su salud, sea de su psiquismo, sea de su cohesión dinámicamente articulada. Si hay psicosis, la salud física del niño es casi siempre perfecta. Si hay neurosis, cuerpo y psiquismo son más o menos alterados en su funcionamiento o en su potencialidad.

¡Cuántos pediatras y padres son insensibles a la ausencia de vida simbólica y de lenguaje de los lactantes, que son tratados como paquetes que carecen de la inteligencia de las palabras! ¡Cuántos niñitos existen a los que no se les explican las razones que imponen tal o cual sufrimiento psíquico que sienten, y que es imposible evitarles! Así, dejándolo a merced de las pruebas fatales de la existencia (cambios de nodriza, estancias en el hospital), sin hablarle al niño acerca de ello o aun enga-

ñándolo con palabras falaces, se deja que se organicen en un presujeto cuyo deseo se encuentra desamparado y sin mediaciones, procesos decreativos, trastornos de adaptación que surgen mucho más tarde y que habrían podido evitarse.

Algunas madres atentas se inquietan con mucha razón; se les responde: "El niño come, bebe, duerme, ¿qué más quiere, señora? ¿Está nervioso? Dele calmantes. ¿No quiere comer? Oblíguelo. Enójese." Después de todo, ¿por qué no? Cuando un reloj no funciona, se lo sacude, pero es muy raro que eso baste. En todo caso, para un niño que traduce el malestar de vivir, eso no basta. Necesita comprensión y palabras verídicas, dichas a su persona si no habla, intercambiadas con él si habla; palabras relativas al sentido de su sufrimiento. El acceso a la simbolización de su deseo se vuelve entonces posible más allá de una prueba nombrada y reconocida, en la seguridad recuperada de la creatividad de lenguaje compartida con otra persona. Es preciso que su deseo pueda reencontrar el camino de la comunicación, realizarse expresándose para un prójimo que esté atento a su persona.

Los descubrimientos recientes del psicoanálisis han permitido estudiar la vida simbólica del deseo en el lactante y en el niño, completamente sometidos a las relaciones con su madre, el cónyuge de ésta y sus sustitutos tutelares, así como al espacio de vida que esas personas le garantizan. Esa época arcaica de la vida de los adultos, donde Freud situó el origen de los trastornos neuróticos, puede ser estudiada ahora por la observación en el momento mismo en que se vive, tanto en los bebés como en el niño más grande. Cuando un niño manifiesta trastornos, la historia de su pequeña infancia aún próxima, si se puede conocerla, permite encontrar los momentos determinantes de las fallas de la simbolización del deseo o de los traumas emocionales precoces cuyo único testigo es la angustia. Esa época infantil del ser humano resulta ser aquella donde se arraigan salud, inteligencia y sensibilidad potenciales, unidas al esbozo arcaico de las modalidades del deseo y de las trampas con las que éste se topa —desde las etapas oral y anal, ya de lenguaje y ya morales, porque conciernen al ser, al haber y al hacer.

El hombre o la mujer en devenir que es todo niño, encuentra, en cuanto a la genitalidad, un primer estatuto de valor moral y social hacia los tres años de edad, con el conocimiento claro de sus órganos genitales y del deseo por el cual sus pul-

siones focalizan en ellos interés y búsqueda del placer: las palabras de los adultos como respuesta a ese interés humanizan ese deseo con respecto a los seres humanos de ambos sexos. Es en ese momento cuando entrará en la fase edípica.

Es indispensable que les hable del término *castración* tan empleado en psicoanálisis. En el lenguaje no psicoanalítico, eso significa una mutilación de las glándulas sexuales, que provoca la esterilidad física. *En psicoanálisis, el término significa una prohibición del deseo con respecto a ciertas modalidades de obtención de placer, prohibición cuyo efecto es armonizar y promover, tanto al deseante así integrado en la ley que lo humaniza, como al deseo al cual dicha prohibición abre paso hacia goces mayores.* Ahora bien, como el deseo, como ustedes saben, existe desde el origen, pero está focalizado en las zonas erógenas orales y anales del cuerpo, en psicoanálisis hablamos de castraciones oral y anal. ¿Qué queremos decir? No se trata de mutilaciones sino, en ciertas modalidades de la realización del deseo, de prohibiciones con efecto "simbolígeno", palabra que no está en el diccionario pero que debería estar. Tales prohibiciones apuntan a lo que sería nocivo, a corto o a largo plazo, para el sujeto y para los demás. Todo ser humano está movido inconscientemente por el deseo de crecer y de evolucionar. "Allí donde estás, quiero yo llegar", tal es su modo inconsciente de relación con el adulto. Sí, responde la realidad, representada por los padres educadores, pero con la condición de que te desprendas del placer en el que te complaces, para descubrir el placer que está destinado a quien serás, y del que yo, tu padre o tu madre, soy el garante; y sólo podrás llegar hasta él si renuncias a tu seguridad actual, la que debes al placer conocido. El deseo, en la medida en que humaniza, implica siempre el riesgo como condición de acceso; es un juego en el que quien pierde gana, parece afirmar el educador. Por desgracia, a veces el que pierde no gana; o también quien gana se encuentra fuera del juego, privado de compañero. Ahora bien, la vida exige que el intercambio continúe, que el juego conserve su sal, y el jugador el gusto de jugar y la esperanza de ganar: que el jugador conserve el poder de una apuesta y, si ha ganado, que esa ganancia no lo aisle del juego, que pueda nuevamente arriesgar su haber por un nuevo devenir más prometedor.

Hay numerosas restricciones al deseo en el humano civili-

zado. Las restricciones varían según las educaciones. Pero en todos los humanos hay momentos de mutación para las modalidades del deseo: es lo que en psicoanálisis se llama castraciones. Al sobrevenir en el momento oportuno del desarrollo, su efecto suscita el despuntar de las sublimaciones del deseo.

El nacimiento puede ser considerado como la primera castración. Hay cesura del cordón umbilical. Hay separación irreversible primordial del feto y de sus envolturas placentarias. En el seno de la madre, el deseo —ya presente— hallaba satisfacciones suficientes para seguir viviendo. Después de la revolución del nacimiento, el deseo del feto se transforma en deseo del lactante amamantado. Pasa por todo lo que describí referente a la etapa oral, primero pasiva, luego activa a medida del desarrollo neurológico del esquema corporal y de la motricidad. Hasta el destete, el deseo del niño, primero confundido con sus necesidades, se distingue más o menos de éstas según las cualidades de los intercambios que tenga con la madre como ya lo mostré.

El destete es la castración oral, y es simbolígeno cuando el lactante, a quien ahora se le prohíbe rigurosamente el deseo del pecho de la madre, por una parte se desarrolla físicamente aún mejor gracias a su nueva alimentación, por otra parte posee ya bastantes elementos gozosos sutiles y de lenguaje en el intercambio con su madre. Por lo tanto, esa prohibición de cuerpo a cuerpo fructifica simbólicamente y una relación todavía mejor con su imagen adulta, representada a los ojos del niño por su madre, suscita la elaboración de un verdadero lenguaje cifrado con ella, y humaniza sus intercambios emocionales. El destete es, por el contrario, traumático para el deseo, si la supresión de ese cuerpo a cuerpo rompe las relaciones de lenguaje y el placer de comunicar con la madre, objetos de los instintos del deseo del niño. Pues para que dichos instintos puedan sublimarse, es preciso que esa prohibición de coaptación de la zona oral con el objeto parcial materno permita al deseo fijado en la zona oral una relación de lenguaje acompañada de placer que cobra cada vez mayor valor. El niño se descubre deseante en un cuerpo separado del cuerpo de su madre, con la cual la comunicación es recurso para su existencia y atracción para su ser que se vuelve autónomo frente a ella; ninguna parte de su madre le pertenece ya, pero puede aprehenderla en su totalidad conmovedora: el habla se organiza.

La castración anal es la separación de la madre en cuanto a la dependencia de las necesidades excrementicias, luego el final del cuerpo con cuerpo ligado a la asistencia manual de la madre en todo lo tocante a vestir, asear, mantener el cuerpo, la satisfacción de las necesidades así como de los placeres corporales. La sublimación del deseo anal que deriva de ello, es el hacer industrioso y lúdico, de lenguaje y cultural, placer compartido tanto con la madre como con otra persona. La castración anal pasa por un momento nodal que Lacan fue el primero en evidenciar: es la prueba del espejo. En efecto, hasta que se ve en el espejo y cobra conciencia de que la imagen escópica es efectivamente la que ofrece a la vista, con los límites visibles y palpables de su cuerpo propio, tal como en él se refleja, el niño ignora que tiene esa apariencia y ese rostro. Cosa curiosa pero cierta, se sentía un rostro mimético de aquel con el que su deseo estaba acorde; en cuanto a su cuerpo, lo sentía mimético también de aquel con quien deseaba identificarse. Los espejos son las trampas del deseo del niño, y quizá de toda nuestra vida de civilizados, pues obligan al niño, las primeras veces que los descubre, a conocer el aspecto que ofrece a la vista, el de un pequeño extraño, desconocido para él, aparecido en su campo de visión de manera mágica y con el cual no puede haber intercambios. Cuando el niño se deja engañar por la trampa de su aspecto en el espejo, puede quedar fascinado por tal descubrimiento y, sobre todo si carece de compañeros de su edad, quedar absorto en la contemplación de su imagen, como ilusión de la presencia ajena. El menor peligro del espejo es, además de suscitar en el niño muecas que lo divierten o lo asustan, incitarlo por autosedución a descubrir los artificios engañosos de los gestos faciales voluntarios. Puede dedicarse a ensayar, como un actor, las expresiones que ofrece a la vista, para ocultar lo que desea, a fin de manipular al prójimo, en vez de ser auténtico en lo que siente y expresarlo. Así, su deseo puede alienarse en una mascarada para el prójimo (o para sí mismo que, en el espejo, se vuelve testigo de sus actitudes, de sus gestos aparentes), a expensas de lo que siente y experimenta auténticamente en el contacto interpersonal. Esta mistificación del deseo, por instintos escópicos que se vuelven gozosos a través de la autoadmiraación o la autocrítica de la apariencia que se ofrece a la vista, desempeña un gran papel en nuestra sociedad y aliena nuestro narcisismo sometiendo lo que nosotros mismos, o el otro junto con noso-

tros, experimentamos y sentimos, a la primacía de valores aparentes, "normalizadores". Esta apariencia destinada a manipular a los demás concierne a la clase social o al papel, pero una vez que se vuelve valor social coarta en muchos la originalidad auténtica de la sensibilidad, la espontaneidad de su modo reaccional y de la revelación de su deseo, incapacitándolos para comunicar e intercambiar con el deseo ajeno: los valores de mascaradas espectaculares se han convertido —cuando en realidad no son sino máscaras— en el medio de hacerse admitir en sociedad. Pero volvamos al niño. Si la experiencia del espejo es superada por él, sin que haya caído en la trampa, su intervención es como una castración simbolígena; pues separó al niño de su ilusión de ser co-corporal hasta la confusión con su madre o cualquier otro objeto deseado. Le confiere su identidad por la perennidad de su rostro incambiable. Es la primera separación entre la realidad y lo imaginario, lo posible y lo imposible; habrá muchas más, pero ésta es la primera que afecta a su persona, habiéndole revelado la apariencia individuada en el espacio, bajo el aspecto de un niño.

En el caso en que el niño superó la sorpresa de no encontrar otro niño vivo y la de descubrir cuál es el aspecto de su persona para los demás, la experiencia del espejo le permite adquirir una autonomía hasta entonces imposible, pues se ha descubierto en su totalidad íntegra, y hasta en ausencia de toda compañía. El niño se descubre disociable de la auxiliadora necesaria que, hasta entonces, era indispensable para que tuviera un sentimiento de completud. Este efecto promovedor y liberador sólo puede advenir si la madre, por su parte, apoya la autonomía del niño para con ella, y por sus palabras no valoriza más el aspecto (la imagen de la persona del niño tal como puede observarla en el espejo) que la persona del niño en situación de intercambios con ella y con otros.

Preparado por el testimonio de su cuerpo, tal como el espejo se lo ofreció, y atento en adelante a los valores éticos y estéticos traducidos en lenguaje —valores que ponen en tela de juicio todas las modalidades de sus percepciones, de su ser, de su haber y de su hacer, modalidades globales en su primera edad y que ahora son buscadas en la observación de los detalles—, el niño, hacia los tres años de edad, se percata de la diferencia sexual, diferencia que primero no percibe como tal. La cree diferencia funcional urinaria. Para él, niñas y niños se caracterizan por su manera diferente de hacer pipí. Pero debido a los valores

antinómicos a los que está acostumbrado desde la infancia, surge también la pregunta de lo bello, del bien, del porqué, y del "para qué sirve": pregunta referente a la forma de sus genitales, por el hecho de haber observado una forma diferente en otros niños. Para el niño, claro está, el pene es su triunfo en el juego del deseo porque ha descubierto el placer que le procura la masturbación. Para él, las niñas no tienen "nada". Para las niñas, que se creían con razón perfectamente enteras y bien constituidas, el descubrimiento del pene en los niños les parece un disfavor, se plantean la pregunta del porqué. Gracias a esta castración imaginaria, las niñas, ya planteen o no a alguien la pregunta del porqué de su falta de pene, se vuelven rápidamente más sagaces y curiosas que los niños; y tratan de compensar esta menor beldad por la coquetería de su vestido, por la seducción de sus gestos, en vista de que la seducción falta a su sexo, al menos en su inocente opinión. Desarrollan las potencialidades del deseo femenino, que aún se ignora, sobre todos los valores estéticos del rostro y de un comportamiento gestual bello. Los niños, por su parte, temen una privación mágica o una mutilación eventual a semejanza de la que ven en las niñas, y atribuyen un valor menor a éstas: no son bellas; y por poco que escuchen desaprobar su juicio, se angustian temiendo que les suceda semejante desaparición y mutilación peniana; sea en nombre de la belleza, valor que desean conservar y conquistar aún más, pero no a costa de perder el pene, sea en nombre de un disfavor o de un castigo al que suponen que las niñas se han expuesto.

Esos niños viven lo que se llama en psicoanálisis la *castración primaria, que no es sino imaginaria*. Aunque imaginaria (pues nada les falta: se trata muy exactamente de un descubrimiento de la realidad), esta castración primaria va a ser una palanca para su desarrollo simbólico o, por el contrario, un freno, según que el adulto les diga o no palabras verdaderas relativas a la existencia y el papel de la diferencia sexual. Cada niño necesita, hacia los tres años, el conocimiento claro de sus órganos genitales y la justificación por palabras de los efectos sensitivos de las emociones que percibe en ellos: emociones que constituyen el valor de un ser humano, si es educado para dominarlas, para valerse de ellas según la ley de los individuos de su sexo. Su visión de sí mismo y de los demás puede falsearse o no, según lo que sean los decires de los adultos, por el descubrimiento de sus órganos genitales, del deseo y del

placer que atraen su interés hacia ellos y su observación tanto en sí mismo como en otros. Como todavía se encuentra muy cerca de los intereses lúdicos relativos a sus necesidades excrementicias y los intercambios emocionales con el adulto tocantes a la adquisición de su dominio considerado como valor promovedor, corre peligro de abarcar todo lo perteneciente a la región sexual genital como si formara parte de lo que aprehendía en la educación esfinteriana como suciedad, no válido con respecto al prójimo. Por ello, un conocimiento claro, expresado por palabras verdaderas, de la diferencia sexual, y de su propio destino futuro en el papel del hombre o de la mujer complementariamente genitores en el seno de la sociedad, es indispensable en aquel momento para su inteligencia. A falta de tales palabras, los efectos sensitivos que percibe en la región sexual genital le parecen extraños, y el placer que percibe en ella, la inteligencia que de ella quiere tener le parece una emoción degradante, que puede vincular para toda la vida la sexualidad genital con la vergüenza, en vez de iniciar al niño en el sentido de lo que será como persona destinada, al llegar la madurez, a dar la vida como le fue dada a él: por aquel de sus genitores que era portador del mismo sexo que él, gracias al encuentro con el genitor de sexo complementario que había escogido.

Para salir de la trampa de su deseo, los niños varones necesitan palabras tranquilizadoras de su padre; y sobre todo, palabras que les expliquen las erecciones que les están planteando un problema. En efecto, hay antinomia entre la voluptuosidad sentida en el nivel del sexo y el funcionamiento urinario al que lo creen exclusivamente destinado. Hasta los veinticinco o treinta meses, los niños orinan en erección o no, y de pronto la emisión de orina en erección se vuelve imposible. Esta frustración es tanto más inquietante cuanto que las madres, viendo al niño tocarse el sexo, cualquiera que sea la razón, le aconsejan que vaya a hacer pipí; lo que precisamente no le es posible. Así, el sexo masculino está confusamente coordinado en la imaginación, por su pasado, con la emisión apaciguadora de las tensiones urinarias, pero también lo está en la intuición confusa del porvenir espermico. Sin explicaciones claras en cuanto a la genitalidad, la validez del deseo y (el "para qué sirve") lo que es el destino de la paternidad (dicho de otro modo, debe ser instruido acerca de las premisas de fertilidad contenidas en su escroto), el niño embrolla todas sus ideas

y es marcado por la angustia. La enuresis, muy frecuente en los niños y rara en las niñas, es uno de los síntomas de la represión inconsciente del deseo en la vida diurna de un niño, que debido a que su deseo está entrampado no puede ingresar verdaderamente en el orgullo narcisizante y tranquilizador de su sexo, con su valor estético y erótico indudable, a semejanza, en particular, del modelo conocido que es para él su padre o el compañero elegido del deseo de su madre: lo cual lo conduciría, dos o tres años después, al complejo de Edipo y a la *castración secundaria o edipiana, nacimiento humanizante de su deseo genital en sociedad que es la ley de la prohibición del incesto*. Antes de ello, el niño descubre, si se interesa por las cosas del sexo, que son las mujeres las que "hacen a los bebés", como dicen los niños. Saber que a su hermana y a las niñas la vida les depara esta prerrogativa es para todo niño el momento de la castración primaria genital efectiva, imaginaria pero realmente desvalorizadora, mientras que la eventualidad de mutilación peniana no era sino fantaseada. ¿Cómo, las niñas y las mujeres son las únicas en poder producir esas cacas mágicas que son los bebés? ¡Qué asqueroso y maravilloso! Y además tendrá que enterarse de que su madre, su reina, su diosa, no es una excepción entre las mujeres: niña como las demás, convertida en adulta, ¡no tiene pene! ¡Él que creía que tenía tres! Pues en su cabecita, si se ha entregado a reflexiones sobre las cosas de la vida, cree que los pechos son penes particulares: ¿acaso las vacas no tienen cuatro?

En cuanto a las niñas, que ya habían superado el disfavor de no tener el triunfo peniano, se enteran por la observación de que las madres tienen una panzota antes de tener un bebé y que luego lo amamantan. Han preguntado si serán como las mamás más tarde, y han recibido una respuesta tranquilizadora. Si las niñas no reciben esclarecimientos sobre la realidad anatómica de su sexo, sobre un deseo y una genitalidad cuya fecundidad no es asunto de tubo digestivo, ni de partenogénesis (y aun si se da esta explicación, o se la deja imaginar), ¡qué plusvalor se otorga entonces al poder fálico de volverse mamás de bebés, de bebés sólo de ellas! ¡Qué plusvalor imaginario se atribuye, a falta de pene, a esa función parturienta futura, concebida por ellas como oral y anal! "Somos nosotras las que hacemos los bebés, ajá, y los niños, los papás, trabajan, y somos nosotras las mamás" (pues esposa y madre son confundidas, sobre todo en las familias en que los padres se dirigen uno a

otro con los vocablos papá y mamá), y "son nuestros los bebés". Muchas mujeres adultas nunca salieron de esta valorización funcional, parturienta, de su genitud, y, de hecho, nunca salieron tampoco de la homosexualidad de su deseo, que en la edad adulta sigue fijado en su madre, o de la heterosexualidad de su deseo fijado en su propio padre. Tales mujeres son ex niñas que permanecieron en la ignorancia prolongada del valor del sexo, en la ambigüedad del deseo oral, anal y de la necesidad adjunta de dar a luz, confundida con la dependencia de la mujer al hombre, para "tener" hijos según la ley y "poder" asumirlos pecuniariamente. Al quedar sin iniciarse en lo que son la existencia y el valor del deseo femenino y su dominio, tampoco fueron iniciadas en la ley de la prohibición del incesto, un incesto que desearon sin saberlo y que vivieron durante toda su vida de manera camuflada, ambigua, mimosa, amorosas o agresivas, decepcionadas de su padre —que, a su vez, se fijará por una reciprocidad otorgada, cariñoso u hostil con su hija, a la que evitó despabilar—, a menos que sea de su madre de la que hayan permanecido infantilmente dependientes de manera ambivalente. Su deseo genital se topó, a veces durante sus primeras curiosidades, con la prohibición del placer masturbatorio; otras veces ni siquiera. Son, para el deseo, mudas y sordas a su sexo, y frías con los hombres en el plano del erotismo genital.

Ven ustedes hasta qué punto los dados están cargados y son cargables a todo lo largo de la infancia; lo cual tendrá consecuencias en la adolescencia y más aún en la edad adulta, en la maternidad y la paternidad. En cuanto a las cartas, con el Edipo aparece ya el falso valor del triunfo imaginario que es el pene uretral para el niño, cuyo goce del funcionamiento emisivo, descubierto espermico en la pubertad, puede ignorar siempre la electividad de la relación de amor simbólico por una compañera elegida. Hay el falso valor del triunfo imaginario que es la fecundidad digestiva para la niña que puede, al disfrutar de su poder materno, ignorar durante toda su vida el deseo y el orgasmo en el intercambio de amor. También existe, para las niñas, la posibilidad de llevar una vida social adaptada al trabajo y fecunda, pero inmadura e irresponsable, porque han conservado el juego de naipes de su infancia en que reyes y reinas siguen teniendo los rostros de sus padres. Son madres abusivas o negligentes, incapaces de guiar a sus hijos hacia la adquisición de un deseo autónomo y responsable. Son

mujeres frustradas y frustrantes. Si los niños permanecen fijados al valor narcisista uretral del pene para sí mismos y para transferir su exhibición narcisista sobre un talento o sobre las armas, puede conservar, quedándose con el juego de naipes de su infancia, sobre todo si su padre no es el objeto de deseo de su madre, el lugar preferencial en el amor por esa madre de la que siguen siendo dependientes, y jugar su sexualidad genital en deseos homosexuales; deseos a veces más o menos disimulados ante la sociedad, en cuyo caso el hombre toma una esposa utilitaria, esclava y parturienta de vástagos sin amor, para desgracia de los hijos, pues se trata de padres genitores sin ser padres simbólicos. Rivales de sus hijos que crecen, desalientan sus deseos de valorización personal en sociedad, se muestran celosos de su éxito, y culpabilizan el deseo que los insta a asumir su propia responsabilidad liberándose de una agobiante tutela, cautelosamente ambigua o agresivamente despreciativa para con el adolescente.

Admitamos que los niños han sido advertidos a tiempo del valor complementario, en el deseo y en el amor, del sexo masculino y del sexo femenino por padres que asumen su deseo, se aman y se estiman; los niños de ambos sexos se enfrentan entonces al *conflicto edipiano*. Pero sepan ustedes que, para ello, es necesario que los otros dos polos edipianos, que son constituyentes para cada niño de la triangulación estructurante de su deseo, sean desempeñados uno por una madre que desea a los hombres, y en particular al padre del niño (que en todo caso no desvalorice a ese hombre si, después de haberlo deseado, cambió de compañero) y el otro por un padre que, en la rivalidad taimada de sus hijas para con su mujer, nunca las deje suponer que ellas son, para él, más seductoras que su madre. La prohibición del incesto entre hijos y padres, entre niñas y niños de una fratría, siempre es significativa más o menos explícitamente a los niños de todas las sociedades. Siempre es significada sin contradicción de comportamiento cuando los padres, por su parte, han castrado efectivamente su deseo incestuoso homo o heterosexual, tanto para con sus propios genitores como para con sus hijos. Los niños son finos observadores, y sobre todo tratan de evitar el dolor de tener que renunciar totalmente al placer suscitado, a todo lo largo de su infancia, por la promoción de su deseo en la imaginación y por la esperanza de conquistar la estatura de adulto, para vivir maritalmente con el genitor de sexo

complementario y tener hijos con él. Este proyecto de todos los pequeños es la palanca de su desarrollo. Ahora bien, resulta en adelante que esas primeras personas tan amadas y tan deseadas les son prohibidas, cuando les llega el conocimiento claro de la sexualidad genital. Cuando están en edad de mostrarse y de sentirse "una personita", como dicen, resulta que tienen que admitir, el niño que mamá nunca será su esposa, ¡que nunca será el padre de sus hijos! ¡No es cierto! ¡no es justo! ¡Y la niña que papá no se casará con ella; por más que espere toda niñita y por más que haga para seducirlo y agradarlo, él no tiene deseo por su hija, y no será el papá de sus bebés como ella imaginaba que lo era de sus muñecas! Tal es la angustia de castración con la cual se topa el deseo de los niños de entre cinco y siete años, cuando a los tres años entraron en el orgullo de su sexo.

La *castración edipiana* es una gran prueba, y para comprender todo su alcance hay que haber visto, como yo, a niños hasta entonces sanos decaer o sufrir crisis que parecen neurosis a sus familiares; podrían, en efecto, dejar una herida narcisista para toda la vida, si unas palabras claras relativas a la ley universal que rige la sexualidad en sociedad y otorga valor al deseo y al placer genital lícito, fuera de la familia, no sacan a tiempo al niño de siete a nueve años del estado de impotencia simbólica ligado a una castración no dada, o mal integrada, incluso desbaratada por juegos seductores carnales en familia, generadora de trastornos psicológicos y a veces somáticos en cadena.

Bien integrada, en la conciencia clara y hasta en las imaginaciones eróticas, la castración edipiana superada abre a los niños el derecho al orgullo de su genitalidad futura, de la cual la nubilidad les conferirá en su cuerpo las pruebas de que son, de derecho, los iguales de sus padres para con la ley social en cuanto al deseo y al placer sexuales. La vida imaginaria se desbloquea, se abre la inteligencia de las cosas de la cultura, se abre a las curiosidades simbólicas surgidas del deseo incestuoso castrado: el niño en fase de latencia, o sea, de los siete a los ocho años (la edad del juicio), hace fructificar la sublimación de su deseo en una utilización creadora y cultural de las pulsiones libidinales de todas las fases. Descubre las amistades extrafamiliares, tiene por sus padres un amor prudente y casto, tanto más confiado cuanto que los padres le infunden seguridad y lo alientan en sus dificultades en sociedad, que no hieren nunca su narcisismo y que puede contar, tanto el niño

como la niña, con la discreción del padre a quien se confía, con respecto al otro.

El niño en *fase de latencia, después de la castración edipiana*, es decir, la renuncia al deseo incestuoso, se desarrolla tanto más armoniosamente cuanto que las cuestiones de todo tipo sobre la realidad, que trata de conocer, son debidamente ofrecidas a su curiosidad por sus padres, sus maestros o los libros; y que su vida imaginaria lúdica, industrial y sus afinidades afectivas son respetadas por sus padres. Pero, como ustedes saben, los niños son fácilmente explotables por adultos perversos, que quieren arrogarse derechos sobre su cuerpo, cuando no sobre su conciencia. Y en el juego del deseo, la caperucita roja, niño o niña, puede encontrarse con lobos. Ésta es la razón por la que los niños deben ser esclarecidos acerca de sus derechos para con los adultos que abusen de los suyos, padres o maestros; se les debe despertar muy pronto la conciencia de la sexualidad perversa de los adultos, a fin de que se sepan, de acuerdo con la ley, con el derecho de no ceder, cómplices traumatizados, a unos irresponsables, aunque fuesen éstos sus padres o sus familiares, que siempre acompañan su comportamiento perverso de amenazas aterradoras para el niño que se atreviere a hablar con una tercera persona.

Los juegos sexuales entre niños y adolescentes de edad vecina a la suya, siempre que no sean sus hermanos o hermanas (después del Edipo), no presentan ningún peligro físico ni moral para ellos, contrariamente a lo que creen unos adultos que quieren inculcarles sentimientos de culpabilidad. Por el contrario, los juegos sexuales con adultos educadores, sobre los cuales ha transferido el niño su deseo homo o heterosexual, su estima y su admiración, son para ciertos niños tan perturbadores, seductores o vergonzosos, que su narcisismo puede quedar bloqueado para toda la vida si no son liberados a tiempo de los sentimientos de culpabilidad neurótica que conservan de ellos. La adolescencia es el período en que la actitud ansiosa o protectora de los padres es más perturbadora. En aquel momento, más valdría a menudo que los padres se hicieran ayudar a sí mismos en vez de inquietarse de los inevitables síntomas caracteriales del niño para con ellos, si su adolescencia se desarrolla bien. La adolescencia es como un parto que no hay que retrasar. El adolescente siente la necesidad absoluta de liberarse

de la influencia y del medio familiar que debe respetar sin crítica esa labor de desprendimiento.<sup>1</sup>

La masturbación solitaria o con compañeros no tiene ninguna importancia nociva ulterior, si no es culpabilizada. Por ello, en vista de que siempre lo es por el propio sujeto, los adultos deben afirmar su inocuidad. Es un remedio para salir del paso, es cierto, pero el erotismo masturbatorio, u homosexual, en ausencia de encuentros heterosexuales, es un mal menor que la culpabilidad ante la actividad erótica y la represión de la actividad sexual. Ustedes saben, en cambio, hasta qué punto los "consentidos" de los profesores son molestados y a veces segregados por los demás; se ven obligados a defenderse por una exacerbación de su narcisismo. ¡Cuántas trampas al deseo!

Y no hablo de la trampa de la religión, en cuyo nombre ciertos adultos culpabilizan a los niños de sus deseos y de sus placeres, mezclando la mística con el aliento o la incitación a confundir a Dios con un padre castrador mutilador, no simbólico; lo cual desarrolla en esos niños una conciencia infeliz, basada en la prohibición de gozar de los placeres de su edad, y puede llevar a otros al masoquismo, que esteriliza la espiritualidad incluida en el adolescente en el sentimiento religioso.

*Al llegar la nubilidad*, van a surgir masivamente los obstáculos al deseo que no fueron suprimidos por la prohibición del incesto, liberadora del deseo para con todos los objetos no familiares: sobre todo si unos padres torpes se convierten en mirones de las emociones sexuales y/o amorosas de los adolescentes para inquietarlos o criticarlos, y si los jovencitos y las jovencitas no son claramente advertidos de las cosas del sexo, de la procreación, de las modalidades de la fecundidad y de las maneras de evitarla. En vez de vigilancia, lo que necesitan los y las adolescentes es libertad y desculpabilización por sus errores, para que su deseo nuevo, expuesto al deseo ajeno, los lleve a confiar en sí mismos. Lo que necesitan es apoyo moral discreto en sus momentos de repliegue y de pruebas. Es muy nocivo para el futuro, fuera de muy raras excepciones, que los padres sean confidentes de sus hijos adolescentes, pues el joven o la joven podrían recaer en una regresión infantilizante. Los jóvenes necesitan hablar con otros, y todas las facilidades para frecuentar a otras

<sup>1</sup> Cualquiera que sea, como para un parto, la inevitable inquietud que suscite.

personas en las actividades lúdicas, deportivas, culturales y artísticas, en las que los padres no deben inmiscuirse, son las mejores soluciones a esas dificultades de la adolescencia, inevitables y muy enriquecedoras para la experiencia de sí y del prójimo que el sujeto saca de ellas. *La intromisión de los padres en los liceos y colegios de sus hijos* me parece, pues, sumamente peligrosa para los jóvenes de más de doce años: ¡triste consecuencia de Mayo del 68!

En su deseo y su deber de individuación y de autonomía frente a la sociedad, los jóvenes, que la escolarización o la prohibición de trabajar, o el desempleo, dejan en dependencia pecuniaria y de hábitat para con sus padres hasta la adolescencia prolongada, están atrapados en la trampa. Algunos no pueden salir de ella más que arriesgando su deseo en actividades delincuentes o de toxicómanos, manera de huir, en un narcisismo exacerbado y la exaltación del peligro, de una vida sin responsabilidad y sin poder social ni creador, a la que se ven reducidos por la ley.

*La época de quince a veinte años* es la de la organización definitiva de la economía libidinal. El compromiso del deseo es apoyado por el narcisismo, anteriormente estructurado en el clima socioeducativo de la familia. El sujeto que quiere ser responsable debe experimentar el enfrentamiento a la sociedad, para ganar en él los medios de mantenerse solo, de liberarse totalmente de la dependencia pecuniaria y tutelar. Se trata de adquirir el dominio de las pulsiones sexuales de todos los niveles que la meta social apuntada reorganiza, y sobre todo el dominio de las pulsiones genitales, con miras a la obtención del poder en el trabajo, poder emocional casto en las amistades, poder seductor y genital al servicio de la conquista de objetos de amor. Así pueden establecerse vínculos sólidos, libremente consentidos, de compañerismo, castos o sexuales, en sociedad, fuera del orbe familiar.

Todo esto explica que esa época sea la de la aparición de *trastornos neuróticos pasajeros frecuentes* y a veces incluso duraderos, si la angustia del medio familiar agrava el sentimiento de fracaso debido a unos conflictos provenientes en el joven adulto o más bien el gran adolescente de un superyó aún arcaico, susceptible de inhibir los instintos genitales, que exigen del sujeto nuevos compromisos en que arriesgar su responsabilidad y salir del marco de su medio estrechamente familiar. Ese superyó se debe a la interiorización de una moral de prepúber,

agravada en nuestra sociedad por las dificultades efectivas para liberarse de la influencia de la familia y de las reacciones angustiadas de los padres. También es la época de la aparición de gustos nuevos, a veces pasajeros, de poder creador artístico, industrial, cultural. La *neurosis* puede aparecer debido a que en la realidad hay impedimento a las modalidades de creatividad deseadas: porque el deseo genital no encuentra salida, como tampoco el deseo de trabajo remunerado, ganando así de manera lícita con qué "salir". Salir, ir al encuentro de los otros y del mundo, es la palabra clave de la felicidad a esa edad. Muchos jóvenes, en el momento de la pubertad, aceptan diferir el desenlace de sus pulsiones genitales en encuentros sexuales; logran durante cierto tiempo utilizar las tensiones así mantenidas para sostener su ambición de tener éxito en la competencia de su clase de edad, con miras a obtener una promoción social. Para muchos de ellos, por desgracia, se trata de una trampa, donde dejan desarrollar un superyó neurótico. Si el éxito que ambicionan resulta en un fracaso relativo o completo, experimentan una herida narcisista de efecto siempre regresivo. Cada ser humano necesita una cantidad suficiente de placer, hay que apaciguar las tensiones del deseo y restablecer así el narcisismo. Ésta es la razón de la *delincuencia juvenil, desconocida o pública*, pues la regresión más próxima es la reactivación de las pulsiones pregenitales, sobre todo en los adolescentes mal socorridos en la comprensión de su prueba de fracaso por padres indiferentes o angustiados.

El superyó prepúber no estaba preparado para la oleada de pulsiones de la pubertad. Puede haber construido en la conciencia del joven o de la joven (particularmente en caso de Edipo mal resuelto en los padres, y por consiguiente en sus hijos, sobre todo si viven demasiado en contacto con esos padres angustiados) barreras inconscientes —supuestamente morales— a las pulsiones masturbatorias, porque son el desenlace de imaginaciones y de fantasías eróticas y, por la razón que sea, porque a los adolescentes les inspira vergüenza o despecho, o sentimientos neuróticos de culpabilidad frente a una realidad que dificulta los encuentros reales de jóvenes de ambos sexos. En tales encuentros, hallarían sosiego a sus tensiones en contacto con iguales, relativizarían sus problemas personales descubriendo en otros problemas vecinos, y sobre todo la alegría de los grupos de amigos; pero en vez de alentarlos, muchos padres se oponen a ello, agravando así la falta de confianza

en sí del joven que contiene a duras penas su impaciencia o se descompensa. Hay algo que parece contradictorio en la edad de la pubertad, luego de la adolescencia, entre, por un lado, la libertad total de la vida imaginaria y mental y, por otro, la adaptación de los actos a la realidad y al dominio en la ley, en el sentido social del término y no la ley parental. La libertad de la imaginación sólo es compatible con la realidad de esa edad si las fantasías pueden comunicarse al prójimo en simbolizaciones artísticas, literarias, industriales o científicas. Se trata de dominios técnicos de lenguaje, en el sentido amplio del término, de un lenguaje que pueda ser recibido y comprendido, aceptado, y que valorice el narcisismo del sujeto entre sus contemporáneos, a fin de que una parte del deseo sexual, el exhibicionismo seductor, se sublime de ese modo, y reditúe a su autor la consideración y el interés que facilitan sus conquistas sexuales en la realidad. También es la época de las "vocaciones", en las cuales se precipitan inconscientemente todas las pulsiones sexuales, a veces por un mecanismo de defensa contra pulsiones genitales no valorizadas en sí mismas; vocaciones que a veces acaparan tanta energía libidinal que justifican conscientemente para el sujeto el evitar la búsqueda de objetos amorosos y de ocasiones de encuentros sociales. Todos conocemos a jóvenes que se han confinado de ese modo en su cuarto, obteniendo a veces brillantes éxitos en sus estudios pero permaneciendo totalmente infantiles. El tiempo así perdido para los intercambios afectivos y sociales se paga caro más tarde en fracasos amorosos y familiares. Entre los quince y veinte años es cuando se organiza todo lo que en las pulsiones libidinales no puede, cualesquiera que sean los motivos de ello, conscientes o inconscientes, servir al propósito del cuerpo a cuerpo experiencial y que, además, por ser la edad del deseo genital, debe superar el mero placer narcisista que todavía podía bastar antes de la pubertad, asociada con proyectos imaginarios y con ensueños más o menos conscientemente masturbatorios, para enfrentarse en la realidad al encuentro del prójimo en sociedad. Las pulsiones del deseo, si se trata de deseo genital, suscitan la búsqueda de un placer por conquistar, focalizando todas las energías hacia una realización más allá del placer ya conocido. Despuntar irreversible en el sujeto del sentimiento de asumir su responsabilidad, y de asumirla arriesgándose. Por ello, después de los quince años, la masturbación es un placer irrisorio y no satisfactorio. Hay necesidad de superar lo conocido reite-

rativo, las alegrías prolongadas de la infancia y de la camaradería, necesidad de una superación de sí y del placer solitario, en resumen, llamada del amor, búsqueda de otro, también llamado —él o ella— a esa búsqueda. Hay que lograr encontrarlo, agradarse mutuamente y descubrir el placer del intercambio sexual, del goce de amar con confianza, encontrando cada vez un renuevo del placer vislumbrado o conocido. *El goce del deseo genital nunca es repetible*, el sujeto busca en ello una constante reafirmación de su seducción y un descubrimiento constantemente nuevo de sí mismo y del otro para que el deseo fructifique en intercambio creativo. Para cada miembro de la pareja, el acto físico es aparentemente el mismo en cuanto al lugar de la excitación que desata el placer; pero, al igual que nunca es la misma agua que pasa entre las riberas de un río, asimismo, para la dinámica emocional del goce en el encuentro sexual, lo desconocido, que cada goce quiere hacer descubrir, depende de la calidad de sensibilidad complementaria de la pareja y de los efectos —modificadores del poder renovador psicossomático— que cada quien experimenta después de los encuentros amorosos. Los encuentros que resultan sanamente duraderos, y que hacen desear a los participantes que se han escogido una camaradería más o menos prolongada, son aquellos en que cada uno de ellos se siente narcisistamente sostenido por el otro, en pos de ese poder renovado de superación de sí. Lo difícil es no experimentar una regresión uno por otro a situaciones de dependencia recíproca. Cada vez que está en juego el deseo genital auténtico, hay riesgo, pues el encuentro del compañero idóneo y duraderamente deseable es difícil. Existe el miedo del "qué dirán" social, pero siempre se trata a final de cuentas de un superyó neurótico proyectado en el prójimo; a menos que se trate de un pretexto falso de deseo genital, que la edad cívica del sujeto puede hacer creer al otro (o a sí mismo), y que no es de hecho sino un retorno regresivo a la seguridad: se trata entonces de no tener que arriesgar de nuevo una solución que se ha vuelto tan agobiante, ni nuevas búsquedas.

Así, de los quince a los veinte años, toda esa economía libidinal se organiza hacia la búsqueda del objeto de amor confiable y siempre nuevamente deseable, o sea, de aquel o de aquella con quien el vivir sobre el sentido renovado de placeres obtenidos y compartidos con él o con ella. Desde la castración edípiana, el niño, con su propio sexo, está completamente

perdido narcisistamente si otra no lo reconoce como deseable; la niña, con su propio sexo, está completamente perdida narcisistamente si otro no la reconoce como deseable. Es en el deseo compartido, la presencia y las satisfacciones mutuamente otorgadas, como el deseo, llegado a su nivel de genitalidad ejercida, puede encontrar un terreno favorable y suscitar el acabamiento de la evolución psicossomática que caracteriza al adulto con buena salud. Por supuesto, el papel de los ideales parentales y sociales de moda es preponderante en el inconsciente que informa la conciencia: acaso más aún cuando el individuo, por narcisismo, se las ingenia para luchar contra esa sugestibilidad y esa contaminación de pensamiento propio de los de su clase de edad y de grupo étnico, sugestibilidad que es específica del adolescente. Por una parte, está sometido a los ideales de moda y, por otra, quiere ser totalmente diferente de sus padre y madre, pues la angustia de castración edípiana vigila. Puede caer entonces en la trampa de la dependencia absoluta para con su objeto de amor, convertido más en un fetiche tranquilizador que en una persona por descubrir. El joven o la joven, engañados por un superyó de conformismo, se vuelven entonces con su pareja amiga una especie de tándem, de diada, igual que un pequeño con su madre o su padre, aunque estén en relación de edad y a veces de sexo complementaria.

Cuando se trata de amigos del mismo sexo, este *collage* suele ser casto; puede propiciar la homosexualidad pasajera, pero no es homosexual quien quiere; y esta etapa puede, por el contrario, liquidar definitivamente la homosexualidad narcisista de la prepubertad, prolongada más allá de la edad, haciéndoles descubrir a ambos sus desacuerdos ante las nuevas exigencias que se desarrollan, y su sensibilidad a la llamada del otro sexo, que implica el peligro de entrar en rivalidad con respecto al mismo objeto. Y es una tercera persona la que rompe finalmente este idilio narcisista. La posibilidad de que esta rivalidad se juegue en objetos de cultura, en vez de en la amenaza de castración o de violación, o en el rapto seductor de un objeto de deseo del otro sexo, hará justamente que esos adolescentes y jóvenes, que se han escogido para una amistad dual, se conviertan por la cooperación creativa en verdaderos amigos, en el sentido de una homosexualidad consciente o no, sublimada y duradera, en vez de seguir siendo rivales o de alejarse, rompiendo su amistad esa rivalidad.

Hay jóvenes que prefieren sacrificar conscientemente el deseo heterosexual por miedo al riesgo de perder la homosexualidad de amistad, cuyos placeres y alegrías conocen en una común sublimación cultural. Les parece que la amistad casta, acompañada de algunas aventuras sexuales sin consecuencias (para la higiene), salva en ellos lo más válido que tienen, "lo humano", con respecto a lo que tendrían de "animal" si se dejaran por un amor. Es un momento que se pagará caro más tarde, para algunos, en aquel otro momento, que llegará infaliblemente, cuando las pulsiones de muerte, siempre latentes, empiecen a prevalecer sobre las pulsiones de vida; quiero decir cuando sobrevenga la edad adulta fisiológica. La libertad del soltero tiene lados buenos, mientras haya juventud y amistad; pero se vuelve amarga cuando el hombre o la mujer se inclinan hacia la vejez.

¿Saben ustedes que veinticinco años es la edad del crecimiento acabado, la edad de la última osificación? Hay un momento estacionario entre los veinticinco y los treinta y cinco años, luego es el comienzo de la decadencia hacia la vejez. Ahora bien, en ese momento, y eso es absolutamente fatal, el individuo de la especie humana, que también es sujeto de su historia, es movido por un deseo que no conoce, un deseo inconsciente, provocado en él por el llamado de la muerte. No lo sabe, y sin embargo lo que en él lo sabe son las gónadas que quieren transmitir la vida. El hombre o la mujer empieza a tener "necesidad" de concebir un hijo. Y las ganas de fecundidad se imponen aun entre seres que no se aman ni desde el punto de vista afectivo, ni desde el punto de vista psicológico. En algunos, a partir de los veinticinco, treinta años, "aquello" habla, habla en el cuerpo, de un apareamiento cuyo fin inconsciente es la mera fecundidad. Es un momento peligroso para la cultura del sujeto, ya se trate de un hombre o de una mujer. Ese nuevo deseo inconsciente, independiente del amor por un compañero, es sumamente turbador, es el deseo apremiante de engendrar, cualesquiera que sean las condiciones de las relaciones de la pareja. Ese deseo todavía es imaginario: se trata, para el hombre, de tener un hijo, para la mujer, una hija; esto quiere decir tener una imagen de sí perenne con respecto a la imagen de sí juvenil cuyo ciclo toca a su fin. Pues bien, no es el momento de ser padre o de ser madre, en absoluto, porque es exclusivamente narcisista. Siempre lo será, me dirán ustedes. Eso es cierto siempre, más o menos. Pero en este caso se trata de un hijo

para uno mismo, y es una trampa terrible del deseo; pues si nace un niño en una pareja no estructurada para uno por el otro, aún más si la pareja vive en desacuerdo, y si trata de consolidarse por un hijo una pareja simbólicamente decepcionante para ambos, los padres se verán obligados a identificarse narcisistamente con su papel materno o paterno, y volverán a caer en la trampa del amor dependiente y posesivo con respecto al hijo, experimentando junto con él una regresión a su tierna infancia pregenital. Adulan y se pelean al niño, en vez de criarlo como un ser humano y permanecer a su nivel de genitalidad adulta, con seres de su propia clase de edad. Focalizan su libido que experimenta una regresión sobre el objeto —niño o niña— nacido de ellos; se vuelve su fetiche o, según la jerga grata a los psicoanalistas, el falo de mamá o de papá, o de los dos que se lo arrebatan. Esto es lo que sucede cuando los hijos han nacido demasiado pronto con respecto a la edad del deseo genital de padres aún inmaduros, o en una pareja no unida, hasta en el inconsciente, por su éxito tanto afectivo como sexual. Desgraciadamente, en el lenguaje corriente, esos niños son de los llamados hijos deseados; ahora bien, ¿no se dice acaso *urbi et orbi* que es una desgracia nacer no deseado? ¿De verdad? Todo depende de la calidad del deseo de los genitores uno por otro. ¿El hijo es el sustituto de un deseo y de un amor recíproco ausente, o el símbolo de la unión real de sus genitores? Ése es todo el problema. Es indudable que en el ser humano la función simbólica abarca todo, incluyendo la genitalidad carnal fecunda. *La función simbólica ligada a la procreación impone al ser humano que el hijo que se quiere concebir sea el del otro, su compañero libremente amado, y no un hijo de uno para uno, para uno solo, o a quien dejar su herencia después de su muerte, detestando a su cónyuge y a su familia.* Es uno de los momentos del encuentro de lo que llamamos la imagen del cuerpo que es lenguaje, y del esquema corporal que es el cuerpo. El cuerpo quiere dar a luz, ya se trate de un hombre o de una mujer; ¿pero la imagen del cuerpo está marcada y humanizada por la castración? Si es así, la madre psíquicamente sana ama a su hijo porque es del hombre que ella amó, un hombre de otra ascendencia que la suya; ha deseado concebir un hijo de aquel hombre, al que desea volver padre, y no de otro; el hombre, por su parte, quiere concebir un hijo porque es de aquella mujer, a la que ama, y con quien anhela tener una descendencia. Hoy día, con los

conocimientos científicos (pero siempre ha sido igual), se piensa en las características hereditarias de las dos ascendencias representadas por los dos cónyuges. Eso es lo que se dice; pero no es eso en absoluto. La edad auténticamente adulta de una pareja significa que uno o varios hijos son deseados y amados de antemano como representantes simbólicos de dos ascendencias que se han conjugado, a través de dos genitores acordados en el acto de amor procreador. Si hombres y mujeres esperaran ese momento para procrear, habría muchas menos de esas historias de posesividad y de regateo de niños que conocemos en los divorcios. Esos arrebatos, esos chantajes serían impensables si los genitores hubieran esperado la madurez de su libido genital, en su modo de pensar y de amor simbólico, en el momento de concebir a sus hijos. El divorcio es bastante concebible, y no es signo fatal de neurosis, cuando dos amantes ya no tienen nada que decirse, ni nada nuevo que descubrir juntos, o cuando se revela que la convivencia les es nociva; pero si los padres, como ocurre a menudo, se arrebatan mutuamente los hijos, esto prueba por su parte (su nivel de inteligencia no importa) una afectividad inmadura. Son incapaces de respetar la vida de sus hijos, a los que someten, durante su estructuración, cuando todavía son frágiles, a un estilo de amor posesivo, oral o anal, que nos muestra hasta qué punto nuestra civilización, tan ufana de su ciencia, es, en su conjunto, perversa: pues ésa es la palabra. Y la generación engendrada siempre es la que paga, por sus pruebas, la inmadurez y la perversión —por desgracia sostenida por las leyes— de las generaciones llamadas adultas. ¿Hay acaso un remedio? ¿El infantilismo de los humanos es el precio de su poder material? ¿La irresponsabilidad de cada uno, el precio de la demografía creciente? ¿Disfrutar de una posesividad sadomasoquista con respecto a los hijos, tan nociva para su desarrollo, es el único remedio de nuestra sociedad a las insatisfacciones de los amantes y a las impotencias de los padres?

Así, he bosquejado el cuadro del crecimiento del ser humano hasta el acabamiento de su madurez fisiológica y simbólica. ¡Han visto cuántas trampas preparadas, cuántas cartas marcadas en el juego del deseo, a todo lo largo de la evolución libidinal! ¡Qué difícil es vivir!

Admitamos que el sujeto, ya sea hombre o mujer, haya logrado salir de todas esas asechanzas y alcanzado un nivel de autonomía responsable, teniendo un grupo de amigos de ambos

sexos, conociendo los placeres y los sentimientos del deseo satisfecho, y gozando de ellos, conociendo acaso incluso el amor verdadero cuando logró unirse con un compañero o compañera realmente idóneo. Sigámoslos. Gozan de buena salud, a gusto en su grupo social. Deben trabajar para ganarse la vida, cubrir sus necesidades y deseos y al mismo tiempo seguir desarrollándose. Observen (reflexionen sobre ello a partir de sus propias vidas) cuánta energía libidinal hace falta para lograr trabajar, y por lo tanto cuántos retrasos para comunicar verdaderamente con quienes nos codeamos. ¿Cómo buscar satisfacción a los deseos físicos o psíquicos insatisfechos en la pareja? En el mejor de los casos, los jóvenes adultos se han armado más o menos contra la angustia, cuando su narcisismo es valorizado por el trabajo y luego por los intercambios amistosos. Es lo que les dije hace un momento. Soportar ser desvalorizado por un amigo, que le reprocha a uno preferir el amor a la amistad, es un problema que se le plantea al adolescente. Esos amigos que son rivales por una misma muchacha es un problema remanente del Edipo, pero también es un problema en la realidad. Salvo en caso de neurosis pre o posedipiana, la angustia de castración y la angustia de violación ya no existen en el adulto, joven o maduro; ni la de la muerte prematura (a pesar de los accidentes automovilísticos), salvo quizás en los momentos de revolución o de guerra. Semejantes angustias pueden existir; pero en todo caso la gente sabe que tiene bastante lenguaje para defenderse de esas angustias entre sí. Existe en nuestros días la angustia creciente de la falta de trabajo, del desempleo; impulsa a la libido a concentrarse en el desarrollo de la conciencia política: es un motor actual de madurez de las conciencias; no deja de ser un problema dramático para muchos adultos cargados de responsabilidades familiares. Pero hay una angustia contra la cual los seres humanos nunca están armados, cualquiera que sea su bienestar económico: es la angustia del deseo genital auténtico, y sobre todo la angustia de la muerte de quienes les son entrañables, más que la de su propia muerte que no es, a decir verdad, sino una fantasía narcisista. Cuando la tememos mucho, la muerte de los que nos son entrañables nos parece que no es una fantasía, puesto que a veces es previsible que suceda antes que la nuestra. Porque, como son reales, su muerte será real. Mientras que nosotros, nuestra propia muerte, es una fantasía. Claro está que moriremos, pero moriremos para los demás. Nosotros no lo sabremos. En cambio, no

sabemos cómo defenderlos y defendernos contra la angustia del sufrimiento y de la muerte real de quienes nos son entrañables. Me refiero tanto a la muerte de los objetos de nuestros deseos como de la de los objetos de nuestra amancia\* casta. Tampoco estamos armados en la realidad contra la angustia de la pérdida de nuestro haber, de nuestros bienes (poder actual que nos parece coexistencial) o de nuestros "ahorros" (poder potencial). Estamos todavía menos armados contra la angustia ligada a la impotencia de la vejez, a lo desconocido del tiempo de decadencia que precederá nuestra muerte real, su impacto, su carga en la felicidad de aquellos de quienes nos sentimos responsables. Aunque sepamos, por experiencia adquirida, que nadie es irremplazable, cada uno de nosotros se complace en pensar que sí lo es. Por supuesto, en todo lo que hacemos, los demás nos remplazarían en caso de desaparición; pero, en lo que nos concierne, tenemos conciencia de ser irremplazables. Esto es fatal pues, en nuestro sentimiento de responsabilidad, está comprometido nuestro narcisismo. Los humanos conservan la angustia del fracaso de la obra emprendida. ¿Por qué? Pues porque saben que tal fracaso provocaría dolor y pena a quienes los aman, aun si ellos aceptan correr el riesgo de que "las cosas no vayan bien", porque tienen un deseo muy fuerte y, ni modo, juegan el juego; ése es el precio que afronta el sujeto por el deseo, y tenemos que asumirlo; pero existe la angustia de nuestro fracaso y de sus consecuencias para los demás. ¿Cómo soportar todos esos motivos de angustia? Pues bien, sencillamente, se los agrupa bajo el nombre de "destino inevitable". Lo desconocido en el espacio y el tiempo. Como eso constituye una amenaza para todo el mundo, no nos amenaza a cada uno en particular. Y aquí nos ayudamos contra el codo con codo, con sistemas de seguros, con un montón de "mañas". ¡Buena! Vaya por el remedio a mano, pero, a pesar de todo, no podemos librarnos de esa angustia que es la suerte de todo adulto de la especie humana.

Lanzados en masculino y en femenino en el juego del deseo, aguzados por la angustia de su muerte individual segura —pues la muerte siempre es inconscientemente, y a veces conscientemente, el aguijón del deseo—, los hombres y las mujeres agravan aún más, por el deseo de una fecundidad carnal responsable, asumida, la trampa inevitable, acaecida por estructura al prin-

\* Véase el artículo siguiente "Amancia y amor" [r.].

cipio de su vida. Esta trampa con su deseo es inevitable, ya que ella es la que les brindó a todos el medio a la vez de comunicar y de dominar el mundo, y por ende, la variedad, la riqueza, la multfiguración metafórica que tienen para ellos las modalidades de placer, de goce y de sufrimiento. *El hecho de que el equilibrio psicosomático del ser humano sea vulnerable es el precio de su función simbólica.* Ahora bien, la salud es valorizada sin embargo como un derecho, ¡un derecho de todo ciudadano! ¡La felicidad es reivindicada como un derecho de todo individuo! En cuanto a la libertad, su más entrañable fantasía, que reivindica por su deseo de hacer uso de ella (y no seré yo quien impugne esta reivindicación), de la que reprocha a todos los sistemas sociales privar a los ciudadanos, ¿qué hace el ser humano de la que queda en poder de su deseo? Por narcisismo, los menos neuróticos de nosotros se convierten libremente en los artesanos de una prisión real, que les prohíbe la libertad de sus futuros y nuevos deseos, por leyes oficiosas u oficiales que defienden tenazmente. Las prisiones fantásticas, estéticamente admirables, de Piranesi, no son sino la simbolización de los laberintos, donde no queda libertad alguna, que ha construido en la intimidad de la conciencia el juego del deseo de todo ser humano. El resultado de los esfuerzos que el hombre realiza para salir de su encarcelamiento en ciudades que su deseo ha vuelto asfixiantes, y gozar de un poco de libertad, puede verse los fines de semana en las carreteras. En cuanto a los neuróticos, su deseo es sufrimiento, y sin embargo siguen esperando, atrapados en las mallas de una red que han tejido, otras mallas dignas de la estructura del diamante. Esto prueba que los humanos siempre dependen de esa esperanza que conservan en la fiabilidad de su deseo. Se abisman en la ciencia, heredera de la magia, en pos de saber y de poder: en la ciencia tanto médica como política, y hasta en la que sin razón se llama psicoanalítica. A pesar de toda la experiencia adquirida, siguen esperando un goce mayor del que pretende dicha experiencia. ¿Se trata acaso de un resabio, de una reminiscencia idealizada de su confianza en el padre y la madre de su tierna infancia, que ahora proyectan sobre otros humanos, los sabios, los "grandes", tan extraviados como ellos en cuanto a su deseo?

En la medida en que es humanamente inevitable e inexorable debido a la inadecuación de la realidad con lo imaginario, la angustia es continuamente burlada por los efectos simbóli-

cos y los poderes que éstos crean, poderes que se quiere conservar para el uso y el dominio del mundo, pero no sin una angustia peor y diferente, por ser colectiva y por obligar al individuo de hoy, tan ufano de su civilización, a comprender el papel de la responsabilidad de cada uno en el desorden del que sufre: una responsabilidad que ya no puede imputar a entidades maléficas, ajenas a la especie humana. Todo ello, desde Freud y los estudios de la dinámica del inconsciente que él inauguró, todo ello, que es nuestro sufrimiento, sabemos que proviene únicamente del juego inexorable del deseo en que el hombre resulta perdedor en la realidad con respecto a su imaginaria esperanza. Sabe por experiencia propia, aunque finja no creerlo, que *su esperanza de goce lleva consigo sus trampas, en la medida creciente de sus esperanzas*. Hasta el psicoanálisis y sus descubrimientos perturbadores para el orgullo del hombre y para su narcisismo, los humanos podían creer, salvo los sabios que lo sabían, y los filósofos también, ciertamente, los humanos podían creer, como niños, que lo que los llevaba al fracaso de su deseo era la desobediencia a un padre o a una madre todopoderosos, que proyectaban sobre Dios o los dioses, y que suscitar el perdón reconciliándose los restablecería en la salud narcisista. La economía del deseo se lanzaba a la conquista del perdón por obtener de aquella instancia tutelar. El hombre esperaba recuperar así el derecho al uso del deseo sin culpabilidad, y el acceso a la felicidad. Esto es imposible, cualesquiera que sean los holocaustos y los sufrimientos propiciatorios: los dados están cargados y las cartas marcadas; el hombre sabe ahora que todo aquí proviene de su angustia de desear.

El psicoanálisis —la peste, decía Freud que lo inventó— ha llegado. Y yo, que soy psicoanalista, vivo, confío en mi deseo, hago como si el deseo fuese confiable, el mío, el de los demás; a sabiendas de que no lo es. ¿No forma parte el propio psicoanálisis de esos medios científicos de los que se espera mucho, ya que permite —por su aplicación<sup>2</sup> a quienes ya no podían— vivir un poco de su deseo, o tanto como los que lo viven del mejor modo? Permite resolver o disolver angustias de infancia, o algunas más recientes que se repiten sin cesar, soportar pruebas en lo que tienen de insoportable para el narcisismo. Pero el psicoanálisis no aporta ninguna seguridad de felicidad. Si bien esclarece al ser humano sobre los límites de su poder,

<sup>2</sup> La cura psicoanalítica.

sobre los límites de su esperanza, de la esperanza, siempre se los deja. Si bien le da un sentido más agudo de su humanidad y de sus responsabilidades, no puede suprimir la angustia inherente al deseo en lo que tiene de auténtico. Esta esperanza es inextinguible, inherente al deseo, por más consciente que se vuelva el hombre de los límites de sus responsabilidades, de sus poderes y de sus límites en la realidad. Siempre está el inconsciente que, por su parte, nunca obedece a la razón; y además está el hecho de que los dados están inevitablemente cargados y las cartas inevitablemente marcadas en el juego del deseo. ¿Proviene esta esperanza de que nos empeñamos únicamente en disculpabilizarnos para permanecer narcisistas, creyendo de ese modo exorcizar la angustia, o bien de que nos empeñamos en conocer nuestra miseria tenida por fatal, y a la vez deseamos dominar el mundo, esclarecer los enigmas del ser humano, creyendo siempre en el poder del saber, y tratando de compartir la esperanza y el fracaso conjugados de dicho saber unos con otros por un secreto salvador de la muerte?

Ahora que carecen de referencia a una entidad seudomaternal paterna desmistificada, ¿no están los hombres en busca, en su pasión política, de una moral que permitiría en el hombre de hoy y de mañana el surgimiento de una respuesta al llamado de una verdad, de una mayor justicia, en la relación de deseo entre los humanos? Un llamado que asocian, a sabiendas o no, en las respuestas que le dan, con la promesa del acceso a la felicidad, un acceso que siguen esperando por naturaleza, y que sin embargo saben inaccesible por la estructura misma de los caminos del deseo, y de su efecto en la comunicación interhumana, destinado como lo está, dicho deseo, a transformarse en expresión simbólica, por una función natural del ser humano. La razón irrazonable de confiarse al deseo ¿se debe a la seducción irresistible del placer en el amor, a la sorpresa esperada orgullosamente de su fecundidad, al placer físico por el cual se vuelve procreador y en el que cree ilusoriamente gozar de instantes de inmortalidad —o bien al placer mental y estético de creerse creador? Esta fecundidad que persigue todo deseo, y que únicamente el ser humano entre las criaturas vivientes puede conocer más allá de la impotencia de la fecundidad carnal ya que, hombre o mujer, puede jugar su deseo en la prosecución de la fecundidad cultural o espiritual, ¿acaso no la paga su deseo al precio —exorbitante para muchos— de la salud del cuerpo perdida, de la moral indivi-

dual depreciada, pisoteada, de la razón desquiciada, del corazón extraviado? Y si el ser humano quiere sustraerse al juego del deseo en su carne, en su corazón, en su trabajo al servicio de la vida, entonces no tiene más alternativa que un juego en que su deseo está aún más falseado que en el del deseo arriesgado en el encuentro del deseo ajeno. Éste es entonces el riesgo, simbólicamente mortal para el corazón y a veces para la inteligencia, si el cuerpo es preservado del riesgo físico: un narcisismo conservado en la falta de intercambios interhumanos "creativos", que es lo que vemos en el niño autista y en el adulto delirante. El proceso "de-creativo" provocado por la ausencia de intercambios del deseo con el deseo ajeno puede sobrevenir en la etapa oral, en la etapa anal del niño, así como más tarde en la etapa genital, cuando el narcisismo se preserva de los riesgos del amor sustrayéndose a las pruebas de la castración. Es el narcisismo "enconchado" de la demencia guardada, cuando la realidad es suplantada por algo imaginario sin leyes, y el de la conciencia moral tranquila guardada en las neurosis; o es el narcisismo mortal del salto en la vida espiritual, por un gozar supuestamente más allá del placer depreciado, salto en un narcisismo a menudo peor que el de renunciar al deseo o de fracasar en él, narcisismo de un alma bella guardada en la seguridad guardada, para uno mismo gozarla mejor sin arriesgarla jamás.

¿Qué sucede, pues, para el ser humano con ese deseo, ese sustantivo [!] que, como un verbo, rima con yacer? \* ¿Qué sucede con cada uno de nosotros, ilusorios sujetos de ese verbo que se burla de nosotros? ¿No somos más bien los objetos apasionados de una llama que nos atrae: ese deseo en que nos consumimos voluntariamente por un placer esperado en que vivir cobra sabor de morir? ¿Qué sucede con esa esperanza que sabemos por experiencia que es ilusoria, con esa esperanza tenaz, si no en nosotros mismos al menos en los demás, y que desafia nuestra razón? ¿Qué sucede con nuestra confianza en nuestro propio deseo, que sólo medimos a riesgo de perder nuestra seguridad; esa ilusión de ser, a la que nuestra carne no puede pretender? ¿De dónde puede manar esa esperanza de una autenticidad del goce cuya espera perseguimos, puesto que del deseo sólo conocemos un juego en el que las cartas siempre están marcadas y los dados siempre están cargados?

\* Rima intraducible en español entre *désir* (deseo) y *gésir* (yacer) [T].

Yo, individuo convertido en psicoanalista por los caminos de mi deseo, me remito a ustedes, filósofos: esas preguntas que me plantean mi práctica y mi reflexión, ¿tienen respuesta, o no la tienen?

## 10. AMANCIA Y AMOR

EN SU REFERENCIA AL DESEO SEXUAL  
EN LA INFANCIA Y EN LA EDAD ADULTA

Édouard Pichon, médico psicoanalista muerto en 1939, lingüista, autor junto con Damourette<sup>1</sup> de una gramática muy interesante, había introducido la palabra *amancia* (*aimance*) para distinguir el apego sin deseo sexual por el ser amado (cualesquiera que sean la amancia, el amor, el deseo o la indiferencia de éste por el que lo ama) y conservar así para la palabra *amor* el sentido de atracción por un ser sexualmente deseado. Esta distinción no parece haber sido conservada desde entonces, y es una lástima.

En el lenguaje corriente, ciertas palabras se aproximan a la distinción que Pichon quería introducir: se habla de corazones *aimants* (afectuosos) y de individuos amantes.\* Pero en tales expresiones, no se considera en absoluto el deseo sexual posible en uno al menos de los sujetos *aimants* (afectuosos); ni que el deseo pueda estar o no unido al amor, para cada uno de los amantes. Se trata más de una distinción establecida por un observador de lo que son las relaciones entre dos seres humanos que de una distinción que responda a lo que siente un sujeto respecto de un objeto; o, para hablar más claramente, a lo que siente un ser humano respecto de otro humano, cualesquiera que sean, en este último, la acogida, la indiferencia o la respuesta.

Antes del Edipo, amancia y amor están confundidos en el niño. Éste experimenta deseos parciales, activos y pasivos, cualesquiera que sea su sexo. Ya sean satisfechos o no, el placer o el displacer que experimenta se articula con la libido pregenital. Sin embargo, confundido con los deseos parciales, despunta ya un deseo genital; en el niño varón, éste responde a una diná-

<sup>1</sup> *Des mots à la pensée. Essai de grammaire de la langue française*, ed. D'Artrey, 1911-1927.

\* Esto sólo es válido para el francés, pues en español no hay un equivalente de *aimant* (cariñoso, afectuoso, tierno, etc.) que conserve, como la palabra "amante", la raíz del verbo latín *amare* [r.].

mica fálica (centrífuga) con respecto al objeto deseado y está ligado a la intención de atacarlo, de penetrarlo; mientras que en la niña, el mismo deseo genital confuso es atractivo con respecto al objeto fálico (centrípeto) y se concentra en el acecho de la seducción que puede despertar en el hombre, su objeto de deseo y de amor, con miras a ser escogida, a obtener en su sexo la intromisión del pene y ser fecundada por él.

A partir de allí, el psicoanálisis nos enseña que el deseo, la amancia y el amor, pueden ser inconscientes, aunque emanen de tal o cual ser viviente, en un cuerpo masculino o femenino, destinado a volverse un sujeto consciente de sus deseos y de sus apegos. También nos enseña que el objeto del deseo parcial de un sujeto, o de un deseo pasional, no siempre es vivo ni humano: puede ser una cosa, como en el niño sus ositos y muñecas, y en el adulto los objetos de valor que son tan importantes para su bienestar emocional, para su narcisismo, y que tienen sentido para él sin relación con lo que representan en la sociedad, pero esencial en sus fantasías (cf. los fetiches, el bestialismo, la necrofilia...). El hecho es que en todo vínculo, real, imaginario o simbólico, hay necesariamente, por un lado, un sujeto y, por otro, un objeto. Pero si bien a veces puede haber dos sujetos, nunca puede haber dos objetos. En todo caso, para que haya deseo, amor, amancia, siempre se necesita, conscientemente o no, un instinto en el individuo que lo experimenta y que, después de haber evolucionado y haberse vuelto "consciente", no lo recordará. Por ello, la "palabra comodín" que es, por así decirlo, la palabra "amor" ya no basta para entenderse desde los descubrimientos del psicoanálisis. Es sabido que en francés, se puede "amar" el bistec, su casa, su papá, su mamá, se puede "amar" a su perro, se puede amar amar, y podríamos dar muchos otros ejemplos: el término se aplica a todo.\*

El origen conjunto en el cuerpo del lactante de *necesidades localizadas* y del *deseo total* para con el objeto materno con motivo de los cuidados que la madre prodiga al cuerpo del niño ocasiona la distinción en él de *deseos parciales*, satisfechos o no, localizados —en el momento en que siente su satisfacción— en zonas sensibles de su cuerpo (zonas mucosas y cutáneas de la vista, del gusto, del olfato, de la audición, del tacto); fuentes

\* Transcribo la observación al verbo *aimer* que aparece en el *Dictionnaire Moderne Français-Espagnol*, publicado por Larousse: "Nótese que el francés emplea *aimer* en el sentido de *amar*, *querer* y *gustar*, mientras que en español *amar* pertenece más bien al estilo elevado" [r.].

y lugares de placer o de displacer vinculados a la madre-nodriz, que está atenta a su bienestar y satisface sus necesidades. Así pues, el vínculo entre sus necesidades y el regreso de su madre a su cuerpo es lo que crea en el niño, gracias a la memoria y a la función simbólica, un código de deseos parciales, múltiples, ligados al placer; código que se entrecruza con el de las necesidades, estrictamente reiterativo. Se crea un código *sutil* —olfativo, visual, auditivo: implicando distancia del cuerpo— en lo tocante a las relaciones repetidas y transitorias con la madre, en tanto que la *masa* del cuerpo vivo asegura un *continuum* de percepciones cenestésicas; el conjunto está en el origen de lo que, una vez que entra en la simbolización, servirá de soporte para la dialéctica de la amancia y del amor en el niño por su primer objeto humano, su madre. En efecto, las particiones —interrupciones y regresos, sumas de alimentos y restas de excrementos— del cuerpo con cuerpo del niño con la madre, en el tiempo y en el espacio, provocan en él la simbolización en el lenguaje, en el sentido amplio del término: un lenguaje expresivo, que se informa acerca de las expresiones mímicas, verbales y gestuales de la madre modelo, que responde a ellas y las suscita, a medida que el niño conoce y reconoce a su madre.

La amancia —como relación de *sujeto a sujeto*, fuera de todo objeto parcial— que el niño desarrolla respecto de ella establece un campo imaginario inconsciente que gira en torno a dicha relación, que se apoya en un lenguaje interior de fenómenos, de mímica, viscerales y motrices: lo que siente de sus funciones corporales se ajusta a la articulación sensorio-mental de la lengua materna. La comunicación parasimbólica entre el niño y su primer objeto establece un cruce constante entre el campo de lo imaginario y el campo de la realidad, de lo posible o de lo imposible relativo al placer del encuentro de los cuerpos por el tocar o el ser cargado. Aun cuando ese sustancial táctil, prensil, está ausente, permanece el deseo en la imaginación y se elabora un campo simbólico, hecho de significantes verbales, escópicos, auditivos, olfativos, táctiles, fantaseados esta vez fuera de los encuentros cuerpo con cuerpo; en dicho campo, las pulsiones no satisfechas encuentran medios mediadores para significarse y ocupar el lugar del encuentro: gritos, juegos sonoros, balbuceos dirigidos a la ausente imaginada; juegos de manos en la boca o sobre objetos asociados en el espacio con la presencia de la madre, juguetes, biberones, telas, ropa que recuer-

den su actividad, su olor, su voz, espacios conocidos con ella, objetos inanimados o animados, personas que están para el niño asociadas con su madre.

Si la amancia se establece en un vínculo de seguridad que una al sujeto con su propio cuerpo así como con todo lo que se le asocia, de manera a la vez *imaginaria* y *simbólica*, con la presencia (real o no) del objeto, el amor, por su parte, envuelve el deseo de un encuentro del sujeto y del objeto en los tres ámbitos de lo simbólico, de lo imaginario y de la *realidad* al mismo tiempo. La presencia recobrada reaviva para el niño nuevos intercambios con el objeto elegido del amor. En el amor, el sujeto sufre de la no presencia del objeto, los objetos mediadores no bastan, como en la amancia. El amor intensifica el deseo de intercambios corporales y de lenguaje. El amor suscita el deseo de los encuentros cuerpo con cuerpo con el objeto conocido y por reconocer, por redescubrir; por el placer de una satisfacción de los deseos parciales y de los deseos de lenguaje; por el placer también de una abreacción de las tensiones nuevas surgidas durante la ausencia en el cuerpo del sujeto, ligadas y dedicadas para él no sólo a la representación del objeto, sino a la necesidad de la presencia corporal, conocida pero cada vez redescubierta en el lenguaje. El significante amor pertenece a esos tres ámbitos simultáneamente, a ese conjunto de deseos. El cuerpo con cuerpo en un erotismo cómplice con el objeto es necesario para la simbolización, para el mantenimiento y la renovación del lenguaje interior así como del narcisismo del sujeto.

Las separaciones sucesivas que sobrevienen —destete, marcha, alimentación, mantenimiento del cuerpo por sí mismo (aseo general y asiento), desplazamiento individuado, juego solitario y, en último lugar, separación total del cuerpo tal como era fantaseado con miras al placer sexual, del coito y de la fecundidad incestuosa— aunadas a la irreversibilidad del tiempo y a la irreversibilidad biológica, hacen que todo niño renuncie, en la realidad y en cuanto al futuro, al cuerpo con cuerpo genitodeseos, amancia y amor. Eso es lo que el psicoanálisis llamó la resolución edipiana: cuando se establece la castidad de las relaciones en la imaginación del sujeto niño así como en la de los objetos familiares parentales, ascendientes y colaterales. El niño recobra por esos objetos una amancia libre de placeres sensuales que nunca lo abandonó; en cambio el amor, en el

sentido sexual (en su realización física), emocional y pasional del término, vinculado a la libido, tanto oral y anal como genital, es interceptado. A partir de este momento decisivo en la evolución del ser humano, se distinguirá su amancia por ciertos seres, su amor por otros. Los objetos sobre los cuales transfiere su amancia no son deseados por él ni sensual ni sexualmente —en el sentido de genital. Cuando un deseo estremece todo su ser, mental, afectivo y erótico por un objeto, se trata de amor. En resumen, la amancia es casta pero de lenguaje, creativa; el amor es erótico y aspira a obtener una satisfacción física oral-anal masoquista, sádica o genito-genital con el objeto amado que focaliza los deseos; si se trata del sentimiento de amor auténtico, se acompaña en todo caso de un deseo genital. Así pues, el amor siempre tiene para un sujeto una aspiración creativa en el ámbito simbólico, la intervención pasiva o activa del cuerpo entregado, en el consumo, al deseo de un goce del objeto, pudiendo ser además procreadora de una vida humana, cuando el deseo sexual del sujeto encuentra en el objeto un deseo acorde al suyo: es el coito. Cuando, en cambio, cierta cantidad de deseos agresivos pregenitales, no castrados a tiempo, buscan sus satisfacciones en el cuerpo con cuerpo, el amor puede inducir comportamientos llamados perversos, destructivos, mutiladores, asesinos, por un goce confuso del sujeto a expensas del objeto de amor o de amancia.

Puede haber en un sujeto una amancia por un objeto indiferente u hostil, por supuesto. Si el objeto, en calidad de sujeto, también siente la amancia, es la amistad casta. Puede haber también amancia de un sujeto por un objeto que siente por él deseos sin amancia. Puede haber, por último, amancia de un sujeto por un objeto que siente por él amor y deseo y que, por despecho narcisista, puede ser impelido a comportamientos de deseos parciales agresivos para con ese otro que no lo desea ni lo ama de amor.

Esas eventualidades muestran toda la distinción que se establece para un sujeto entre el deseo de cuerpo con cuerpo, la amancia que lo lleva a intercambios simbólicos, y un amor que puede existir conjuntamente a la amancia, pero no sin un deseo de relaciones de cuerpo por el cuerpo del otro, o sea un deseo sexual, cualquiera que sea su nivel, oral, anal, genital, ya sea satisfecho o no dicho deseo por el encuentro con el objeto de amor y de deseo.

Me explico: es sabido que puede haber amantes en cuanto

al cuerpo con cuerpo, en la realidad de los coitos, que no sienten uno por otro sino deseo, pero no amancia ni amor.

Puede haber amantes de los cuales uno padece el deseo del otro pasivamente indiferente, o aun pasiva o activamente hostil. El objeto de deseo de un amante puede sentir por éste una amancia sin deseo, o también sentir deseo físico sin amor, en tanto que aquel con quien realiza el coito siente por él emociones a las que es ajeno. En resumen, la complicidad en el deseo únicamente no supone ni la amancia ni el amor.

También puede haber amantes de los que sólo uno de los dos desea al otro, mientras que ese otro siente por él amor y deseo.

Puede haber amantes que sientan ambos deseo y amor uno por otro; y este amor puede ser feliz o infeliz, dependiendo de que se realice o no, por un impedimento material, temporal-espacial o social de su encuentro carnal; o sea, por la realización o no de su deseo en el coito y el goce.

Cuando surgen impedimentos a los encuentros entre deseante y deseado, el lazo de amor que siente cada uno de los sujetos con respecto al otro puede elaborarse simbólicamente por sublimación del deseo en actos y palabras más allá del imposible encuentro cuerpo con cuerpo; un lenguaje mediatiza y expresa las emociones acordes. Ese intercambio de lenguaje salvador se vuelve, a su vez, soporte de un vínculo de amancia o de un vínculo de amor, que puede volverse culturalmente creativo. Pero la distancia y la separación entre dos sujetos que se desean mutuamente también puede romper el esbozo de un vínculo de amor que la tensión del deseo había provocado.

El amor siempre es síntoma de deseo parcialmente sublimado; pero el deseo en sí mismo puede no ser sino una relación imaginaria del sujeto con el objeto.

Unos amantes pueden ser compañeros de deseo en una realización homosexual o heterosexual. Pero el amor carece de correspondencia con el sexo físico. Es sublimación libidinal. Uno de los dos amantes puede padecer pasivamente, sin deseo por el otro, el deseo de cuerpo con cuerpo que el otro realiza a expensas de su cuerpo, porque está dominado y/o porque siente amancia por ese otro que lo desea, y no quiere dejarlo en una tensión penosa. Pero en este caso es sexualmente pasivo y esto puede ocurrir tanto en una relación de cuerpo con cuerpo homosexual como heterosexual.

Si esos dos significantes, amancia y amor, entraran en uso

entre los psicoanalistas y en el lenguaje corriente, sería más claro que la amancia siempre es casta en cuanto al deseo, y siempre fuente de cooperación en el lenguaje en el sentido amplio del término, es decir, sublimación del deseo. No obstante, la amancia surge de la transferencia de las relaciones parentales, sororales o fraternas, después de la resolución edípiana, sobre objetos extrafamiliares. La amancia siempre se articula para quien la siente con una homosexualidad o con una heterosexualidad latente y/o sublimada.

La amancia de los padres que han llegado en su libido a la maduración genital, siempre es casta para con sus hijos. Sus relaciones de cuerpo con cuerpo con sus hijos son garantes para éstos de recibir la castración edípiana por los educadores parentales, cualquiera que sea su sexo. Cuando el adulto parental no siente un apego casto por su hijo, aun cuando le significa lo contrario dictándole verbalmente la ley de la prohibición del incesto, el niño percibe que el deseo del adulto por él es incestuoso, esto es, que su propio deseo conmueve al cuerpo del adulto, aun si éste lo niega; en ese caso, la castración edípiana, expresada según la ley en las palabras, no se inscribe en el cuerpo del niño, ni en su imaginación, que queda presa de la imaginación del adulto. El niño no goza de los frutos simbólicos de una castración de los primeros deseos genitales, cuyo beneficio (pues el deseo genital siempre aspira a la procreación) es la distinción entre la amancia sin ambivalencia ni conflicto, y el amor que conduce al niño, más allá de la prohibición inapelable del vínculo con los cuerpos familiares, al prevailecimiento paulatino de las sublimaciones de lenguaje creadoras, culturales y sociales. Cuando se trata de relaciones que unen a educadores y niños, si la actitud de los primeros resulta de una transferencia de amancia parental genital casta sobre "objetos-niños", reconocidos sujetos de su deseo, de su amancia y de su amor, no destinados a esos adultos cuya única finalidad es educar y no hacerse amar, el niño, en su inconsciente, siente la relación como casta por parte del educador, y eso aun cuando el niño puede sentir deseos, odio o amor por él; de ese modo, el niño es iniciado en la prohibición de las relaciones perversas, o sea en la prohibición de las relaciones que remiten a objetos imaginarios, articulados para cada quien con la transgresión de la prohibición del incesto.

La relación narcisista extendida a otro es relación exclusivamente imaginaria por parte del deseante, no fructifica simbó-

licamente; esto quiere decir que, en lo tocante a las relaciones del educador con el educado, en vez de iniciar al niño en su propio deseo para conducirlo hasta su autonomía de sujeto libre de su deseo, de su amancia y de su amor, lo retiene en una posición de objeto alienado o servil para con el deseo de su educador que busca en ello un placer. En la medida en que hay seducción de uno por otro, la libido está involucrada en el ámbito de lo imaginario y no puede reeditar, al menos a largo plazo, los frutos culturales de la sublimación; aunque, gracias a la seducción recíproca, el niño servil tenga éxito en una disciplina, por exhibicionismo y docilidad funcional. La seducción o la repulsión colocan en posición de dependencia a un sujeto con respecto a un objeto, o este objeto con respecto al sujeto que lo seduce o lo aterroriza; y la dinámica, en uno o en otro, o en ambos, experimenta una regresión a posiciones infantiles pregenitales, posiciones de antes de la ley, para cada uno de los compañeros. Por el contrario, la castidad en el sentido más amplio, como no búsqueda de un placer por sí en las relaciones interhumanas, es creadora de amancia y liberadora en cada uno del vínculo del deseo físico al cuerpo así como de la exacerbación imaginaria del amor, dejando a cada quien la libertad de su amor y de su deseo por otros.

He dicho que el niño confunde amancia con amor antes de la resolución edípiana, debido a que su deseo está acaparado por la meta infantil por excelencia, la seducción del adulto parental. Aquellos que, a causa de la inmadurez de sus padres, no han sentido en familia la amancia casta de éstos para con ellos sino la dependencia del esclavo para con el amo, la seducción o el rechazo pasional, transfieren sobre sus educadores la manera de ser que era la suya con respecto a sus padres; y cuando le tienen apego a un educador, hacen una fijación amorosa o, lo que es lo mismo, una fijación de hostilidad. Odio o amor son manifestaciones del deseo activo-repulsivo o activo-atractivo, con relación a la oralidad o a la analidad (padecido o actuado con relación a la oralidad genital en las niñas o a la analidad uretro-genital en los niños). Dicho con otras palabras, para una niña, el amor humano homosexual y la deseancia homosexual por su madre coexisten con la amancia impersonal del sujeto niña por su madre. Asimismo, la amancia por la persona de su padre y el deseo heterosexual por él coexisten, y son el origen de la fijación amorosa sobre el padre. La niña transpone o más bien transfiere sobre los educadores de

ambos sexos los mismos sentimientos que siente por sus padres, si la castración edipiana no la ha liberado de sus deseos y de su amor incestuoso.

Cuando sobreviene con la pubertad el incremento súbito de las pulsiones genitales, la amancia, al no poner en juego el deseo sexual, puede expresarse y sublimarse para el placer de la niña en relaciones creadoras, y deja al amor y al deseo libres para un objeto heterosexual extrafamiliar, futuro o actual pero transitorio. La joven niña experimentará un sentimiento de amor unido al deseo cuando, después de haber sido llevada por la amancia hacia un objeto en pos de intercambios de lenguaje, culturales y creativos con él, dicho objeto de amancia (homo o heterosexual, por cierto) desencadene en ella la focalización de su deseo.

Gracias a esos dos significantes, amancia y amor, las relaciones entre adultos se enunciarían mejor en su especificidad; su estilo es diferente según que conciernan a los hombres o a las mujeres.

Para las mujeres, la amancia expresaría después de la castración edipiana las emociones por objetos, femeninos o masculinos, que no despiertan ningún deseo sexual ni sensual de satisfacción en el contacto cuerpo con cuerpo, sino tan sólo emociones interpersonales, de corazón y de apego, que se expresan en lenguaje y en creatividad, y que no desatan ninguna rivalidad con respecto a los demás sujetos en contacto interrelacional o interpersonal con los objetos de amancia. La cooperación social es un hecho de amancia. La amistad, sostenida por la amancia entre mujeres, entre hombres, o entre hombres y mujeres, permite la cooperación, las obras sociales y culturales, y deja a cada quien libre para su amor y su deseo, sin que el juego del deseo o del amor de cada uno con respecto a objetos exteriores a la amistad despierte despecho o rivalidad. Cuando una mujer ha alcanzado el nivel de madurez genital y ha focalizado su deseo y su amor por un ser amado en obras que, para ambos, son significativas de un acuerdo, puede tener relaciones de amancia homosexual casta con mujeres amigas, así como amistades heterosexuales, sin por ello ser sensible al deseo y al amor eventuales de sus amigos masculinos y femeninos; no porque no comprenda el lenguaje que ellos o ellas expresan, sino porque ese lenguaje no puede despertar en ella respuesta en el nivel de las emociones y del cuerpo. La amancia casta sigue siendo casta cuando las pulsiones genitales están total-

mente concentradas, en el amor y en el deseo, en un objeto elegido. En este caso, la mujer no atrae ni tampoco rechaza o huye de la amistad de los hombres o de las mujeres que pueden sentir por ella deseo y amor; sencillamente no es sensible a ello. Su amancia, o sea su amistad por ellos, no queda resentida de sus eventuales reacciones temporales de celos o de despecho, pudiendo triunfar entre ellos una amistad casta duradera.

También para el hombre tiene cabida la existencia de nuestros dos términos, amancia y amor, a partir de la pubertad y del brote de las pulsiones genitales que se instalan en adelante en su predominio.

La amancia puede existir en relaciones con objetos de ambos sexos, sin participación de juegos de influencia, de posesión, de rivalidad, ni de deseo de cuerpo con cuerpo genito-genital. La amancia para el hombre correspondería a amistades con hombres cuya homosexualidad está sublimada en el lenguaje, la cultura, la cooperación en obras comunes; y a relaciones castas, amistosas, con mujeres con quienes colabora en sociedad: la amancia que siente por ellas y que se traduce en amistad sincera se caracteriza por la ausencia de deseo carnal, así como por la ausencia de rivalidad en lo tocante a los vínculos de deseo y de amor que esas mujeres pueden tener con otros hombres, u otras mujeres.

A diferencia de las mujeres que han alcanzado el nivel de su fijación genital amorosa sobre un objeto, los hombres que han alcanzado ese mismo nivel son susceptibles sin embargo de sentir parcialmente deseos transitorios físicos, sexuales, por mujeres por las que sienten una amancia en su conjunto casta. Esto proviene de que el objeto parcial —el pene y el aparato genital— exterior al cuerpo del hombre es para él un objeto erótico que coadyuva al narcisismo de su persona privada y social. Una mujer que no siente ningún deseo por un hombre en particular puede, sin quererlo, únicamente por su cuerpo, provocar su deseo sexual, significado por la erección, aunque, por otra parte, en sus relaciones interpersonales con esa mujer, aquel hombre suela estar en una situación de amancia y no sienta, imaginaria ni simbólicamente, amor por ella. Contrariamente a la mujer que, si está comprometida en un amor, se fija al cuerpo y a la persona de su amante, el hombre nunca se fija del todo (o rara vez) en cuerpo y sexo a la mujer que ama simbólicamente al mismo tiempo que sigue siendo deseable para él.

Puede ser que la razón de esta sensibilidad sexual en parte sustraída por el narcisismo peniano que concuerda con la simbolización ligada a la persona entera del hombre radique en que, en el hombre, el aparato genital es externo al cuerpo; pero la diferencia entre los hombres y las mujeres en este punto quizá estribe también en su relación respectiva con el falo simbólico. Falo que el niño sin duda no representa para la mujer sino durante la gestación y la maternidad. En tanto que el hombre, a cuyo lado ella comprometió su deseo y su amor genital, dedicándole en la realidad su poder genitor imaginario y simbólico, sigue siendo por su parte, más allá de la gestación y a todo lo largo de la primera educación del niño, el referente de su poder tutelar.

La dificultad es que, en el hombre, el amor —y no sólo el deseo incestuoso— puede haber sido inhibido, sin saberlo ni el sujeto ni la madre, por la prohibición en el momento de la castración, que sólo habría debido interceptar los deseos en su dimensión incestuosa. Esto provendría de situaciones familiares particulares. De tal modo que, en el despuntar del deseo por una mujer, cuando no se trata de un deseo parcial sino de un deseo por toda la persona de esa mujer, el amor que traduce ese deseo puede inhibir en el hombre el deseo mismo como erección, sin que por ello pueda el hombre sublimar con respecto al objeto de ese deseo impotente su amor en amancia. Esto explica, para ciertos hombres, el peligro de desear mujeres que, en sus sueños y sus fantasías, son aprehendidas como provistas de una vagina dentada (referencia a una oralidad asociada con el sexo de la mujer, captadora de esperma para producir un hijo anal para su exclusivo placer, y también al narcisismo herido de la caída de los dientes de leche que, en el niño, fue acompañada del sentimiento de ser lamentable a los ojos del rival paterno, tanto por el rostro como por el sexo y el tamaño, o de ser un objeto de derelicción para la madre a la que amaba de amor; no sabía que ella sólo había sentido por él amancia casta y que, por ende, su deseo no seductor y su amor no reconocido no eran escarnecidos, al no haber ella respondido a tales sentimientos en aquella época edipiana; él había abrigado la esperanza de que ella respondería algún día, cuando, ya "grande y hermoso como el padre", le manifestaría su deseo de coito incestuoso). Cuando no se le ha explicado al niño el derecho sexual, relacionado con las erecciones que posibilitan la realización del deseo por objetos heterosexua-

les, y su padre y madre no le han declarado su derecho al amor por todas las mujeres que no sean de la familia, se provoca entonces esa inhibición del hombre cada vez que ama y desea a la persona de una mujer, al mismo tiempo que su sexo.

Asimismo, el deseo puede surgir en un hombre por una mujer sin que se establezca ni permanezca después de la satisfacción sexual ningún vínculo simbólico de amancia duradera característico de las relaciones castas, ni deseo alguno ligado a un amor duradero por esa mujer. En efecto, en el hombre, el deseo puede involucrar únicamente el funcionamiento erótico de objeto parcial peniano y despertar únicamente su apetito sexual, es decir, la "necesidad" sexual, no el deseo humano de lenguaje y cultural: necesidad que hace sentir al hombre pulsiones de muerte (debido a la ausentización del sujeto para con su historia), contra las cuales se ve obligado a luchar realizando un coito, movido por lo que cree ser un deseo de hombre, en el mero consumo de una relación sexual con el objeto que suscitó su erección (este proceso puede conducir a la violación...). El cuerpo de cualquier mujer puede, en virtud de la castración de su deseo edipiano, presentificar este último por su belleza, pues dicho cuerpo tiene a los ojos del hombre valor fálico, siendo referido por sus pechos al falo oral, y por su abertura sexual al falo que —de manera diferente— le falta al niño tanto como a la niña para satisfacer plenamente su narcisismo. Esto se explica por el origen del narcisismo en el niño varón, que comienza por ignorar que su madre no es, como él, portadora de un pene, pues el niño de ambos sexos imagina a los adultos como hechos a su imagen y sintiendo las mismas sensaciones que él. La niña, que carece de pene, no imagina que su madre posee uno; pero el niño imagina a su madre como fálica, lo cual explica su herida narcisista el día que ve el sexo abierto de una niña y que se entera, lo cual siempre le produce choque, de que su madre está desprovista de pene. Toda mujer es referida inconscientemente en la memoria de un sujeto a las primeras mujeres de su vida; esto puede despertar en el niño varón ese trauma del hoyo sexual femenino, esa carencia que advirtió un día y que hubiese querido colmar, por amor y por reparación. En el enlace de los cuerpos durante el coito, recobra la ilusión de ser, al fusionarse con una mujer, posesor de pechos y de pene en un cuerpo suyo, confusamente ambisexual, por el hecho de que el sujeto femenino, por la desaparición del tono de su cuerpo propio como mujer que

goza, puede en cierto modo constituir una imagen de objeto abandonado por la vida; el hombre, unificado con la mujer, se siente doblemente presente, digamos como hermafrodita, lo cual borra la herida sufrida en el momento de la castración primaria. Experimenta en todo coito un apaciguamiento erótico y narcisista total, característico del goce. Pero dicho apaciguamiento coital no supone en absoluto el establecimiento de un vínculo simbólico duradero con tal o cual mujer durante un instante suya.

Así, un hombre puede jugar su homosexualidad arcaica con una mujer, al mismo tiempo que su heterosexualidad, en una sensación de placer completo, sin ninguna consideración por la persona y las emociones de aquella con quien realiza el acto sexual.

Un hombre no experimenta el desamparo de la soledad, desde el punto de vista de su narcisismo, mientras pueda trabajar, crear y apaciguar su deseo sexual, cualquiera que sea su compañera, aun cuando no la ame ni de amor ni de amancia. Mantiene su narcisismo y su cuerpo por el ejercicio de su propio representante fálico de que es testigo en su cuerpo (el pene, objeto parcial, es en su funcionamiento el garante, a sus ojos, de su virilidad y, en la aceptación en cualquier mujer de practicar el coito con él como con cualquier compañero, en aquel espejo que le tiene así esa mujer, se ve en su mejor aspecto personal, por cuanto puede observar en él la imagen de una seducción que no ha desaparecido y que puede seguir ejerciendo, porque todo coito, aunque sólo fuese la realización de un apetito sin participación simbólica, le ha reafirmado el poder de una virilidad intacta). En efecto, a sus ojos, su erectibilidad y la penetración de la mujer, seguidas de orgasmo eyaculatorio, son garantes de su potencia.

Una mujer, en cambio, puede experimentar el desamparo de la soledad, aun cuando su cuerpo y su sexo son deseados y satisfechos por un hombre en relaciones de amantes. Ella experimenta este desamparo en dos clases de situaciones emocionales: en primer lugar, cuando el hombre no siente amancia por ella, o sea, si no la conoce en su especificidad de sujeto, fuera del coito en el que trata de tomar y encontrar su placer, cuando ese placer se lo permite ella, en calidad de objeto, y a veces al manifestar que él se lo hace sentir; en segundo lugar, cuando ella no ama de amor a su compañero, ni a ningún otro hombre. En un coito con un hombre que le es indiferente tanto

en amancia como en amor, es como si el cuerpo de la mujer, como lugar de su narcisismo, fuese mantenido en una dignidad liminar; y, como objeto, siempre es valorizado por el deseo de todo hombre, aunque sólo sea por un instante, el instante del coito: valor narcisista que proviene únicamente, a veces, del hecho de haber sido escogida por él para tomar su placer. Pero entonces se siente un objeto y el sujeto en ella es solitario, privado de los intercambios de lenguaje hechos de placeres sutiles compartidos que caracterizan todo encuentro auténtico entre dos sujetos. Cuando la feminidad de la mujer sólo es valorizada por el mero reconocimiento de su sexo, el placer que le procura la unión sexual es referido —por la presencia de su compañero— al falo, gracias a la mediación del objeto erótico parcial, el pene del hombre; y se mantiene así su narcisismo actual, inmediato, pero no su narcisismo pasado (recuerdo) ni futuro (proyectos): esto es, todo lo que valoriza a un ser humano no como objeto sino como sujeto de su historia.

Por esta razón, las mujeres, más que los hombres, caen en la trampa de su deseo genital, por el placer que les procura y por su valor reconocido por la sociedad; sobre todo si su libido anal no está entregada por otro lado a un trabajo reconocido como válido. Caen en la trampa del apego erótico arcaico, seudofilial, que puede significar su vínculo con un hombre. Desempeñan entonces el papel de objeto sexual pasivo, sirvientes del deseo activo peniano del hombre, que no apacigua en ellas sino tensiones físicas. Pueden caer en la trampa de un apego erótico arcaico por sus hijos, confundiendo su deseo inconsciente con el amor materno; al igual que en la época de la entrada en el Edipo los fetiches representaban la relación perdida con la madre, el amor materno es perverso en este caso, porque los hijos sólo representan para la madre los fetiches de un deseo de maternidad no satisfecho por su padre. El hecho de no haber pasado por este duelo suscitó la transferencia sobre un compañero infantil o animal (debido a su comportamiento) del deseo de intromisión del pene paterno y de la fecundación por él. Si se han convertido en madres en semejante soledad de amor y semejante frustración de su deseo genital, se ven reducidas, para no perder del todo su sexualidad genital imaginaria y lo que constituye aún su dignidad de mujeres responsables en la sociedad, a experimentar una regresión libidinal a la catexis de su propio cuerpo, de su "casa", así como a una posesividad de sus bienes materiales y de su descendencia que se

ejerce en detrimento de su evolución personal y de su sexualidad genital, no sintiendo el deseo y el amor sino como un vacío. La angustia de la soledad y de una sexualidad femenina sin satisfacción de amor compartido las hace caer así en la trampa de una seudofidelidad mutiladora.

Cuando un hombre adulto de cuerpo no ama o no es amado, le queda su cuerpo fálico y su pene fálico, ambos en la realidad. El funcionamiento de su sexo, en el cuerpo con cuerpo de los coitos sin amancia ni amor por el objeto compañero, sostiene su narcisismo (en espejo, si se refiere al cuerpo de un hombre; de un modo complementario fusional, si se refiere al de una mujer). De este modo, se asegura la perennidad de su pene, el funcionamiento eréctil y eyaculatorio de ese pene erótico, representante real y narcisizado de sus vínculos imaginarios con todos los objetos de su amancia desde la infancia, así como con el objeto parental primero de su amor, ligado a la amancia en la época arcaica de su vida. Se puede incluso decir que, en caso de falta de objeto en la realidad, la masturbación para la sexualidad masculina, ligada a una mera imagen, a falta del cuerpo de una compañera real, es susceptible de sostener en el hombre el narcisismo en el momento del funcionamiento de la descarga espermática que alivia las tensiones localizadas en su sexo. De tal modo que cuando el hombre tiene a la vez ocupaciones físicas, goza de buena salud en su cuerpo, desempeña un papel socialmente satisfactorio y su sexo funciona, su narcisismo es mantenido y la soledad no le significa un desamparo tan grande como puede serlo para la mujer en las mismas condiciones. En efecto, la niña sólo es referida al falo por su cuerpo que carga de coquetería (narcisismo de su rostro y de su persona); pero para su sexo, necesita en la realidad a otro, sobre el cual su deseo y su amor fijan la libido. A falta de ello, el deseo en su sexo se confunde con sus necesidades, y el deseo de encuentro puede no suscitar en ella más que el de su propio encuentro coqueto en el espejo. Para la niña convertida en adulta desde el punto de vista genital, una referencia únicamente imaginaria es desestructurante y no sostiene el narcisismo de su sexo. Además, la masturbación no puede procurarle el sentimiento de refección narcisista que brinda al hombre, sin la respuesta en la realidad de un ser humano masculino que la desee y satisfaga con ella su deseo sexual. Ella necesita tener un objeto a la vez de amancia y de deseo, porque está sometida mucho más fácilmente que el hombre a la regresión

de su deseo a posiciones infantiles narcisistas, sobre imágenes de sí misma o de los representantes (tanto heterosexuales como homosexuales) de sí misma de cuando era niña. Tal es en la mujer la trampa de la maternidad, cuando la mujer no está fijada a un hombre por el deseo y el amor de éste. Cuando el corazón de la mujer no está fijado en la realidad sobre un objeto fálico simbólico, o sobre un objeto mediador del falo simbólico, la soledad engendra en ella el desamparo, y esto mucho más rápidamente que en el hombre.

Existe otro recurso en la mujer, así como en el hombre: la sublimación de las pulsiones genitales. Pero esta sublimación sólo se logra cuando la resolución edipiana marcó a una niña que había sido estructurada anteriormente, en cuanto a la genitalidad, por un amor por su padre, y cuando la resolución edipiana permitió amplias sublimaciones de las pulsiones arcaicas en una obra de impacto social.

La conclusión de este trabajo sobre la amancia y el amor en ambos sexos podría ser que la amancia y el amor son necesarios para una mujer, mientras que el hombre, por su parte, puede contentarse con la amancia sin sentirse frustrado. Los hombres castrados en la infancia tienen en la vida medios de luchar contra el sentimiento de frustración. Las mujeres doblemente castradas del pene y de un objeto que, referido al falo simbólico, focaliza su amor, están sometidas a sentimientos de frustración que siempre tienen un efecto regresivo, demoledor para su narcisismo, o sea, para su cohesión psicosomática. Esto acaso explica que la somatización sea un trastorno de la persona en período de estructuración común en los niños; luego, a partir de la edad de siete a ocho años y hasta la pubertad, que los trastornos psicosomáticos sean mucho más frecuentes en los niños que en las niñas; y que a partir de la pubertad, por último, los trastornos psicosomáticos sean mucho más comunes en las mujeres que en los hombres: pruebas de un estado de frustración que incide en el cuerpo en el funcionamiento de las necesidades, confundido con el objeto de un deseo que no logra ser transferido por un objeto exterior a ella para fijar su relación con el falo, tanto en la realidad como en la imaginación. Las somatizaciones y los trastornos funcionales se atribuyen entonces con una desconcertante facilidad a las menstruaciones o a su relevo moderno, la anticoncepción, o sea al lugar visceral, ámbito del falo imaginario. La función simbólica interviene para proyectar en el soma el lenguaje que no tiene objeto con que intercam-

biarse. El dolor que embarga las vísceras profundas de las regiones de su cuerpo permite que las mujeres escapen al desamparo de la soledad, dándoles un objeto parcial en ellas que atender, como meta de sus preocupaciones. Algunas mujeres que ya no tienen hijos que criar, que no tienen relaciones sexuales ni de amor con un objeto masculino que las ame y responda a su ternura, atienden su enfermedad, siempre un poco enfermedad de amor, que les sirve de hijo fetiche que acariciar. Para esas mujeres frustradas, la enfermedad psicósomática se vuelve objeto de transferencia tanto del pene del hombre que les falta como del hijo de que carecen.



impreso en impresora publímex, s.a.  
 calz. san lorenzo 279-32 - col. estrella iztapalapa  
 del. iztapalapa - méxico 13, d.f.  
 un mil ejemplares y sobrantes  
 5 de diciembre de 1985

## PSICOLOGÍA Y ETOLOGÍA

- ANZIEU, D.  
El autoanálisis de Freud y el descubrimiento del psicoanálisis.  
Vol. I.
- ANZIEU, D.  
El autoanálisis de Freud y el descubrimiento del psicoanálisis.  
Vol. II.
- ARDILA, R.  
Psicología del aprendizaje.
- ASSOUN, P. L.  
Introducción a la epistemología freudiana.
- BASAGLIA, F. Y OTROS.  
Los crímenes de la paz.
- BASAGLIA, F. Y OTROS.  
Razón, locura y sociedad.
- BRAUNSTEIN, N.  
Psiquiatría, teoría del sujeto, psicoanálisis (hacia Lacan).
- BRAUNSTEIN, N. Y OTROS  
Psicología: ideología y ciencia.
- BRAUNSTEIN, N. (COMP.).  
A medio siglo de "El malestar en la cultura" de Sigmund Freud.
- BREUER, J.  
Contribución a los "Estudios sobre la histeria".
- BROWN, R.  
Psicología social.
- CARUSO, I.  
La separación de los amantes.
- CASTEL, R.  
El psicoanalismo: el orden psicoanalítico y el poder.
- DAHMER, H.  
Libido y sociedad.
- DELVAL, J. A.  
El animismo y el pensamiento infantil
- DEVEREUX, G.  
De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento.
- DIATKINE, R./SIMON, J.  
El psicoanálisis precoz.
- DOLTO, F.  
Psicoanálisis y pediatría.

DOLTO, F.  
El caso Dominique  
EHRENWALD, J.  
Neurosis en la familia.  
ERIKSON, E. H.  
Sociedad y adolescencia.  
FISHER, CH.  
Biología de los sueños y psicoanálisis.  
FORNARI, F.  
Psicoanálisis de la guerra.  
FREUD, S./ANDREAS-SALOMÉ, L.  
Correspondencia.  
FROMM, E.  
Anatomía de la destructividad humana.  
FROMM, E.  
Grandeza y limitaciones del pensamiento de Freud.  
GREEN, A. Y OTROS.  
Objeto, castración y fantasía en el psicoanálisis.  
GREEN, A.  
La concepción psicoanalítica del afecto.  
GREENSON, R. R.  
Técnica y práctica del psicoanálisis.  
GRINSTEIN, A.  
Los sueños de Sigmund Freud.  
GUATTARI, F.  
Psicoanálisis y transversalidad.  
HALL, E. T.  
La dimensión oculta  
HASSENSTEIN, B.  
Biología del comportamiento infantil.  
LACAN, J.  
De la psicosis paranoica en sus relaciones con la teoría de la personalidad.  
LACAN, J.  
Escritos. Vol. 1.  
LACAN, J.  
Escritos. Vol. 2.  
LECLAIRE, S.  
Psicoanalizar.  
LORENZ, K.  
Evolución y modificación de la conducta.  
LORENZ, K.  
Sobre la agresión: el pretendido mal.  
LORENZ, K./LEYHAUSEN, P.  
Biología del comportamiento.

LUCE, G. G./SEGAL, J.  
El sueño.  
MANNONI, M.  
El psiquiatra, su "loco" y el psicoanálisis.  
MANNONI, M.  
La educación imposible.  
MILLÁN, S. G. DE Y MILLÁN, S.  
Erich Fromm y el psicoanálisis humanista.  
NUDLER, O.  
Problemas epistemológicos de la psicología.  
PETERFREUND, S./SCHWARTZ, J. T.  
Información, sistemas y psicoanálisis.  
PIAGET, J.  
Biología y conocimiento.  
PIAGET, J.  
Adaptación vital y psicología de la inteligencia.  
PIAGET, J./GARCÍA, R.  
Psicogénesis e historia de la ciencia.  
RAMÍREZ, S.  
Infancia es destino.  
RATTNER, J.  
Psicología y psicopatología de la vida amorosa.  
ROZITCHNER, L.  
Freud y los límites del individualismo burgués.  
SAFOUAN, M.  
Estudios sobre el Edipo.  
SCHATZMAN, M.  
El asesinato del alma. La persecución del niño en la familia autoritaria.  
SCHNEIDER, M.  
Neurosis y lucha de clases.  
SINELNIKOFF, C.  
La obra de Wilhelm Reich.  
SLUKIN, W.  
Aprendizaje temprano en el hombre y el animal.  
TINBERGEN, N.  
El estudio del instinto.  
WOLFF, S.  
Trastornos psíquicos del niño: causas y tratamientos.

**PSICOANÁLISIS Y PEDIATRÍA / Françoise Dolto**

Sensibilizar a los lectores no avezados en la dimensión del inconsciente sobre los problemas del desarrollo de los niños, es el objeto de esta obra. Presenta una exposición simplificada de la teoría freudiana a la que sigue un informe clínico de 16 niños que fueron tratados con psicoterapia en un hospital general.

**EL CASO DOMINIQUE / Françoise Dolto**

A través de su lectura, presenciamos la evolución de un individuo que —extraviado en un universo sin señales— se reintegra a su realidad. La obra nos muestra intacto el hilo del discurso analítico y ofrece completo el material que acompañó la relación de transferencia a todo lo largo del psicoanálisis.